

Viet Thanh Nguyen

El idealista



se

París, principio de los años ochenta. Tras escapar de Vietnam y de su paso como inmigrante por Estados Unidos, el protagonista sin nombre de esta historia llega a la capital francesa para intentar labrarse un futuro valiéndose del capitalismo en una de sus formas más puras: el tráfico de drogas. Aunque su vida ya no corre peligro físico, sigue torturándose por su pasado como agente doble y luchando por asimilar la cultura dominante occidental europea. A medida que se une a un grupo de intelectuales y políticos de izquierda, encuentra no solo un estímulo para pasar página, sino también clientes para su negocio. Con lo que no cuenta es con la presencia de otros peligros no previstos, desde la opresión del gobierno a la adicción a las drogas, pasando por un problema aparentemente irresoluble: cómo puede reunir a sus dos amigos más cercanos, Bon y Man, dos hombres cuyas visiones del mundo e ideales son completamente opuestos.

La esperada secuela de *El simpatizante*, que le valió a Viet Thanh Nguyen el premio Pulitzer de ficción y el reconocimiento mundial de crítica y público, es a la vez un *thriller* político repleto de humor y violencia y una inteligente novela de ideas con agudas reflexiones sobre el racismo, el colonialismo y la hipocresía.

OceanofPDF.com



Viet Thanh Nguyen

El idealista

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2022

OceanofPDF.com

Título original: *The Committed*

Viet Thanh Nguyen, 2021

Traducción: Javier Calvo

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Índice de contenido

Cubierta

El idealista

Prólogo

Primera parte. Yo

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Segunda parte. Yo mismo

- 6
- 7
- 8
- 9
- 10

Tercera parte. Yo

- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Cuarta parte. Vous

- 16
- 17
- 18
- 19
- 20

21

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

OceanofPDF.com

Para Simone

OceanofPDF.com

No hay nada más real que la nada.

RITHY PANH CON CHRISTOPHE BATAILLE,
*The Elimination: A Survivor of the Khmer Rouge
Confronts His Past and the Commandant
of the Killing Fields*

OceanofPDF.com

PRÓLOGO

NOSOTROS

Éramos aquellos a quienes nadie quería, nadie necesitaba y nadie veía, invisibles para todo el mundo salvo para nosotros mismos. Éramos menos que nada y tampoco veíamos nada, acucillados a ciegas en la bodega sin iluminar de nuestra arca, ciento cincuenta almas sudando en un espacio que no estaba pensado para mamíferos, sino para los peces del mar. Con las olas empujándonos de lado a lado, hablábamos en nuestras lenguas nativas. Algunos elevaban sus plegarias; otros, maldiciones. Cuando un cambio del oleaje impulsó con más fuerza nuestra embarcación, uno de los pocos marineros que había entre nosotros susurró: «Ya estamos en el océano». Después de varias horas de serpentear por río, estuario y canal, habíamos dejado atrás nuestra tierra natal.

El timonel abrió la escotilla y nos llamó para que subiéramos a la cubierta del arca, que el mundo en su indiferencia denigraba y llamaba simplemente barco. Bajo la sonrisa chueca de la luna creciente, nos vimos solos en la superficie de aquel mundo acuático. Por un momento nos sentimos mareados de euforia, hasta que las olas del océano nos hicieron sentir mareados de otra forma. Vaciamos nuestras entrañas por toda la cubierta, y hasta los unos encima de los otros, y aun cuando ya no nos quedaba nada dentro, seguimos sufriendo arcadas, noqueados por las náuseas. De esta forma pasamos la primera noche en alta mar, temblando bajo la brisa oceánica.

Amaneció, y allá donde miráramos solo veíamos el horizonte alejándose hasta el infinito. Era un día caluroso, sin sombras y sin alivio, sin nada que

comer más que un bocado y sin nada que beber más que una cucharada, sin conocer la duración de nuestro viaje y con raciones limitadas. Pero aun comiendo tan poco, dejamos las huellas de nuestra humanidad por toda la cubierta y en la bodega, y al anochecer ya nadábamos en nuestra propia porquería. Cuando divisamos un barco en el crepúsculo, cerca del horizonte, gritamos hasta perder la voz. Pero el barco mantuvo las distancias.

El tercer día nos encontramos con un carguero que surcaba el desierto inmenso del mar, un dromedario con el puente elevado sobre la popa y los marineros en cubierta. Gritamos, agitamos las manos y nos pusimos a brincar, pero el carguero siguió su camino y solo nos tocó con su estela. El cuarto y el quinto días aparecieron dos cargueros más, cada uno más cerca que el anterior, cada uno bajo una bandera distinta. Los marineros nos señalaban, pero daba igual cuánto les suplicáramos, les rogáramos y sostuviéramos en alto a nuestras criaturas, los barcos ni viraron ni aminoraron la marcha.

El quinto día murió la primera de las criaturas, y antes de que ofreciéramos su cuerpo al mar, el sacerdote rezó una plegaria. El sexto día murió un niño. Algunos rezaron a Dios con fervor redoblado; algunos empezaron a dudar de Su existencia; algunos que no habían creído en Él empezaron a creer; y otros que no creían reafirmaron su escepticismo. El padre de una de las criaturas muertas se lamentó: Dios mío, ¿por qué nos estás haciendo esto?

Y entonces caímos todos en la cuenta de la respuesta a la eterna pregunta humana de *¿por qué?*

La respuesta era, y es, simplemente: *¿por qué no?*

Antes de subir a bordo del arca no nos conocíamos de nada, pero ahora teníamos una relación más íntima que si fuéramos amantes, revolcándonos en nuestros excrementos, con las caras verdes, la piel llena de ampollas por la sal y tostada por el sol hasta que a todos se nos quedó el mismo tono. La mayoría habíamos huido de nuestra tierra porque los comunistas que tenían el poder nos habían tachado de títeres, o de seudopacifistas, o de nacionalistas burgueses, o de reaccionarios decadentes, o de intelectuales de la falsa conciencia, o porque estábamos emparentados con alguno de

aquellos. También había un adivino, un geomante, un monje, el sacerdote y por lo menos una prostituta, cuyo vecino chino le escupió y dijo: ¿Qué hace esta puta con nosotros?

Incluso entre aquellos a quienes nadie quería, había algunos a quienes nadie quería, y eso nos hizo reír a algunos.

La prostituta nos puso mala cara y dijo: Pero ¿qué queréis?

Nosotros, aquellos a quienes nadie quería, queríamos muchas cosas. Queríamos comida, agua y parasoles, aunque nos habría valido con paraguas. Queríamos ropa limpia, baños y retretes, aunque fueran de esos donde te pones en cuclillas, ya que incluso ponerse en cuclillas en tierra era más seguro y menos vergonzoso que agarrarse al parapeto de un barco en movimiento con el trasero colgando por encima del borde. Queríamos lluvia, nubes y delfines. Queríamos que hiciera más frío en la canícula del día y más calor durante las gélidas noches. Queríamos una fecha aproximada de llegada. Queríamos llegar con vida. Queríamos que nos rescatara alguien de morir abrasados por el sol implacable. Queríamos televisión, películas, música, cualquier cosa para matar el rato. Queríamos amor, paz y justicia, salvo para nuestros enemigos, a quienes les deseábamos que ardieran en el infierno, preferiblemente para toda la eternidad. Queríamos independencia y libertad, salvo para los comunistas, a quienes había que mandar a reeducación, preferiblemente para el resto de sus vidas. Queríamos líderes benévolos que representaran al pueblo, con lo cual nos referíamos a nosotros y no a ellos, fueran ellos quienes fueran. Queríamos vivir en una sociedad donde reinara la igualdad, aunque si debíamos conformarnos con tener más que nuestro vecino, nos parecía bien. Queríamos una revolución que derrocaria la revolución que acabábamos de vivir. En suma, ¡queríamos que no nos faltara de nada!

Lo que ciertamente no queríamos era una tormenta, y sin embargo eso fue lo que nos llegó el séptimo día. Los fieles volvieron a exclamar: «¡Ayúdanos, Dios!». Los infieles exclamaron: «¡Dios, maldito seas!». Pero daba igual que fueras fiel o infiel, no había manera de evitar la tormenta, que ya dominaba el horizonte y cada vez se acercaba más. Irritado hasta el frenesí, el viento cobró ímpetu, y a medida que crecían las olas, nuestra arca ganó velocidad y altura. Los relámpagos iluminaban los surcos oscuros de

las nubes de tormenta, y los truenos se imponían a nuestros gemidos colectivos. Un torrente de lluvia nos estalló encima, y mientras las olas impulsaban nuestro barco hasta una altura todavía mayor, los fieles rezaban y los infieles maldecían, pero todos lloraban. Luego nuestra arca coronó la cúspide y, durante un momento eterno, quedó suspendida sobre la cresta rematada de nieve de un precipicio acuático. Contemplando desde las alturas aquel valle profundo y del color del vino que nos aguardaba, nos quedaron claras dos cosas. ¡La primera era que no cabía duda de que íbamos a morir! ¡Y la segunda, que era casi seguro que íbamos a salir vivos!

Sí, estábamos seguros. ¡Íbamos... a salir... vivos!

Y entonces nos precipitamos, aullando, al abismo.

OceanofPDF.com

PRIMERA PARTE

YO

OceanofPDF.com

1

Puede que ya no sea un espía ni un agente dormido, pero está claro que soy un fantasma. ¿Cómo puedo no serlo con dos agujeros en la cabeza, de los que mana la tinta negra con la que estoy escribiendo estas palabras? Qué condición tan peculiar, estar muerto y sin embargo escribir estas líneas desde mi pequeña habitación del Paraíso. Supongo que en ese caso debo de ser un escritor fantasma, y como tal, me resulta una tarea simple, aunque espeluznante, mojar la pluma en la tinta que fluye de mis dos agujeros idénticos, uno abierto por mí mismo y el otro por Bon, mi mejor amigo y hermano de sangre. Baja el arma, Bon. Solo me puedes matar una vez.

O quizá no. Porque también soy un hombre con dos caras y dos mentes, una de las cuales tal vez siga aún intacta. Gracias a mis dos mentes, soy capaz de ver cualquier problema desde ambos lados, y aunque hubo un tiempo en que alimenté mi vanidad diciendo que esto era un talento, ahora entiendo que es una maldición. ¿Qué es un hombre con dos mentes sino un mutante? Puede que incluso un monstruo. ¡Sí, lo admito! No soy uno, soy dos. No soy solo yo, también soy tú. No soy solo yo, soy nosotros.

Me preguntáis cómo tenéis que llamarnos, después de haber pasado tanto tiempo sin nombre. No me atrevo a daros una respuesta clara, porque nunca he tenido esa costumbre. Soy un hombre de malas costumbres, y cada vez que me han obligado a abandonar una —porque nunca he renunciado a ellas por voluntad propia—, siempre la he terminado recuperando, entre gimoteos y con los ojos húmedos.

Mirad estas palabras, por ejemplo. Las estoy escribiendo, y escribir es el peor de los hábitos. Aunque la mayoría de la gente le saca todo el partido que puede a su vida, sufriendo para ganarse su sueldo, absorbiendo vitamina D cada vez que disfruta de la luz del sol y saliendo a cazar a otro

miembro de la especie con el que procrear o simplemente retozar, yo paso los días con mi papel y mi pluma en mi rincón del Paraíso, cada día más pálido y flaco, con la frustración saliéndome como vapor de la cabeza y el sudor de la pena pegado a la piel.

Os podría decir el nombre que llevo en el pasaporte, VO DANH. Lo adopté con la vista puesta en venir aquí, a París, o bien, tal como nos enseñaron a llamarla nuestros maestros franceses, la Ciudad de la Luz. Llegamos al aeropuerto en plena noche, Bon y yo, en vuelo procedente de Yakarta. Al salir del avión nos invadió el alivio, porque habíamos alcanzado el asilo político, ese sueño febril de todo refugiado, en especial de quienes hemos tenido que serlo no solo una o dos veces, sino tres: la primera, en 1954, nueve años después de nacer; la segunda, en 1975, cuando era joven y razonablemente apuesto; y por fin, en 1979, hace solo dos años. ¿A la tercera iba la vencida, como les gusta decir a los americanos? Bon suspiró antes de taparse los ojos con el antifaz para dormir que le había suministrado la línea aérea. Esperemos que Francia sea mejor que América.

Si había que juzgar a los países por sus agentes fronterizos, aquella esperanza estaba infundada. El que me inspeccionó el pasaporte llevaba puesta esa máscara inexpresiva que llevan todos los guardias de seguridad del mundo mientras examinaba primero mi fotografía y después a mí. Su cara pálida pareció disgustada por el hecho de que alguien me hubiera dejado entrar en su amado país. No tenía ni labio superior ni bigote para disimular aquella carencia. Es usted vietnamita, me dijo aquel hombre blanco, las primeras palabras que alguien me dirigía en mi primera visita al país de mi padre.

¡Sí! ¡Soy Vo Danh! Junto con mi mejor acento francés, le dediqué al policía fronterizo mi sonrisa más servil, obsequiosa hasta el punto de rechinar. Pero mi padre es francés. ¿Quizá yo también lo sea?

Su cerebro burocrático procesó aquella declaración, y cuando por fin sonrió, pensé: «¡Ah, he hecho mi primer chiste en francés!». Pero lo que me contestó fue: No... está claro... que no... es usted... francés... Con ese... nombre... que tiene. Luego me selló el pasaporte con la fecha de entrada, 18/07/81, y me lo pasó por encima del mostrador, mirando ya por encima de mi hombro al siguiente peticionario.

Me reuní con Bon al otro lado del control de pasaportes. Por fin habíamos puesto el pie en *la Gaule*, que era como mi padre me había enseñado en su escuela parroquial que tenía que llamar a Francia. Resultaba adecuado, por tanto, que el aeropuerto llevara el nombre de Charles de Gaulle, el más grande entre los grandes franceses de tiempos recientes. El héroe que había liberado a Francia de los nazis mientras seguía esclavizándonos a los vietnamitas. ¡Ah, la contradicción! ¡Ese perpetuo olor corporal de la humanidad! Nadie se libraba de él, ni siquiera los americanos o los vietnamitas, que se bañaban a diario, ni tampoco los franceses, que se bañaban con menos frecuencia. Daba igual nuestra nacionalidad, todos nos terminábamos acostumbrando al aroma de nuestras contradicciones.

¿Qué te pasa?, me dijo. ¿Ya estás llorando otra vez?

No estoy llorando, dije con un sollozo. Es que me emociona estar por fin en casa.

A aquellas alturas Bon ya estaba acostumbrado a mis impredecibles ataques de llanto. Suspiró y me cogió de la mano. En la otra llevaba una sola bolsa, un macuto de tela barato, obsequio de las Naciones Unidas. No era ni mucho menos tan sofisticada como la mía, una bolsa de cuero que me había regalado mi antiguo mentor Claude para mi graduación del Occidental College de California del Sur. Mi viejo me regaló a mí una exactamente igual cuando me fui de la Phillips Exeter para empezar clases en Yale, me había dicho Claude, con los ojos húmedos de emoción. Aunque era agente de la CIA y consideraba los interrogatorios y los asesinatos políticos su oficio, también era capaz de mostrarse sentimental con ciertas cosas, como por ejemplo nuestra amistad y los accesorios de moda para hombre de alta calidad. Conservé la bolsa de cuero por las mismas razones nostálgicas. Pese a que no era una bolsa muy grande, no la llevaba llena, ni tampoco Bon la suya. Como la mayoría de los refugiados, apenas teníamos posesiones materiales, por mucho que nuestras bolsas fueran atiborradas de sueños y fantasías, de trauma y de dolor, de pena y de pérdida, y, por supuesto, de fantasmas. Como los fantasmas no pesaban, podíamos cargar con un número infinito de ellos.

Cuando pasamos por las cintas transportadoras de equipaje, fuimos los únicos pasajeros que no recogieron maletas ni carros con ruedas

abarrotaos de bultos y expectativas turísticas. No éramos turistas, ni expatriados, ni exiliados de regreso, ni hombres de negocios, ni ninguna otra clase digna de viajeros. No, éramos refugiados, y nuestra experiencia a bordo de aquella máquina del tiempo llamada vuelo comercial internacional no bastaba para disipar el año que habíamos languidecido en un campo de reeducación ni los dos años que habíamos pasado en un campo de refugiados de una isla indonesia llamada Galang. Acostumbrados al bambú, los techos de paja, el barro y las velas de los campos, ahora el acero inoxidable, el cristal, las baldosas y las potentes luces del aeropuerto nos desorientaban, y caminábamos despacio y descuidadamente, chocando con otros pasajeros mientras buscábamos la salida. Al final dimos con ella, las puertas se abrieron a nuestro paso y emergimos bajo el techo enorme de la zona de llegadas internacionales, donde nos examinó una multitud de caras expectantes.

Una mujer me llamó por mi nombre. Era mi tía o, para ser más exactos, la mujer que yo fingía que era mi tía. Durante mis años en Estados Unidos como espía comunista infiltrado en las maltrechas filas del ejército sudvietnamita en el exilio, yo le había escrito cartas cada cierto tiempo, en apariencia contándole mis penurias personales como refugiado, pero en realidad llenas de mensajes cifrados escritos con tinta invisible sobre las maquinaciones de ciertos elementos de aquel ejército que confiaban en arrebatarnos nuestra tierra a los comunistas. Habíamos usado como clave el libro *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción*, de Richard Hedd, y ella se había ocupado de pasarle mis mensajes a Man, hermano de sangre mío y de Bon. La saludé con alivio y nerviosismo, porque ella sabía que Bon no sabía ni podía enterarse nunca de que Man era espía, ni de que yo mismo lo había sido. Man era quien estaba a cargo de mí, y si había terminado siendo mi torturador en el campo de reeducación, ¿acaso no era una situación adecuada para mí, un hombre con dos mentes? Y si mi tía no era mi tía de verdad, ¿acaso no era perfecto para un hombre con dos caras?

No cabía duda de que era tía de Man, y era exactamente como se había descrito en su última carta: alta, flaca y con el pelo muy negro. Pero ahí se terminaba el parecido con la imagen que yo me había hecho de ella: una mujer de mediana edad con la espalda permanentemente encorvada por

culpa de su trabajo de costurera, achicada por su entrega a la revolución. El pariente más cercano de aquella mujer era un cigarrillo, a juzgar por su forma corporal y por lo que sostenía en la mano. Exudaba humo y confianza en sí misma, y sus agresivos tacones la hacían tan alta como yo, aunque parecía superarme en altura gracias a su delgadez y al jersey de punto gris ajustado y el cardado voluminoso que eran su uniforme diario. Aunque le eché cincuenta y tantos años, podría haber pasado por alguien de treinta y muchos, gracias a la doble bendición que eran el estilo francés y aquella media porción de genes asiáticos que la hacían inmune al envejecimiento.

¡Dios mío! Me agarró de los hombros e hizo un ruido de besos mientras me tocaba primero una mejilla y después la otra, con aquel encantador estilo francés de saludar que jamás me habían aplicado los franceses en mi país, ni siquiera mi padre. Los dos necesitáis ropa nueva. ¡Y cortes de pelo!

Sí, estaba claro que era francesa.

Le presenté a Bon en francés, pero él contestó en vietnamita. Se había educado en un liceo francés, como yo, pero odiaba a los franceses y solo estaba allí por mí. Era cierto que los franceses le habían dado una beca, aunque por lo demás nunca se había beneficiado de ellos para nada, salvo por el hecho de viajar por las carreteras que habían diseñado ellos, y por las que costaba sentir gratitud teniendo en cuenta que las había construido la mano de obra esclava de campesinos como la familia de Bon. Mi tía se pasó al vietnamita mientras nos llevaba a la cola de taxis, preguntándonos por nuestros viajes y penurias en la versión más pura y clásica de nuestro idioma, la que hablaban los intelectuales de Hanói. Bon permanecía en silencio. Su dialecto mezclaba el norte rural, de donde eran originarias nuestras familias, y el sur rural de las afueras de Saigón. Sus padres se habían establecido allí después de nuestro éxodo católico del norte del 54, la primera de nuestras tres experiencias como refugiados. Quizá lo que lo mantenía callado era la vergüenza por su dialecto o, más probablemente, la pura rabia. Cualquier cosa que viniera de Hanói podía ser comunista, y cualquier cosa que *pudiera* ser comunista era *sin duda* comunista, por lo menos para un anticomunista tan furibundo como él. Ni siquiera daba gracias por el único regalo que le habían hecho en la vida nuestros captores

comunistas: la lección de que aquello que no te mata te hace más fuerte. Que, de ser cierta, debía de significar que Bon y yo ya éramos superhombres.

¿A qué se dedica usted?, dijo por fin cuando estuvimos en el taxi, con mi tía sentada entre nosotros en el asiento de atrás.

Mi tía me miró con enorme reproche y dijo: Ya veo que mi sobrino no te ha dicho nada de mí. Soy editora.

¿*Editora*?, estuve a punto de decir en voz alta, pero me contuve, porque se suponía que tenía que conocer bien a mi tía. Mientras buscaba patrocinador para salir del campo de refugiados, le había escrito —esa vez sin claves— porque era mi única candidata no americana. Cabía la posibilidad de que informase a Man de mi llegada, pero yo prefería esa certidumbre al hecho de regresar a América, donde había cometido crímenes por los que nunca me habían condenado, pero de los que no estaba orgulloso.

Mencionó una editorial de la que yo no había oído hablar. Me gano la vida con los libros, dijo. Sobre todo, de narrativa y filosofía.

El ruido que hizo Bon con la garganta indicaba que no era aficionado a la lectura, a excepción del manual militar de campo, los periódicos sensacionalistas y las notas que yo pegaba en la puerta de la nevera. Se habría sentido más cómodo con mi tía si hubiera sido costurera, y di gracias por no haberle contado a Bon nada de ella.

Quiero enterarme de todo lo que os ha pasado, dijo mi tía. De la reeducación y el campo de refugiados. ¡Sois los primeros con los que hablo que han pasado por reeducación!

Quizá esta noche no, querida tía, le dije. No le hablé de la confesión que había escrito bajo fuertes coacciones en la reeducación, y que llevaba escondida en el doble fondo de mi macuto de cuero, junto con un ejemplar medio deshecho y con las páginas amarillentas del libro de Hedd. Ni siquiera estaba seguro de por qué me molestaba en esconder mi confesión, porque la persona que no debía leerla bajo ningún concepto, Bon, no mostraba interés alguno en su existencia. Igual que a mí, en el campo de reeducación lo habían torturado muchas veces para que escribiera también su confesión. A diferencia de mí, no sabía que el comisario del campo era

Man, su hermano de sangre. ¿Cómo podía haberlo sabido, cuando el comisario no tenía cara? Lo que Bon sí sabía, aseguraba, era que una confesión extraída por medio de la tortura no era más que una sarta de mentiras. Como la mayoría de la gente, creía que las mentiras nunca se convertían en verdad, daba igual cuántas veces las contaras. Como mi padre, el sacerdote, yo era la clase de persona que creía justamente lo contrario.

El apartamento de mi tía estaba en el Distrito XI de París, lindando con la Bastilla, donde había empezado la Revolución francesa. Una columna junto a la que pasamos en la oscuridad de la noche marcaba el emplazamiento histórico de la Bastilla. Si en el pasado yo había sido comunista y revolucionario, eso significaba que también era descendiente de aquel episodio que había decapitado a la aristocracia con la rotundidad de una guillotina. Cuando salimos de la autopista para adentrarnos en la ciudad, me sentí por fin en Francia, o aún mejor, en París, con sus calles estrechas y sus edificios de alturas y diseños uniformes, por no mencionar los letreros encantadores de encima de los escaparates de las tiendas, reconocibles al instante gracias a las postales y a películas como *Irma la dulce*, que yo había visto en un cine americano al poco de llegar a Los Ángeles en calidad de estudiante extranjero. Todo en París era encantador, tal como iría descubriendo; incluso las prostitutas, e incluso en domingo, a primera hora de la mañana, después del almuerzo y en agosto, cuando todo estaba cerrado.

Durante las semanas siguientes, no me cansaría de aquella palabra: ¡*encantador*! Ni mi tierra ni América podían describirse como encantadoras. Era un adjetivo demasiado apacible para un país y una gente tan tórridos y de sangre tan caliente como los míos. Dábamos asco o seducíamos, pero nunca encantábamos. En cuanto a América, solo había que pensar en la Coca-Cola. Era un elixir *impresionante*, que encarnaba la dulzura adictiva y mala para los dientes de un capitalismo insalubre por mucho que te burbujeara en la lengua. Pero no era encantadora, a diferencia del café solo recién hecho, servido en una tacita del tamaño de un dedal

sobre un platito en miniatura con una cucharilla de casa de muñecas, y traído por un camarero tan convencido del valor de su profesión como un banquero o un coleccionista de arte.

Los americanos eran dueños de Hollywood, con su bullicio y su fanfarronería, con sus generosos sujetadores y sus sombreros de vaquero, pero los franceses lideraban la campaña del encanto. Se hacía evidente en los detalles, como si el país entero lo hubiera diseñado Yves Saint Laurent, desde la forma en que nuestro taxista llevaba su boina hasta el nombre de la calle de mi tía, la rue Richard Lenoir, pasando por la pintura azul descascarillada de la puerta de acero del edificio de apartamentos de mi tía, el número 37, hasta la oscuridad llena de ecos del vestíbulo, con su luz averiada y la estrecha escalera de madera que subía hasta el apartamento en la cuarta planta.

El hecho de que nada de todo esto salvo la boina fuera intrínsecamente encantador indicaba la enorme ventaja que llevaban los franceses en su ofensiva del encanto, por lo menos para aquellos como yo que, pese a resistirnos con todas nuestras fuerzas, habíamos sido colonizados casi por completo. Digo casi porque, aunque me sentí encantado subiendo aquellas escaleras entre resuellos, una parte pequeña y primitiva de mi cerebro —el nativo salvaje que tengo dentro— se resistió lo bastante al encanto como para reconocerlo como lo que era: la seducción de la subyugación. La misma sensación que me hizo prácticamente derretirme cuando vi la esbelta baguette que decoraba la mesa del comedor de mi tía. ¡Oh, baguette! ¡Símbolo de Francia y por tanto símbolo de la colonización francesa! Así hablaba una parte de mí. Pero al mismo tiempo había otro lado que decía: ¡Ah, baguette! ¡Símbolo de cómo los vietnamitas nos hemos adueñado de la cultura francesa! Porque se nos daba de maravilla cocer las baguettes, y el *banh mi* que preparábamos con baguettes era mucho más sabroso e imaginativo que los bocadillos que los franceses hacían con ellas. Aquella baguette dialéctica, junto con una ensalada de pepino con vinagreta de vino de arroz, una olla de pollo al curry con patatas y zanahorias, una botella de vino tinto y, algo después, un flan de caramelo flotando en un charco marrón oscuro de azúcar caramelizado, fue el ágape que nos preparó mi tía. ¡Cómo había echado yo de menos aquellos platos, o algo que se les

pareciera! Las fantasías culinarias no habían parado de visitarme durante los meses interminables que habíamos pasado en el campo de reeducación, situado en alguna parte del círculo interior del Infierno, y luego en el campo de refugiados de los márgenes exteriores del Infierno, donde en el mejor de los casos nuestra dieta era insuficiente y en el peor era rancia.

Mi padre me enseñó a cocinar comida vietnamita, dijo mi tía mientras nos servía el curry en los cuencos. Mi padre fue soldado como vosotros, pero un soldado olvidado.

La simple mención a un padre me causó un vuelco en el corazón. Yo estaba en la tierra de mi padre, el patriarca que me había rechazado. ¿Acaso mi vida habría sido distinta si me hubiera reconocido como hijo suyo, y a mi madre como su amante, o incluso su esposa? Una parte de mí anhelaba su amor, mientras que otra parte me odiaba por sentir por él algo que no fuera desprecio.

Los franceses llamaron a mi padre a filas para que luchara en la Gran Guerra, siguió diciendo mi tía. Tanto Bon como yo estábamos sentados al borde mismo de nuestras sillas, esperando a que ella cogiera su cuchara o partiera su baguette, la señal para atacar la comida que teníamos tan provocativamente desplegada ante nosotros. Dieciocho años tenía cuando lo arrancaron de la Indochina tropical para llevárselo a la metrópolis, junto con decenas de miles de otros. Aunque no pudo ver París hasta que terminó la guerra. Y nunca volvió a casa. Tengo sus cenizas en mi dormitorio, sobre mi escritorio.

No hay nada más triste que el exilio, dijo el pobre Bon, con los dedos temblándole sobre el mantel. Durante la mayor parte de su vida jamás habría dicho nada remotamente filosófico, pero su propio exilio y la trágica pérdida de su esposa y de su hijo lo habían ido volviendo cada vez más reflexivo. Lleve las cenizas a nuestra tierra, siguió diciendo. Solo así el espíritu de su padre podrá hallar realmente la paz.

Lo normal habría sido que semejante conversación nos quitara el apetito, pero Bon y yo estábamos desesperados por comer cualquier cosa que no fueran las raciones de subsistencia de alguna organización no gubernamental encargada de mantener con vida a los refugiados pero nada más. Además, los franceses y los vietnamitas compartían un amor por la

melancolía y la filosofía que los frenéticamente optimistas americanos nunca podrían entender. El americano medio prefería esa versión enlatada de la filosofía que se encuentra en los manuales de autoayuda, pero incluso el francés y el vietnamita comunes y corrientes tenían en gran estima la sed de conocimiento.

De forma que hablamos y comimos, y también, igual de importante, bebimos y fumamos y pensamos con libertad, entregándome así a tres de mis malos hábitos, que la reeducación me había negado. A fin de satisfacer esos hábitos, mi tía no solo abrió varias botellas sucesivas de vino tinto, sino que también destapó una lata marroquí sobre la mesa del comedor que contenía cigarrillos de dos clases, con hachís y sin él. Hasta la palabra *hachís* sonaba encantadora, o por lo menos exótica, comparada con *marihuana*, la droga favorita de América, a pesar de que las dos venían de la misma planta. La marihuana era lo que fumaban los hippies y los adolescentes, y su símbolo era esa rotundamente impopular banda llamada The Grateful Dead, a quienes Yves Saint Laurent habría hecho posar y fotografiado para popularizar las camisetas teñidas con nudos. El hachís evocaba el Oriente Medio y el zoco árabe, lo extraño y lo excitante, lo decadente y lo aristocrático. En Asia se podía probar la marihuana, pero en Oriente se fumaba hachís.

Incluso Bon compartió uno de aquellos potentes cigarrillos, y fue entonces —ya saciada el hambre, relajados los cuerpos y las mentes, sintiéndonos un poco franceses en nuestro petulante embeleso de sobremesa, que para los refugiados era igual de placentero que el embeleso postcoital— cuando Bon se fijó en una de las fotos que había enmarcadas en la repisa de la chimenea.

¿Ese no es...? Se puso de pie de golpe, recobró el equilibrio y caminó hasta el otro lado de los flecos de una alfombra persa para llegar a la chimenea. Es... Señaló la cara con un dedo. Es *él*.

Cuando le dije a mi tía que parecía que tenían un conocido en común, ella dijo: Pues no me imagino quién.

Bon se giró desde la repisa de la chimenea, rojo de furia. Yo le diré quién. El *diablo*.

Me puse de pie de un salto. ¡Si el diablo estaba allí, yo quería conocerlo! Pero cuando lo vi más de cerca... Ese no es el diablo, dije, mirando una foto coloreada de un hombre todavía en la flor de la vida, con perilla y pelo canosos y un halo de luz suave en torno a la cabeza. Es Ho Chi Minh.

Antaño yo había sido un devoto comunista como él, y mi misión había continuado incluso en América, donde había trabajado para apoyar la revolución en nuestra tierra haciendo lo posible para aplastar la contrarrevolución en el exilio. Se lo había ocultado a casi todo el mundo, pero en especial a Bon. Los únicos que conocían mis simpatías comunistas eran mi tía y su sobrino, Man. Bon, él y yo éramos hermanos de sangre, los Tres Mosqueteros, o quizá, dependiendo de cómo nos juzgue la historia, los Tres Chiflados. Man y yo éramos espías que trabajábamos en secreto contra la causa anticomunista que tanto amaba Bon, un subterfugio que nos metía en toda clase de situaciones complicadas, ya que nuestro método de escapatoria siempre solía implicar la muerte de alguien. Incluso ahora Bon creía que Man estaba muerto y que yo era igual de anticomunista que él, porque veía las cicatrices que los comunistas me habían dejado durante la reeducación y estaba convencido de que era algo que solo les hacían a sus enemigos. Yo no era enemigo del comunismo, simplemente me aquejaba el casi fatídico defecto de ser capaz de simpatizar con los enemigos del comunismo, incluyendo a los americanos. Lo que la reeducación me había enseñado era que los comunistas devotos eran iguales que los capitalistas devotos, gente incapacitada para los matices. La simpatía por el enemigo venía a ser como la simpatía por el diablo, un equivalente de la traición. Bon, católico convencido y ferviente anticomunista, desde luego lo creía. Había matado a más comunistas que nadie a quien yo conociera, y aunque él era consciente de que quizá hubiera matado a algunos a los que simplemente había tomado por comunistas, tenía fe en que la Historia y Dios se lo perdonarían.

Ahora señaló a mi tía con el dedo y dijo: Usted es comunista, ¿verdad? Yo le agarré la mano por puro reflejo, consciente de que, si Bon hubiera tenido el dedo sobre un gatillo, mi tía ya estaría muerta. Bon me apartó la

mano de una bofetada, y mi tía enarcó una ceja y se encendió un cigarrillo de los que no llevaban hachís.

Más que comunista, soy una compañera de viaje, dijo. Soy lo bastante humilde como para saber que no soy una revolucionaria de verdad. Solo una simpatizante. Tenía esa actitud relajada hacia sus ideas políticas que solo podían tener los franceses, una frescura que eliminaba esa necesidad constante que sentían los americanos de aire acondicionado. Soy más trotskista que estalinista, igual que mi padre. Creo en dar el poder al pueblo y en la revolución internacional, no en un partido que corte el bacalao en su país. Creo en los derechos humanos y en la igualdad para todos, no en el colectivismo y en la revolución del proletariado.

Entonces, ¿por qué tiene un retrato del diablo en su casa?

Porque no es el diablo, sino el más grande de nuestros patriotas. Cuando vivía en París, incluso firmaba como Nguyen el Patriota. Creía en la independencia de nuestra patria, igual que vosotros y que yo, igual que mi padre. ¿No deberíamos celebrar lo que tenemos en común?

Hablaba con calma y racionalmente. En lo que a Bon respecta, bien podría estar hablándole en un idioma extranjero. Usted es comunista, dijo él en tono concluyente. Cuando se giró hacia mí, tenía una expresión salvaje y frenética de gato acorralado. No me puedo quedar aquí.

Supe entonces que la vida de mi tía no corría peligro. De acuerdo con el rígido código de honor de Bon, era inmoral pagar la hospitalidad con el asesinato, pero ya casi era medianoche y no teníamos otro sitio adonde ir.

Duerme aquí hoy, le dije. Mañana iremos a ver al Jefe. Yo tenía su dirección en mi billetera; me la había apuntado en el campo de Pulau Galang justo antes de que los magos a cargo de las salidas del campo teletransportaran al Jefe a París, hacía un año. La mención al Jefe tranquilizó a Bon, porque el Jefe le debía la vida y había prometido hacerse cargo de nosotros si llegábamos a París.

Muy bien, dijo; el hachís, el vino y la fatiga estaban mitigando sus instintos asesinos. Volvió a mirar a mi tía con algo parecido al pesar, lo más parecido al pesar que podía venir de él. No es nada personal.

La política siempre es personal, querido, dijo. Es lo que la hace tan letal.

Mi tía se retiró a su dormitorio, dejándonos en la sala de estar con un sofá y un montón de ropa de cama sobre la alfombra persa.

Nunca me contaste que era comunista, me dijo Bon desde el sofá con los ojos inyectados en sangre.

Porque nunca habrías aceptado quedarte aquí, le dije, sentándome a su lado. Y la sangre es más importante que las creencias, ¿no? Levanté la mano hacia él, la que tenía la cicatriz roja en la palma, la marca de nuestra hermandad de sangre, el juramento que habíamos hecho una noche en Saigón en una arboleda de los terrenos de nuestro liceo. Nos habíamos rajado las manos y nos las habíamos cogido, mezclando nuestra sangre para siempre.

Ahora, un par de siglos después de nuestra adolescencia —o esa era la sensación que me daba después de todo lo que habíamos sufrido—, en la tierra de nuestros antepasados galos, Bon levantó la mano donde tenía la cicatriz y dijo: ¿Quién duerme en el sofá, entonces?

Acostado en el suelo, oí que Bon murmuraba en el sofá las plegarias que rezaba todas las noches, dirigidas a Dios y también a Linh y a Duc, su mujer y su hijo muertos. Habían muerto sobre el asfalto del aeropuerto de Saigón mientras corríamos para subirnos en el último avión que saldría de la ciudad, en abril de 1975, la segunda de nuestras experiencias de refugiados. Una bala indiferente los había atravesado a ambos, disparada por un tirador desconocido en medio del caos. A veces Bon oía cómo sus lúgubres fantasmas lo llamaban, en unas ocasiones suplicándole que se uniera a ellos y en otras, pidiéndole que siguiera con vida, pero sus manos, tan expertas en matar a otros, se negaban a volverse contra sí mismo, porque cometer suicidio era un pecado contra Dios. Acabar con una vida ajena, en cambio, era permisible en ciertas ocasiones, ya que a menudo Dios necesitaba que los fieles fueran Su instrumento de justicia, o eso me había explicado Bon. Estaba en paz con el hecho de ser un católico convencido y de matar con calma, pero lo que me preocupaba, más que el hecho de que Bon se contradijera a sí mismo —estaba claro que yo también me contradecía a mí mismo—, era que un día pudiéramos contradecirnos el

uno al otro. El día en que descubriera mi secreto, Bon ejecutaría su justicia sobre mí, sin importar la sangre que compartíamos.

Antes de marcharnos la mañana siguiente, le entregamos a mi tía un regalo de Indonesia, un paquete de *kopi luwak*, uno de los cuatro que Bon llevaba en su macuto. La inspiración nos la había dado uno de los sicarios del Jefe, que había venido a vernos el día antes de nuestra partida con tres paquetes de *kopi luwak* para su patrón. Al Jefe le encanta el café, nos había dicho el sicario. Su nariz temblorosa, sus patillas ralas y sus pupilas negras le hacían parecerse a la criatura con pinta de comadreja que había en los paquetes, o eso me pareció entonces. El Jefe lo ha pedido especialmente, dijo el sicario. Bon y yo juntamos el dinero que nos quedaba en el aeropuerto y compramos el cuarto paquete de *kopi luwak* que ahora tenía mi tía en las manos, eligiendo incluso la misma marca. Cuando le expliqué que el *luwak*, la civeta, se comía los granos de café crudos y los excretaba, y que sus intestinos supuestamente fermentaban los granos de manera gastronómica, mi tía se echó a reír, cosa que me dolió bastante. El *kopi luwak* era muy caro, sobre todo para unos refugiados como nosotros, y si había algo que debería encantar a los franceses era el café filtrado por una civeta. Teniendo en cuenta sus peculiaridades gastronómicas, consistentes en comer sesos, tripas, caracoles y cosas parecidas, su determinación heroica a comerse hasta la última parte del animal convertía a los franceses en asiáticos honorarios.

¡Oh, pobre del agricultor!, dijo, arrugando la nariz. Menuda forma de ganarse la vida. Pero consciente de su metedura de pata, se apresuró a añadir: Estoy segura de que es delicioso. Mañana por la mañana prepararé unas tazas; o por lo menos, una para ti y otra para mí.

Me señaló con la cabeza, porque al día siguiente por la mañana Bon ya estaría con el Jefe. Ya sobrio gracias a la claridad matinal, Bon no hizo mención alguna al diablo que los había dividido la noche previa, señal de que la Ciudad de la Luz quizá lo estuviera empezando a iluminar un poco. Ella tampoco mencionó nada; lo que hizo fue explicarnos cómo llegar a la estación de metro de Voltaire, situada a una manzana de distancia, desde

donde pusimos rumbo al Distrito XIII. Era el Barrio Asiático, o la Pequeña Asia, de la que tantos rumores e historias habíamos oído en el campo de refugiados.

Para de llorar, me dijo Bon. Dios mío, eres más sentimental que una mujer.

Yo no lo podía evitar. ¡Aquellas caras! La gente que nos rodeaba me recordaba a nuestra tierra. Había muchos asiáticos, aunque no tantos como los que podríamos encontrar en los Chinatown de San Francisco o de Los Ángeles, donde casi todo el mundo lo era. Pero tal como descubriría pronto, el hecho de que se juntara más que un puñado de gente no blanca ya ponía nerviosos a los franceses. Por tanto, la Pequeña Asia ofrecía una cantidad notable pero no abrumadora de caras asiáticas, la mayoría feas o vulgares, y aun así tranquilizadoras para mí. La persona media de cualquier raza no era guapa, pero mientras que la fealdad ajena únicamente confirmaba los prejuicios, la fealdad de los tuyos siempre resultaba reconfortante.

Me sequé las lágrimas de la cara para ver mejor nuestras costumbres y prácticas, que quizá estuvieran fuera de lugar aquí, pero que de todos modos nos alegraban los corazones. Hablo de ese arrastrar los pies que los asiáticos prefieren a los pasos largos, y de cómo los hombres solían caminar por delante de sus muy sufridas mujeres, cargadas con todas las bolsas de la compra, o del hecho de que uno de aquellos mismos ejemplos de caballerosidad se sonara la nariz a base de taparse un orificio nasal con el dedo y expulsar violentamente por el otro su contenido, un proyectil que aterrizó a apenas dos o tres palmos de mis pies. Asqueroso, quizá, pero la lluvia se lo llevaría sin problemas, que era más de lo que se podía decir de un pañuelo de papel hecho una bola.

Nuestro destino era un almacén de importación y exportación que anunciaba sus intenciones en francés, chino y vietnamita, y cuyos servicios incluían el envío a nuestra tierra de paquetes, cartas y telegramas; es decir, la entrega de esperanza a un país que se moría de hambre. El empleado nos miró desde el taburete de detrás del mostrador donde estaba sentado y nos saludó con un gruñido. Le dije que estábamos buscando al Jefe.

No está, dijo el empleado, que era lo que el sicario nos había dicho que diría.

Somos los de Pulau Galang, le contestó Bon. Nos está esperando.

El empleado volvió a gruñir, se bajó del taburete con cuidado hemorroidal y desapareció por un pasillo. Al cabo de un minuto reapareció y nos dijo: Os está esperando.

Al otro lado del mostrador, al final de un pasillo y detrás de una puerta, encontramos el despacho del Jefe, perfumado con ambientador de lavanda, con el suelo de linóleo y decorado con calendarios de pin-ups que mostraban a modelos núbiles de Hong Kong en poses exuberantes y con un reloj de madera idéntico a otro que yo había visto antes, en el restaurante que tenía en Los Ángeles mi viejo oficial al mando de la Sección Especial, el General, el hombre al que yo había traicionado y que me había traicionado a mí a su vez. Ciertamente, yo me había enamorado de su hija, pero ¿quién no se habría enamorado de Lana? Todavía la echaba de menos de esa manera en que los refugiados echan de menos su tierra, y precisamente el reloj que teníamos delante reproducía la forma del mapa de nuestro país. Ahora esa forma se había visto alterada de manera irrevocable, igual que el Jefe. Cuando se puso de pie al otro lado de su escritorio metálico, apenas lo reconocimos. En el campo de refugiados había estado tan demacrado y desarrapado como los demás, con el pelo mugriento, manchas marrones en los sobacos y entre los omóplatos de la única camisa que tenía y sin más calzado que un par de chanclas endebles.

Ahora llevaba mocasines, pantalones de tela con raya planchada y un polo, la indumentaria informal de la rama urbana y occidental del *Homo sapiens*, y el pelo corto y peinado con una raya tan bien hecha que se podría haber colocado un lápiz en ella. En nuestra tierra había sido propietario de unos intereses considerables en compañías arroceras, petroquímicas y de refrescos, por no mencionar ciertos artículos del mercado negro. Después de la revolución, los comunistas le habían extirpado su exceso de riqueza, pero aquellos fanáticos de la cirugía plástica le habían extraído demasiada grasa. Ante la amenaza de morir de hambre, había huido a Francia y solo había necesitado un año para volver a convertirse en hombre de negocios y recuperar su apariencia acomodada de humanidad adinerada.

¿Qué?, nos dijo. ¿Habéis traído la mercancía?

Iniciamos nuestro ritual preparatorio masculino abrazándonos y dándonos palmadas en la espalda, tras lo cual Bon y yo asumimos la posición de simios socialmente inferiores que le ofrecen su tributo al macho alfa: los tres paquetes de *kopi luwak*. Luego empezó la diversión, consistente en fumar cigarrillos franceses y en beber Rémy Martin gran reserva con unas copas que nos encajaban a la perfección en las manos, como si fueran pechos bien torneados. En los últimos dos años yo no había bebido nada más refinado que whisky de arroz de destilación casera, que te podía dejar ciego, y la reunión de mi lengua con uno de sus grandes amores, el coñac, me puso lloroso. El Jefe no dijo nada. Igual que Bon, me había visto llorar muchas veces en el campo de refugiados. Mientras que algunos sufrían brotes de malaria, a mí me asaltaban accesos inesperados de lloriqueos, una dolencia de la que todavía no me había recuperado por completo.

Cuando se me recobró la lengua tras el contacto con el delicioso cuerpo cobrizo del coñac, sorbí por la nariz y dije que nunca lo habría tomado por la clase de hombre a quien le gustaba el café hecho con granos defecados por una civeta. Me dedicó su mejor imitación de una sonrisa, cogió un abrecartas, abrió uno de los paquetes y sacudió el contenido hasta que le cayó un grano marrón reluciente de café en la mano, donde se quedó brillando bajo la lámpara del escritorio.

No tomo café, dijo. Té sí, pero el café es demasiado fuerte.

Miramos el pobre grano, al que la punta del abrecartas le estaba presionando el vientre. El Jefe hizo rodar el grano entre los dedos hasta tenerlo entre el pulgar y el índice y lo rascó con el filo. El marrón se desprendió y reveló algo blanco debajo.

Solo es tinte vegetal, dijo. No te hace daño, aunque lo esnifes.

Abrió la segunda bolsa, se echó otro grano en la mano y volvió a rascar una parte del colorante para revelar el blanco de debajo.

Hay que comprobar el producto, dijo. No siempre puedes confiar en tus hombres. De hecho, es una regla de oro: nunca confíes en tus hombres.

Abrió un cajón, sacó un martillo como si tal cosa, como si en todos los cajones se encontraran martillos, y dio unos golpecitos suaves en el grano hasta que se deshizo en forma de un polvillo blanco. Metió un dedo en el

polvillo blanco, teñido de colorante marrón, y se lo lamió. El breve vislumbre de su lengua rosada me provocó un temblor en el dedo gordo del pie.

La mejor prueba es esnifarlo, aunque tengo gente para eso. O lo podéis probar vosotros. ¿Queréis?

Negamos con la cabeza. Nos ofreció otro facsímil de sonrisa y dijo: Bien hecho. Es un remedio magnífico, pero no os conviene necesitarlo.

Rajó la tercera bolsa, sacó otro grano, lo dejó sobre la mesa y le dio un golpecito con el martillo, seguido de otro y por fin un tercero. El grano no se deshizo. Frunció el ceño y le pegó un poco más fuerte. Luego aplastó el grano de un martillazo que hizo que la lámpara del escritorio diera un salto de sorpresa, pero cuando levantó la cabeza del martillo de la mesa, no vimos polvillo blanco, sino un círculo de trocitos, marrones del primero al último.

Mierda, murmuró Bon.

No, café, dijo el Jefe, dejando el martillo con gentileza en la mesa. Se reclinó en su silla, con una pequeña arruga en las comisuras de los labios, como un inspector de auditorías al que le divertía descubrir el error fatídico de algún defraudador. El tiempo debía de haberse detenido, porque pude ver que las manecillas del reloj no se habían movido lo más mínimo desde que habíamos entrado en el despacho del Jefe. Chicos, dijo, creo que tenemos un problema.

Y con lo de «tenemos», por supuesto, quería decir «tenéis».

Nadie sabía cómo se llamaba el Jefe, o bien, si alguien lo sabía, no se atrevía a decirlo en voz alta. En su pasaporte constaba un nombre, pero nadie sabía si era real, y solo lo habían visto las autoridades. Presumiblemente sus padres debieron de saber cómo se llamaba, pero era huérfano, y quizá no le habían puesto nombre antes de abandonarlo en el orfanato. Los huérfanos eran como los bastardos, y esto me hacía sentir cierta compasión por el Jefe, que se había escapado del orfanato a los doce años, harto de aguantar la instrucción católica, la dieta repetitiva de gachas con unos cuantos copos de cerdo desecado, los malos tratos que le

prodigaban los demás huérfanos por ser chino y la sensación interminable de rechazo que provocaba el que no lo adoptara nadie. Su experiencia entre niños también había comportado que no quisiera tener hijos. El Jefe no necesitaba un legado más allá del que se había creado él, el único que valía la pena poseer. Ahora se concentró en los dos hombres que tenía delante —uno de los cuales era yo— y decidió que no suponíamos una amenaza para su legado, que no éramos lo bastante tontos como para poner en jaque nuestra provechosa relación con él por medio kilo de aquel remedio de gran calidad.

Os diré qué haremos. Mañana volvéis con el otro *kopi luwak*. Y aquí no ha pasado nada, ¿verdad?

Los dos hombres dijeron que sí al unísono. La gente que lo conocía siempre le decía que sí, si era lo que él quería, o bien que no, si era lo que él quería. En cuanto a la gente que no lo conocía, le correspondía al Jefe la tarea de comunicarles quién era y cómo tenían que contestarle. Aquellos dos ya lo conocían y entendían que si no podía confiarles medio kilo, no podía confiarles nada. Se plantó una sonrisa en la cara y dijo: Ha sido un error no intencionado, estoy seguro. Siento haberos causado estas molestias. ¿Dices que a tu tía le gusta el hachís? Le daré un poco. Gratis. Cortesía de la casa.

Luego le apuntó dos direcciones a Bon en un papel y le dijo: Deja tus cosas y ve al restaurante. No te conviene llegar tarde a tu primer trabajo.

Se terminaron el coñac, le estrecharon la mano y lo dejaron a solas con la botella de Rémy Martin, el paquete de cigarrillos, un cenicero sucio, tres copas vacías, los granos de café y el martillo. El Jefe limpió el polvo blanco y la mancha marrón de café que habían quedado en la cabeza del martillo y, sosteniéndolo en la mano, admiró su peso, su equilibrio y su elegancia. Lo había comprado en una ferretería poco después de llegar a París, junto con una caja de clavos. Allá adonde iba, una de las primeras cosas que le gustaba comprar, si no tenía uno ya, era un martillo. Puede que un martillo fuera una herramienta sencilla, pero era lo único que le había hecho falta en la vida, aparte de su mente, para cambiar el mundo.

Aunque no me faltaban razones para tenerle miedo al Jefe, a Bon se lo tenía un poco menos. Ahora que sé que Bon me ha disparado a la cabeza, me queda claro que fue una equivocación por mi parte. Hacía algo más de dos décadas que conocía a Bon, desde que íbamos juntos al liceo. Bon había visto demasiada violencia y muerte, y había lidiado demasiado con ellas como para tener miedo ni siquiera de alguien como el Jefe. Durante la mayor parte de su vida, y de una forma que habría resultado completamente malsana para cualquiera que no fuese él, a Bon le había preocupado lo que significaba morir. Si esa era una de las metas de la filosofía, entonces Bon era un filósofo. Llevaba reflexionando sobre la muerte desde el momento de su infancia en que una célula del Viet Cong había apuntado con el dedo acusador de un revólver a la cabeza de su padre, perforando su frágil cubierta, revelando aquello que ningún hijo debería ver nunca y despertando en Bon un impulso homicida, un impulso que no conoció freno hasta su paso por el campo de reeducación. Allí se encontró con la Muerte despertándolo todas las mañanas, sosteniéndole un trozo roto de espejo delante, lo bastante cerca como para permitirle ver cómo la niebla de su aliento empañaba su imagen.

En los años previos a la reeducación, a Bon no le había importado lo más mínimo cazar y matar. Tras la reeducación, se volvió más selectivo con las ofertas de empleo que el Jefe le hacía en el campo de refugiados. Después de ver cómo Bon le salvaba la vida, el Jefe le había dicho: Me iría bien un hombre como tú para encargarse de esa clase de cosas.

No hago daño a gente inocente, le había dicho Bon.

Examinaron al hombre que tenían encogido a sus pies, inconsciente o quizá fallecido, con los elementos de su cara reorganizados por Bon al

estilo cubista. El Jefe se encogió de hombros y aceptó la condición, puesto que el precio para entrar en la profesión del Jefe era la pérdida de la inocencia. En cambio, el Jefe no terminó de ver bien la otra condición que puso mi amigo: que me suministrara un trabajo a mí también.

No doy trabajo a gente como este puto chiflado, dijo por fin. Se daba cuenta de que a mí me faltaba un tornillo, el mismo tornillo de confianza que a lo largo de los años había sujetado mis dos mentes entre sí. A veces ni siquiera me daba cuenta de que tenía dos mentes, dado que aquel era mi estado natural, por antinatural que fuera. Ahora al tornillo le había desaparecido la rosca, como resultado del enorme desgaste al que había sido sometida durante mis años de espía en activo, espía a la espera y espectro. Mientras el tornillo se había mantenido bien ajustado, mis dos mentes habían funcionado más o menos bien las dos juntas. Ahora yo ya no estaba en mis cabales, que es la condición universal del ser humano, sino descabalado.

Somos los dos o ninguno, dijo Bon.

Ese es el problema de la lealtad, dijo el Jefe con un suspiro. Que es genial hasta que se vuelve un coñazo.

Cuando salimos del almacén de importación-exportación del Jefe, nos tocó afrontar un dilema. Él quería que empezáramos a trabajar de inmediato, pero también quería que le devolviéramos su *kopi luwak*, que estaba en manos de mi tía y que esta podía abrir en cualquier momento. ¿Qué debíamos hacer?

Nos ha dicho que iba a preparar el café mañana, dije. Y no parecía muy entusiasmada, así que no veo muy probable que se lo vaya a beber sola.

Muy bien, dijo Bon, mirando el sol para calcular la hora. Le habían quitado el reloj de pulsera los guardias de la reeducación para... para... bueno, no había ninguna justificación. Hagamos esto lo más deprisa posible.

Las viviendas estaban a poca distancia a pie, en una zona de arquitectura peatonal sin encanto. A diferencia del París de Maurice Chevalier y Catherine Deneuve, la mayor parte del Distrito XIII sufría

deficiencia de encanto, aunque no estaba claro si las autoridades permitían que los asiáticos vivieran en aquel barrio precisamente por sus rasgos poco agraciados o si era la presencia de los asiáticos lo que contribuía a su falta de gracia. Pese a todo, Bon se quedó satisfecho cuando un conserje de permanente desinflada nos enseñó con aire cansino nuestro alojamiento; los montones de literas le recordaron los barracones del ejército que había amado de corazón. Además, la atmósfera era nostálgica; iba cargada de un olor a sudor masculino que evocaba honradez y camaradería. Por lo demás, los habitantes de la sala eran civiles, a juzgar por las mantas encogidas de vergüenza sobre los colchones, las esterillas de caña arrugadas sobre el suelo de parqué, y lo que pasaba por cocina: una mesa plegable con una olla de arroz y una cocinilla eléctrica grasienta de dos fogones.

Todo el mundo está trabajando, dijo el conserje. Esta litera es la tuya.

¿Qué se paga de alquiler?

El Jefe se hace cargo de eso. Buen trato, ¿eh?

Un buen trato para Bon significaba un trato todavía mejor para el Jefe. Pero como no tenía otra alternativa que el apartamento de mi tía, Bon dejó su macuto en el colchón y dijo: Me lo quedo.

Tal como le había enseñado la reeducación, ese era su talento más singular: era capaz de conformarse con lo que fuera.

Nuestra siguiente parada fue el restaurante Delicias de Asia, situado en la rue de Belleville, donde Bon iba a trabajar como ayudante de cocina. ¿De cocina?, había dicho Bon. Pero si no sé cocinar. Por eso no te preocupes, le había dicho el Jefe. No es un local famoso por su comida.

En aquel restaurante que no era famoso por su comida, las baldosas blancas del suelo estaban surcadas por varices de grasa marrón, las paredes amarillas tenían manchas que confié en que fueran simples huellas pegajosas de dedos y cada vez que se abrían las puertas de las cocinas se oía gritar y reír a los huraños camareros y a los deslenguados cocineros. Al lado de la caja registradora, un equipo de música hacía sonar casetes chirriantes de ópera china y vietnamita. Detrás de la caja registradora estaba el maître y encargado de la selección musical, Le Cao Boi, que, a juzgar por su aspecto

y sus maneras, era el típico hombre romántico vietnamita: parte poeta, parte playboy y parte gánster.

Me encanta ver cómo se les pone el cuerpo en tensión cada vez que pulso el play, dijo con una risa, viendo cómo el único cliente del local abandonaba un plato donde todavía bullían los gusanos, que al verlos más de cerca resultaron ser unos fideos grasientos y gelatinosos. Sacó el casete y puso otro. Led Zeppelin, *Stairway to Heaven*, dijo. Mejor. ¡En fin! El Jefe me ha hablado de vosotros, bribones.

Le Cao Boi era el mariscal de campo del Jefe. Nos presentó a los empleados del restaurante: dos camareros, tres chefs, un ayudante de camarero y un conserje, o bien, como los llamaba Le Cao Boi, los Siete Enanitos. A diferencia de los Siete Enanitos de *Blancanieves*, estos no eran adorables y ni siquiera eran enanos; solo eran rudos, desagradables y bajitos. Aunque lo más llamativo, tal como le señalé a Le Cao Boi, era que siete personas parecían demasiadas para un restaurante que estaba vacío a mediodía en fin de semana. Me sonrió y me dijo: Te hace preguntarte por qué el Jefe me manda dos empleados más, ¿no?

Tal como debía de resultar obvio incluso para un turista o un extranjero, el restaurante no sobrevivía gracias a su producción culinaria, sino que era un puesto de avanzada en los ambiciosos planes que tenía el Jefe para expandirse de la Pequeña Asia al centro de París, el corazón de la blancura, aunque todavía con sus sombras de oscuridad. Aquel puesto de avanzada servía de tapadera para Le Cao Boi y sus Siete Enanitos, que, además de ser bajitos, eran iracundos y ambidextros. Sus armas favoritas eran los cuchillos de carnicero, funcionales tanto en las cocinas como en las misiones, para las cuales siempre llevaban dos de aquellos cuchillos enormes por cabeza, envainados debajo de los sobacos en unas fundas de cuero a medida.

Tienen mala leche porque son bajitos, dijo Le Cao Boi. Y son adversarios duros porque son bajitos. Si les intentas dar un puñetazo ahí donde crees que tienen la cabeza, solo le darás al aire. No te conviene que vengan a por ti los siete a la vez, pero es así como trabajan. Uno te corta el miembro viril, otro te raja las rodillas y el tercero te desjarreta, los tres a la vez. Expulsó una nubecilla de humo. Pero no se les dan bien los matices. La

palabra *matices* no está en su vocabulario. Joder, *vocabulario* no está en su vocabulario. Para eso habéis venido vosotros.

Le Cao Boi se ajustó las gafas de aviador, que no se quitaba nunca, ni siquiera para hacer el amor, o eso decían, y lo decía sobre todo él. Estaba orgulloso del estatus que les daba la marca a aquellas gafas, unas Ray-Ban americanas; nada de imitaciones baratas, le gustaba señalar. La elegancia era importante para Le Cao Boi, desde los calcetines de diseño hasta un pelo tan engominado que no se le movía ni un mechón, por mucho que estuviera declamando poesía (la suya propia), haciendo el amor (enérgicamente) o blandiendo su arma favorita: un bate de béisbol que le había regalado un primo suyo americano. Para Le Cao Boi había sido una experiencia amarga irse de refugiado a Francia en vez de a América, el país con el que había soñado durante su juventud en Cholon. Igual que el Jefe, Le Cao Boi era de etnia china, hijo de un gánster de Cholon y nieto de un comerciante de la provincia de Cantón que se había asentado en Saigón en el cambio de siglo. El abuelo había vendido seda y opio, el padre solo opio, y el nieto ya no vendía nada más que sus servicios violentos, un declive enorme sobre el que meditaba a menudo en su poesía, que era tan inenarrablemente mala que no pienso citar ni un solo verso aquí.

Podéis considerarme Baudelaire con un bate de béisbol, nos dijo al tiempo que nos enseñaba su preciado Louisville Slugger. Menudo nombre, añadió, haciendo rodar el bate de béisbol sobre el mostrador donde tenía la deprimida caja registradora, cuyo único propósito en la vida —que alguien le pulsara las teclas— no alcanzaba casi nunca. Así pues, ¿qué nombres os ponemos? Tú eres Asesino, es obvio. No me gustaría encontrarme tu cara al abrir una puerta. Pero tú... Le Cao Boi me dirigió su mirada meditabunda. El Jefe dice que ya tienes nombre. ¿Sabes cuál?

Me ofreció una sonrisa, una de esas sonrisas que sus admirados americanos llamaban sonrisas hijas de puta, una expresión cuyo significado confundía al progenitor con la descendencia. Hola, Puto Chiflado, dijo Le Cao Boi. Me han contado muchas cosas de ti.

En otra época me habría ofendido, pero, bien pensado, después de todo lo que había sufrido y visto, quizá sí que ya fuera un puto chiflado. Quizá la expresión no fuera sino otra forma de llamar a alguien con dos caras y dos

mentes. De ser así, por lo menos yo sabía quién era, que es más de lo que puede decir la mayoría. Las imágenes duales de mí que flotaban en las lentes de Le Cao Boi me recordaron que yo no era uno, sino dos, no solo yo o *moi*, sino también, en ocasiones, nosotros. Quizá fuéramos dos personas en un mismo cuerpo, dos mentes en un mismo envoltorio; pero si esto era una debilidad, estar dividido de ti mismo, también era una fortaleza, ser tu propio gemelo. No éramos la mitad de nada. Como me había dicho tantas veces mi madre: ¡eres el doble de todo!

Muy bien, basta de charla, dijo Le Cao Boi. Me revienta el comadreo. Vamos a trabajar.

Eh, jefe, dijo uno de los enanos, emergiendo de la parte de atrás del restaurante. Tenía los párpados caídos. Gruñón lo ha vuelto a hacer.

Du ma!, dijo Le Cao Boi. ¿Y por qué no lo arreglas?

Du ma!, dijo Dormilón, señalándome. Él es el nuevo.

Tienes razón. Le Cao Boi me señaló con la cabeza. Sigue a Dormilón, él te enseñará qué has de hacer. Y después empezamos con el trabajo de verdad.

Seguí a Dormilón hasta la parte de atrás del restaurante. Se detuvo frente a una puerta mugrienta y me dijo con una sonrisa: Hay que empezar abajo del todo e ir progresando, ¿verdad?

Dormilón se carcajeó de su propio chiste y pareció un poco resentido porque no me riera yo también. Gruñendo, abrió la puerta de una patada y me dijo: Evita ensuciarte las manos. Manos limpias, comida limpia, ¿verdad que sí? Cuando Dormilón vio que me entraban arcadas y que me lloraban los ojos, se puso de puntillas al otro lado de la puerta abierta para mirar el interior del retrete y dijo: Dios bendito. Puaj. En fin..., buena suerte, novato.

No vi por ninguna parte guantes de goma, aunque tampoco el interior de esos guantes habría sido sanitario. Las únicas herramientas para hurgar dentro del orificio embozado eran un desatascador con el mango corto y la ventosa de goma lastimosamente pequeña, además de una escobilla para retretes que parecía un cepillo de dientes sucio. Si el desatascador o la escobilla pudieran hablar, está claro que se pasarían la eternidad entera gritando, que era lo que yo ya estaba haciendo por dentro.

Emergí del váter al cabo de unos veinte minutos, tembloroso y tratando de no pensar en las finas gotitas de agua que me habían rociado toda la ropa y seguramente también me habían humedecido los brazos y la cara. Había visto cosas peores en el campo de refugiados, ¡pero se suponía que esta era la Ciudad de la Luz!

¿Listo?, preguntó Le Cao Boi. Siempre le digo a Gruñón que no se coma la comida de aquí. El que avisa no es traidor. Venga, vamos. Tenemos que cobrar una deuda.

Nuestro destino estaba en Le Marais, un barrio popular entre judíos y maricones, de acuerdo con Le Cao Boi, aunque nuestro objetivo no era ninguna de ambas cosas. Solo era un cliente al que le gustaba pegar a las chicas, lo cual podía ser aceptable, dependiendo de cuánto pagara. Lo que no era aceptable era que hubiese acumulado una deuda que no estaba pagando con puntualidad.

Nunca te endeudes por una mujer, dijo Le Cao Boi, deteniéndose frente a la puerta de una agencia de viajes para dejar pasar a un turista japonés, que llevaba una lente de zoom tan larga como su antebrazo acoplada a la cámara que le colgaba del cuello. Dentro nos encontramos con una pareja joven sentada delante del empleado de la agencia, cuyo único crimen parecía ser combinar una corbata de vestir con camisa a cuadros de manga corta. Un espasmo de terror le sacudió los ojos al empleado cuando vio a los dos asiáticos y medio que no parecían ser burgueses respetables en busca de un respiro de las moderadas exigencias del capitalismo francés de la década de 1980. Bon se sentó en la silla contigua a la de la joven pareja y se quedó mirando al cliente. Le Cao Boi le explicó que esperaríamos a que terminaran, que se tomaran el tiempo que hiciera falta, que la costa española estaba preciosa en esta época del año. Los minutos siguientes fueron incómodos, por lo menos para el hombre de la agencia, mientras Le Cao Boi deambulaba por la oficina, silbaba *Stairway to Heaven* y se dedicaba a pasar el dedo por los pósteres de playas y palmeras de las paredes, por los folletos del mostrador y por los respaldos de las sillas donde estaba sentada la pareja.

Bon se quedó sentado a su lado, mirando solo al empleado de la agencia pero manteniendo a la pareja en la periferia de su campo visual. Uno y otros se dedicaron a mirarse entre sí mientras el tipo de la agencia tartamudeaba, con los dedos temblándole sobre la carpeta donde tenía los paquetes turísticos. Yo me dediqué a observarlos a todos, plantado en silencio y con la espalda apoyada en la pared de al lado de la puerta, y cuando la joven pareja sonrió nerviosamente y prometió que volvería otro día, les abrí la puerta. El empleado de la agencia de viajes agitó las manos en dirección a Le Cao Boi alternando las explicaciones y las súplicas, pero Le Cao Boi fingió que no lo oía y le dijo a Bon: Es un ladrón que pega a chicas. No te podríamos haber dado un mejor trabajo para empezar, ¿eh?

La verdad es que no. Bon se puso de pie. Este será fácil. Al menos para mí.

Mientras veía al empleado de la agencia temblar y gimotear encogido en el suelo impoluto —Bon había tenido cuidado de no hacerle sangre—, entendí con una oleada repentina de vergüenza que yo tenía algo en común con aquel hombre, además de las ganas quejumbrosas de vivir. También compartía su hombría, su lujuria, el cerebro febril que no podía pasar diez minutos sin que le cruzara por delante una fantasía sexual. Los hombres éramos todos iguales, o por lo menos el noventa o el noventa y cinco por ciento. Quizá Bon fuera una excepción, tan puro de corazón que ni siquiera en las fosas oceánicas de su mente y de su alma fantaseaba con el sexo opuesto. Pero la mayoría de los hombres, sí. Y yo... yo era como la mayoría.

Lloré un poco por el hombre de la agencia de viajes, aunque más por mí mismo y por mi madre, obligada a verme con aflicción desde las alturas. Le Cao Boi se sorbió la nariz con gesto de asco, no por el hombre de la agencia vapuleado, sino por mis lágrimas. Ten un poco de dignidad, hombre, me dijo cuando estuvimos fuera de la agencia.

Bon, avergonzado, me dijo: Ve a buscar ese *kopi luwak*. Nos separamos. Mientras ellos regresaban a Delicias de Asia, puse rumbo a casa de mi tía, secándome las lágrimas a la vez que recordaba cómo Bon le retorció el

miembro viril al hombre de la agencia hasta que el pobre tipo casi se desmayó; llamaba a su madre, lo cual me había hecho pensar en la mía. Yo nunca había vivido con una mujer que no fuera mi madre, y tampoco tenía ni idea de qué hacer con una mujer que no fuera mi madre y a quien no estuviera persiguiendo. Abrí con suavidad la puerta del apartamento de mi tía y me la encontré sentada a su escritorio, que estaba metido en un recoveco del pasillo. Andaba editando un manuscrito cigarrillo en mano, o quizá fumar fuera la verdadera actividad y editar fuera la distracción.

¿Cómo te ha ido el día? Agitó el cigarrillo en mi dirección y me ofreció uno.

Nada destacable, le dije, preguntándome si el *kopi luwak* seguiría intacto. He conocido a mi jefe y he hecho un trabajo para él.

Lávate y cuéntamelo. Señaló el baño, que estaba en mitad del pasillo. Pronto me llegan invitados y les he hablado mucho de este sobrino mío con tanto talento.

Tal como descubriría en los meses por venir, el apartamento de mi tía era todo un punto de encuentro para escritores, editores y críticos, una multitud de intelectuales tan izquierdistas que siempre me sorprendía ver que casi todos comían con la mano derecha. La carrera de mi tía como editora, junto con su afición a la vida social y su talento para halagar sutilmente el ego masculino —aunque casi nunca hacía falta sutileza—, la había llevado a tener una amplia red de amistades, casi todas masculinas, cuyo oficio eran las palabras y las ideas. Al menos dos o tres veces por semana venía alguna visita, con una botella de vino o una caja de coloridos *macarons*. Mi tía consumía vino y *macarons* como loca y sin ningún impacto evidente en el perímetro de su cintura. Este talento se debía a que apenas probaba la comida de verdad, por lo menos en mi presencia; se limitaba a llenarse con humo, con las ya mencionadas palabras e ideas y con los ligeros y dulces *macarons*.

¿Te puedo preparar un poco del *kopi luwak*?, le pregunté levantando la voz desde la cocina, donde mi tía no me pudiera ver desde su recoveco. Para mi alivio, el regalo estaba intacto. Cuando mi tía contestó que sí, me resultó fácil intercambiar los paquetes y volver a la sala de estar con una cafetera de filtro de cristal llena del oscuro brebaje. Mi tía se sentó conmigo

y le conté las actividades del día mientras fumábamos Gauloises y dábamos sorbos del café de civeta.

No puedo decir que note la diferencia, me dijo. Está delicioso, eso sí. De hecho, es bastante fuerte.

Es psicológico. Saber de dónde viene afecta al sabor.

Igual que saber de dónde vienen ese jefe tuyo y Le Cao Boi, me dijo. Me los imagino oscuros y fuertes, como este café. El gánster y el romántico. El violento y el lírico. ¿No es eso lo que define la cultura de nuestra tierra?

¿Nuestra tierra no es Francia? Cuando me daba clases en la escuela, mi padre nos hacía repetir con él: *la Gaule* es la tierra de nuestros antepasados.

Tu padre era un colonizador y un pedófilo, que son dos cosas que van de la mano. La colonización es pedofilia. El país paterno viola y molesta sexualmente a sus desafortunados pupilos, ¡y todo en el nombre sagrado e hipócrita de la misión civilizadora!

Cuando hablas así de mí, me siento un símbolo.

Acostúmbrate, querido. No hay nada que nos guste más a los franceses que los símbolos.

Por esos derroteros iba nuestra conversación, un registro refrescante después de la tosca propaganda del campo de reeducación y del seudorrealismo de parvulario del ya un tanto oxidado Sueño Americano. Los americanos detestaban los símbolos, salvo los símbolos patrióticos y sentimentales como las armas de fuego, las banderas, las madres y la tarta de manzana, cosas que el estadounidense medio juraba defender hasta la muerte. Era imposible no querer a una gente tan práctica, tan pragmática, sin paciencia para las interpretaciones, tan ansiosa por que le dijeras las cosas claras, por favor. Si intentabas interpretar el significado profundo de una película delante de un americano, él te aseguraba en tono reflexivo que no era más que una historia. Para los franceses no había nada que fuera una simple historia. En cuanto a las cosas claras, a los franceses les aburrían bastante.

Las cosas claras, dijo mi tía, solo son el principio, nunca el final.

Y hablando de cosas claras, pensaba que eras costurera.

Y yo pensaba que eras un capitán patriota que había terminado convertido en refugiado. A ti te han dado tu tapadera y a mí, la mía.

¿Quién, Man?, le pregunté. Cuando asintió con la cabeza, le dije: ¿Le has dicho que estoy aquí?

Pues claro que sí. Todavía no me ha contestado. Me miró con astucia. Mi lealtad es en primer lugar hacia él, mi sobrino auténtico. O ni siquiera hacia él, sino a la revolución que tú has abandonado.

Yo no he abandonado la revolución, me ha abandonado ella a mí.

Decepciones, abandonos, traiciones... Por desgracia, son cosas típicas de las revoluciones, como pasa en todas las historias de amor apasionadas. ¿Pasó algo entre vosotros dos?

¿Lo dices porque vuelvo a ser un refugiado?

Sí. ¿O es otra tapadera para mantenerte a salvo de Bon? Si supiera que eres comunista, te mataría, ¿verdad?

Mi taza estaba vacía salvo por un limo fino y negruzco de café molido. Sí.

Cuando me escribiste pidiendo ayuda, acepté...

Y te lo agradezco...

... por todo lo que has hecho por la revolución. Y porque quiero que sepas lo que le ha pasado a nuestra revolución. Sé distinguir la propaganda cuando la veo, y lo que viene de nuestra revolución es propaganda. Pero por imperfecta que pueda ser nuestra revolución —¿y qué revolución es perfecta?—, eso no significa que apoye a los contrarrevolucionarios. Así que dime, mi querido excomunista: ¿te has vuelto reaccionario?

¿Comunista y reaccionario son mis únicas opciones?

¿Qué otras opciones tienes?

Eres editora, le dije. Tengo algo para que lo leas.

Saqué mi confesión del doble fondo de mi macuto de cuero y se la di, las 382 páginas. Apenas le había dado tiempo a mirar la primera cuando unos golpes en la puerta anunciaron que habían llegado las visitas, informales pero bien vestidas, provocando que me avergonzara de mi sencilla camisa blanca de manga larga remangada hasta los codos, y de mis aburridos pantalones de tela negros y mis zapatos polvorientos: un conjunto que me daba pinta de camarero, que es lo que era ahora. Ellos también

llevaban camisas y pantalones y tenían brazos, piernas y ojos como yo. Pero, aunque compartíamos los mismos elementos que nos hacían humanos, estaba claro que ellos eran *filet mignon*, poco hecho y perfectamente soasado, mientras que yo era carne de órgano hervida, a buen seguro intestino. En otras palabras, éramos parientes lejanos pero nadie nos confundiría jamás. Saltaba a la vista la buena calidad del algodón de sus camisas, tejidas por mano de obra infantil zarrapastrosa en algún rincón de un país pobre, oscuro y caluroso. En cuanto a sus pantalones, les sentaban tan bien que no les hacía falta cinturón, mientras que los míos me iban tan grandes que necesitaban una correa repulsiva de cuero de serpiente, suministrada por el campamento de refugiados y donada presumiblemente por alguien provisto de una típica cintura americana de Texas o de Florida, es decir, una correa lo bastante larga como para envolver a dos demacrados vietnamitas.

El primer caballero, que tenía el cabello negro salpicado de canas, era psicoanalista. El otro caballero, que tenía el cabello gris y repeinado salpicado de pelos negros, se dedicaba a la política. Era socialista, una afiliación honorable en Francia, y estaba muy contento porque la semana anterior un compañero suyo de filas había ganado la presidencia. Era lo bastante conocido en la política como para que me lo pudieran presentar solo por sus iniciales, algo que me desconcertó de entrada.

¿BHV?, dije.

BFD, repitió mi tía.

BFD y el psicoanalista, que también era maoísta y había completado su doctorado, me contemplaron con una curiosidad que pronto degeneró en desdén, un sentimiento que a los franceses les cuesta mucho disimular porque consideran el desdén una virtud. Mi tía me presentó como refugiado de la revolución comunista de mi tierra, y aquellos dos hombres eran izquierdistas para quienes los revolucionarios vietnamitas eran nobles salvajes del mundo moderno. Si yo no era uno de aquellos nobles salvajes, entonces debía de ser un innoble salvaje, y el hecho de que el francés que yo había aprendido en el liceo estuviera completamente oxidado después de tantos años sin usarlo todavía empeoraba más la situación. Después de unas cuantas rondas entrecortadas de conversación en las que demostré con

rapidez que era incapaz de nadar en las corrientes intelectuales, culturales y políticas de París ni de Francia ni de los franceses —por ejemplo, mencioné a Sartre sin saber que el gran existencialista había muerto el año antes—, el doctor maoísta, BFD y mi tía dejaron de prestarme atención. Me senté en una esquina del sofá en estado de humillación, una región que había frecuentado, particularmente cuando me llamaban bastardo. En el pasado mi reacción solía ser la cólera, que es una buena máscara. Pero ahora yo no era yo mismo; o, mejor dicho, era yo y a la vez yo mismo, tenía mi tornillo bastante suelto, las dos botellas de vino que habían traído las visitas me habían reconfortado y el tren de carga de la conversación me estaba pasando al lado como una bala, revelando solo fugaces vislumbres desde las ventanillas. Mientras fumaba los cigarrillos de mi tía y contemplaba el techo, la moqueta y las punteras relucientes de los zapatos de los hombres, supe que no solo era un payaso, sino también un memo.

Cuando mi tía nos ofreció hachís, acepté con alivio, sin saber muy bien cómo salir con elegancia de su *ménage à trois*. Aun así, bajo el embrujo del hachís me resultó perfectamente normal que un poco más tarde, cuando el doctor maoísta se despidió de todos, e incluso de mí, BFD se quedara sentado. Mi tía cerró la puerta detrás del doctor maoísta y dijo: Qué velada tan agradable. Hasta mañana...

Hizo un gesto con la cabeza a BFD, que se puso de pie, inclinó la cabeza un poco burlescamente en mi dirección y la siguió a su dormitorio. Los oí reírse al otro lado de la puerta, seguro que de mí. Me reí con ellos. Al fin y al cabo, yo no era el revolucionario, sino el refugiado; era el palurdo de la región atrasada, el sobrino corto de luces recién llegado de la colonia, el bastardo tonto que era tan provinciano y mojigato que, hasta flotando en la nube del hachís, le escandalizaba la idea de que su tía hiciera el amor con un político, o con cualquier hombre, aunque fuera socialista.

Aquella misma noche me explotó por fin en la cabeza la bomba de relojería de una lección. Estaba intentando dormir cuando me acordé de pronto de un profesor del liceo que se había sacado una licenciatura en el París de los años treinta. Los estudiantes lo idolatrábamos y lo envidiábamos.

Ciertamente, la idolatría y la envidia impregnaban nuestra húmeda colonia, igual que cualquier otra colonia. Los colonizadores se creían divinos, y los intermediarios nativos que los servían, como mi profesor, se consideraban sacerdotes y discípulos suyos. No es de extrañar que los colonizadores nos vieran despectivamente como salvajes, niños o borregos, mientras que nosotros los veíamos a ellos como semidioses, amos o brutos. El peligro de venerar a seres humanos, por supuesto, es que terminan revelando sus defectos humanos, y en ese instante el creyente no tiene otro remedio que matar a los ídolos caídos o morir en el intento.

Algunos amábamos a los franceses, nuestros patrones, y otros odiábamos a los franceses, nuestros colonizadores, pero todos habíamos sido seducidos por ellos. Es difícil que alguien te ame —que era como los franceses imaginaban su relación con nosotros—, o que alguien te maltrate —aunque los franceses fingieran no hacerlo—, sin que te moldee su mano y te influya su lengua. De manera que aprendimos el idioma y la literatura de los franceses bajo la tutela de aquel profesor que realmente había pisado el suelo de *la Gaule*, la tierra de nuestros ancestros, en calidad de estudiante universitario enviado a absorber lo mejor de la cultura francesa. El profesor había regresado convertido en una esponja empapada para beneficio de aquellos nativos ignorantes que éramos nosotros, listo para aplicársela a unas frentes que quizá sufrieran la fiebre revolucionaria.

Ah, los Campos Elíseos, declamaba con entusiasmo la Esponja. ¡Oh, la Torre Eiffel!

Y todos nos derretíamos un poco, y soñábamos que un día también nos podríamos subir a un barco de vapor rumbo a la metrópolis, sin más equipaje que una maleta, una beca de estudios y nuestro complejo de inferioridad.

¡Ah, Voltaire!, se licuaba la Esponja. ¡Oh, Descartes! ¡Oh, Rousseau!

A decir verdad, nos encantaba leer a aquellos maestros en el francés original para las clases de la Esponja, y nos creíamos todo lo que la Esponja nos decía: que la mejor literatura y filosofía era universal, y que la literatura y la filosofía francesas eran las mejores de entre las mejores, y que a base de aprender la literatura y la filosofía y el idioma de los franceses también nosotros podríamos ser franceses algún día, por mucho que nuestro

contexto colonial complicara nuestras lecciones del canon. De Descartes, por ejemplo, aprendí que puesto que pienso, ¡existo! Pero también aprendí que, en un mundo dividido entre el cuerpo y la mente, a los vietnamitas nos gobernaban nuestros cuerpos, razón por la cual los franceses nos podían gobernar con sus mentes. De Voltaire aprendí que era mejor cuidar mi propio jardín, lo cual podía significar muchas cosas, pero cuando nos lo enseñaban los franceses significaba que nos teníamos que ocupar de nuestros asuntos y ser felices con nuestra parcelita, mientras que los franceses se hacían cargo de toda nuestra colonia y nos infligían horrores dignos del *Cándido*. En cuanto a Rousseau, fue de quien más aprendí, porque mientras estaba escribiendo mi confesión bajo la firme guía de Man en el campo de reeducación, me vino como un destello a la memoria la confesión de Rousseau:

Emprendo una obra de la que no hay modelos y que carecerá de imitadores. Quiero mostrarles a mis semejantes a un hombre con toda la fidelidad de la naturaleza, y ese hombre soy yo [...]. Si la naturaleza ha hecho bien o mal al romper el molde con que me creó, es algo que solo se podrá juzgar después de leerme.

¡Gracias, Jean-Jacques! Tú me inspiraste a ser fiel a mí mismo; me hiciste entender que, aunque yo fuera un cabrón de mierda, por lo menos era distinto de todos los demás cabrones de mierda de la historia, tanto pasada como futura. Contigo aprendí a amar el hecho de confesarme y ya nunca he dejado de reconocer mis actos de violencia, tortura y traición, unos crímenes que nos enseñaron nuestros amos franceses por medio de la violencia y la tortura que nos infligieron mientras traicionaban sus ideales.

Estas complicadas lecciones se veían reforzadas cada vez que yo abandonaba el sagrado recinto del liceo y salía a caminar con un libro en francés debajo del brazo por las calles de Saigón, donde en ocasiones me insultaban en el idioma de Dumas, Stendhal o Balzac. Cualquier francés —ya fuera hombre, mujer o niño— nos podía llamar lo que le viniera en gana, y a veces lo hacían. ¡*Cabrón amarillo!* ¡*Chino de mierda, cara de mono!* Los labios más perfectamente formados y las dentaduras más blancas, transportados por los mejores zapatos y el calzado más delicado, podían escupirnos aquellas semillas, que arraigarían en terreno fértil bajo nuestra

piel impura, como le había pasado a Ho Chi Minh, que lo explicó muy bien cuando escribió que nosotros, los colonizados de África y Asia, no éramos para nuestros amos «más que sucios negros y sucios anamitas, buenos como mucho para cargar con palanquines y recibir los golpes de nuestros administradores».

Algunos no hacíamos caso de los insultos y solo queríamos que nuestros amos nos quisieran.

Algunos no podíamos olvidar los insultos y queríamos matar a nuestros amos.

Y algunos —y en particular yo y yo mismo— amábamos y odiábamos a la vez a nuestros amos.

Amar a un amo que te da patadas no es problema si es lo único que sientes, pero el hecho de amarlo y odiarlo al mismo tiempo es algo que tienes que guardar en secreto como si fuera algo sucio, porque amar al amo al que también odias induce a la confusión y al odio a uno mismo. Por eso nunca me dediqué tan en cuerpo y alma al estudio del francés como hice con el inglés, y por eso, después de terminar el liceo, ya apenas volví a hablar una palabra en esa lengua. El francés era el idioma de nuestros esclavizadores y violadores, mientras que el inglés era algo nuevo, el heraldo de la llegada de los americanos, que significaría el final de nuestra degradación francesa. El inglés lo dominé sin ambivalencias porque nunca nos había dominado.

Ahora que al fin estaba en París, la tierra de mi padre, y en compañía del socialista BFD y del doctor maoísta, me di cuenta de pronto de que la gente blanca no solo me veía como a otro. También me *oía* como a otro, porque cada vez que yo abría la boca y rompía la preciosa porcelana de su idioma galo, ellos oían aquella frase que el poeta, niño prodigio, traficante de armas y esclavista Rimbaud debía de haberle oído y plagiado a algún viajero africano u oriental sin nombre: «Yo es otro».

No hacía falta que los franceses nos condenaran. Mientras habláramos en su idioma, ya nos condenábamos solos.

Yo, el otro, me desperté, pero fue como si yo, o el otro yo, siguiera durmiendo, porque podía ver con mis ojos, pero también me podía ver a mí, y a mí mismo, con los ojos de mi tía y de BFD. Salieron los dos del dormitorio desaliñados aunque elegantes y se encontraron conmigo desaliñado sin más. BFD llevaba batín de terciopelo azul, como si fuera un boxeador después de un asalto victorioso en el ring, un atuendo postcoital que mi tía guardaba allí para todos sus visitantes. Mi tía llevaba batín de satén gris con un turbante del mismo tejido en torno a la cabeza, el atuendo que podría lucir entre escenas una estrella de cine de la era del blanco y negro. Se dedicaron a conversar amigablemente, a fumar y a beber café de civeta mientras hojeaban la prensa. BFD olisqueó el café antes de mojar la lengua en él y después se rio, cosa que me hizo fantasear con estrangularlo. Nunca te burles de la comida o de la bebida de otra cultura; es un pecado mortal. Enfrascado en mi café y mi tostada, apenas presté atención a su charla, salvo para captar las referencias a *le haschisch* y *les boat-people*.

Esta última la suscitó un artículo de *L'Humanité*, el periódico favorito de mi tía (BFD prefería *Libération*, pero dijo que se conformaba con *L'Humanité*). BFD lo sostuvo en alto y señaló el titular sobre *les boat-people*, que venía acompañado de la fotografía de un pesquero flotando en el océano, tan abarrotado de mi gente como un vagón del metro en hora punta. Pero mientras que el pasajero del tren solo tiene que soportar las condiciones del trayecto unos minutos, mis compatriotas soportaban aquellas condiciones durante días y semanas, sin nada para resguardarlos del sol, el viento y la lluvia, por no mencionar las visitas periódicas de los piratas en busca de las partes más succulentas del cargamento y de los tiburones que les nadaban al lado contemplando los escaparates y suspirando por las porciones de carne fresca en exposición.

Qué triste, dijo BFD en voz muy alta y pausada, moviendo los labios exageradamente y a cámara lenta. *Tú también. Llegaste en barco. Como ellos. Quééé triiisteee. No tienen nada. Nosotros tenemos de todo. Debemos ayudarlos. Debemos ayudarte.*

Me señaló como si no bastara con sus palabras. Me obligué a sonreír y me tragué mi resentimiento, que sabía a sangre; es decir, no tan mal como cabría imaginar, teniendo en cuenta a cuánta gente le gusta al parecer comer

carne jugosa y poco hecha. El calor de su lástima era tan fuerte que no me reconfortó. Me hizo hervir, de manera que me empezó a salir vapor de las orejas cuando por fin cerré la boca tras articular las pocas palabras conciliatorias que pude encontrar. ¿Cómo podía decirles que aquella *boat-people* ya se había ayudado a sí misma por el hecho de embarcarse? ¿Cómo podía decir que me negaba a que me llamaran *boat-person*, un término tan subyugante que incluso los franceses con su anglofobia se habían limitado a cogerlo prestado del inglés y usarlo de forma habitual, como *un jean* y *le week-end*?

Yo no era ninguna *boat-person*, a menos que lo fueran también los peregrinos ingleses que habían huido de la persecución religiosa para viajar a América a bordo del *Mayflower*. Simplemente se daba el caso de que aquellos refugiados habían tenido la suerte de que los nativos, sobre quienes ya se cernía la desgracia, no dispusieran de cámaras para retratarlos como la panda de piojosos barbudos y muertos de hambre que eran. En cambio, nuestra miseria quedaba registrada para siempre en *L'Humanité*, donde aparecíamos como seres infrahumanos. No, la gente de los barcos no eran humanos, no obtenían la recompensa de que un pintor romántico los plasmara al óleo, erguidos con valentía en la proa de sus barcos a medio hundir, haciendo frente a los monstruosos elementos con nobleza de héroes griegos, consagrados en el Louvre para ser admirados por los turistas y estudiados por los historiadores del arte. No, la gente de los barcos eran víctimas, objetos de lástima plasmados para la eternidad en las fotografías de la prensa. Una parte de mí, el niño de mamá, deseaba aquella lástima. Pero la parte de mí que era un hombre adulto ni quería ni merecía lástima, ni tampoco quería que lo llamaran víctima, ni merecía que lo vieran así, después de todas mis hazañas y fechorías. Si el precio que había de pagar por ser humano era el reconocimiento que otorga la lástima, entonces a la mierda la humanidad. Yo era un cabrón de mierda; ¡que me reconocieran eso!

Pero lo único que dije fue: Gracias. Sí, ayúdenlos, por favor.

BFD se incorporó para marcharse, satisfecho no solo de habernos puesto a mi gente y a mí en nuestro lastimoso lugar, sino también de haber conseguido que le diera las gracias por su condescendencia. Se me ocurrió

que, aunque mi francés era torpe y mi vietnamita le resultaba incomprensible, hablaba inglés con fluidez, y no hay nada que haga a un francés sentirse más inferior, y por tanto más furioso, que oír inglés. En un rincón de toda alma francesa hay un norteamericano agazapado, carraspeando por lo bajo de vez en cuando para recordarle al francés la historia que comparten, empezando por cómo los franceses ayudaron a los lastimosos e inexpertos americanos en su revolución contra los ingleses, solo para encontrarse a sí mismos necesitados de aquellos mismos americanos en ambas guerras mundiales. Y finalmente, *Indochina*, aquella palabra de significado desconocido, dado que no éramos indios ni chinos. Fue aquella Indochina de fantasía la que los ya agotados franceses les cedieron a los ahora bulliciosos americanos. ¡Qué doloroso debía de ser que te recordaran el declive de tu imperio a base de mostrarte el ascenso de otro nuevo! Oh, sí, en este caso el idioma inglés era todo un insulto y un desafío, en particular viniendo de alguien como yo, que ni siquiera era americano, sino «indochino».

Así pues, en un inglés americano perfecto, dije: ¿Les he oído decir hachís? Porque resulta que tengo, y de muy buena calidad.

BFD vaciló, sorprendido por aquel loro amarillo. El elegante socialista me podría haber hecho un desaire en francés, pero la tentación de demostrar que él también sabía inglés resultó demasiado fuerte. Pues, de hecho, sí, le estaba diciendo a tu tía que nuestro... proveedor... ha desaparecido.

Hace seis meses y sin decir palabra, añadió mi tía. Su inglés, igual que el de BFD, era fluido y tenía las inflexiones de un encantador acento francés, pero aun así no era tan bueno como el mío, porque yo podía decir la expresión más americana —¡yiii-ha!— que queda fuera del alcance de la mayoría de los franceses, salvo haciendo uso de una concentración tremenda para no dejar la hache aspirada sin pronunciar. Supongo que solo puede significar que el vendedor ha terminado mal, remató ella.

A menos que haya encontrado a Dios, dije.

Lo dudo, dijo mi tía. A Saïd solo le importa el dinero. Y hablando de eso, si me perdonas la vulgaridad...

No, no, no, dije, sabiendo de forma intuitiva que alguien como BFD, que era político, no compraría nunca la mercancía, o por lo menos no a mí.

Sostuve entre los dedos la papelina de aluminio que el Jefe me había dado para mi tía. *Esto* —el resplandor de la lámpara de mi tía se reflejó en el aluminio arrancándole un destello que parecía un relámpago lejano— es un regalo.

OceanofPDF.com

¡Ay, qué migraña! Y no me la provocan solo los agujeros que tengo en la cabeza, sino la resaca que todavía me dura de aquella mañana y de la decisión errónea que tomé. Oh, Dios mío —o Karl Marx mío, o Ho Chi Minh mío—, ¿qué he hecho? Como me dijo una vez el General, no hay nada tan caro como lo que te dan gratis. Qué gran verdad, considerando que le di mi lealtad gratis al General y al mismo tiempo me dediqué a espiarlo (por no mencionar el hecho de seducir a Lana). Yo era su ayudante de campo, Saigón estaba a punto de caer y aunque él era aliado de los americanos, siempre hablaba de los peligros de la ayuda americana, que los americanos nos daban gratis pese a que siempre nos salía muy cara. En nuestro caso, el caso de los vietnamitas del sur, habíamos librado la guerra contra el comunismo que los americanos querían, solo para ver cómo ellos nos abandonaban cuando más los necesitábamos. Así pues, ¿quién estaba pagando aquel regalo, y cuál era el precio? ¿Acaso aquella mañana fue el principio de mi caída, cuando apenas había empezado a elevarme de la situación de opresión en que me encontraba en calidad de tres veces refugiado? Mi intención era liar a BFD para venderle droga en el futuro, aunque las ventas se tuvieran que hacer a través de mi tía. Tiene una reputación que proteger, me había dicho ella después de cerrar la puerta detrás de él. Es el alcalde del Distrito XIII.

Mejor aún. Yo ya notaba el sabor salado de la venganza, que era lo que quería, por mucho que me dejara sediento y con mal aliento. Mas por el hecho de intentar vengarme de un socialista, ¿acaso no me estaba convirtiendo en el más horrible de los criminales? No, no en un traficante de droga; eso era un simple problema de mal gusto. Quiero decir que me estaba convirtiendo en un *capitalista*, lo cual era un signo de inmoralidad,

sobre todo porque el capitalista, a diferencia del vendedor de droga, nunca reconoce su inmoralidad, o por lo menos no la admite. El traficante no es más que un delincuente de poca monta que pone en su punto de mira a individuos, y aunque pueda avergonzarse de ello o no, al menos suele reconocer la ilegalidad de su actividad. El capitalista, en cambio, es un criminal legalizado que tiene en su punto de mira a miles de personas, o millones incluso, y que no se avergüenza de su saqueo. Quizá esto solo lo podía entender alguien como el doctor maoísta, y ciertamente lo entendía tan bien que aquella misma tarde llamó a mi tía para pedirle una parte de la mercancía. A diferencia de BFD, al parecer no le preocupaba su reputación.

Parece que tu producto es excelente, me dijo mi tía con un matiz de reproche en la voz, según colgaba el teléfono. No me habría importado que tuvieras una muestra para mí también.

Ya veré qué puedo hacer, le dije, mientras un plan saltaba a los brazos abiertos de mi mente, que hacía mucho tiempo que no abrazaba ninguno. En cuanto a mi tía, ella también tenía planes para mí.

Tengo un amigo que da clases de francés a inmigrantes, siguió diciendo. Necesitas pulir tu francés. Eres medio francés y deberías conocer el idioma de tu padre tan bien como el inglés. Y no puedes trabajar para siempre en el restaurante. O por lo menos no deberías. No digo que sea malo trabajar en un restaurante, pero tienes talentos más grandes.

Me acordé de mi carrera de espía, de mis planes y manipulaciones, de mis ideales y mis autoengaños, de mis decisiones y mis meteduras de pata. Mi vida como revolucionario y como espía se había diseñado para responder a una única pregunta, una pregunta heredada de aquel vanguardista de la revolución, Lenin, la pregunta que me había movido desde mis años en el liceo: ¿QUÉ HACER? En mi caso, había matado a dos hombres, que eran inocentes, o inocentes en gran medida, mientras que yo era culpable, o bien culpable en gran medida. Los había matado a los dos siguiendo órdenes del General, que había cometido el error de confiar en mí lo bastante como para nombrarme oficial de la Sección Especial, cuyo cometido era erradicar a comunistas y a disidentes. El General nunca había sospechado que yo fuera espía, ni durante nuestros años en Saigón ni tampoco después, cuando hui con él y su familia en calidad de refugiados a

Los Ángeles. Man había acertado al ordenarme que me fuera con el General a Estados Unidos: el General y sus hombres seguirían librando la guerra desde allí, intentando recuperar nuestra patria y derrotar a la revolución. Si concedieran premios de interpretación a los espías, yo merecería uno, porque había sido lo bastante sutil como para convencer al General de que el verdadero espía era mi colega en la policía secreta, el mayor libertino. Y cuando el General decidió que al mayor libertino había que darle un billete solo de ida al otro mundo, me eligió a mí para dárselo. No fui yo quien apretó el gatillo cuando el mayor libertino me recibió con una sonrisa en la entrada de su casa —fue cosa de Bon—, pero yo era el responsable de su muerte.

En cuanto al segundo hombre al que había matado, Sonny, lo había conocido cuando éramos los dos estudiantes de intercambio en el sur de California en los años sesenta, cuando él era activista de izquierdas y yo era un comunista que fingía ser un miembro de la derecha. Sonny se había quedado sabiamente en California y se había hecho periodista, que en nuestro país es una ocupación de riesgo. Pero nuestro país le encontró el rastro cuando llegamos a América los refugiados, entre ellos el General, que sospechaba que Sonny era agente comunista. Una vez más, el General me convirtió en su chico de los recados, y si yo, su ayudante extracompetente y superanticomunista, me hubiera negado, también me habría convertido en sospechoso y con razón en su imaginación paranoica. De manera que le pegué un tiro a Sonny a bocajarro, y desde entonces tanto su fantasma como el del mayor libertino me han estado rondando intermitentemente, alzando con claridad la voz de vez en cuando en ese canal plagado de estática que es mi inconsciente.

¿Talentos? Mi risa sonó rara hasta a mis propios oídos. ¿Qué talentos?

Mi tía pareció desconcertada, su *sang* dejó de ser tan *froid*. Sabes escribir, me dijo. Casi he terminado de leer tu confesión, solo me quedan treinta o cuarenta páginas.

Pero si te la di anoche.

Soy editora. Leo deprisa y no duermo mucho.

¿Y qué te parece de momento?

Creo que amo a tu madre. Creo que tienes un problema con las mujeres. Creo que Man te trató de forma un poco cruel, aunque puede que no tuviera opción, y aun así creo que te sedujo demasiado la cultura americana. Llevaste una vida peligrosa como agente doble y espía, y fuiste, como tú mismo dices, un hombre con dos caras y dos mentes. Me pregunto qué cara estoy mirando ahora mismo. Y si puedo confiar en ti.

Podría decirte que deberías confiar en mí, pero ni siquiera confío en mí mismo.

Esa sí que es una respuesta sincera. Así pues, teniendo en cuenta que eres capaz de simpatizar con quien sea, ¿qué crees que debería hacer contigo? Te he acogido en mi casa porque eras mi camarada revolucionario. Pero ya no eres mi camarada, ¿verdad que no?

¡Ya has leído lo que me hizo la revolución!

He leído lo que dices que te hizo la revolución. Pero ¿no crees que quizá la revolución tenía razones para sospechar de ti? ¿Que de hecho sí que estabas, o estás, demasiado americanizado? Incluso aquí en Francia corremos el peligro de americanizarnos demasiado. ¡El estilo de vida americano! Comer demasiado, trabajar demasiado, comprar demasiado, leer demasiado poco, pensar todavía menos y morir en la pobreza y la incertidumbre. No, gracias. ¿No ves que es así como los americanos conquistan el mundo? No solo con su ejército y con la CIA y su Banco Mundial, sino con esa enfermedad infecciosa llamada el Sueño Americano... ¡A ti te infectó y apenas te diste cuenta! Eras un adicto y Man te tuvo que curar. Por desgracia, la cura para la adicción siempre es dolorosa.

Yo estaba perplejo. ¿Se había leído mi confesión y eso era lo que había sacado en claro de ella? ¿O sea, que yo estoy equivocado, le dije, y la revolución hizo bien en castigarme?

Desde un punto de vista editorial, no puedo evitar admirar los métodos de Man. Mi tía se encendió un cigarrillo y sonrió. Ojalá pudiera conseguir que todos mis autores produjeran tantas páginas tan deprisa. Hay que respetar su rigor, ¿no te parece?

Yo, que era capaz de ponerme en la piel de cualquiera, quería más que nada en el mundo que alguien simpatizara conmigo. Había estado

convencido de que seguramente mi tía sería más amable que el hombre para el que yo había estado espiando en América, y que también era el comisario del campo en el que me habían internado más tarde, el hombre sin rostro, también conocido como mi mejor amigo y hermano de sangre, Man, despojado de gran parte de su humanidad por un ataque descarriado de napalm. Man simpatizaba mucho conmigo. Me conocía muy bien, mejor que cualquier sacerdote o analista, pero había usado ese conocimiento para interrogarme y torturarme. A diferencia de Man, mi tía parecía poco propensa a torturarme. Pero si ella no me podía entender, ¿quién podía?

Quizá debería conseguir un poco más de ese hachís, le dije.

El empleado hemorroidal gruñó de dolor cuando me vio aquella tarde a las cinco. Encendió una cerilla y el destello de la llama y el susurro de su combustión breve y profunda prendieron algo dentro de mí en el mismo instante en que se encendía su cigarrillo: la mecha de un plan, el largo reguero de pólvora de unos dibujos animados infantiles que llevaba al clímax explosivo.

¿Puedo ver al Jefe?

¿Quiere verte él?

Dile que tengo una propuesta que hacerle.

El Jefe me hizo esperar una hora, solo para enseñarme a las claras cuál era mi sitio, y mi sitio era un asiento de su sala de espera. Por lo menos aquí, en Francia, uno esperaba sentado y no acucillado sobre las ancas musculadas, tonificadas tras una vida entera de carestía de sillas. ¿Cuántas veces había visto a mi madre así en cucullas, los pies plantados en el suelo, el torso ligeramente inclinado hacia delante para mantener el equilibrio, sobre todo si me llevaba a mí atado a la espalda? Podía pasarse horas acucillada, obligada a permanecer en una postura que la mayoría de los occidentales no podía aguantar más de un minuto. Me tarareaba, me mecía, me cantaba nanas y más tarde, cuando fui un poco mayor, me contaba cuentos de hadas y me recitaba dichos populares y poemas, todo mientras una fina película de sudor nos adhería el uno al otro. Cada vez que me tocaba esperar, me acordaba de su paciencia infinita, forjada no para quien

la estuviera haciendo esperar, sino para mí, ya que allá adonde iba me tocaba esperar con ella. Cuando ya fui demasiado grande para que me llevara a la espalda, me acucillaba yo también junto a mi madre y el resto de la multitud. Luego fui al liceo, y allí me integré en la clase de gente que ya no se acucillaba, sino que suponía su derecho a sentarse en sillas.

Cuando por fin me hicieron entrar en la oficina, tenía las nalgas un tanto doloridas por culpa del asiento duro de la silla de plástico, ergonómicamente diseñada para las nalgas redondas de los occidentales y no para las planas de los orientales. Encontré al Jefe sentado en una silla bien acolchada frente a un escritorio despejado, examinando un libro de contabilidad. Se rumoreaba que nunca había ido a la escuela, sino que había aprendido en las calles, y que todo lo que no había aprendido allí lo habría aprendido por su cuenta. Se me ablandó el corazón por aquel pobre huérfano abandonado al imaginar lo que un hombre así, provisto de su talento y su ambición, podría haber sido con la educación adecuada.

¡Director de un fondo de inversión!

¡Presidente de un banco!

¡Capitán de una industria!

O bien, consultando mi diccionario de sinónimos marxista:

¡Buitre del capitalismo!

¡Chupasangre!

¡Blanqueador de beneficios destilados del sudor de la gente!

Yo ya no era un comunista que creyese en un partido, pero seguía siendo descendiente de Marx y creyente en una teoría, y esa teoría ofrecía la mejor crítica existente al capitalismo. Esperar que los capitalistas se criticaran a sí mismos era como pedir a la policía que se vigilara a sí misma...

¿Qué pasa?, me dijo el Jefe. Vuelve a la realidad, puto chiflado.

Perdón, murmuré, o quizá murmuramos.

¿Tienes el *kopi luwak*?

Asintió para mostrar su satisfacción cuando coloqué el paquete sobre su mesa y lo vi hacer un examen anatómico de los granos, revelando una esquirla de interior blanco con su abrecartas. Contento, el Jefe dejó el filo sobre la mesa y dijo: ¿Algo más?

El hachís...

Sonrió y se reclinó en el respaldo de su silla. Bueno, ¿verdad?

Eso he oído. Yo no lo he probado.

Bien. Hay cosas que no deberías ni probar ni comprar.

Me vi a mí mismo explicándole, con entusiasmo de vendedor, la situación con BFD y el doctor maoísta. Les he dado a probar la mercancía, me oí decir a mí mismo. En aquel momento tenía el tornillo bastante suelto, lo cual me daba la distancia suficiente para ver cómo me convertía en aquello que había jurado que no sería nunca: un capitalista.

Interesante, dijo el Jefe, juntando las yemas de los dedos de las manos en forma de pirámide. Aunque no me sorprende. Para nada. Incluso a esa gente le gusta lo que yo puedo ofrecer.

Solo son humanos. Muy humanos.

¡Exacto! El asunto lo divertía mucho, a juzgar por la sonrisa que tenía en la cara. Incluso los franceses son solo humanos. Incluyendo a los ricos. Sobre todo, a los ricos.

No estoy seguro de que sean ricos. Son intelectuales.

Si no trabajan con las manos, es que son ricos. Y ese político es rico, no te quepa duda. Lo conozco de nombre. Es el encargado del distrito. Es igual de malo que el resto de los políticos. Son todos unos socialistas sinvergüenzas y unos comunistas de caviar.

Completamente de acuerdo, le dije, haciendo mi mejor interpretación del fámulo servil.

Pero aunque no seas ni político ni intelectual —y giró las palmas de las manos hacia mí para enseñarme el mapa de su trabajo manual, las cicatrices y los callos de su geografía personal—, eso no quiere decir que no te puedas hacer rico trabajando con las manos.

Esta es una nueva oportunidad. Un mercado nuevo.

Crecer o morir. Así pienso yo.

Es una buena filosofía.

Se comprobó las cutículas blancas y simétricas de las uñas, que se arreglaba en un salón de manicura de su propiedad, y volvió a mirarme. Si los ojos eran ventanas al alma, los suyos tenían las persianas cerradas a cal y canto. ¿Qué quieres?

Lo que yo quería era venganza, pero al contemplarme a mí mismo con la sensación creciente de no saber quién era, lo único que me oí decir fue: Usted suministra y yo vendo.

Él le puso precio a la mercancía, por gramo. Le expliqué que yo era un refugiado que desempeñaba un trabajo de baja categoría; el trabajo que me había dado no tenía nada malo, aclaré, todos los refugiados tienen que empezar por alguna parte, y esa parte estaba abajo del todo, donde poníamos el trasero para que le dieran patadas, lo cual proporcionaba un regocijo sin fin a los ciudadanos de nuestros países anfitriones. La cuestión era que yo no disponía de capital para adquirir la mercancía. En lugar de invertir en su mercancía mi capital financiero inexistente, le ofrecí canjearle su producto por mi capital social, es decir, por mi acceso a las amistades de mi tía. De esa forma, expandiría su mercado y le entregaría unos beneficios que de otro modo no obtendría, divididos a partes iguales entre nosotros, una vez deducido el coste de la mercancía.

Algo se movió detrás de las persianas. Treinta por ciento.

Cuarenta por ciento.

Él se estaba divirtiendo. Veinticinco por ciento.

Era difícil negociar con alguien que te podía sacar un martillo del cajón del escritorio y romperte los nudillos o las rodillas sin vacilación ni remordimientos. Eres demasiado generoso, le dije. El Jefe señaló la puerta con la cabeza y me dijo que fuera a ver a Le Cao Boi, que me suministraría el producto. Cuando nos estábamos despidiendo, me dijo: No estoy seguro de si estás menos chiflado o más chiflado por querer hacer esto.

No estoy chiflado.

Eso es lo que dicen siempre los chiflados.

Ahora que lo veo desde la distancia, me resulta claro, igual que os debe de resultar claro a vosotros, que quizá el equilibrio entre mis dos mentes, siempre precario, se había escorado de golpe demasiado a la derecha, llevándome a un sitio donde podía verme a mí mismo reducido cada vez más a *mí* y solo a *mí*, la mejor justificación que existía para el capitalismo. ¿Acaso eso me convertía en chiflado, tal como han afirmado el Jefe y

muchos otros? Quizá estuviera chiflado, o un poco chiflado, o quizá la culpa fuera de mis defectos. Sí, tenía defectos, todos los tenemos, incluso vosotros, pero yo culpo de mis defectos al hecho de que toda mi vida he aspirado a una sola cosa: *a ser humano*. Esa fue mi primera equivocación, puesto que yo ya era humano, un hecho que los demás no siempre reconocían. Quizá Saïd también quisiera ser humano, pese a traficar con drogas, o quizá fuera más listo que yo y diera su humanidad por sentada, lo cual le permitía ser traficante de drogas, ya que no tenía nada que demostrar. Ahora había desaparecido y había dejado una oportunidad, un hueco en el mercado. Alguien terminaría llenando aquel hueco. ¿Por qué no yo?

Para cuando llegué, ya había una respuesta esperando a mi pregunta retórica, un paquete cuadrado envuelto en papel y del tamaño de un *croque-monsieur*, atado con cordeles. Le Cao Boi me pasó el paquete por encima del mostrador y me dijo: Me alegro de que hayas decidido unirme a nosotros. Su cara era impasible como la de una estatua, y en las lentes de las gafas de sol le flotaban los tenues fantasmas de mí y de mí mismo. Imité su impasividad mientras aceptaba el paquete y lo deslizaba en el interior de un bolsillo de la chaqueta, donde se me quedó apoyado en la cadera con paciencia de pistola, completamente confiado en que tarde o temprano alguien lo usaría. Bon observó la transacción desde una mesa donde estaba rellenando frascos de salsa de soja con precisión de boticario, la única persona sentada en todo aquel yermo que era el restaurante. Espero que sepas lo que estás haciendo, tío listo, me dijo.

Por supuesto que no lo sé, le dije, sugiriendo con mi tono liviano que ciertamente sabía lo que estaba haciendo, pese a que no era verdad. Y me dará la oportunidad de mejorar mi francés, continué. Nada hace más locuaz a la gente que la intoxicación mutua.

Para refinar tu francés te bastaría con ir a una academia.

Ya, pero tú siempre me has dicho que no todas las respuestas se pueden encontrar en los libros.

Te diré qué otra cosa no se puede encontrar en los libros, dijo Le Cao Boi. El Jefe espera unas ganancias de al menos el veinte por ciento. No le

gusta perder el tiempo. Ni su mercancía. En otras palabras, más te vale que su inversión le salga rentable.

Eh, novato, me llamó Dormilón desde la cocina. ¡Hay que limpiar el retrete!

Me fui del peor restaurante asiático de París con la risa de Dormilón resonándome en los oídos, las manos oliéndome a desinfectante y regusto a bilis en la lengua. Solo un chupito de venganza podía quitarme aquel regusto. No tenía intención de ser el asiático obsequioso y objeto de lástima, el patético y cortés pequeño refugiado que aceptaba empezar desde abajo del todo, estudiando el idioma de mis amos...

¡Eh, tú!

... ni haciendo de camarero o ayudante de camarero o lavaplatos...

¡Tú!

... ni de fontanero...

¡TÚ!

Me quedé paralizado. La voz, fuerte y severa, parecía dirigirse a mí, aunque no fui la única persona de la calle que se giró. Todo el mundo a mi alrededor se giró en redondo para ver a un par de policías caminando enérgicamente hacia nosotros, el de delante señalándome con el dedo. Yo sabía por qué. Algo estaba transmitiendo una señal en las ondas invisibles. Aunque el paquete que llevaba en el bolsillo no hablaba, eso no implicaba que no tuviera nada que decir. Al contrario, exudaba una sensación de determinación, quizá incluso una pizca de amenaza, igual que todas las cosas valiosas. Tenía poder sobre mí, y lo sabía. Yo podía tirarlo, por supuesto, destruirlo de muchas maneras posibles, y él no podía hacer nada para detenerme, salvo el mero hecho de existir.

¡TÚ!

De repente el policía echó a correr, y tanto el cuerpo como la mente se me relajaron mientras se preparaban. Había sentido la misma calma a bordo del barco, cuando este se elevaba hacia el cielo, impulsado por la ola. *Hachís*, susurró el paquete que llevaba en el bolsillo, y que solo sabía su nombre. *Hachís*. El paquete sabía que era literalmente más valioso que yo. Tenía un precio que la gente estaba dispuesta a pagar, mientras que mi vida casi carecía de valor. Y como nadie pagaría por mí lo que uno pagaría por la mercancía del paquete, ahora yo estaba en deuda con él. Estaba a punto de levantar las manos para rendirme tanto al paquete como a los policías, cuando estos pasaron corriendo junto a mí, uno por cada lado, lo bastante cerca como para rozarme las mangas con las suyas.

¡TÚ!

No era *a mí* a quien gritaban, a fin de cuentas, sino a un hombre harapiento con el pelo tan enmarañado y la piel tan sucia que su raza y etnicidad resultaban indeterminadas, lo cual constituía el ideal francés. ¡Todo el mundo podía ser francés, hasta los sintecho!

Uno de los policías le arrancó una lata de cerveza de la mano al perplejo vagabundo y lo empujó contra una pared. El otro le dio una patada en el trasero y casi lo mandó al suelo, mientras el resto de los ciudadanos de bien —y yo, por no mencionarme a mí mismo— nos quedábamos mirando. Cuando el policía que tenía la lata de cerveza se la tiró a la espalda al perplejo vagabundo, rociándolo con su contenido, lo cual pareció negar la meta de hacerlo menos repulsivo a los ojos de los parisinos, aparté la vista y me alejé en silencio de la escena.

Aquella noche mi tía y yo fumamos el mejor hachís, nos bebimos el mejor vino Haut-Médoc y escuchamos el mejor jazz americano, aquella música negra y melancólica que tanto amaban los franceses, en parte porque cada una de sus dulces notas les recordaba al racismo americano, y eso les permitía de forma conveniente olvidarse del suyo propio. Como yo también

estaba impregnado de melancolía, al menos por dentro, la canción *Mississippi Goddam* de Nina Simone me resultaba una compañía perfecta. Y también estaba mi tía, que había terminado de leer mi confesión y se sentía un poco tristona. Seguía sin inmutarse por lo que yo había vivido, por el hecho de que me hubiera pasado un año encarcelado con un millar de congéneres fétidos, con unas raciones que nos mataban de hambre, obligado a escribir una y otra vez mi confesión, y después, para acabar de rematarlo, condenado a confinamiento solitario, desnudo, con sacos tapándome la cabeza, las manos y los pies, sacudido cada tanto por descargas eléctricas de bajo voltaje que me mantenían despierto durante periodos indeterminados de tiempo, hasta que fui incapaz de distinguir mi cuerpo de su entorno y el tiempo mismo perdió su significado bajo un bombardeo sónico incesante consistente en los berridos grabados de un bebé, hasta que conseguí aprobar el examen final. Fue aquel examen, al que por fin mi tía había llegado, lo que la inquietó y la llevó a repetir una y otra vez por lo bajo su única pregunta:

¿QUÉ ES MÁS VALIOSO QUE LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD?

Como todo buen revolucionario, mi tía ya sabía la respuesta, el eslogan más famoso de Ho Chi Minh, un hechizo que había movilizado a millones de personas para que se levantaran y murieran a fin de expulsar primero a los franceses y luego a los americanos, a fin de unificar nuestro país y liberarlo. Después de murmurar la pregunta, ella misma declamó la respuesta, primero a modo de ensalmo, que era como se tenía que decir:

¡NADA ES MÁS VALIOSO QUE LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD!

Y luego la repetía con entonación ascendente, convirtiéndola en pregunta:

¿NADA ES MÁS VALIOSO QUE LA INDEPENDENCIA Y LA LIBERTAD?

Exacto, le dije en tono triste, mientras negaba con la cabeza y le regalaba aquello que a mí me había costado tanto aprender. *La nada* es, de

hecho, más valiosa que la independencia y la libertad.

¡No, no, no! Nada es más valioso que la independencia y la libertad; ¡quiero decir que la independencia y la libertad son *más* valiosas que nada, y no al revés!

Ya has leído mi confesión. Suspiré y di una calada tan fuerte al cigarrillo con hachís que me chisporrotearon los pulmones, y el humo que me salió me recordó que todo lo que fue sólido termina deshaciéndose en el aire. ¿Es que no has aprendido nada?

¡Calla!, me gritó. Dame ese cigarrillo.

¿Acaso la *nada* no tiene más sentido después del hachís?

No. Nada en absoluto tiene sentido después de tu confesión.

Pues claro que sí. Simplemente te niegas a encontrarle sentido a la nada, igual que la mayoría de la gente. Pero si hubieras pasado por la reeducación como pasé yo, a manos de un maestro de la teoría revolucionaria como Man, entenderías que la nada es *contradictoria*, como todo lo importante: amor y odio, capitalismo y comunismo, Francia y América. Son las mentes simples las que solo entienden uno de los polos de una contradicción. Y tú no eres una mente simple, ¿verdad que no?

Te odio, gimió ella, con los ojos cerrados. ¿Por qué te invité a mi casa?

Todo es bastante gracioso, si lo piensas. Casi tan gracioso como la frase más graciosa de mi confesión, que dijo el mismísimo Man, y que debería estar grabada en el pedestal de la estatua de Ho Chi Minh, si es que tiene una estatua. Salvo por el hecho de que es impublicable, como suele serlo la verdad: «Ahora que los poderosos somos nosotros, ya no necesitamos que los franceses ni los americanos nos jodan vivos...».

«Nos podemos joder vivos nosotros solos», dijo ella.

Solté una carcajada, me di una palmada en la rodilla, sentí que las lágrimas me humedecían las mejillas. ¡Aquel hachís era la bomba! Venga, mujer, le dije después de que se apagara mi risa. ¿No es gracioso?

No. Aplastó su cigarrillo. No tiene gracia.

Retumbó una trompeta y se me nubló la vista, y si me pudiera haber visto a mí mismo en un espejo, seguramente me habría visto doble, o habría visto a dos como yo, y no en azul y negro, los colores de la melancolía, sino en rojo y amarillo.

Antes creías en la revolución, me dijo. ¿En qué crees ahora?

En nada. Pero ¿acaso la nada no es algo?

Así que vas a vender droga.

Bueno, murmuré. Hasta en plena nube de hachís, me di cuenta de que su desdén tenía cierta lógica. Es mejor que nada.

Mi tía se levantó del sofá en el que había estado recostada y apagó el equipo de música. Mientras eras revolucionario, podía tenerte aquí alojado gratis como servicio a la revolución y como expresión de mi fe en la solidaridad, me dijo. El hachís le daba una elocuencia notable, o quizá su pasión le infundía determinación. Pero si vas a dedicarte a vender droga...

¿Estás haciendo un juicio moral?

No estoy haciendo ningún juicio moral. La que fuma hachís soy yo. Y a veces los criminales son los mejores revolucionarios, o bien a los revolucionarios los condenan por criminales. Pero si ya no eres revolucionario y vas a dedicarte a vender droga, y a dormir en mi sofá, y a pedirme que te proteja de Bon manteniendo en secreto tu pasado comunista, entonces te puedes permitir que vayamos a medias con los beneficios.

Mi boca, que ya estaba entreabierta por la influencia del hachís, se terminó de abrir del todo.

¿Qué pasa?, me dijo al tiempo que se encendía otro cigarrillo de hachís. ¿Demasiado contradictorio para ti?

Mientras caminaba la mañana siguiente desde el metro al apartamento del doctor maoísta, experimenté un *déjà vu* por segunda vez en menos de doce horas (era curioso que hasta mis tics o disfunciones psíquicas tuvieran nombres en el idioma de mis amos). La primera vez había sido al ofrecerle a mi tía que fuéramos a medias con las ganancias, solo para que ella contraatacara con un sesenta-cuarenta, unos términos que me vi obligado a aceptar nuevamente. La segunda vez fue mientras caminaba por la calle del doctor maoísta, donde tuve la extraña sensación de que ya había estado allí antes, dado que la calle me recordaba a uno de los bulevares de Saigón. O, mejor dicho, los bulevares de Saigón me recordaban a una calle como aquella. Los franceses habían diseñado Saigón sobre el modelo del París de

Hausmann, con avenidas amplias de anchas aceras flanqueadas de árboles cautivadores y edificios de apartamentos de seis o siete plantas como mucho, decorados con balcones y rematados con buhardillas donde, durante el calor de agosto, podías asar a artistas o a gente pobre, aunque en Saigón podíamos hacer aquello todo el año. ¡Oh, Saigón, Perla de Oriente! O así la habían bautizado, supuestamente los franceses, usando un término cariñoso que luego habíamos adaptado nosotros, porque no había nada que gustara más a la gente de los países pequeños que recibir elogios, algo que les pasaba con muy poca frecuencia. Pero a veces no solo éramos la Perla de Oriente, y a veces lo de Perla de Oriente ni siquiera se refería a nosotros. Yo había oído a los chinos de Hong Kong afirmar que su puerto era la Perla de Oriente, y cuando había estado en Filipinas, los filipinos habían insistido en que Manila era la Perla de Oriente. Las colonias eran una gargantilla de perlas que adornaba el cuello blanco como el alabastro del colonizador. Y a veces una Perla de Oriente también podía ser el París de Oriente. Los parisinos y los franceses y básicamente todo el mundo interpretaba aquello como un cumplido, aunque era un cumplido ambiguo, la única clase de cumplido que le podía dedicar un colonizador al colonizado. A fin de cuentas, si era el París de Oriente, Saigón no era más que una imitación barata de la *haute couture*.

Yo había ido acumulando tanto resentimiento que ya estaba poco menos que soltando espuma por la boca cuando de pronto París me ofreció un pringoso recordatorio de algo en lo que Saigón era considerablemente superior. ¡Plaf! Me detuve y me miré primero con temor y después con asco la suela del zapato. En ninguna parte de Saigón habría corrido el peatón desprevenido riesgo alguno de pisar un excremento canino, porque la verdad estadística era que preferíamos consumir a los caninos a tenerlos como mascotas, y si los teníamos, nunca los dejábamos sueltos por la calle por miedo a que se los comiera alguien. *Vive la différence!* Aquí en París los perros campaban a sus anchas, libres para hacer sus necesidades donde les viniera en gana. En este caso, algún degenerado dueño parisino de perro, de los cuales existían millares, había dejado su premio casi en el umbral mismo del edificio del doctor maoísta. Y ahora la huella de mi suela estaba en aquel pringue marrón y espeso, lista para su análisis forense. Podía

frotarla contra el cemento todo lo que quisiera, pero no lograría eliminar aquella sustancia repulsiva de las hendiduras de mi zapato. Por fin me rendí y vacilé antes de llamar al timbre del apartamento del doctor maoísta, pero entonces me acordé de la primera regla del capitalismo, que tanto le costaba aprender a la gente vietnamita: nunca llegues tarde. Pulsé el botón.

En el minúsculo ascensor, que no tenía espacio más que para tres adultos de envergadura parisina media, o bien para cuatro vietnamitas de envergadura vietnamita media, o quizá para tres euroasiáticos y medio como yo, el olor de mi zapato era evidente. Evité tocar el suelo con la suela, y cuando el doctor maoísta me dejó entrar en su apartamento, hice lo posible para caminar de aquella manera, renqueando, le dije, por un dolor en el tobillo. No era culpa mía que los franceses no fueran igual de civilizados que los asiáticos, que creían, y por muy buenas razones, que había que quitarse los zapatos antes de entrar en una casa. En este sentido, los franceses eran medievales.

Tienes un apartamento precioso, le dije en inglés rápido como una ametralladora cuando él me dio la bienvenida en francés rápido como una ametralladora. Él vaciló, aunque terminó contestándome en inglés. Igual que BFD, era incapaz de pasar por alto la oportunidad de demostrar a alguien como yo que dominaba la lengua franca del mundo actual. Igual que BFD, el doctor maoísta hablaba el inglés bien pero con acento. Aun así, tenía que saber que mi inglés era impecable, si había que juzgar por los pósteres enmarcados de *El sueño eterno*, *Vértigo*, *King Kong* y *Frankenstein* que colgaban en las paredes. Sus espejos de marcos dorados eran grandes como puertas, sus muebles tenían ese barniz que da la antigüedad, su alfombra turca lucía un diseño intrincado y los tablones de sus suelos de parqué rechinaban al pisarlos. Decoración apropiada para un apartamento del siglo XVIII con las vigas al descubierto y con un techo lo bastante alto como para que pudiera circular el aire recalentado que salía de aquel cerebro tan trabajador.

A punto estuve de perdonarle el hecho de ser un intelectual francés cuando me sirvió dos dedos de una marca tan gaélica de whisky escocés de quince años que sería incapaz de deletrearla ni de pronunciarla. Cerré los ojos para mostrarle mi apreciación, estremeciéndome y haciendo girar la

poción mágica dentro de mi boca y sobre mi desfavorecida lengua, que estando en París había bebido más vino que licor. Le ofrecí felizmente la mercancía al maoísta, y el alma generosa se lio de inmediato un cigarrillo con el producto y me ofreció compartirlo conmigo en fraternidad comunista.

Aunque supongo que odias a los comunistas, añadió el doctor maoísta, encendiendo el cigarrillo. Agradecí el aroma, ya que disimulaba que había algo allí que olía mal: yo. Tu tía me ha contado tus experiencias en el campo de reeducación.

Ya me habían vuelto a adjudicar aquel rol del que no me podía escapar: el estereotípico patriota anticomunista de Vietnam del Sur, que había sido mi tapadera cuando era espía. ¡Qué ganas tenía de dejar de interpretar el papel del reaccionario! No podía decir que fuera comunista, pero ¿acaso eso significaba que no era un revolucionario? Solo porque hubiese fracasado una revolución, ¿acaso estaban muertas todas? No había querido darle explicaciones a mi tía. Para ella y para la mayoría de los autodenominados revolucionarios como yo, *revolución* era una palabra mágica, como *Dios*, que bloqueaba ciertas vías de pensamiento. Creíamos en la revolución, sí, pero ¿qué era? ¿Acaso era posible que en realidad no fuera nada? Yo quería que mi tía *entendiera* la nada, o que me ayudara *a mí* a entenderla, porque por mí mismo no conseguía descifrar su significado; solo sabía que era algo revolucionario a su manera. Pero de momento, siendo como era un revolucionario sin revolución, necesitaba crear un relato nuevo. Así pues, bajo el influjo de un buen whisky escocés y de un hachís igualmente bueno, combinación que le recomiendo a todo el mundo, le dije al doctor maoísta: Quizá te sorprenda saber que no odio a los comunistas. ¿Creo que están equivocados? Sí. Pero su impulso hacia la revolución..., bueno, eso lo puedo apoyar.

No tengo palabras para expresar lo mucho que me ha decepcionado el resultado de la revolución de tu país, dijo el doctor maoísta. Es lo mismo que pasó con Stalin. ¡La corrupción de los ideales comunistas! El Partido se ha elevado a sí mismo y al Estado al lugar que debería ocupar el pueblo. Los que somos de izquierdas, y nos opusimos a la guerra americana en tu país, confiábamos en que vuestra revolución destruyera el imperio

americano. Pero el imperio americano perdura y no se ha creado la sociedad genuinamente comunista.

Quizá haya algo mal en la teoría si no se puede poner en práctica, le dije.

Pero es que nunca se ha puesto realmente en práctica. Por desgracia, todavía no se han dado las condiciones para un comunismo genuino. El capitalismo tiene que imponerse de un modo global y convertirse en la peor versión de sí mismo para que el comunismo pueda subvertirlo. Los obreros del mundo tienen que ver que al capitalismo solo le interesan los beneficios, y no ellos, y que es inevitable que los reduzca a mano de obra esclava a fin de maximizar los beneficios. Véase Marx, *El capital*, volumen uno.

¿Cuándo tendrá lugar ese triunfo del capitalismo?

El doctor maoísta expulsó una nube de humo. Para que podamos ver un levantamiento mundial genuino de los oprimidos, todavía tienen que sucumbir al capitalismo franjas enteras del mundo. Mira África, por ejemplo. El capitalismo ha saqueado África, primero para obtener esclavos y después, recursos. Y el capitalismo va a seguir explotando África todavía con más crueldad. Alguien tiene que suministrar la mano de obra barata para producir bienes baratos, y luego esos mismos trabajadores tendrán que comprar los bienes de importación a alto precio que se han fabricado con los recursos extraídos de su país. ¡Ah, la perpetua maquinaria en movimiento de la fantasía capitalista! Pero cuando eso pasa, se crea primero un proletariado y después, una clase media, y por mucho que algunos de los más pobres salgan de la pobreza absoluta, la brecha de desigualdad se sigue ensanchando más y más, y los ricos se enriquecen a un ritmo mucho más rápido que los pobres que consiguen salir un poco de la pobreza. Este proceso inevitable forma parte integral del capitalismo, lo cual quiere decir que las condiciones para la revolución son inherentes al capitalismo mismo.

¿Alguna vez has vivido una revolución?, le pregunté.

La de Mayo del 68, dijo con orgullo el doctor maoísta. Nunca olvidaré cómo los estudiantes de todo el mundo estuvimos a punto de cambiarlo todo, hasta que nos topamos con lo que Althusser —mi profesor, Louis Althusser— llamaba el «Aparato Represivo del Estado». Yo estaba estudiando mi doctorado con él y al mismo tiempo, luchando en las

barricadas. Admito que lancé un adoquín o dos. Nuestro amigo, el futuro BFD —por entonces todavía nadie lo llamaba por sus iniciales—, hizo lo mismo. La policía —es decir, una parte del Aparato Represivo del Estado— nos tiró gas lacrimógeno y nos golpeó. ¡Nunca olvidaré el porrazo que me llevé! Aquella porra me enseñó tanto como me habían enseñado la teoría y la filosofía. Aquella porra hizo realidad lo que Benjamin —Walter Benjamin— argumentaba en su *Crítica de la violencia*: que lo que legitima al Estado no es la ley, sino la *violencia*. El Estado quiere monopolizar la violencia, el monopolio de la violencia se denomina ley, y la ley se legitima a sí misma. La policía no está ahí para protegernos a nosotros, los ciudadanos, sino para proteger al Estado y la ley. ¡Por eso la revolución en las calles es una respuesta apropiada a los golpes de las porras! Y las revoluciones que protagonizaron los estudiantes en las calles de todo el mundo, desde Tokio hasta Ciudad de México, fueron simples ecos de las revoluciones de Argelia y Vietnam, en las que argelinos y vietnamitas no hacían frente a porras, sino a balas. ¡Los vietnamitas se estaban rebelando contra ese monopolio de la violencia que es la colonización! Y al hacerlo, revelaron lo ilegítimo que había sido realmente esa colonización. No solo lucharon contra el Aparato Represivo del Estado, ¡sino también contra lo que Althusser describía como el «Aparato Ideológico del Estado», que nos hace creer en unas leyes que se han escrito en contra de nuestros intereses! ¿Por qué si no iban a creer los obreros que el capitalismo es para ellos? ¿Por qué iban a creer los colonizados en la superioridad del hombre blanco? El golpe de aquella porra me transmitió la verdad de la soflama del Che Guevara: necesitamos que florezcan cien Vietnam más en el mundo.

Pero durante nuestra guerra murieron por lo menos tres millones de personas, dije en tono pausado, intentando hacer cálculos matemáticos básicos con el cerebro embotado. Si los multiplicaras por cien, eso equivaldría...

Llegado aquel punto se terminaron mis habilidades cognitivas, dado que mis cálculos no podían abarcar aquel nivel de sufrimiento. No sabía si reírme, llorar, gritar o encerrarme a mí mismo en un manicomio. Yo también creía en todo aquello, pero a diferencia del doctor maoísta, había vivido una revolución y sus consecuencias. Y no era solo el capitalismo el

que creaba fantasías por medio de aquellos Aparatos Ideológicos del Estado y luego las implantaba por medio de los Aparatos Represivos del Estado: el comunismo también. ¿Qué era el campo de reeducación sino un Aparato Represivo del Estado diseñado para realizar el trabajo del Aparato Ideológico del Estado? La tarea del campo de reeducación era convertir a los internos en personas capaces de jurar que eran libres por mucho que estuvieran esclavizadas, de proclamar que habían sido rehechas cuando estaban simplemente rotas. El Che Guevara y el doctor maoísta solo habían visto la revolución de lejos, con todo su sofisticado maquillaje, mientras que yo la había visto de cerca, con la cara lavada. Quizá se podía argumentar que valía la pena la muerte de tres millones de personas a cambio de una revolución, ¡aunque esas cosas siempre les costaba menos decirlas a los vivos! Pero ¿tres millones de muertos a cambio de *aquella* revolución? Simplemente habíamos cambiado un Aparato Represivo del Estado por otro, y la única diferencia era que ahora teníamos el nuestro propio. Supongo que para un maoísta como el doctor lo importante es que necesitas ver el fondo antes de poder sentir el impulso de ascender. Quizá mi problema era que pensaba que los vietnamitas ya habíamos tocado fondo bajo el mandato de los franceses, solo para ver después que había otro fondo debajo, con el gobierno de los americanos, cuando en realidad todavía quedaba un último fondo por descubrir: *el nuestro propio*.

Por eso yo necesitaba el whisky o a alguno de sus primos para hacerme soportable la vida. Y sin embargo, siempre que miraba el vaso, estaba vacío. A aquellas alturas el doctor maoísta ya estaba bastante colocado y relajado, desconectado de las cortesías sociales, así que en lugar de rellenarme el vaso yermo, me dijo: Hablando de criminales, nunca he conocido a un vendedor de droga vietnamita.

Me gusta considerarme un iniciador de tendencias.

Quizá sea tu herencia eurasiática.

Tiene que ser mi herencia eurasiática.

A los vietnamitas les ha ido increíblemente bien aquí.

Dímelo a mí.

Médicos, abogados, artistas. No les ha hecho falta dedicarse a las actividades ilícitas, o quizá su inclinación a obedecer las leyes forme parte

de su tendencia cultural a dedicarse a las profesiones honorables. Y a los vietnamitas se les da muy bien mejorar los servicios a los que se dedican.

Lo llevamos en la sangre.

Irónicamente, si los vietnamitas de aquí no venden drogas ni las consumen, quizá se deba a que están desarraigados. A fin de cuentas, si miramos la historia, siempre ha existido la necesidad de intoxicarse: China tiene el opio, los árabes tienen el hachís...

Como yo no era ni chino ni árabe, no estaba seguro de cómo se me aplicaba aquel *koan*, y le tuve que dar vueltas en la cabeza un segundo antes de encontrar la respuesta adecuada: ¿Y qué tiene Occidente?

¿Occidente? El doctor maoísta sonrió. Occidente tiene a la mujer, o eso dijo Malraux.

Le devolví la sonrisa y nos quedamos un momento sonriéndonos.

Bueno, dije. Supongo que estoy volviendo a mis raíces europeas.

Siempre les digo a mis alumnos que tienen que esforzarse por ser los primeros en lo que hagan.

Supongo que en ese caso soy genuinamente original, dije, frotando la suela del zapato contra su alfombra turca. Y tengo intención de ser el mejor de los malvados.

OceanofPDF.com

Después de que mi tía se fuera a dormir, me senté en el sofá con mis dos nuevos compañeros: el hachís y el dinero. La única forma de conseguir que el hachís dejara de soltar risitas y de hablarme en voz baja era fumarme un poco, lo cual lo hizo relajarse a él y también a mí. Bajo la tenue luz que proyectaba la única lámpara que yo tenía, una antigüedad de más edad que yo, inspeccioné el puñado de billetes que me había ganado aquel día, ya deducido el sesenta por ciento de mi tía, pero antes de deducirle el setenta y cinco por ciento del Jefe. Apenas me había sacado nada, aunque ¿acaso me merecía apenas nada? Lo que había hecho era intercambiar el hachís por el dinero, y antes había intercambiado algo por el hachís con el Jefe. Le había ofrecido una parte de mí.

Cuanto más miraba los francos, más irreales me parecían. ¿Qué hacía que cada uno de aquellos pedazos de papel fuera casi igual de poderoso que un ser humano, y qué hacía que todos juntos fueran más valiosos que un ser humano? A fin de cuentas, yo no haría daño a uno de aquellos billetes, igual que no se lo haría a un ser humano.

Ejem..., dijo el espectro de Sonny.

De hecho..., dijo el igualmente fantasmal mayor libertino.

Y era cierto. Los había matado a los dos, mientras que a los billetes nunca les había hecho nada, salvo doblarlos. Jamás había roto ni una esquina de un billete, como hacen los niños con las alas de las moscas que capturan. Jamás había prendido fuego al papel moneda más pequeño solo para ver cómo ardía, tal como una vez vi que hacía un niño americano, usando una lupa de plástico para incinerar a una hormiga sobre la acera. Considerado de forma colectiva, el dinero era invulnerable. Y de forma individual, la misma aura de invulnerabilidad protegía los billetes que ahora

atesoraba, igual que un solo policía encarna a todo el Aparato Represivo del Estado. Así fue como me afectó la magia de aquellos billetes casi ingrátidos que sostenía en la mano.

Quizá estaba sintiendo con bríos renovados el extraño poder del dinero debido a mi nueva ocupación. Hasta entonces solo había cobrado por trabajar de soldado, que era, en teoría, aunque no siempre en la práctica, una ocupación honorable. A cambio de ser espía no había cobrado nunca, convencido de que ni siquiera mi vida valía lo que valían la independencia y la libertad. Aun así, ahora estaba vendiendo hachís, una ocupación que no tenía nada de noble ni de honorable, algo que una parte de mí entendía y a otra parte le traía sin cuidado. ¿Por qué iba a importarme? Durante la mayor parte de mi vida, había creído de manera constante y desesperada en *algo*, solo para descubrir que en el corazón de aquel algo no había *nada*. Así pues, ¿por qué no darle una oportunidad a la nada?

Y sin embargo, ¿qué pensaría mi madre de mi nueva carrera? Yo intentaba no pensar en lo mucho que la habría decepcionado. ¿Cómo podía romperle el corazón, cuando me lo había entregado todo entero? En cambio, cuando me imaginaba lo que pensaría mi padre, solo experimentaba felicidad. Allí estaba yo, en la tierra de mi padre, infectándola con drogas orientales, una pequeña venganza por el hecho de que su país hubiera infectado al mío de civilización occidental.

Mi nuevo trabajo me lo facilitaba el hecho de que mi predecesor en el suministro de hachís, Saïd, se había creado durante la década pasada una red impresionante de clientes, el más antiguo de los cuales era el doctor maoísta. Saïd jamás habría encontrado trabajo con un nombre como Saïd, me contó el doctor maoísta cuando nos despedimos. Es decir, un trabajo relevante. Y se negaba a hacer algo tan simple como cambiarse de nombre.

El doctor maoísta no solo se consideraba cliente de Saïd, sino también su patrón, que lo había ayudado a convertirse en un joven financieramente independiente a base de presentarlo a sus muchos y entusiastas amigos, colegas, alumnos y exalumnos. Y ahora, por medio del doctor maoísta y de mi tía, por aquella red misma corrió la voz de la buena calidad de mi mercancía y de la rapidez de mis entregas. Yo era una novedad exótica: un farmacólogo eurasiático del mercado negro, vendedor medio vietnamita de

unos productos en parte beneficiosos y en parte peligrosos que no estaban demasiado bien pero tampoco demasiado mal. A lo largo de las semanas siguientes me dediqué a hacer mis entregas con aire despreocupado de ciudadano respetuoso con la ley, tranquilizado por la idea de que la policía no solía prestar atención a los asiáticos, o eso me había asegurado Le Cao Boi. Un día, en el restaurante, me había señalado que los árabes y los negros nos hacían el favor no intencionado de ser nuestros señuelos raciales, atrayendo sobre sí la atención de la policía, que los consideraba igual de marrones, pegajosos y aromáticos que el mismo hachís.

Miré por la ventana a los transeúntes y dije: ¿Cómo se puede saber quién es árabe?

¿Cómo se puede saber? ¡Pues mirándolos! ¡Salta a la vista!

No me estaba haciendo el tonto. Tenía cierto conocimiento de la situación árabe en Francia: de la guerra que los franceses habían librado contra los argelinos después de librar la nuestra; de los *pieds-noirs* que habían huido de Argelia a Francia, refugiados como nosotros; de los malos sentimientos que quedaban siempre después de una separación forzosa como aquella. Pero nunca había conocido a un árabe, y tampoco llevaba aquí el tiempo suficiente como para que me resultaran naturales las diferencias en el seno de la sociedad francesa. A alguien de fuera, las diferencias de otra sociedad siempre se le hacían raras, lo cual explicaba por qué los franceses entendían tan bien lo absurdo del racismo americano y del espectro de LO NEGRO, que para los americanos era simplemente la forma en que funcionaba el mundo. Pero para mí, aquí en Francia, LO ÁRABE era una abstracción. Solo para provocar a Le Cao Boi, señalé a un hombre que pasaba caminando y le pregunté: ¿Ese es árabe?

No, Camus, es francés. (No estoy seguro de que Le Cao Boi hubiera leído a Camus, pero en aquella y en otras conversaciones, cada vez que perdía la paciencia conmigo me llamaba Camus, quizá el único filósofo del que había oído hablar). Mira, ese de ahí es árabe.

El hombre que pasó ahora llevaba sudadera blanca, pantalones de chándal grises y deportivas blancas. ¡Sí, yo lo podía ver! ¡Podía ser árabe! O quizá simplemente fuera un francés muy bronceado y con el pelo un poco

rizado. No los puedo distinguir, le dije, todavía divirtiéndome a expensas de Le Cao Boi. ¿Cuáles son las señales?

¿Las señales? Le Cao Boi frunció el ceño, indicio seguro de que le estaba funcionando el mecanismo que tenía detrás. Es..., o sea..., se pueden distinguir, ¿vale? El pelo, la piel, el porte, la forma de hablar... Simplemente no llevas aquí lo suficiente como para leer las señales. Tú fíate de mí. La policía ni te va a mirar, para ellos eres un extranjero inofensivo, siempre y cuando vayas tú solo. Si vais tú y otro, todavía es aceptable. Si se juntan tres de los nuestros, los franceses ya se ponen un poco nerviosos. Cuatro... ni hablar. Eso es una invasión.

Como yo era yo y yo mismo, ya me daba miedo llamar la atención. Así pues, para acentuar mi disfraz de asiático inocente e inofensivo, me colgué del cuello una cámara japonesa que me había prestado mi tía. También llevaba una mochilita del revés, con las correas en la espalda y la mochila en el pecho. Junto con un sombrero de fieltro, un par de gafas de carey que producían la ilusión de unos ojos rasgados cuando no los tenía, o por lo menos a mí no me lo parecían, y un algodoncito metido debajo del labio superior para sugerir alguna clase de problema dental, mi disfraz estaba completo. Ya no era un asiático local mayormente inofensivo; ahora era un turista japonés inofensivo y disciplinado hasta la médula. Con aquel disfraz de visitante inocente dedicado a hacer fotografías en vez de a invadir y robarles el trabajo a los franceses, podía ir casi a cualquier sitio.

Confieso que me sentí bastante listo. Con lo que no contaba era con que Bon fuera aún más listo, pero él también había cambiado a raíz de la reeducación, algo que empecé a entender un día en que me hizo señas con la mano para que fuera a sentarme con él a una mesa de un restaurante, durante una típica tarde libre, y me dijo: Tengo una idea.

¿Tienes una idea?, le pregunté. Bon nunca tenía ideas; era yo quien las tenía.

Bon se me quedó mirando. Aquí hay comunistas.

Hay comunistas en todas partes.

En nuestra comunidad.

Te refieres a mi tía.

Tu tía no forma parte de la comunidad. Se ha vuelto francesa.

Igual que muchos de nuestros compatriotas aquí.

No les gusta demasiado reunirse, ¿verdad? Pero un sitio donde sí podemos encontrarlos y empezar a investigarlos es la Unión Vietnamita.

Yo había oído hablar de la Unión aquella. El restaurante tenía unos cuantos pasquines mimeografiados que anunciaban las diversas actividades de la Unión: promover el aprendizaje del idioma vietnamita, celebrar la cultura vietnamita y defender los intereses de la comunidad vietnamita en Francia. Ni siquiera en Vietnam habíamos visto emplear la palabra *vietnamita* tan a menudo como en la Unión, cuyo nombre oficial era Unión por el Progreso de la Cultura Vietnamita. ¿Tú crees que la Unión es comunista?, le dije.

Oficialmente no, aunque todo el mundo sabe que son rojos. El gobierno vietnamita los reconoce. El embajador vietnamita asiste a sus eventos. Y si parecen rojos y huelen a rojos, es que lo son. Pero aunque eso sea un problema, también es una oportunidad. Todo problema es una oportunidad.

¿Y cuál es la oportunidad?

La oportunidad eres tú. Con eso que vendes para el Jefe, podemos ganar dinero y corromper rojos al mismo tiempo. Maravilloso, ¿no?

Era un plan. Solo que Bon no era dado a hacer planes, era un hombre de acción. ¿La idea te la ha dado el Jefe?

No, pero al Jefe le parece una gran idea.

¿Has ido a ver al Jefe?, le pregunté. ¿Y qué sacas tú de esto?

Simplemente me apunto. Quizá tenga la oportunidad de matar a unos cuantos rojos.

¿Eso quiere decir que tendremos que hacernos pasar por comunistas?

Si yo puedo hacerlo, tú también. Tenía un brillo en los ojos que solo le había visto cuando estaba con su mujer y su hijo y, después de sus muertes, cuando hablaba de matar comunistas. Ahora tienes la oportunidad de hacer daño a unos cuantos rojos, me aseguró. Deberías darme las gracias.

Gracias, le dije.

¿Es que nuestra guerra jamás tendría fin? Por lo menos en el caso de Bon, parecía que no se terminaría hasta que estuviera muerto o fuera incapaz de

seguir con su misión de matar a todos los comunistas del planeta. Igual que mucha gente, veía el mundo en blanco y negro, comunistas o anticomunistas, malos o buenos. Aunque su visión del mundo era un reflejo invertido de la que tenían los comunistas, me daba la sensación de que verme forzado a elegir entre el comunismo y su contrario era una elección falsa, impuesta por los Aparatos Ideológicos del Estado de ambas facciones. Lo más difícil, cuando te ofrecían dos opciones falsas, era imaginarte una tercera opción, daba igual que estuviera oculta de forma deliberada o no. Era la lección más básica de la dialéctica: ese vaivén entre tesis y antítesis que te permitía alcanzar una síntesis. Al margen de que la tesis o la antítesis fueran el comunismo o el anticomunismo. La cuestión era que constituían los polos opuestos de lo que Occidente denominaba sin ironía la guerra fría, la que estaban librando Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero la síntesis era el reconocimiento de que aquella guerra había sido extremadamente caliente para nosotros los asiáticos, y los africanos y los latinoamericanos. A la vista de los fracasos del comunismo y del anticomunismo, yo no elegía nada: una síntesis que no podían entender ni capitalistas ni comunistas. Podríais pensar que yo era un nihilista, aunque os estaríais equivocando del todo. Los nihilistas creen que la vida carece de sentido y rechazan todas las religiones y principios morales, pero yo aún creía en el *principio* de la revolución. También creía que la nada estaba llena de significado; en pocas palabras, que la nada en sí era algo. ¿Y acaso eso no era ya una modalidad de revolución?

Con estas ideas en la cabeza, dos semanas después me aventuré a ir en compañía de Bon a la siguiente reunión de la Unión, cuyos miembros parecían ser todos vietnamitas respetables. En Francia, a diferencia de lo que pasaba en Estados Unidos, la categoría de la gente respetable podía incluir a comunistas o a simpatizantes comunistas, y se me hacía extraño pensar que era probable que algunos de ellos se contarían entre los asistentes al evento. El propósito de aquella reunión en concreto era planificar el espectáculo anual del Tet, tal como nos explicó el presidente del Comité del Tet a Bon y a mí, los únicos recién llegados.

Habrá canciones y danzas tradicionales, nos dijo el risueño Presidente. Era oftalmólogo de profesión, un hombre delgado y canoso con dedos

largos de pianista o de ginecólogo. Tanto su vietnamita como su francés eran impecables, y compensé mi envidia compadeciéndolo por el hecho de que llevara una americana de tweed que le iba por lo menos una talla grande y cuyos puños le rozaban la base de los pulgares. El Presidente no creía, como sí lo creo yo, que todo hombre debería tener un sastre, algo tan importante como tener un sacerdote, porque no tenía sentido ser buena persona si no tenías buen aspecto.

También habrá trajes y comida tradicionales, siguió diciendo. Es una forma de presentar nuestra cultura vietnamita auténtica.

Asentí con la cabeza con aire comprensivo, incluso vigoroso, y le dije: Promover nuestra cultura auténtica es muy importante; a lo que el risueño Presidente asintió con todavía más vigor.

Aunque no lo dije en voz alta, me pregunté si quizá la cultura vietnamita auténtica incluía las apuestas, que era algo que les enseñábamos a nuestros hijos durante las celebraciones del Tet y después nos preguntábamos por qué sentíamos predilección por el juego; o fumar y tomar café en los cafés, una actividad en la cual, si tuviera categoría de deporte olímpico, los hombres vietnamitas serían serios aspirantes a la medalla de oro, porque tratábamos aquellos cafés, heredados de los franceses, como segundos hogares a salvo de esposas abrasivas y niños molestos; o beber cerveza, coñac y vino (a ser posible, vino autóctono de arroz) hasta alcanzar el umbral de la inconsciencia, donde algunos pegábamos a las ya mencionadas esposas y niños o bien nos pegábamos entre nosotros; o conseguir una ganga aunque fuera a expensas de nuestros clientes, nuestros comerciantes o nuestros principios, y luego escandalizarnos cuando nos timaban; o cotillear sobre nuestros amigos y parientes, a quienes nos encantaba apuñalar por la espalda todavía más que a nuestros enemigos, cuyas espaldas costaba más alcanzar; o enorgullecernos de los logros de nuestros vecinos y compatriotas hasta que lograban demasiado, momento en el cual empezábamos a odiarlos y a aguardar la dulce oportunidad de presenciar con alborozo su caída; u obligar a las mujeres a permanecer en la cocina y servir a los hombres, o esperar que dichas mujeres se reprodujeran por lo menos cinco o seis veces, y todavía más si podía ser, hasta que les quedaban los úteros igual de secos

que el Sáhara; todos ellos, aspectos de nuestra cultura que poníamos en práctica mucho más a menudo que los bailes con abanicos, o que cantar un fragmento de ópera o una canción folk, o que llevar túnica de seda, o interpretar un ritual de cortejo en los arrozales, que solo sucedió una vez en la vida, si es que sucedió, y en caso de que sucediera, seguramente incluyó quitarse la bosta seca de búfalo que teníamos entre los dedos de los pies y apartar a manotazos los escuadrones de mosquitos que nos atacaban en barrena.

Sin embargo, parecía de mala educación sacar a colación estas cuestiones cuando lo único que querían el Presidente y su comité era consagrar la belleza de nuestra cultura y compartirla con el mundo, por mucho que escenificar un espectáculo cultural no fuera en realidad más que reconocer la propia inferioridad cultural. Los verdaderamente poderosos casi nunca necesitaban montar espectáculos, puesto que su cultura ya estaba en todas partes. Los americanos sabían que su cultura era ubicua, bien fuera en forma de hamburguesas o de bombas. Los franceses, por su parte, exportaban el Sueño Parisino, un espectáculo callejero para turistas que perdían el culo por el vino, el queso y la música de acordeón. Lejos de mencionar nada de esto, al final de la reunión me presenté voluntario para la sección de danza y canciones, convencido de que todos los bohemios fumadores de hachís estarían allí. También ofrecí como voluntario para las danzas y canciones a Bon, pese a que saltaba a la vista que no tenía pinta de bailarín, y pese a que a todo el mundo le quedó claro también que no iba a poder cantar después de que yo les explicara en su nombre que era mudo. Aquello también había sido idea de Bon.

Ah bon?, dijo el Presidente, una expresión que me encantaba casi tanto como *oh là là*.

Herida de guerra, dije con voz temblorosa. No había planeado emocionarme al contar aquella historia falsa. ¿De dónde salía aquella emoción?

El silencio invadió la atmósfera y todos los miembros del Comité del Tet centraron su atención en nosotros.

Nadie sabe la causa de su mudez, dije, con las lágrimas aflorándome de nuevo a los ojos. Sentí que Bon me clavaba la mirada mientras yo contaba

aquella historia inventada. Una bomba de un B-52 nos cayó casi encima, y a raíz de aquello perdió la voz. Quizá el estallido le dañó algo en la garganta. O quizá sea puramente psicológico.

Sollocé. Mi historia me había cautivado a mí y yo los había cautivado a ellos. Lo vi en sus ojos, en sus labios entreabiertos, en el hecho de que todos contuvieran la respiración.

El ataque de los B-52 nos cogió en campo abierto. No era a nosotros a quienes atacaban, estaban atacando a las guerrillas. Pero los americanos nos bombardearon a nosotros, a sus propios amigos, seguí diciendo. Bon se estremeció, pero no dijo nada. Los americanos vaporizaron casi a un batallón entero de soldados del sur. Lo llamaron *fuego amigo*. Yo lo llamo fuego a secas. Lo único que pudimos oír fueron las bombas y, después, los gritos de los supervivientes, aunque no quedaron muchos. Todas aquellas voces se apagaron para siempre... Quizá fue el pensar en la pérdida trágica de nuestros jóvenes camaradas lo que hizo perder la voz a mi amigo.

Dios mío, dijo una matrona, llevándose la mano a la boca.

Y concluí para darle brillo a la historia de Bon:

Pensé... pensé... que si mi amigo pudiera ver la belleza de nuestra cultura, quizá se olvidaría de los horrores de la guerra. Confiaba... confiaba... en que, si pudiera ver cantar y danzar a nuestra gente, por mucho que él no pueda cantar ni danzar... —bajé la vista y una ola salada de emoción genuina me lamió los pies—, quizá recobraría la voz... y quizá nosotros, antiguos soldados del sur, podríamos ser vuestros amigos, aunque muchos de vosotros, o eso me han dicho, simpatizáis con nuestros antiguos enemigos. Pero ya no somos enemigos. Es hora de que todos seamos amigos. ¿No creéis?

Si yo era el puto chiflado, entonces Bon era el puto afortunado, porque nada más terminar esta historia y darse por concluida la reunión, todas las chicas y mujeres lo rodearon, confiando todas en ser la princesa capaz de devolverle la voz al héroe con un beso (o más, si hacía falta). Bon agradecía la excusa de haber perdido la voz, porque nada lo asustaba más que hablar con las mujeres, incluyendo el hecho de matar a gente, que él veía básicamente como un desafío técnico y solo a veces moral. Había sido un hombre muy moral el que se había apuntado al coro de su iglesia en Saigón,

en parte por fe cristiana y en parte con la esperanza de conocer a su futura mujer, que fue lo que hizo. Su futura mujer y él habían ido sentados a ambos lados del pasillo del autocar durante una excursión al santuario católico de La Vang, antes de que lo destruyera el fuego cruzado de la guerra. Ella estuvo a punto de tropezarse mientras bajaba del autobús, por accidente o adrede, y él la cogió del codo. Esa era la única excusa que Linh había necesitado para saludarlo, y para iniciar una conversación que no terminaría hasta el día en que muriera sobre el asfalto del aeropuerto de Saigón, sin tener oportunidad de despedirse. Aún hoy Bon seguía viendo su cara muerta, y la de su hijo muerto, Duc, apenas un crío. Desde sus muertes se había negado a pensar en otras mujeres, y mucho menos a hablar con las pocas por las que se había sentido atraído. La soledad y la tristeza resultantes eran el destino que creía merecer por seguir con vida.

¡Pobre Bon! Me daba igual que fuera un asesino. Era mi hermano de sangre, mi mejor amigo, y me dolía el hecho de que, desde la muerte de su mujer y su hijo —¡mi ahijado!—, no tuviera a nadie a quien querer más que a mí, lo cual era un destino horrible. De manera que verse rodeado sin previo aviso por media docena de mujeres, que lo miraban como si fuera un bebé acostado en su cuna, le hizo perder la voz que sí tenía. Lo único que pudo hacer fue sonreír, asentir con la cabeza y encogerse de hombros, una pantomima muda que le encajaba como un guante. La mudez le suponía una especie de liberación del mundo, aunque no para quienes querían hablar con él. Pero como no había muchas cosas que le pudieran decir a un hombre que no podía o no quería contestar, terminaron volviéndose hacia mí, el único que podía beneficiarse de su mudez todavía más que Bon.

Aun así, no todas las mujeres me estaban mirando a mí. Una de ellas, todavía girada hacia Bon, estaba escribiendo en un cuaderno, empuñando una estilográfica con su mano elegante y delicada. Cuando levantó la vista y vio que Bon la estaba mirando, sonrió y le ofreció en silencio el cuaderno.

Me llamo Loan, había escrito, como si Bon no solo fuera mudo, sino también sordo. *¿Quieres venir a vernos ensayar?*

Bon se sorprendió a sí mismo escribiendo: *Sí*.

Al salir de la reunión, no supe a ciencia cierta quién de los dos estaba más asombrado, si Bon o yo. Él llevaba encima un papel con el nombre y el número de teléfono de Loan y la hora, fecha y lugar del siguiente ensayo de las danzas y canciones. Ya iba a preguntarle si estaba dispuesto a matar a algunas de aquellas personas tan amables a las que habíamos conocido, incluido el Presidente, que a mí me parecía que podía ser comunista, cuando Bon, pese a que supuestamente era mudo, me dijo: Mira.

Por suerte, no había nadie más en el vestíbulo de la Unión. Señaló un tablón de anuncios, al que había adherido con chinchetas un póster grande de colores chillones y letras enormes, y cuya palabra más significativa era: *FANTASÍA*. Después de esa, las palabras más importantes eran EPISODIO 7. Poblaban el póster varios cantantes y bailarines, hombres y mujeres, en solitario o por parejas, en tríos o cuartetos. Llevaban traje y corbata, o bien trajes de licra con purpurina, o bien recatados *ao dai* con sombreros cónicos, o medias de rejilla y sujetadores. Entendí de inmediato que el espectáculo *Fantasía* estaba basado en el club nocturno de Los Ángeles del mismo nombre, un lugar donde yo había pasado una noche atiborrado de coñac y testosterona, con la lengua colgando fuera ante la visión de la única mujer a la que nunca debería haber puesto encima el ojo, las manos ni la mente: Lana.

¡Ay, Lana! Nada más enterarse el General de la aventura que yo había tenido con ella en Los Ángeles, me había mandado en una misión suicida a reconquistar nuestro país, la misma misión que había conducido a mi captura y al campamento de reeducación. Estaba claro que la reeducación no me había enseñado nada, porque ahora la imagen de Lana inflamó el charco de pasión que chapoteaba dentro de mi tanque de gasolina. Posaba en solitario en el póster en medio de las demás, la cabeza de cartel, con un ajustado y seductor vestido negro que le llegaba hasta el tobillo, pero que compensaba con creces esa modestia con una hendidura que le subía por el costado hasta el hueso pélvico, revelando su pierna magnífica en toda su gloria desnuda, una pierna que terminaba en un pie uncido a un zapato que con su tacón de quince centímetros era a la vez un cruel instrumento de tortura podológica y también un arma homicida en potencia.

Ni lo sueñes, me dijo Bon, pero yo ya lo había soñado.

Si aquel próximo episodio de *Fantasía* era el séptimo, eso significaba que ya lo habían precedido seis más, todos disponibles en algo llamado cinta de vídeo, una tecnología que había llegado al mundo mientras yo vivía en pleno oscurantismo de mi reeducación. Los aparatos que se usaban para reproducir videocasetes eran caros, pero aun cuando no ganaba apenas nada, los beneficios de vender mi mercancía me suponían más ingresos de lo que había tenido nunca a mi disposición. Si tuviera algún sentido común, habría ingresado mi dinero en el banco y me habría vuelto todavía más capitalista, usando dinero para conjurar más dinero. Pero ¿cuándo había sido yo sensato?

Mi tía ya tenía un pequeño televisor japonés, y era fácil conectarle la grabadora de videocasetes. Así que llamé a Bon y le dije que viniera a ver el espectáculo conmigo.

Es una comunista, dijo.

Olvídate de eso por una noche, le dije. Ya estuviste una aquí y la experiencia no te mató. Y tampoco la mataste tú a ella. Es una civil. Y siempre haces lo posible para no matar a civiles, ¿te acuerdas?

La pausa en la línea telefónica significaba que estaba pensando. No la voy a matar. Es solo que no quiero estar en su apartamento.

¿Por qué era tan importante para mí que Bon visitara el apartamento de mi tía? Pues porque sentí que él estaba cambiando, y quería que cambiara más. Algo se le había alterado por dentro, a pesar de sí mismo. Seguía siendo feroz e idealista, aunque estaba dispuesto a conocer a Loan. Quizá ese fuera el punto donde yo podía hacer palanca en mi esfuerzo para doblegar, solo un poco, el acero de su anticomunismo fanático, que lo llevaría a matarme si se enteraba de mi pasado comunista. Pero además de mi interés personal, yo quería que Bon estuviera menos solo. Que volviera a encontrar una familia.

Tienes que ver *Fantasía* con tus propios ojos. Y tienes que verla con otros vietnamitas, porque es un espectáculo sobre nosotros, hecho por nosotros y para nosotros. ¡Somos las estrellas y los presentadores, los

cantantes y los bailarines, los intérpretes y los espectadores! Y hacemos lo que mejor sabemos hacer: ¡cantar, bailar y divertirnos!

Lo oí respirar al otro lado de la línea.

De acuerdo, le dije, tú no cantas ni bailas. Pero sé que te encanta ver cantar y bailar a otros. Lo hacíamos todo el tiempo en los clubes de Saigón. Por entonces no valorábamos el hecho de que nos entretuvieran en nuestro idioma y gente con nuestras caras. Ahora volvemos a tener esa oportunidad. ¡Venga, Bon!

Cuando por fin aceptó, al cabo de un momento entendí que su soledad era mayor que su odio. Y se trajo una botella de vino. Era vino barato, pero aun así aquel gesto de cortesía social era una muestra de lo mucho que había cambiado desde el campo de reeducación. Ni mi tía ni él mencionaron su último e incómodo encuentro, y ambos se sentaron en el sofá para disfrutar de una tregua implícita, con la ayuda de *Fantasía*. El espectáculo se había filmado en vivo en Los Ángeles, en un Hollywood paralelo donde nuestra gente había ascendido a la condición de estrellas. Lo magnífico de aquella gesta se hacía obvio cada vez que la cámara mostraba un plano del público y de sus rostros sonrientes y extasiados, presenciando absolutamente encantados la especialidad de nuestra gente del sur: dar espectáculo. La ideología, la política, los asuntos académicos y la poesía se los podían dejar a la gente de nuestro norte, donde había nacido yo. Una gente del norte que consideraba a la del sur, donde había crecido yo, decadente e indecente. Y quizá tuvieran razón, pero mientras que los nortños ofrecían una utopía que no se podía encontrar en ninguna parte, los sureños habían creado una *Fantasía* que se podía experimentar en cualquier lugar donde hubiera un televisor, un país de los sueños donde los hombres llevaban lentejuelas sin miedo y las mujeres, también sin miedo, llevaban... casi nada. Aquellos hombres y mujeres bailaban el chachachá, el tango y la rumba. Cantaban temas clásicos y también canciones pop occidentales. Interpretaban temas originales, algunos tan nuevos que yo no los había oído nunca. Actuaban en números cómicos vulgares. Al público le gustaban especialmente las partes donde salían hombres travestidos, dándose tirones constantes de los bajos de las faldas, quejándose de las carreras que les hacían en las medias las piernas peludas, cogiéndose con las manos los

pechos de envergadura fantasiosamente americana para recolocárselos, y meneando unos traseros con tanto relleno que podrían haber protegido a un jugador de fútbol americano. ¡Menudas carcajadas soltamos con aquellas escenas! Tanto el público de la filmación como Bon, mi tía y yo. ¡Oh, *Fantasía!*

Aquel era nuestro Hollywood, pero, como solía pasar a menudo en el cine de Hollywood, lo peor del espectáculo era el final. Para el último número, la compañía entera de cantantes y bailarines regresaba al escenario, los hombres respetablemente vestidos con trajes occidentales y las mujeres con *ao dai* orientales, deleitando al público con un tema original cuyo título lo decía todo: ¡*Gracias, América!* Otros versos memorables —aunque poco imaginativos— de la canción decían:

¡*Gracias, Alemania!*

¡*Gracias, Australia!*

¡*Gracias, Canadá!*

¡*Gracias, Francia!*

La lección de geografía continuó y me pregunté qué puñado de almas confusas se habrían visto arrastradas por el torbellino de la guerra y depositadas en, por ejemplo, Israel, un país encantador, no me cabe duda, pero seguro que muy deprimente para los nuestros. Aun así, y pese a nuestro exilio, al parecer siempre encontrábamos por lo menos cierta medida de gratitud al ser acogidos, que había llevado a aquella balada emotiva y agradecida en honor a todos los países que nos habían dado la bienvenida.

Por desgracia —y aunque era un rasgo extraño para un vietnamita— no había nada que yo odiara más que las baladas emotivas y agradecidas. Mi tía, que era una intelectual, y más concretamente una intelectual francesa, también las detestaba. Bon, que era un asesino, debería haberlas odiado, o como mínimo no haberse dejado conmover por ellas, pero me quedé pasmado al verlo llorar, o al menos llorar todo lo que él podía llorar, dejando escapar unos regueros minúsculos de lágrimas mientras se sorbía los mocos, el equivalente a un colapso emocional en una persona normal.

Pero si tú crees que América nos ha traicionado, le dije mientras aparecían los créditos.

Eso no quiere decir que nos haya traicionado todo el mundo.

Crees que Francia violó a nuestro país.

¿Por qué tienes que estropearlo todo?, gritó. ¡Disfruta de la canción y calla, coño!

Luego me di cuenta de que no estaba llorando por la interminable y almibarada gratitud que los países anfitriones exigían a los refugiados que llegaban de los países violados y bombardeados por aquellos mismos países anfitriones. Estaba llorando por la historia de la canción, representada por una atractiva pareja de actores que interpretaban a un marido y una mujer separados por la guerra: la mujer huía a América con los hijos y el marido se quedaba atrás en un campo de prisioneros de guerra. Al final, el marido se escapaba en un barco de refugiados; no, no en un barco, en una *nave*, que era un término más digno, puesto que su viaje y el de los otros miles de refugiados equivalía al más grande de todos los viajes en barco: la *Odisea* de Homero. Tras sobrevivir a aquella odisea, el marido llegaba a Estados Unidos. Allí se reunía con su mujer, vestida con una minifalda que le quedaba muy bien, y con su hijo y su hija, que eran imposiblemente guapos y hacían gala de unos talentos increíbles con el piano y el violín respectivamente mientras sus padres se abrazaban. Por eso estaba tan emocionado Bon: se estaba acordando de su mujer y su hijo —mi ahijado— muertos, con quienes nunca más se reuniría, salvo quizá en el Cielo.

En cuanto a mi tía y a mí, el hecho de ser críticos avezados no nos impidió sentirnos de lo más satisfechos al ver a nuestra gente en la pantalla, por mucho que estuvieran bailando en leotardos o meneando las caderas enfundadas en minifaldas. Era la primera vez desde nuestro regreso a la madre patria que protagonizábamos nuestro propio espectáculo. Pese a toda su frivolidad, *Fantasía* era un espectáculo político, tal como yo había descubierto cuando me soltaron de la reeducación y llegué a Ciudad Ho Chi Minh, el Saigón rebautizado para la nueva era. Allí descubrí que los sobrinos revolucionarios del Tío Ho consideraban que aquel tipo de canciones, danzas y amoríos eran reaccionarios y peligrosos. Los buenos comunistas escuchaban música roja de la que te hacía bullir la sangre y

clamaba por la revolución sanguinaria, mientras que los que amábamos la música amarilla éramos cobardes enfermos que rehuíamos la lucha de clases y el trabajo duro. Pero de alguna manera, a pesar de mi reeducación, o quizá debido a ella, todavía me encantaban las buenas canciones de amor, mientras que una oda roja a las masas en marcha hacia un glorioso amanecer escarlata solo conseguía que se me acumulara la sangre en las piernas. Puede que *Fantasía* fuera simple entretenimiento, pero ¿y qué? Como había dicho la anarquista Emma Goldman: «Si no puedo bailar, no quiero estar en tu revolución». ¿Cómo podían no entender aquellos líderes nuestros tan serios que el hecho de poseer los medios de entretenimiento también era revolucionario? ¿Qué problema había con aquella clase de autodeterminación, teniendo en cuenta que el entretenimiento seguramente fuera la cuarta prioridad humana, después del sustento, el cobijo y el sexo? Me moría de ganas de ver el episodio dos de *Fantasía*, y ya estaba a punto de decirlo, cuando Bon terminó de secarse las lágrimas y dijo: Tengo otra idea.

¿Otra idea?, dijo mi tía. ¿Cuál fue la primera?

Di por sentado que Bon no diría nada, pero lo que hizo fue sonreír y decir: Vender hachís a la Unión y matar comunistas.

Mi tía enarcó una ceja. Qué interesante, dijo. ¿Sabes? En Francia son los comunistas quienes más apoyan a los vietnamitas.

A los vietnamitas incorrectos.

Te sorprendería saber quién puede ser comunista, dijo mi tía, mirándome a mí, lo cual hizo que Bon también me mirara. Se me heló la sangre.

No me sorprende nada, dijo Bon. Los comunistas están en todas partes.

Desde luego que sí, dijo mi tía. Hablando en términos puramente hipotéticos, ¿qué pasaría si descubrieras que un amigo tuyo es comunista en secreto? O incluso tu mejor amigo, como él. Tu hermano de sangre.

Bon se rio de la imposibilidad de aquella hipótesis, aunque como buen filósofo que era, aceptó el juego. Lo mataría, claro, dijo sonriéndome. Es una cuestión de principios.

Yo también me reí del absurdo de aquel chiste malo y me levanté para apagar el televisor. Estaba claro que *Fantasía* se había terminado.

«Dios ha muerto, Marx ha muerto y yo tampoco me encuentro demasiado bien», me dijo una vez un tipo ingenioso de ojos caídos en uno de los salones literarios de mi tía. Solo más tarde me enteré de que era el dramaturgo Eugène Ionesco, aunque yo nunca había visto ninguna obra suya. Es una carencia que he de corregir, aunque la verdad es que ya me da la sensación de estar viviendo en una de sus obras, por lo que sé de ellas. A fin de cuentas, el tornillo que sujetaba entre sí mis dos mentes se había aflojado tanto que había terminado por salirse del todo. ¿Cuánta gente estaba jodida porque había perdido el tornillo de forma definitiva? Pero planteaos lo contrario. ¿No sería mejor *no estar* atornillado, o por lo menos no estarlo tan fuerte? Si uno estuviera atornillado del todo, ¿cómo podría moverse? ¿Y acaso no se terminaba soltando siempre aquel tornillo por culpa de la torsión del tiempo, como les pasaba a todos los tornillos?

Como yo no era lo bastante capitalista —perdón, lo bastante camello— como para comprarme la clase de destornillador que me podría haber apretado el tornillo, le suministré a aquella abertura cada vez más grande que tenía en la cabeza el tratamiento que sí me podía permitir: un Walkman Sony, otro artefacto maravilloso que el capitalismo había inventado durante mi época en reeducación. Como tengo dos mentes, soy capaz de admitir los éxitos del capitalismo, igual que soy capaz de admitir los encantos de la cultura francesa. Las dos mentes las fusionaba con mi walkman, que reproducía unos casetes que te cabían en la palma de la mano, con cuarenta y cinco minutos de música por cada cara. Con los auriculares puestos, flotaba por París sobre mi alfombra mágica de hachís y enmascarándome los ojos con las gafas de sol. A diferencia de las auténticas y caras gafas de aviador de Le Cao Boi, las mías eran una copia que no tenía el logo de

Ray-Ban impreso en una esquina de la lente. Por mucho que tuvieran tendencia a resbalárseme nariz abajo, las llevaba puestas día y noche, a cielo abierto y bajo techo, con la cámara al cuello y la mochila por delante, el típico turista japonés lleno de curiosidad y siempre listo para ofrecer esa sonrisa afectada del asiático exótico en tierra occidental. Invisible siempre y cuando también fuera inaudible, me dediqué a explorar París en mi tiempo libre o bien durante mis repartos, y la ciudad era el decorado del musical que me sonaba por los auriculares. Después de visitar una sola vez aquellas partes de la ciudad que se podrían haber usado para decorar pasteles de boda, desde Notre-Dame hasta la Torre Eiffel, desde el Louvre hasta el Sacré-Cœur, ya las evitaba. Prefería los barrios más sórdidos o los parquecillos donde pudiera sentarme en un banco junto a los vagabundos y los borrachos, aquellos primos míos no tan lejanos, y contemplar a las inocentes palomas. Me preguntaba quién estaba más loco: yo, el supuesto puto chiflado, o Bon, el mártir decidido a inmolarsé una vez más en la pira de una idea grandiosa, una causa perdida, un último estertor. Bon y yo habíamos estado lo bastante locos como para apuntarnos a los ensayos quincenales del espectáculo cultural, donde nuestros limitados talentos nos habían convertido en bailarines de última fila, si es que *bailarines* era la palabra adecuada. Uno de nuestros números musicales trataba de la vida rural, donde nuestra actuación entera consistía en hacer ver que arábamos el campo, que trabajábamos con la pala y la azada y cargábamos fardos con gestos intensamente estilizados y quizá poéticos, que pintaban la agricultura como estilo de vida bucólico y columna vertebral de nuestra cultura, aunque yo personalmente estaba bastante seguro de que la agricultura debía de ser una modalidad calurosa y sudorosa de supervivencia infernal y agotadora que dejaba poco tiempo a la cultura. ¡No importaba! La misión de nuestro espectáculo cultural era competir con los encantos de la vida francesa a base de mostrar los encantos de la vida vietnamita, que se había vuelto mucho más encantadora para los vietnamitas de Francia después de tantos años de exilio. Todo el mundo necesitaba su propia modalidad de nostalgia, como bien entendían los productores de *Fantasía*. Y los ensayos me daban la oportunidad —que yo ya había previsto— de fumar con los demás bailarines, tomarme unas copas al salir y soltar insinuaciones sobre mi

producto, repartir unas cuantas muestras y construir sin hacer ruido una nueva cartera de clientes jóvenes y en la onda, estudiantes y profesionales, además de esforzados trabajadores que también necesitaban un poco de descanso y relajación y que se quedaron bastante sorprendidos, además de complacidos, al descubrir que podían obtener aquella mercancía de alguien que se parecía un poco a ellos. La única dificultad a la hora de ganarme la confianza de la juventud moderna era que la mayoría de sus integrantes, nacidos en Francia, hablaban francés más deprisa que yo y usaban un argot más nuevo y a la moda que yo no conocía.

¿Quién es ese amigo tuyo que da clases de francés?, le pregunté a mi tía.

Te va a caer de maravilla, me dijo ella mientras me daba su dirección. Es comunista.

De manera que empecé a asistir a clases matinales, cerca de la Gare du Nord, con un grupo de estudiantes adultos procedentes de todas y cada una de las antiguas colonias francesas, al mismo tiempo que distribuía mi mercancía por todo París. Los beneficios los usé para comprarme un excelente par de zapatos Oxford de cuero marrón de Bruno Magli, que me había recomendado BFD. Quedan bien y puedes caminar o estar de pie todo el día con ellos, me dijo. Se había fijado en mis mocasines polvorientos y agrietados de cuero falso, comprados a un vendedor callejero de camino al aeropuerto de Yakarta. Siempre puedes juzgar a un hombre por sus zapatos. El comentario de BFD me irritó, pero a la vez no me lo pude quitar de la cabeza. Llevaba los zapatos de Bruno Magli con orgullo y les sacaba brillo todas las semanas, sucumbiendo a esa seducción capitalista de la que Marx advertía: amar un artículo de consumo, una cosa, como si fuera un ser vivo; una aventura amorosa que en el mejor de los casos solo podía ser efímera.

Unos meses después de iniciar aquel nuevo episodio de mi vida, yo estaba saliendo de un parquecito del pasaje Dumas cuando un joven que rondaba por la verja me saludó con la cabeza, enarcó la ceja y se llevó los dedos a los labios para hacer el signo universal de la hermandad de fumadores, unidos por nuestro deseo de morir. Jean-Claude Brial y Anna Karina entonaban a dúo *Ne dis rien*, una canción que me encantaba e iba tarareando. Me sentía de buen humor, así que sonreí, saqué el paquete de

cigarrillos y le ofrecí uno, asegurándome de que no fuera uno que llevara hachís. El joven me dijo algo, así que me quité los auriculares, todavía sonriendo en silencio, como buen turista japonés, y me quedé un poco pasmado cuando él, devolviéndome la sonrisa, me dijo: Tenemos entendido que tienes un hachís de primera.

Domo arigato, fingí que no lo entendía. No era buena idea vender a desconocidos, así que le hice una reverencia y retrocedí dos pasos antes de toparme con un cuerpo duro y musculoso. El joven que estaba detrás de mí, igual que el de delante, llevaba vaqueros Levi's, cazadora desabrochada y camiseta, con la diferencia de que uno llevaba camiseta de los Beatles y el otro, de los Rolling Stones. Estábamos los tres solos en el parquecito, una maniobra deliberada por parte de aquellos jóvenes, que parecían ser los árabes acerca de quienes me había advertido Le Cao Boi. Tenían esa delgadez despreocupada de los jóvenes, protegida del conocimiento del aspecto que tendrían dentro de veinte años, un conocimiento que los hombres de mediana edad ya poseíamos, para nuestro pesar. La inercia de la edad y los placeres accesibles de la pastelería francesa me habían ayudado a recuperar toda la grasa perdida durante la reeducación, más un extra, que me proporcionaba una pequeña panza por encima del cinturón y otra pequeña redondez debajo de la barbilla. Yo era una *andouillette* blanda y redonda, con las tripas bien embutidas por dentro, y ellos eran los cuchillos de borde serrado listos para hacerme rodajas.

No finjas que eres japonés, dijo Beatles. Sabemos que eres vietnamita.

¿Vietnamita?, dijo Rolling Stones. Pensaba que eras chinorri.

La palabra que había usado en realidad era *Chinois*, que solo quería decir «chino», pero si le dabas las inflexiones y el énfasis adecuados — cierto matiz de desprecio—, se convertía en un epíteto que yo les había oído unas cuantas veces a nuestros colonizadores franceses. Me entristeció oír aquella palabra de labios de alguien que debería saber que no estaba bien usarla, pero contestar al insulto solo habría conseguido inflamar la situación. En un intento de distender los ánimos a base de expresar curiosidad genuina por sus orígenes o ancestros, les dije: ¿Qué sois vosotros?

Argelinos, monicaco, dijo Beatles.

Rolling Stones hizo una mueca y dijo: Somos mantequilla.

¿Mantequilla?, pregunté. Si alguien debería ser mantequilla, soy yo, amarillo, blanco y fácil de derretir. ¿Por qué sois mantequilla?

¡Mantequilla!, gritó Rolling Stones. ¡Mantequilla!

Beatles suspiró y dijo: Mierda, somos franceses. Ahora danos el hachís.

Hablémoslo, les dije. Hermanos argelinos, ¿no habéis leído los argumentos de Ho Chi Minh contra la colonización francesa? No tendríamos que estar peleándonos entre nosotros, no tendríamos que estar robándonos los unos a los otros. ¡Tendríamos que estar trabajando juntos contra nuestro padrastro maltratador! Olvidaos de *La Marsellesa*, la letra es un poco demasiado asesina para mí. ¡Cantemos *La Internacional*! ¡Arriba, parias de la tierra, con brío! *Nous ne sommes rien, soyons tout*!

Mi discursito pareció confundirlos, porque se detuvieron y fruncieron el ceño, y a lo mejor si uno de ellos hubiera dicho «quizá tenga razón», podríamos haber cambiado la historia, o por lo menos mi historia, pero eran adolescentes impulsivos, y Rolling Stones negó con la cabeza, rechazando la cuerda dialéctica de solidaridad que yo le había lanzado, y me dijo: ¡Danos el hachís, subnormal de mierda!

Lo había intentado, ¿verdad?

Claro que sí, dijo Sonny.

Si tú lo dices, añadió el mayor libertino.

Aquí tenéis el hachís, murmuré, haciendo el gesto de abrir la cremallera de la mochila. Dieron un paso hacia mí y se creó la distancia justa entre nosotros para permitirme golpear con la mochila tan fuerte como pude, de abajo arriba, hacia el mentón de Beatles, donde los dos ladrillos que había al fondo de la mochila impactaron con un crujido tan fuerte como el grito de batalla que me salió de la tripa, *CABRÓN*, ya que jamás pasaba un momento en que yo no tuviera la tripa llena de aquella palabra, y aunque pensé que me había acostumbrado a ella, solo estaba acostumbrado a que me llamaran puto chiflado, lo cual tenía cierto elemento de verdad, mientras que la verdad absoluta allí era que aquellos dos me tendrían que estar llamando hermano, o primo, o quizá tío, porque estábamos emparentados, ¿verdad que sí? Nuestros antepasados comunes eran los galos, que tenían los arrestos de llamarnos descendientes suyos; los argelinos eran los

primogénitos, tal como le había contado mi padre a nuestra clase, mientras que los indochinos eran los brillantes hijos medianos, destinados a ser secretarios, asistentes, ayudantes y burócratas de bajo nivel, a diferencia de los camboyanos y los laosianos y demás, que estaban por debajo de nosotros en la cadena ontológica del imperio, aferrándonos cada uno de nosotros a un eslabón mientras contemplábamos las mejillas sonrosadas del simio ligeramente menos oprimido que teníamos encima, anhelando que una mano blanca y benévola nos ayudara a trepar más allá de las criaturas indignas que se interponían en nuestro camino a aquel hermoso acorazado llamado *La Mission Civilisatrice*, que había bombardeado Hai Phong con obuses y había matado a seis mil civiles, pero a quién le importaba. Solo éramos nativos, no contábamos.

¡Cabrón!, gritó Rolling Stones; me atizó un puñetazo antes de que yo pudiera golpear otra vez con la mochila. ¡Puto mono de mierda!

Rolling Stones me arreó otro puñetazo que hizo tañer una campana en mi cabeza, y me entró la nostalgia al oírlo llamarme *bridé*, una palabra que llevaba sin oír desde los tiempos del colonialismo francés en Saigón, y aunque el resto de mi francés se hubiera oxidado, el recuerdo de que me llamaran chinorri, mono o monicaco, dependiendo de la traducción que hiciera cada uno, era igual de inolvidable que decir *merci* y *au revoir*, y el hecho de que tuviera o no cara de mono era un mero tecnicismo. Me preocupaba mucho más haber oído al caer un crujido procedente de la cámara japonesa que llevaba colgada del cuello, aunque no era tan alarmante como el hecho de que Rolling Stones se me tirara encima y se pusiera a estrangularme, haciendo que se me salieran un poco los ojos de las órbitas y se me ampliara la visión periférica, lo que me permitió ver a Beatles derramando sangre y lágrimas sobre la tierra apisonada del parque y agarrándose la nariz, posiblemente rota por los ladrillos, un truco que se me había ocurrido a mí solo, aunque no cabía duda de que las décadas de socializar con Bon me habían llevado a absorber parcialmente su predisposición a ir siempre preparado para la violencia, lo cual incluía llevar siempre algún medio de autodefensa y por lo general más de uno, una estrategia que también es importante a la hora de montar una ofensiva, porque en su ataque Rolling Stones no solo me estaba estrangulando,

forzando a mi muy constreñida laringe a emitir gorgoteos de protesta, sino también tirando violentamente de mi cabeza hacia arriba para golpearla una y otra vez contra la tierra batida, dos estrategias que estaban dañando mi percepción, ahora moteada y salpicada de fogonazos como los que puedes ver cuando te estás enamorando, o eso me han contado, o cuando estás a punto de desmayarte y quizá de morir, tal como yo sabía por propia experiencia, y como era del todo necesario impedir estos dos últimos resultados, dejé que Rolling Stones progresara en su intento de asesinarme a fin de distraerlo y de que no me viera levantar las piernas hasta pegarle los muslos a la espalda mientras él seguía a horcajadas encima de mí, permitiendo que los bajos de mis pantalones se me subieran y dejaran al descubierto mis calcetines, dentro de uno de los cuales yo había metido una navaja, una lección que me había enseñado Bon, y mientras sacaba de un tirón la navaja sentí que algo duro se me clavaba en la cintura, y es que Rolling Stones tenía una erección, lo cual significaba que ya era seguro que me iba a matar, y lo vi enseñar los dientes ya no solo con furia y rabia, sino también con odio y odio a sí mismo, y cuando pulsé el botón que abría la navaja, el borde de la hoja me rajó la palma de la mano, un hecho del que apenas fui consciente por culpa de la película roja que había descendido sobre mi visión y del bramido de la sangre que se me agolpaba en la cabeza, un bramido fuerte pero no lo bastante como para impedirme oír que Rolling Stones estaba gritando *Puto mono chino de mierda de los cojones*, unos insultos que me hicieron ruborizarme de nostalgia por aquella época más inocente en que el colonialismo salía fotografiado en blanco y negro y sin grabación de audio que le permitiera a uno oír cómo debía de sonar la palabra *anamita* en francés y dicha a unos tímpanos vietnamitas, un salivazo impregnado de desprecio y condescendencia, aquella época en que la parte visible de nuestra opresión todavía resultaba remota, y quizá encantadora, de tal forma que incluso unos rebeldes con cangas en torno al cuello o unos campesinos cargando a hombres blancos a sus espaldas podían resultar pintorescos y curiosos, igual que mi muerte inminente me resultaba remota a mí, con mis sentidos apagándose y mis extremidades ya insensibles salvo por el peso de su cuerpo sobre mi barriga y la empuñadura fría de la navaja en mi mano resbaladiza, a la que yo había conseguido dar

la vuelta para que la hoja de quince centímetros pudiera salir por fin, y con los últimos vestigios de mi conciencia hundí la hoja de la navaja en la parte de su cuerpo que me quedaba más cerca, lo cual le arrancó un grito y provocó que una de sus manos se separara de mi cuello, y eso me animó a dar otra puñalada, que resultó en otro grito y en que su otra mano me soltara mientras Rolling Stones intentaba separarse de mí, y cuando le volví a clavar la navaja una y otra vez, tuvo la suerte de que mis cuchilladas solo encontraran sus nalgas y su hueso pélvico, y el dolor hizo que se apartara de mí, retorciéndose y dándome patadas, y por fin libre de su presa, yo le devolví las patadas, me alejé rodando y me incorporé dando tumbos solo para verme a punto de caerme encima de Beatles, que estaba a cuatro patas y negando con la cabeza y girando el rostro hacia mí con tal fuego en la mirada que le estampé la rodilla en toda la cara, y si no le había roto la nariz antes se la rompí ahora, pero mientras aquel enemigo se desplomaba, el otro se levantaba, Rolling Stones, aullando y agarrándose el culo sangrante pero muy capaz físicamente de hacerme daño, si no fuera porque el dolor lo estaba distrayendo, señalándolo como el aficionado que era, porque si fuera un profesional, tal como me había dicho muchas veces Bon, sabría que la mente era igual de importante para la supervivencia que el cuerpo, un hecho que yo tenía muy claro porque me había pasado muchos años curtiéndome como espía, seguidos de aquella escuela de etiqueta que había sido la reeducación, que, al no conseguir matarme, me había hecho tan difícil de matar como un estereotipo, y desde luego más fuerte que aquel joven, que tenía el deseo suficiente de matarme pero no la astucia, la experiencia y el miedo a la muerte necesarios, que yo sí había aprendido a lo largo de la vida entera de amargura y resentimiento que uno vive cuando es bastardo, yo y mí mismo, yo presa del dolor y tratando de respirar mientras yo mismo veía las cosas con claridad y mantenía el control, acercándose deprisa a mi oponente y apuñalándolo varias veces más en la región del corazón y en los órganos vitales, con una sensación parecida a la que produce insertar un cuchillo dentro de un pollo entero y crudo, salvo por el hecho de que su caja torácica y su esternón desviaron dos veces la hoja del cuchillo, provocándome sendos latigazos en la muñeca, cuando lo único que yo quería era que él parara de moverse y se quedara tumbado y me dejara en

paz y prometiera no matarme, pero mi francés solo me llegaba para decirle *Para, para, para*, queriendo decir que parara él y que parara yo también, pero ninguno de los dos podía parar hasta que el otro hubiera sucumbido, y él, de rodillas, de costado, bocabajo, no me vio cuando salí a toda prisa del parque, recogiendo la mochila con una mano mientras cerraba la navaja con la otra, sin mirar a ver si Rolling Stones estaba muerto ni si Beatles se estaba levantando, dando gracias por el hecho de que el mismo parque vacío que antes les había supuesto una ventaja ahora jugaba en su contra, y dando gracias por el hecho de estar llevando ropa oscura, tal como Bon me había dicho que tenía que hacer siempre, no solo para estar a la moda, porque era lo que se llevaba en París, sino también porque la sangre se veía menos en la ropa negra, y así podía meterme la mano ensangrentada en un bolsillo del pantalón mientras me subía la capucha de la sudadera, que Bon también me había dicho que tenía que ponerme en aquellas ocasiones en que quizá necesitara ocultar mi apariencia repulsiva, tal como hice mientras caminaba a paso rápido hasta la estación de metro de Nation y empezaba a oír gritos y chillidos detrás de mí cuando ya estaba a cierta distancia de allí, tan aturdido que hasta más tarde no me di cuenta de que debería haber ido a la estación de rue des Boulets que estaba en la misma esquina del parque, pero aun así conseguí alejarme a buen ritmo, incluso oyendo el aullido de aquella sirena que me decía *Estás muerto, estás muerto*, según me acercaba al metro, un sonido que se fue apagando cuando bajé corriendo las escaleras, con la mochila aporreándome de nuevo el pecho, y la cámara, con la lente partida y la tapa perdida, brincándose en torno al cuello mientras yo cruzaba los tornos y bajaba más escaleras y recorría un túnel hasta llegar al andén más cercano, sin importarme qué tren era ni en qué dirección iba, simplemente feliz de poder detenerme por fin, apoyarme en una pared y sacar a hurtadillas un pañuelo de mi mochila, algo que un caballero siempre debería tener, no solo para limpiar las secreciones de un cuerpo ajeno o del propio, sino también para usarlo como torniquete o vendaje, en este caso para mi mano derecha, que me volví a meter en el bolsillo, con la piel del corazón tensada por la adrenalina y el miedo y su retumbar solo ahogado por el traqueteo del tren cuya aproximación me recordó que tenía que enfocar la mirada lo bastante como para poder entrar sin tropezarme y

sentarme al lado de un viejo canoso, un viejo no demasiado aseado y un pocoapestoso, lo cual me beneficiaba, porque los dos juntos teníamos cierta pinta de pareja de degenerados, y eso siempre era mejor que tener pinta de degenerado solitario, sobre todo si eras un turista japonés apaleado en pleno viaje desastroso, y también me beneficiaba la insensibilidad generalizada de las masas urbanas, sobre todo de las que sobrevivían en el metro, que me echaban vistazos esporádicos solo para apresurarse a desviar la mirada, a excepción de una niña con coletas que me señaló con el dedo y dijo en voz bastante alta:

MIRA,

MAMÁ,

MIRA,

lo cual ciertamente causó que todo el mundo que la había oído me mirara, y mantuve mi monstruoso yo inmóvil por completo, a la manera de un geco posado en una tapia que sabe que lo han visto, intentando volverme invisible mientras la madre no hacía nada para impedir que su medio linda y medio asquerosa descendiente me siguiera mirando sin parpadear con sus ojillos adorables y saltones, y por fin me arranqué de encima su mirada y salí por el túnel de conexión apropiado en Belleville y caminé por entre la multitud a ritmo normal hasta mi transbordo, completando un trayecto de treinta minutos en el cual nadie me dirigió una palabra, y durante el cual disuadí a todo el mundo de hablarme a base de ponerme los auriculares y escuchar una y otra vez cómo Jacques Brel cantaba *Ne me quitte pas*, hasta que por fin entendí que quería ser la sombra de un perro, momento en el cual llegué al restaurante, donde Le Cao Boi me dijo: ¿Qué coño te ha pasado?, que es lo que yo también me habría dicho a mí mismo, sabiendo que era una de las cosas más afectuosas que le puede decir un hombre a otro, una expresión de preocupación e interés que prometía acción, y cuando intenté sentarme a una mesa él me arrastró hasta la cocina, donde los Siete Enanitos me lavaron la mano en un cuenco de plástico azul que también se usaba para limpiar pescado, y mi sangre fue enturbiando y

enrojeciendo el agua clara hasta que me ungieron con yodo y aceite de eucalipto, que provocaron que me ardieran la piel de la palma de la mano y también las magulladuras de la cabeza y la garganta, y ese fuego le puso un halo de calor a Bon cuando me apareció en el campo de visión diciendo: Voy a matar a esos hijos de puta, una frase cuyo subtexto era obviamente que me quería, pero lo que me puso de veras sentimental y me hizo berrear de forma incontrolada fue cuando me dijo: Los voy a abrir en canal y voy a hacer que se coman la mierda de sus tripas, una deliciosa imagen culinaria que provocó muchas risas entre los Siete Enanitos, unos cuantos de los cuales sacaron sus cuchillos de carnicero y representaron una pelea en broma mientras Le Cao Boi improvisaba una oda terrible en mi honor, el guerrero lloroso regresado de su expedición, que no hace falta citar aquí, y de hecho era tan espantosa que he olvidado lo que decía, pero a Le Cao Boi no le ofendió mi falta de entusiasmo, atribuyéndola, estoy seguro, a mi estado físico, aquel dolor varonil que los Siete Enanitos podían entender y aquellas lágrimas atroces y vergonzosas que no podían entender, y a fin de ocultar mi debilidad Le Cao Boi trajo una botella de licor chino que parecía agua, o vodka, un líquido transparente que me eliminó una capa entera de células epidérmicas rosadas y doloridas al descender por la garganta, ayudándome durante un breve momento a atajar mi llanto y olvidarme de la palma rajada de mi mano, envuelta en un donut de vendas, y cuando le dije, dame más, él me dijo, tengo algo mejor, desapareció de mi vista y reapareció trayendo consigo un pedazo cuadrado de papel de aluminio en el que había emplatado un terroncito blanco de azúcar, el bocadito como comida entera, la típica presentación que se podía esperar de un restaurante con estrella Michelin, con la diferencia de que esto no era azúcar blanco, sino, tal como proclamó Le Cao Boi, *el remedio*, que tardaría demasiado en hacerme efecto si me lo tragaba, ya fuera entero o diluido, así que lo machacó dentro de un mortero y lo devolvió al rectángulo de papel de aluminio, lo sostuvo frente a mi cara con una mano mientras usaba la otra para encender un mechero debajo del papel de aluminio, y el polvo blanco se disolvió en forma de charco borboteante de claridad líquida mientras uno de los Siete Enanitos me daba un tubo de plástico transparente, la carcasa de un bolígrafo a la que le había quitado el cartucho de la tinta, y Le Cao

Boi me dijo que inhalara por el tubo, cosa que hice, porque si los médicos y los científicos tienen el atrevimiento y la conciencia ética suficientes para experimentar siempre consigo mismos, entonces también debíamos hacerlo NOSOTROS, una creación monstruosa cuya apariencia bifronte resultaba grotesca para todos quienes nos contemplaban, a mí y a mí mismo, y quizá a *moi*, esas dos caras —o quizá ahora fueran tres— que solo una madre podría amar, nuestra madre, que había muerto hoy, o puede que ayer, y que seguramente volvería a morir mañana, aquella madre que moría todos los días y vivía todos los días en nuestro recuerdo, porque no había día en que NOSOTROS no pensáramos en ella y en el hecho de que no habíamos estado junto a su cama en el instante de su muerte, un crimen tan imperdonable como el crimen de nuestro nacimiento, cuando habíamos brotado de ella y habíamos iniciado el proceso de toda una vida de separación de ella, cuyo recuerdo nos hizo llorar ahora una vez más, aunque todo el mundo lo atribuyó a la paliza o bien al remedio, y Le Cao Boi dijo: Es increíble, ¿verdad?, a lo cual solo pudimos responder cerrando los ojos y gimiendo, con nuestras caras juntándose en una sola de manera que pudimos enfocarnos a NOSOTROS mismos, en la superficie y por dentro, a lo largo de los miles de capas distintas de NOSOTROS que se extendían desde el presente hasta el pasado, fundiéndose para formar el dulce, hojaldrado, adictivo y nada dietético milhojas de nuestras historias e identidades, todas las cuales coexistían en el mismo momento, adheridas entre sí por las pegajosas preguntas de siempre, como por ejemplo, ¿qué significaba esto?, ¿quiénes éramos?, ¿qué éramos?, ¿de dónde veníamos?, ¿adónde íbamos?, ¿qué habíamos hecho?, ¿y qué íbamos a hacer?, preguntas imposibles de contestar que nos dejaban sin apenas aliento, de tan intensamente que sentíamos nuestro cuerpo, nuestro presente, nuestro pasado y nuestro futuro, hasta que ya no pudimos sentirnos el cuerpo, porque la frontera entre el cuerpo y el mundo de fuera se había disuelto hasta el punto de que cada onda de luz y sonido y contacto nos atravesaba y nos arrastraba a un remolino de sensaciones eufóricas, e incluso orgásmicas, que duraron un lapso desconocido de tiempo, hasta que el remolino dejó de llevarnos a las profundidades, cambió de rumbo y empezó a trazar una espiral por encima de NOSOTROS, convirtiéndose en una escalinata de luz, en lo alto de la cual

Bon me dijo: Más vale que te diga lo que he oído, y sus palabras nos fluyeron sobre la piel, el hombre sin cara está en la embajada, que era lo único que podía estropear el placer del remedio, porque solo podía existir un hombre sin cara, una figura temible y aterradora que de alguna manera había sido conjurada de regreso a la existencia por la mera presencia de la idea de Bon, que ahora era claramente una señal del destino que cobraba forma, y de alguna forma NOSOTROS siempre habíamos sabido que no podríamos pasar mucho tiempo alejados de él, NOSOTROS, que no solo éramos monstruosos y grotescos, sino también *magníficos*, tan magníficos que en algún momento descendimos por la escalinata de luz hasta la panadería de al lado, negándonos a comer en el peor restaurante asiático de París, llorando un poco al ver todas aquellas variedades intrigantes de pan y de bollos, que encarnaban colectivamente siglos enteros de buen gusto y sofisticación culinaria y complejidad técnica, como por ejemplo las cabezas de negro que tanto le gustaban al Jefe pero que ahora mismo a NOSOTROS no nos apetecían, no, necesitábamos algo que llenara más que el merengue y el chocolate después de lo que habíamos vivido, un viaje que todavía nos tenía sometidos a vibraciones de baja intensidad mientras descendíamos de vuelta a la realidad mundana, con la piel convertida en una topografía de zonas erógenas y con el dedo temblando mientras señalábamos un grueso óvalo de pan rústico que NOSOTROS nunca habíamos pedido, pero que nos había producido curiosidad desde que supimos de su nombre, que ahora pronunciábamos en un francés perfecto, diciendo: ¿Me pone un bastardo, por favor?

SEGUNDA PARTE

YO MISMO

OceanofPDF.com

¡Tengo un sueño!, dijo Martin Luther King júnior.

Yo estaba iniciando el descenso tras haber estado a punto de alcanzar el Cielo, o bien me estaba elevando después de haber descendido a las inmediaciones del Infierno. Tenía las suelas de los zapatos chamuscadas por el calor infernal, y la nariz goteando por el frío estremecedor de las nubes celestiales, a cuyas puertas había estado. El ronroneo de un motor de dos tiempos rompió la atmósfera reverencial, y una motocicleta rugió al pasar junto a la hilera de aspirantes; se plantó justo delante de Martin Luther King júnior. Eso fue lo primero que me sugirió que el motorista era vietnamita. ¿Quién era? ¡No, imposible! ¡Era él! ¡Era Le Duan, secretario general del Partido Comunista! ¡El sucesor de Ho Chi Minh! ¡Uno de los padres fundadores de nuestro país reunificado! ¡Un hombre idealista de verdad! ¡Un revolucionario lo bastante loco como para haber viajado de forma voluntaria del sur al norte cuando todo el mundo sensato, mi madre incluida, estaba yendo exactamente en dirección contraria! ¿Qué demonios estaba haciendo aquí?

¿Quién eres tú?, le preguntó Martin Luther King júnior.

¡Soy el artífice del plan! Le Duan se apeó de su moto, sonriente y en absoluto ofendido por tener que explicar quién era. Es el destino de todo aquel que viene de un país pequeño, da igual que haya hecho grandes cosas. Por mucho que tuviéramos nombres, casi nadie más que nuestros compatriotas los conocían o eran capaces de pronunciarlos. Quizá fuera mejor no tener nombre, porque así nadie podía decirlo mal. En cambio, no hay nadie en nuestro país que diga mal el nombre de Le Duan.

Y aquel hombre tan idealista siguió hablando: ¡Soy el mago que cogió la mitad superior de nuestro país y la cosió otra vez a la mitad inferior! ¡Y

le di el espinazo de hierro de nuestra revolución, para que pudiera erguirse por sí mismo! ¡Y luego cavé en un cementerio y encontré un cerebro para esa nueva creación nuestra! ¿Qué más da que fuera el cerebro de un extranjero, Karl Marx? No seamos racistas. Los alemanes fabrican muy buenos cerebros, casi tan buenos como sus coches. ¿Ves nuestro país ahí abajo? Vale, se tambalea un poco, pero ¿qué esperas, después de haber vivido unas cirugías tan radicales en el espinazo y en el cerebro? Ya me gustaría verte caminar a ti, ya no digamos correr, después de tanto tiempo de malos tratos y de una operación tan intensa para librar a tu cuerpo de cuerpos extraños. Los chinos, los franceses, los japoneses, los coreanos y los americanos, todos se turnaron para ocuparnos. ¡Ahora —y llegado aquel punto Le Duan dio un codazo a Martin Luther King júnior— ya no eres el único que tiene un sueño, colega! Sonriendo con alborozo, Le Duan señaló su motocicleta y graznó: *¡Yo también tengo un sueño!*

Todos miramos el logotipo de su motocicleta Honda, que, en efecto, decía:

DREAM

¿Una Honda Dream? ¿Estaba soñando? ¿O sea que, después de demostrar que sabían hacer radiotransistores y grabadoras de casetes, los japoneses también estaban fabricando sueños? Hasta el presente sueño yo no había oído hablar jamás de aquel sueño, ¡pero ahora que sabía de su existencia, también quería aquel sueño japonés! ¡Qué delicia! ¡Debía de ser mucho mejor que tener un Sueño Americano! El Sueño Americano era tan simple y optimista que no necesitaba psicoanálisis, no requería inmersión en aguas profundas. Era tan superficial, aburrido y sentimental como una serie de televisión mala que por alguna razón se hubiera convertido en éxito. En cambio, el Sueño Japonés parecía realmente morboso. Ansié aquel sueño con tanto anhelo que me olvidé de que los sueños te pueden matar, y eso marcó el momento apropiado para despertarme del sueño y encontrarme a mí mismo con un bocado de pan duro dentro de la boca, sentado sobre la tapa bajada de un retrete del peor restaurante asiático de París, que, a juzgar por el olor nauseabundo, yo debía de haber limpiado de forma muy

deficiente. Solo puedo culpar a otra persona, es decir, a mí, una persona cuerda que no quería tener nada que ver con aquel lavabo repulsivo. El aire era fétido, con un aroma a medio camino entre olor a sobaco, a ombligo y a pliegues sudorosos de partes bajas. El orificio del retrete era el espejo del ano, portales ambos que llevaban a profundidades misteriosas y túneles laberínticos, razón por la cual yo había tenido que bajar la tapa para no escrutar, entre arcadas, aquel conducto descendente.

¡Recobra la compostura!, me dije a mí mismo. No era fácil, ya que estaba sollozando, en parte por dolor, en parte por remordimientos y en parte por las secuelas del remedio, una de las cuales se parecía a la sensación que me había producido a veces tener un lío amoroso con una mujer a quien apenas conocía: asco. ¡Mamá!, gemí. ¡Mamá! ¿Qué he hecho?

No te preocupes, me dijo el mayor libertino. No están muertos.

Si estuvieran muertos, añadió Sonny, ya estarían aquí con nosotros.

Salid del lavabo, les dije. Ya se me habían pasado los efectos del remedio, como los del amor, dejándome con el dolor de la mano y el deseo desesperado de volver a enamorarme, aunque fuera una sola noche y a sabiendas del vergonzoso resultado. ¡Dadme un poco de privacidad!

Pero es que llevamos mucho tiempo sin charlar, dijo el mayor libertino, mirándose en el espejo por encima de mi hombro derecho. Sonny asintió con la cabeza desde detrás de mi hombro izquierdo, con la cara igual de pálida y lívida que la del mayor, por mucho que el orificio de la frente del mayor, su tercer ojo, todavía estuviera sangrando, igual que el orificio de la mano de Sonny, uno de los sitios donde yo le había disparado. ¿Acaso los fantasmas dejaban de sangrar alguna vez, o de llorar, o de regresar? El hecho de que mi madre nunca se me hubiera aparecido implicaba que debía de estar contenta en el más allá. No tenía razón para rondarme, porque yo era su buen hijo, el que siempre pensaba en ella, el que llevaba su foto en la billetera y hablaba con ella todas las noches. En dicha foto en blanco y negro, tomada poco antes de marcharme al liceo a fin de poder llevarme un recuerdo de ella, viste un *ao dai* prestado de una de mis tías. Solo le hizo falta pedir prestado el vestido, no los pantalones, porque la foto era de hombros para arriba. El pelo se lo habían arreglado profesionalmente, en

una peluquería, con plancha rizadora, de modo que le flotaba en forma de ondas en torno a la cara. Por una vez su cara, por lo general sin maquillar, se veía decorada con colorete, rímel y pintalabios. Yo siempre había sabido que mi madre era hermosa, pero también sabía que cuesta ser hermosa cuando estás agotada, que era su condición normal. Allí, en la fotografía, sus servidumbres —es decir, su hijo y su vida— habían sido mágicamente borradas, dejando únicamente su belleza. Yo guardaba esa foto de mi madre para acordarme de ella, pero también para acordarme de que muchos otros parias de la tierra podrían haber parecido ángeles —y viceversa— de ser distinta la historia. Quería preguntarles a mis fantasmas si habían visto a mi madre, pero no quería que vieran al niño que aún vivía dentro de mí, aquel niño que llamaba a gritos a su madre todas las mañanas.

Entonces, ¿no los habéis visto en vuestro lado?, les pregunté.

Pero ¿tú crees que conocemos a todo el mundo aquí? Sonny fingió incredulidad. El sarcasmo era todavía más irritante cuando venía de un fantasma. Solo somos unos cien mil millones.

Unos miles de millones arriba o abajo, dijo el mayor libertino. No estoy seguro del todo, porque el más allá no tiene departamento censal. En contra de la creencia popular, esto no es una urbanización cerrada al público donde te apuntan en el registro cuando entras.

También está un poco oscuro y turbio, añadió Sonny. Cuesta ver las cosas bien.

Y eso es bueno. La gente en el más allá no tiene muy buen aspecto.

De media. Hay excepciones.

Sí, pero la gente que va del rollo «muere joven y deja un bonito cadáver» es insoportable.

La gente que va del rollo «muere viejo y solo y deja un cadáver putrefacto» suele ser más humilde.

Pero menos sociable.

Aun así, apestan. Eso es lo que nadie te cuenta del más allá. Que huele a carne podrida, agua pútrida y moho negro.

No se puede tener todo, dije. En cualquier caso, si alguien estuviera muerto, puede que ahí no lo vierais, pero seguramente yo sí lo vería aquí.

Si lo has matado tú, sí, dijo Sonny. Igual que nos mataste a nosotros.

Así es como suele funcionar lo de rondar a alguien, añadió el mayor libertino.

Pero ya hace tiempo que no me rondáis.

¿Qué podemos decir? Hemos estado haciendo turismo. París es una ciudad magnífica. ¡Y cuánta historia tiene! ¡Cuántas catacumbas por explorar! ¡Cuántos fantasmas por conocer! ¡Toda la gente importante está en Père-Lachaise!

Los dejé en el lavabo del restaurante, todavía oyendo el ruido de sus risas a través de la puerta. ¿Eran reales o eran efectos secundarios del remedio? Debían de ser reales, porque ya los había visto antes. Su reaparición en calidad de dúo cómico familiar me decía que no había pasado lo que yo me temía. Que Beatles y Rolling Stones estaban vivos, y no condenados a ser anfibios prehistóricos que emergían del submundo acuático gateando con las zarpas. Y tampoco debía de estar muerta la agente comunista, porque nunca la había visto a mi lado, provocándome, como me pasaba con el mayor libertino y Sonny.

No están muertos, ratificó Bon. En la cocina del restaurante, desierta salvo por nosotros, me sirvió un whisky largo, mi clase favorita de whisky. Ya es bastante difícil matar a alguien con una pistola. Tu conciencia se interpone. Pero matar con cuchillo requiere algo especial y tú no tienes lo que hace falta para liquidar a alguien tan de cerca. Aun así, no se lo digas al Jefe. Al Jefe le dices que esos tipos están muertos.

Son unos críos, le dije. El whisky me bajó por la garganta y cubrió mis entrañas descompuestas con una capa de pintura fresca. Me dolía la mano allí donde Gruñón me había puesto los puntos de sutura, sin dejar de silbar ni un momento. Más, le pedí. Era una de mis palabras favoritas, siempre y cuando fuera yo quien la dijera.

Son hombres. Bon me rellenó el vaso. Jóvenes, pero lo bastante mayores para ir a la guerra y morir en ella. He visto a chavales todavía más jóvenes luchar, matar y morir. ¿Crees que planearon dejarte marchar? No. Te iban a asesinar o a dejarte gravemente herido, dos contra uno. En esa situación tienes todo el derecho a salvar tu pellejo. Eso sí, si hubiera sido yo, estarían muertos. Porque esa es la única garantía de que ahora no van a ir a por ti, como pasó con el hombre sin cara.

El mero hecho de mencionarlo en voz alta ya hizo que bajara la temperatura de la cocina, donde estábamos encogidos en unos taburetes bajos de plástico que nos recordaban a nuestra tierra, con las rodillas casi a la altura del pecho. El hombre sin cara era nuestro hermano de sangre, el tercer mosquetero, aunque esto Bon no lo sabía, porque solo lo había visto de lejos en el campo de reeducación. Para Bon, el hombre sin cara solo era el comisario político del campo, mientras que para mí el comisario político era nuestro hermano de sangre, Man. Qué destino aquel: ser interrogado y después torturado por mi mejor amigo, el único que me conocía mejor de lo que yo me conocía a mí mismo, el que me puso la pistola en la mano y trató de obligarme a dispararle mientras yo estaba amarrado en mitad de mis torturas. Él sufría tanto dolor como yo. Pero ni yo era capaz de matarlo ni él era capaz de matarme a mí.

¿Cómo te has enterado de que está aquí?

¿Crees que puede aparecer alguien sin cara sin que corra pronto la voz? Está en la embajada. Por lo menos va enmascarado, o eso dicen. Lo han presentado como héroe de guerra.

Si va enmascarado, ¿cómo sabes que es el hombre sin cara?

¿A cuánta gente le hace falta llevar máscara? ¡Solo a los que no tienen cara!

Di un sorbo de whisky y pregunté: ¿Cómo se llama?

Me dijo un nombre que no era Man. Dung.

Se me ocurrió que debía de ser un seudónimo, porque significaba «heroico» en nuestro idioma, «mierda» en inglés y nada de nada en francés. Lo que le dije fue: ¿Cómo sabes que es el comisario político? Incluso los guardias del campo solo se referían a él por su rango. ¿Y cuánta gente hay por ahí sin cara después de la guerra? No puedes estar seguro de que sea él.

¿Quieres pruebas? Muy bien. Tendremos que acercarnos lo bastante a él para verlo. Y entonces lo mataremos. O por lo menos lo mataré yo.

Vacíé mi vaso. A veces prefería beberme el whisky a sorbos, dilatar la experiencia, de tan buena que era, y otras necesitaba echármelo al gollete lo más deprisa posible, pisando a fondo el acelerador de mi hígado, de tan mala que era la vida.

¿Cómo puedes no sentirte culpable por haber matado a tantos hombres?

Solo me tengo que sentir culpable si he cometido un crimen. Nos rellenó los vasos. Acábatelo, anda.

¡Cien por cien!, dije, entrechocando mi copa sagrada de licor espirituoso con la suya. Espíritus que venían a nosotros desde otro mundo, aunque fuera un mundo poblado de ángeles, demonios, fantasmas y fantasías. No le había hablado nunca a Bon de mis fantasmas, por miedo a confirmarle mi condición de persona inestable, pero eran unos fantasmas igual de reales e invisibles que las termitas, y también te roían los cimientos sin que los vieras. ¿Cómo se podía fumigar a los muertos? El remedio era una respuesta fácil, pero solo apaciguaba a los vivos, a quienes se hacían pasar por vivos, como yo.

Sin embargo, el remedio me daba miedo. Era tan agradable que me recordaba a la religión.

El Jefe me llamó aquella misma noche y me convocó en su apartamento al día siguiente, señal de que había aumentado su respeto por mí. Bon se fue a casa y me pasé la noche acostado en un camastro en el restaurante, detrás del mostrador, porque no quería que mi tía me viera con la cara magullada y la mano lacerada. Los latidos del dolor me mantuvieron despierto y me transportaron de vuelta a mi celda del campo de reeducación, desnudo y amarrado al suelo, con el techo entero cubierto de bombillas y tanta luz que cerrar los ojos no conseguía atenuarla. Man había conseguido acceder a la parte más inaccesible de mí, mi mente... o puede que incluso mi alma, si es que existía. Quizá, si me volviera a encontrar con él, me revelaría más partes de mí que yo todavía no conocía. Quizá fuera por eso por lo que mi instinto me había llevado a buscar cobijo con mi tía, porque sabía que ella le contaría a Man todo sobre mí. Y ahora había llegado al territorio neutral que era París, la ciudad donde se había negociado el final de la guerra. Había venido a buscarme a mí. Y a Bon.

Me estremecí y escuché el susurro de las cucarachas y el corretear de los ratones. Por primera vez me fijé en que debajo de la caja registradora, en un estante abierto, había una colección de revistas pornográficas, con las portadas y las páginas pegajosas de algo que yo esperaba que fuera grasa. A

pesar del dolor de mi cabeza y mi mano, algo se despertó en mi interior, y un par de hilos se extendieron desde mis ojos, pasando por mis dos mentes, hasta bajar al otro par de orbes que me convertían en hombre. Los cuerpos pálidos y relucientes de aquellas jóvenes extremadamente sinceras parecían tallados en mazapán, con los pechos asomando y mucho más grandes que la media. Llevaban un maquillaje tan profesional como si estuvieran de boda, pero aunque mis ojos y mis mentes reaccionaron, el resto de mí se negó, distraído por el dolor de mi mano. Volví a guardar las revistas y me pregunté cuál era la razón de mis acciones, por qué aquellos jóvenes — niños, en realidad— me habían asaltado, por qué yo les había pagado con su propia moneda. Y por encima de todo, junto con mi preocupación por no ser capaz de obtener la rigidez estructural necesaria para eyacular, ni con la ayuda de las revistas subidas de tono, me pregunté qué razón había para mi ciertamente turbia y quizá innecesaria existencia.

Quizá el Jefe me suministraría una respuesta algún día. No era mi creador, pero sí mi re-creador, que me estaba dando una nueva oportunidad no a modo de regalo, sino de préstamo. Si Dios residía en el Cielo, entonces el dominio del Jefe era un casino, que es el cielo para algunos y el infierno para otros. Sus planes los dirigía desde su casa, situada a pocas manzanas de su almacén de importación-exportación, en una torre brutalista de unas treinta plantas a la que me dirigí a la mañana siguiente, abotargado por el dolor y la falta de sueño. Era una torre tan claramente no parisina que el nodo de tráfico más cercano era la place d'Italie, como si se pudiera culpar de aquella arquitectura desastrosa a Mussolini. Una arquitectura, culminación de una visión presumiblemente socialista, que más que nada consistía en una pila de cajas de zapatos, donde los seres humanos eran los zapatos. Aquel diseño tan eficiente estaba destinado a albergar a una cantidad enorme de personas en una cantidad limitada de terreno, atendiendo así al problema de falta de espacio y exceso de gente que afectaba al centro de París, o eso me explicó el Jefe mientras nos sentábamos en un sofá de cuero escarlata con pinta de cochazo deportivo.

Mira las vistas, me dijo.

El Jefe vivía en un piso de la parte media de la torre y tenía el sofá orientado al ventanal de la sala de estar, con otro sofá a juego puesto en

perpendicular. Aquel otro sofá miraba a un televisor colosal, que pesaba lo mismo que un gorila adulto y estaba flanqueado por altavoces del tamaño de adolescentes. Como todos los refugiados de sexo masculino, el Jefe tenía fascinación por el equipamiento audiovisual gigante, que le permitía ver mejor los vídeos y escuchar mejor la música que lo transportaba a su tierra. Los franceses, por lo que yo había podido ver en los apartamentos de mi tía y del doctor maoísta, preferían los televisores pequeños, que preservaban el preciado espacio de sus pequeños hogares para poner libros, espejos y souvenirs recolectados en mercadillos callejeros y durante sus cuatro semanas de vacaciones pagadas al año. Nosotros, en cambio, no teníamos vacaciones, o por lo menos no las usábamos para visitar lugares exóticos, a menos que uno contara los países de donde veníamos, que no nos resultaban exóticos. Como veníamos de las culturas antiguas de Asia, que eran mucho más antiguas que la cultura meramente vieja de Francia, deseábamos lo moderno, lo resplandecientemente nuevo, con algunas excepciones, como el reloj que el Jefe tenía encima del televisor, idéntico al que tenía en su oficina, tallado de madera en forma de nuestro país.

Las vistas son espectaculares, dije.

Ten, prueba una de estas. El Jefe señaló una lata de galletas danesas de mantequilla que tenía en su mesilla de café de seudomármol, mesilla que también podía servir de mortero contra el cual golpear cabezas duras. Yo rehuía los lácteos, pero hice de tripas corazón y saqué una galleta de mantequilla de su envoltorio de papel por pura cortesía.

Cuando esos chavales me estaban atacando, me dijeron que eran mantequilla.

¿Mantequilla?, dijo el Jefe.

¿Mantequilla?, dijo Le Cao Boi.

La secretaria se rio. Estaba sentada en el otro sofá con Le Cao Boi, los dos viendo un episodio de *Fantasía* en el televisor colosal, con el volumen bajado hasta ese nivel de rumor de fondo de los cotilleos. La secretaria voluptuosa era joven, saludable y delgada; también era alta, altiva e iba ligera de ropa. Aquellos elementos se multiplicaban, como tres veces tres, resultando en un total mayor que su suma. En su piel tersa resplandecía la luz que se elevaba del horno de sus ovarios; su melena negra era tan larga y

voluptuosa como el resto de ella, y sus pechos se veían completamente deliciosos, agraciados con una forma tan apropiada y un tamaño tan elegante que me habría encantado reencarnarme en su sujetador. Sí, la miré, porque era imposible para un hombre no mirarla, ¿verdad?

No dijeron que eran mantequilla, dijo con un pequeño soprido de burla. Dijeron que eran *mantequilla*.

¿Cómo?, pregunté.

B-e-u-r-r-e es «mantequilla», dijo muy muy despacio, mirándome mientras el Jefe y Le Cao Boi soltaban una risita. *B-e-u-r* es como se llama en jerga a la gente nacida aquí de padres árabes.

Mordí mi galleta de mantequilla y traté de ocultar la arcada que me produjo su sabor. Cuando el Jefe me sirvió una taza de té verde y me miró con cara expectante, entendí que me estaba ofreciendo una modalidad extraespecial de hospitalidad. Antes de que pudiera coger la taza caliente, el Jefe me preguntó: ¿Prefieres café? Y antes de que pudiera contestarle, chasqueó los dedos y su secretaria giró la cabeza. Trae café para todos, dijo el Jefe.

Ella hizo un mohín a modo de respuesta y descruzó las piernas cruzadas, una maniobra que me hizo tragar saliva. Todos miramos cómo caminaba hacia la cocina, en silencio, admirando su perfecto trasero. Cuando desapareció en la cocina, el Jefe se reclinó en el sofá y dijo: La Torre Eiffel, ahí mismo. Bueno, ahí mismo no. A lo lejos. Pero aun así, es la Torre Eiffel, ¿no? Tengo unos prismáticos aquí por si la queréis ver más de cerca. La gente paga un dineral absurdo por vivir cerca de la Torre Eiffel, ¡y yo pago una miseria y la veo bien! ¿Quién es más listo? A mí no me molestan los turistas cada vez que bajo a la calle. No hay policía preocupada por esos turistas o por los residentes ricos. Esa es la gente a la que quieren proteger: los turistas y los banqueros. Este sitio... Si estuviera lleno de gente blanca, la policía pulularía por aquí como moscas rondando la fruta, pero la gente blanca no quiere vivir aquí. No hay suficientes parques, ni suficiente encanto, ni suficiente *je ne sais quoi*. Y lo más importante, no hay suficiente gente blanca. Es la pescadilla que se muerde la cola. Cuando ya hay mucha gente blanca, viene más gente blanca.

Cuando no hay suficiente gente blanca, a la gente blanca le pone nerviosa ir a vivir a un sitio. Así es como se nos presentó una oportunidad.

¿Nos?

¡A los asiáticos! Chinos, vietnamitas. A tus hermanos y hermanas amarillos, o medio hermanos y medio hermanas. Nos hemos adueñado del lugar. Siempre vivimos donde no nos queda más remedio que vivir. Bueno, en realidad yo podría haber ido a Estados Unidos, pero elegí Francia. ¿Sabes por qué? Menos competencia. En Estados Unidos ya hay muchos emprendedores asiáticos. En Francia hay menos, y los que hay son borregos. Pero la comunidad asiática de aquí va a crecer, y entonces necesitarán mis servicios.

Estaba claro que, cuando el Jefe decía «emprendedor», en realidad quería decir «gánster», pero me limité a decirle: He estado en Estados Unidos, y ciertamente está lleno de emprendedores.

Claro. Hay más oportunidades aquí. Y si veo una oportunidad, la aprovecharé. No aprovechar una oportunidad es como no coger comida cuando tienes la ocasión. Y cuando se trata de comida, comemos todo lo que podemos y cuando podemos. ¿Verdad? Mira. Señaló las cerezas iridiscentes que había en la mesilla de café, recogidas en un cuenco blanco de plástico con un patrón azul impreso que evocaba jarrones de la dinastía Ming. ¿Qué ves?

Las cabezas de pelo negro de los refugiados a bordo de un barco no apto para navegar, tan apelotonados que nadie podía moverse. No pude evitar un gemido al acordarme de aquello, pero lo reprimí y dije: ¿Cerezas?

Cerezas imperfectas, dijo el Jefe, fingiendo no ver aquella debilidad mía tan poco viril.

Aunque algunas de las cerezas eran esféricas y bastante perfectas, de un rojo tan intenso y oscuro que bordeaba el negro, otras venían en formas y tamaños irregulares. Varias estaban acopladas entre sí a modo de cerezas dobles, que, si la pareja era simétrica, parecían pares de nalgas. En la mayoría de los casos, sin embargo, una cereza era más grande que la otra, lo cual le confería a la fruta cierta apariencia de persona jorobada.

Las compro en el mercado chino porque los mercados franceses, los mercados *de blancos*, no las venderían nunca. El Jefe cogió una cereza

deforme y se la metió en la boca. Pero son más baratas y saben exactamente igual. Igual que una teta fea sabe igual que una bonita si cierras los ojos.

¿Entonces prefiere usted la fea a la bonita?, le preguntó Le Cao Boi.

El Jefe sonrió y dijo: ¿Qué te crees, que soy idiota? Claro que es mejor que las cosas sean bonitas, pero también se puede vivir cuando no lo son. Puedo comprarme un piso al lado de la Torre Eiffel, pero ¿para qué? La gente —la gente *blanca*— pensaría: «¿Quién es el asiático este?». La policía pensaría: «¿Qué hace aquí un asiático?». Mis vecinos pensarían: «No me puedo creer que se haya mudado aquí un amarillo». Es gracioso lo de los blancos. Piensan que los asiáticos hacemos guetos, pero cuando ellos vienen a nuestros países no se relacionan con nadie más.

Le Cao Boi se rio y la secretaria también. Había vuelto a la sala trayendo una bandeja plateada con tres vasos, cada uno con un dedo largo de leche condensada en el fondo. Y encima de cada vaso había un filtro de aluminio desde el cual goteaba lentamente el café negro sobre la leche condensada, y hubo un momento de silencio cuando ella se inclinó hacia delante para dejar la bandeja en la mesilla de café. Por fin se sentó, tragué saliva y el Jefe me miró con cara expectante. ¿Dónde estábamos? Ah, sí, haciéndole la pelota al Jefe. Yo también me reí, aunque solo un segundo, porque el ruido hacía que me pitara el cráneo. Él asintió con la cabeza y me dijo: Y aquí, la gente blanca nos dice que no tenemos que hacer guetos, y cuando no los hacemos, nos dicen que hemos perdido nuestra cultura.

Hagas lo que hagas, está mal, dijo Le Cao Boi.

No necesariamente, dijo el Jefe. El secreto está en no ver el mundo como lo ve la gente blanca. En cuanto lo ves así, ya has perdido. Por ejemplo, la gente blanca nos considera borregos. Y en la mayoría de los casos, no se equivocan. Nuestra gente cree que, si son borregos y obedecen la ley, aquí serán aceptados y respetados. Es patético. Pero eso lo voy a cambiar yo, porque yo sí entiendo que la gente blanca no nos va a respetar hasta que nos tema, y no nos va a temer hasta que crea que vamos a violar las leyes.

Es verdad que aquí no tenemos gánsteres, dije.

¡Gánsteres! Es una forma de describirnos. En nuestra tierra nos llamaban piratas o bandidos. Nos teníamos que esconder en los guetos o en

las ciénagas. Pero yo prefiero la palabra *forajidos*. Y prefiero estar aquí, en vez de escondiéndome. Aquí tengo mis vistas y no me mira nadie. Lo veo todo y nadie me ve a mí.

Tiene usted un plan, le dije.

Todo el mundo debería tenerlo.

Como habría sido estúpido admitir que yo no tenía un plan, asentí con la cabeza, pero solo una vez, porque el gesto me dolía.

No tienes muy buen aspecto.

No lo tiene, no, ratificó Le Cao Boi.

Nada que no arreglen el tiempo o un cirujano plástico. Conozco a uno.

Un par de semanas para la cara. Los puntos de la mano tardarán un poco más.

[REDACTED], dijo el Jefe en chino.

[REDACTED], admitió Le Cao Boi, riendo.

No te preocupes, no estamos hablando de ti.

Sí hablamos de él.

Bueno, vale, sí. Si no quieres que hablemos de ti, tendrás que aprender chino. Fácil, ¿verdad? Igual que yo contraté a alguien para que me diera clases de francés. Y el Jefe señaló a su profesora de francés, que también era su secretaria y amante. Hiciste bien, por cierto. No pensaba que tuvieras lo que hay que tener.

Quizá solo haya tenido suerte, dijo Le Cao Boi.

Todos tenemos suerte. Los hombres honrados lo admiten. La ironía llevó al Jefe a hacer una pausa. Bon dice que necesitas un sitio donde quedarte.

A mi tía no le va a hacer gracia que me presente en su casa con esta pinta, murmuré.

Es una civil, dijo Le Cao Boi.

No está involucrada, confirmé. Y no querría estarlo.

Es tu contacto con tu red de clientes, dijo el Jefe. No nos conviene poner eso en peligro. Muy bien, tengo un sitio para que te quedes. Te va a encantar.

¿Es como este?

Créeme, las vistas son todavía mejores, dijo el Jefe, sonriente. Devolvió la mirada a los ventanales, que recorrían la sala entera a lo ancho. ¿Qué ves?

¿La Torre Eiffel?, dije.

Sí, sí, la Torre Eiffel. Pero ¿a qué te recuerda?

Dudé. El mero hecho de pensar me dolía. ¿A un reloj de sol?

¿A un reloj de sol? El Jefe entornó los ojos. Supongo..., pero vuelve a mirar.

¿A un dedo?

¿A un solo dedo? ¿Y dónde están los otros?

Me quedé mirando la torre una vez más. ¿A una tubería?

Pero ¿estás ciego o qué coño te pasa?, gritó. ¡Es una polla gigante!

Le Cao Boi y la secretaria voluptuosa se rieron de mi falta de imaginación.

Pues claro que veo eso, dije a media voz. Simplemente es un poco... obvio.

Si es tan obvio, ¿por qué no lo decías?, dijo la secretaria voluptuosa.

Señor universitario, dijo Le Cao Boi. Parece que te irá bien tomarte unos días de descanso.

Siete días, para ser exactos, dijo el Jefe. Para entonces seguramente ya volverás a parecer humano.

Y entonces...

Entonces hablaremos de planes.

Yo no estaba en condiciones de hablar de planes ni de pensar en ellos, y sin embargo, una hora más tarde ya estaba pensando a bordo de un vagón de tren del RER que traqueteaba rumbo a un barrio residencial del norte. Mientras miraba aquellos lúgubres bloques penitenciarios de edificios de apartamentos y trataba de no perder la compostura, me pregunté si sería cierto, si la Torre Eiffel sería una simple erección gala que se levantaba desde el cuerpo supino de Francia, eyaculando chorros de nubes, a la vista e invisible al mismo tiempo.

¿Acaso era tan obvio que no era obvio?

¿Estaba el imperio francés exhibiéndose ante los ojos del mundo?

¿Era la Torre Eiffel distinta del Monumento a Washington, aquel misil blanco que se elevaba desde la capital norteamericana, presagiando todos los misiles nucleares que había enterrados en silos por el paisaje estadounidense?

Me pregunté si alguna vez el sacrificio de una nación había tenido como emblema una vagina gigante. (Bueno, quizá el Arco del Triunfo, aquellos muslos maternales por entre los cuales el ejército francés desfilaba todos los años el 14 de julio, o eso había visto yo en fotos de la revista *Paris Match*, dado que en persona nunca había presenciado aquel parto). Pero más allá de aquella excepción...

¿Alguna vez una matriz había sido un monumento?

¿Alguna vez un útero había sido el modelo de un memorial?

¿Alguna vez había flotado un par de pechos sobre un capitolio?

¿Por qué nunca se me habían ocurrido estas cosas?

Mi vecino se levantó y se cambió a otro asiento.

OceanofPDF.com

Mareado por tanta profundidad mental, o quizá mareado por el dolor de cabeza, caminé hasta mi destino por una ruta donde las casas y apartamentos eran insulsos bloques de dos o tres plantas de altura, con algún café y alguna cervecería muy de vez en cuando. Las verduras deprimidas y las frutas decepcionadas en exposición delante de las dos verdulerías por las que pasé eran los ocupantes más tristes de la calle junto conmigo mismo, todos anhelando que nos manipularan unas manos que no emitieran juicios. A diferencia de la Francia de mi imaginación colonizada, aquel barrio deslucido no tenía ningún sitio al que valiera la pena ir paseando ni tampoco nada frente a lo que valiera la pena pasar, como si lo hubiera diseñado un norteamericano o un vietnamita. Por fin llegué a una puerta verde descascarillada en una calle melancólica, donde pulsé el timbre y me quedé esperando.

Allô?

Suspiré y dije lo que Le Cao Boi me había mandado que dijera, una contraseña que se le había ocurrido a él: «Quiero entrar en el Cielo».

¿Me estás tomando el pelo?, le había dicho yo, pero él se había encogido de hombros. Si no les importa a los clientes, ¿por qué te va a importar a ti? ¿Y qué tiene de malo apuntar un poco alto?

Estoy seguro de que el empleado de la agencia de viajes había pensado lo mismo.

Se abrió la puerta verde del Cielo y me invitó a pasar una mujer sonriente con esa dentadura repugnante de quienes se han criado en el tercer mundo. Estaba en edad de jubilarse y tenía una inflexión filipina en el acento. Hola, señor, me dijo en inglés. ¿Le puedo recoger la chaqueta? ¿Le

puedo desatar los cordones de los zapatos? ¿Le puedo acompañar a la sala de estar? ¿Le puedo ofrecer un café, un té, un vino, un whisky?

Un whisky, le dije con voz temblorosa, siempre conmovido por aquel ofrecimiento.

La obsequiosa ama de llaves hizo una reverencia y abandonó la sala de espera caminando hacia atrás. Las persianas metálicas de las ventanas estaban bajadas, dejando la estancia a la luz de unas lámparas de pie baratas y un televisor casi tan grande como el del Jefe. Los sofás tenían ese brillo de la tela resistente a las manchas, y si no eran de esa tela, deberían haberlo sido.

Siéntate, amigo, me dijo el único ocupante de la sala. Sentado frente al televisor estaba el gorila del Cielo, grande y negro, con los tobillos cruzados, haciendo crujir los nudillos y con pinta de estar aburrido. El televisor emitía un debate, y a juzgar por la portada sartriana de *El ser y la nada* que se veía en pantalla, el tema del día era el existencialismo, del que estaban hablando un humorista y un jugador de fútbol al que reconocí de otras apariciones televisivas, así como un par de hombres con gafas y bien alimentados. Tardé un momento en darme cuenta de que uno de aquellos intelectuales profesionales era el doctor maoísta, que, a juzgar por su aspecto sobrio y académico, no parecía dedicar nunca ni un solo pensamiento a la parte de su cuerpo que quedaba por debajo de la garganta y los pulmones, y eso solo porque necesitaba aquellos órganos para hablar y fumar. *Pienso, luego existo*, era el sentimiento que rezumaba, o quizá *Hablo, luego existo*.

Tu primera vez, ¿eh?

Sí, dije, observando la tirita blanca que el gorila tenía estampada en la mejilla. Después, por miedo a parecer novato, le dije: Mi primera vez *aquí*.

El gorila caviló mientras veía la televisión. Observada con más detenimiento, la tirita no era exactamente blanca, sino beige. Solo parecía blanca sobre la negrura de su mejilla, que tampoco era del todo negra, pero lo parecía más por contraste con la tirita.

Sartre está bien, dijo el gorila. Pero prefiero a Fanon y a Césaire.

Yo igual, le dije.

El gorila siguió viendo el debate sobre Sartre, pero su mención a Fanon y Césaire me hizo acordarme de la última vez que me los había encontrado, en el Occidental College, donde me había pasado seis años cursando mi licenciatura y mi máster en Estudios Americanos. Mi director de tesis, el profesor Hammer, había impartido la obra de Fanon y Césaire en su seminario sobre literatura del tercer mundo. Era 1964, hacía dos años que Argelia se había independizado de Francia y el anticolonialismo triunfaba en el tercer mundo. Era crucial entender a *los parias de la tierra*, decía el profesor Hammer, parafraseando el título del libro de experiencias de Fanon sobre la guerra argelina. Se estaban levantando, tal como proclamaba *La Internacional*. Aproveché una pausa publicitaria del debate para decir: Me gustan Fanon y Césaire. *Discurso sobre el colonialismo*. Y cuando Fanon habla de violencia, está hablando de Argelia, pero también de Vietnam.

Prefiero *Piel negra, máscaras blancas*.

Me avergonzó admitir que no lo había leído, pero el gorila se limitó a encogerse de hombros.

Te lo puedo prestar. ¿Y has leído *Una tempestad* de Césaire? ¿No? Te queda mucho por descubrir. Son libros que instruyen sobre la vida y la muerte. La mayoría de la gente solo quiere hablar de la vida.

Bueno, a mí también me gusta hablar de la muerte, le dije.

Entonces nos llevaremos bien, dijo. Se denominaba a sí mismo escatólogo, y su interés intelectual residía en analizar el significado del Juicio Eterno y el Más Allá, el destino mismo de la humanidad. Eran cuestiones muy elevadas, y me alegré de ver regresar al ama de llaves con un vaso alto de whisky. A falta del remedio, lo único que me mantenía en la cálida tierra de los vivos era aquel anticongelante, que garantizaba que no me dejara de circular la sangre. ¡Oh, whisky! Cuánto te he necesitado, y también el recuerdo de mi madre, que tanto soportó en la vida y sin embargo nunca se entregó al whisky ni a ninguna otra adicción. Quizá las debilidades las heredé de mi padre, bastardo en el sentido moral, que no en el racial.

¿De dónde eres?, dijo el gorila escatólogo.

Si la pregunta me la hubiera hecho una persona blanca, habría respondido: de mi madre. Pero como compartíamos esa aflicción

subecuatorial tan extendida llamada *colonización*, que solo afectaba a la gente no blanca, le dije: De Vietnam, aunque mi padre es francés.

Todo un caballero, estoy seguro, dijo el gorila escatólogo con una risilla. Seguramente visitaba lugares como este.

Era sacerdote, dije. Me pregunto si alguna vez visitó sitios como este.

No estoy seguro de que hayamos visto a esa clase de hombre aquí. Pero no me sorprendería.

¿Y tú? Intenté sacudirme de encima la tristeza de mis orígenes, que me había invadido con la misma inevitabilidad y persistencia que el polvo, pero incluso aquella pequeña sacudida hizo que mi cabeza protestara. ¿De dónde eres?

De aquí, aunque mis padres son de Senegal. Sonrió. Mi padre fue soldado en tu país. Un sitio encantador, me dijo. Mujeres preciosas. Niños preciosos.

¿Luchó en el bando francés?

Sí. No sé mucho al respecto, a mi padre no le gustaba hablar. Pero una cosa sí sé. Volvió a sonreír y se inclinó para abrir un cajón de una mesa sobre la que había una lámpara con la pantalla de borlas torcida. Ten, invita la casa.

Echó a volar hacia mí un paquetito plateado, que me recordó las chokolatinas que los soldados americanos les tiraban desde los transportes blindados de personal a los chiquillos desarrapados. Tres cuadraditos me aterrizaron en la palma de la mano, solo que no eran chocolate, sino condones.

Su trabajo era proteger las plantaciones de caucho. Tiene gracia, ¿no? Pensar que cada vez que te pones uno de esos, quizá la goma viene de tu país. ¡Te recordarán a tu tierra!

Muy gracioso, le dije, consciente de que nunca olvidaría aquella idea, ya sembrada en la tierra blanda de mi vulnerable mente: que quizá la manera en que la mayoría del mundo tenía contacto con nuestro pequeño y valeroso país —además del conocimiento de la guerra que ya era nuestra marca de la casa— era a través de un invento que limitaba la población mundial y el placer masculino.

La cortina de cuentas volvió a traquetear y se abrió para revelar a la madam del establecimiento, una mujer cuyo maquillaje severo y expresionista acentuaba tanto su atractivo como su avaricia. Llevaba un mameluco de seda negra ajustado a sus curvas, y en las muñecas le tintineaban montones de pulseras de jade. Caminaba con seguridad de acróbata sobre unos tacones que le añadían quince centímetros a su estatura, de manera que cuando me puse de pie, su barbilla me quedó a la altura de la nariz.

Eché un vistazo a los condones y dijo: ¿Tres? Un poco optimista, ¿no?

Un caballero siempre tiene que estar listo, le dije. Y soy un realista, no un optimista.

La madam me dedicó una sonrisa fría y me dijo: Déjame que te acompañe a nuestra habitación de invitados.

Ciao ciao, dijo el gorila escatólogo, flexionando el bíceps para despedirse.

Bajamos al cuarto de invitados, una pequeña estancia en el sótano dominada por una cama lo bastante grande para dos. Arrumbados contra el rincón había un escritorio y una silla, como si los visitantes de aquel establecimiento erótico fueran a dedicar el tiempo a escribir. Pero al parecer el cuarto de invitados también hacía las veces de escondrijo, así que quizá sí que hubiera visitantes necesitados de un lugar donde reflexionar.

Madeleine estará contigo enseguida, dijo la madam. Te gustará. A todo el mundo le gusta Madeleine. Conoce las ocho formas de complacer a un hombre en la cama. El primer encuentro es gratis, cortesía del Jefe. Para los siguientes tienes un veinte por ciento de descuento.

Normalmente la perspectiva de una mujer hermosa o de un descuento me excitaban, pero cuando se cerró la puerta detrás de ella... no sentí *nada*. ¿Qué me pasaba? Tres o cuatro formas de complacer ya eran bastantes para mí, ¡no digamos ocho! Eché la culpa de mi anhedonia a aquel tornillo flojo, y a que tenía el cuerpo todo dolorido, y a que por primera vez en mi vida me sentía viejo. Ni siquiera me quedaba energía para regatear, una habilidad que era prácticamente genética, presente en mí de nacimiento gracias a los siglos que se había pasado mi gente sobreviviendo en medio de la guerra, el hambre, la miseria y la precariedad de la vida sin estado del bienestar.

Estaba intentando distraerme de mis recuerdos, mi conciencia y mi culpa, cosas que se me dan de maravilla —a mí y a la mayoría de la especie humana—, cuando llamó alguien con los nudillos a la puerta. Madeleine.

Uy, pobrecito, qué pupita, me dijo. Su francés era lento y susurrante, provisto de un ritmo perfecto para mí y para mi estado de ánimo. ¿Qué te ha pasado?

¡Oh, estaba a punto de empezar la actuación! Por fin la excitación despertó algo dentro de mí. Estaba a punto de ser al mismo tiempo espectador y actor en aquel espectáculo cultural no oficial que muchos de nuestros hombres y unas cuantas de nuestras mujeres conocían tan bien.

No te preocupes, murmuró ella. Madeleine es la medicina perfecta para ti.

Madeleine no era la más hermosa de las mujeres, según los cánones. Las grandes bellezas había que verlas de lejos, porque podían ser bastante caras, además de extraordinariamente sensibles. Madeleine, en cambio, invitaba a la proximidad. A diferencia de la mayoría de las mujeres de su profesión, no se había echado encima tanta colonia barata, por lo que no necesitaba máscara antigás para estar con ella. Tenía unos rasgos bonitos y un cuerpo acogedor, con la barriga ligeramente redonda y unos pechos, caderas y ojos todavía más redondos. Era igual de pechugona que aquellas diosas talladas en los templos de Angkor Wat, y de hecho también venía de Camboya, tal como yo descubriría más adelante. Pero en vez de dureza escultórica, irradiaba suavidad, calidez, ternura y, por encima de todo, *deseo*... ¡por mí! Quedé reducido a un niño pequeño que solo quería ser querido, algo que Madeleine, toda una profesional, entendió.

Primero, me dijo, te vamos a limpiar todo. Y quiero decir *todo entero*.

Asentí con la cabeza sin decir nada.

Eso significa que te tienes que quitar esa ropa, cielo.

Ah, sí, pensé.

Uy, pero qué grande. Pobrecito. Nadie te ha cuidado. No te preocupes, yo cuidaré de ti.

¡Oh, sí, por favor!

Ven a la ducha, cielo. Deja que mamá te frote hasta el último recoveco. ¿Te gusta bien caliente?

Ajá, conseguí decir por fin.

Con cuidado... no queremos que te quemes, ¿verdad? Oh, no. ¿Te gusta así? Te gusta, ¿verdad? Lo noto por cómo miras, pequeñín mío. Hace mucho tiempo que no te quiere nadie, ¿verdad? Y tú necesitas que te quieran muuucho, ¿verdad? No me puedo creer que te hayan hecho eso en la cara. Y en la mano. ¿Te duele? Oh, pobre chiquitín mío. No te va a doler mucho más, ya verás. Deja que se encargue mamá Madeleine. Vamos a asegurarnos de que te llegue el jabón ahí... ahí... Oh, sí, luego me ocuparé de esa parte, no te preocupes, pichoncito. Hueles de maravilla, estás para comerte, te lo digo yo. Por aquí, cógeme de la mano. Es una cama pequeña, pero lo bastante grande para lo que te quiere hacer mamá. Siéntate. Ahí mismo, mi *doudou*. Ahora desnúdame, chicarrón.

Madeleine me cogió las manos temblorosas y me las puso en el cinturón que mantenía cerrado su miniquimono. La última mujer desnuda a la que yo había visto era Lana, hacía tres años. Una eternidad, teniendo en cuenta que el hombre medio experimenta una fantasía sexual cada tres minutos, o eso calculo yo, basándome en más de dos décadas de experiencia personal. Di un tirón y el cinturón se abrió, y lo que vi casi me hizo desmayarme.

¿Listo, cariño?

Madeleine no esperó mi consentimiento, y es que estoy seguro de que en su experiencia no existían los hombres capaces de no decir: «¡Sí, sí, y mil veces sí!». Cerré los ojos para intentar no ver lo que acababa de ver, mientras ella procedía a desplegar un conocimiento enciclopédico del cuerpo masculino digno de una bióloga perversa, una misión que cartografió exhaustivamente todas mis zonas erógenas, una campaña de prospección hidráulica que habría encontrado agua en el desierto, una labor heroica de integridad erótica que estableció a Madeleine como descendiente digna de María Magdalena, maestra de todos los trucos y técnicas conocidos desde que Eva persuadió a una serpiente para que hablara y después le ofreció la fruta prohibida a Adán, todos los cuales me dejaron jadeando. Y sin embargo...

Hum, dijo Madeleine.

¿Qué?, susurré, con los ojos cerrados.

Ejem, dijo ella, en voz más alta.

¿Qué?, abrí los ojos.

Que no está pasando nada.

Los dos miramos con expresión acusadora al criminal que estaba cometiendo aquel delito inconcebible, y ella levantó con el dedo el miembro culpable. ¡Era la primera vez que me pasaba la nada! Pero... pero... pero... sollocé, y Madeleine me puso un dedo en los labios y me dijo: Chiiist, grandullón, tú cierra los ojos y *relájate*. Esto pasa todo el tiempo. Me tumbé en la cama y mientras Madeleine continuaba con sus valerosos esfuerzos, pensé desesperadamente en todo, desde la Madonna hasta Marilyn Monroe, desde provocativas páginas centrales desplegadas hasta el lascivo calamar con el que yo había perdido la virginidad, pero siguió pasando la nada. La más potente de las medicinas no estaba curando mi enfermedad, ni siquiera después de que ella repasara las ocho maneras de complacer a un hombre en la cama.

Por fin Madeleine se separó de mí sin dejar de sonreír, esta vez con lástima, mientras cerraba las cortinas de su miniquimono. Cualquier cosa que yo dijera sonaría a mentira o a excusa, de forma que no dije nada mientras buscaba a tientas mis calzoncillos y Madeleine se convertía de golpe en una persona distinta, seguramente en ella misma. Mientras yo me envolvía la cintura con el taparrabos de la sábana, ella se volvió a abrochar los zapatos de tacón alto y se retocó el pintalabios. Dentro de toda prostituta hay una contable, y esta de ahora dijo: Por desgracia, *esa* era tu sesión gratis.

Dentro de todo cliente hay un soñador, un optimista en el mejor de los casos y un tonto en el peor. Y este de ahora solo consiguió farfullar: Pero..., pero...

No pasa nada. Le ocurre a todo el mundo.

También morirse, tuve ganas de decirle. Aquello no era eyaculación precoz. ¡Era emasculación precoz! No me tocaban aquel desinflamiento ni aquella humillación por lo menos hasta dentro de treinta o cuarenta años, y para entonces ya estaría prematuramente muerto y me resultaría indiferente el sexo, o por lo menos estaría comatoso como resultado de mi aventura amorosa de varias décadas con el whisky y los cigarrillos. Pero tenía demasiada dignidad para suplicar una segunda oportunidad, de manera que

admití mi derrota con una mezcla de humildad y desafío: Es una herida de guerra. La próxima vez lo haré mejor.

Así es, dijo ella con la convicción tremenda de una maestra de jardín de infancia.

Lo de la herida de guerra no era mentira. Yo tenía la peor clase de herida, una herida mental, exacerbada por el hecho de tener dos mentes. Y el pasado que había contenido en una mente ahora se estaba filtrando al presente de la otra, de tal forma que lo que me había llevado al borde del desmayo cuando Madeleine se había desnudado no era su espectacular desnudez, sino la imagen de la cara de la agente comunista. Que se estaba cobrando su venganza fantasmal de mí, y eso que ni siquiera estaba muerta. ¡Cómo sería la cosa cuando lo estuviera de verdad! Aun así, podía ver su rostro con nitidez, desde los labios cortados hasta el pómullo magullado y el pelo mugriento y enredado como un nido de serpientes, y era aquella imagen completamente nítida de su cara lo que había flotado sobre el cuerpo de Madeleine y me había interrumpido el riego sanguíneo.

Aquella cara se había estado infiltrando en mi conciencia desde mis sesiones de interrogatorio con Man en el campo de reeducación, que era donde él había empezado a desatornillarme. Hasta entonces yo había hecho lo que estaba en mi mano para olvidarla, porque su destino había sido mi mayor fracaso y mi mayor vergüenza, a menos que contaras mi existencia misma, que yo había basado en contestar la pregunta más importante del siglo XX: ¿QUÉ HACER?

¿Qué hacer con la esclavitud?

¿Qué hacer con el colonialismo?

¿Qué hacer con la ocupación?

¿Qué hacer con la desigualdad racial?

¿Qué hacer con la explotación de clase?

¿Qué hacer con el declive de la civilización occidental?

¿Qué hacer con la cuestión de la mujer y el ego masculino?

¿QUÉ HACER CON TODO LO QUE NECESITAMOS HACER?

¡Tantas cosas por hacer! Pero a mí no me había cabido duda alguna de cuál era mi tarea ya desde el momento de convertirme en revolucionario, y por eso había sabido qué hacer cuando los tres policías del régimen del sur

empezaron su interrogatorio de la agente comunista. Era mi aliada, pero yo estaba infiltrado como espía, trabajando con Claude, de la CIA, que había entrenado a muchos de nuestros policías secretos y no tan secretos, como aquellos tres. Antes de marcharse del interrogatorio, Claude se había limitado a decir: Yo no les he enseñado a hacer eso. Y me dejó de único testigo, junto con mi camarada de la Sección Especial, el mayor libertino...

A mí no me metas en esto, exclamó el fantasma del mayor libertino.

... que se me sentó al lado y tampoco hizo nada mientras veíamos a los tres policías hacer lo que sin duda los hombres llevan haciéndoles a las mujeres desde que Adán le recriminó a Eva que escuchara a la serpiente. Ciego como era y seguramente sigo siendo, hasta ahora no se me había ocurrido que la serpiente no era otra cosa que el pene incontrolable de Adán, que el autor del Libro del Génesis había desprendido de Adán para tirarlo a la hierba. Desde allí, el pene en cuestión podía levantar la cabeza y convencer a Eva para que comiera la fruta prohibida, como si Adán no tuviese nada que ver con ello. ¿Y cómo se come la fruta prohibida? ¿Pidiendo permiso? ¿O bien cogiéndola sin más, que puede ser perfectamente lo que hizo Adán, y después culpó a Eva? Si la prostitución es el oficio más antiguo del mundo, la violación es el crimen original del mundo.

En vez de quedarme de brazos cruzados, lo que yo debería haber hecho es detener a los policías, aun a costa de mi coartada y de mi vida. Debería haber realizado el sacrificio que había hecho la agente comunista al negarse a hablar o a confesar. Pero en vez de un sacrificio, hice eso de lo que solo los seres humanos son capaces: presentar una excusa. Quien dijo que el camino al Infierno está lleno de buenas intenciones se equivocaba del todo. Si mirabas con más detenimiento, podías ver que estaba lleno de excusas.

El último de los siete días que pasé en el Cielo, cuando el dolor de mi mano y de mi cabeza ya no requerían el remedio, sino una simple aspirina, la hinchazón de mi cara magullada ya había remitido hasta el punto de que podía soportar mirarme en el espejo, y mis arranques periódicos de llanto se habían reducido, apareció el Ronin. Yo lo envidiaba. Nunca lo asaltaba la

culpa, aunque sus ideas políticas, y ya no digamos su moralidad, eran cuestionables. Cuando nos vimos en la sala de espera, tenía el aliento igual de limpio que la conciencia, además de un caramelo de menta en la boca, un centelleo en la mirada y los dientes de un blanco radiante. O sea que eres tú, me dijo en vietnamita. En carne y hueso, el único e incomparable Puto Chiflado. Me ha dicho el Jefe que te encontraría aquí. Soy el Ronin.

Era como se llamaba a sí mismo, y como lo llamaban todos. La siguiente sorpresa era que hablaba en un vietnamita del sur sin errores gramaticales, combinado con un encantador y fuerte acento francés. La tercera sorpresa era que se trataba del hombre más apuesto que yo había visto en mucho tiempo, y además él lo sabía. El traje le sentaba como un guante, tenía el cuerpo esbelto, manicura en las uñas y un pañuelo en el bolsillo de la pechera que le daba un aire de truhan; su corbata era tan ancha como mi antebrazo y sus dientes eran americanos, o dientes de estrella de cine, y los mostraba con la misma frecuencia y placer lascivo que un exhibicionista. Apenas había empezado a contarme el acuerdo profesional que tenía con el Jefe cuando Crème Brûlée —apodada así por el color de su piel— apartó la cortina de cuentas y exclamó: ¡Ah, mi corso favorito!

El Ronin me guiñó el ojo y dijo: Podría ser perfectamente mi apodo, de tanto que me lo dicen. Ven aquí, mi amor laosiano, cuánto tiempo.

A renglón seguido emprendieron una larga demostración de besos a la francesa, con abundante intervención de las lenguas, lo cual me hizo preguntarme si también los franceses llamarían a aquello beso francés, como los ingleses. Cuando por fin terminaron, el Ronin me guiñó el ojo de nuevo y me enseñó cuán vietnamita era haciéndome señas para que lo siguiera a la manera vietnamita: con la mano plana y la palma hacia abajo. Tenía unas manos llamativamente pequeñas, como de niño. Ven, me dijo.

¿Qué?

Chasqueó los dedos y se señaló el reloj de oro. No tengo mucho tiempo. Podemos hablar de trabajo mientras me ocupo de mi faena. Tengo citas.

¿Quieres que...?

Te sientes ahí y mires. A menos que también quieras participar.

Eché un vistazo al gorila escatólogo, que se encogió de hombros como si hubiera entendido el meollo de nuestra conversación, aunque había sido

en vietnamita. Durante el tiempo que llevaba trabajando en el Cielo, el gorila lo había visto todo, y sin embargo no había visto nada. La invitación, o exigencia, del Ronin no le venía de nuevas. Como todos los demás, incluyendo a la querida Crème Brûlée del Ronin, estaban tratando la cuestión con un encogimiento de hombros gálico, también yo me encogí de hombros y los seguí a través de la cortina de cuentas hasta la habitación de ella en el piso de arriba. Crème Brûlée se tiró en la cama y dijo: Lo siento, Ronin, pero él te va a costar un extra, aunque no pueda hacerlo.

¿No puede hacerlo?, se asombró el Ronin, adivinando de forma automática y correcta qué era aquello innombrable que yo no podía hacer.

Es una herida de guerra, me lamenté, desplomándome en una silla. ¡Una herida de guerra!

Mi arrebató y lágrimas subsiguientes sobresaltaron a Crème Brûlée, que se quedó paralizada en plena posición sugerente en la cama, pero el Ronin no pareció inquietarse.

Tranquilo, tranquilo, me dijo, dándome unas palmaditas en el hombro, lo cual se me hizo un poco raro, porque ya se había desabrochado el cinturón de hebilla dorada y su miembro viril desnudo me colgaba incómodamente cerca de la cara. Mira, esta clase de herida de guerra les ha pasado a unos cuantos tipos a los que conozco y ninguno es menos hombre por ello. A fin de cuentas, hay que ser un hombre para sufrir esa clase de herida de guerra. A una mujer no le puede pasar, ¿verdad que no? Y ahora siéntate y disfruta del espectáculo. Te ayudará a olvidarte de... de... Bueno, ya sabes.

Y dicho eso, le devolvió su atención a Crème Brûlée. Me senté en el sillón de la esquina y deseé un whisky en el que disolver mi incomodidad y mi humillación. Ni me gustaba que me miraran cuando estaba teniendo relaciones íntimas con una mujer ni tampoco me gustaba mirar a otros tenerlas, por mucho que fueran una pareja tan atractiva como Crème Brûlée y el Ronin. Me dediqué a fumar cigarrillos, que por lo menos me permitía hacer algo con las manos. Crucé y descrucé las piernas, eché vistazos al techo y al suelo y a las láminas de Degas y Van Gogh que había en la pared, me apoyé la barbilla en la mano, apoyé la mano en el brazo del sillón, carraspeé con discreción y traté de no ver la cara de la agente comunista.

Entretanto, el Ronin hablaba sin parar mientras se repasaba la mitad del *Kamasutra* en un portentoso despliegue de aguante físico, sin dejar ni un momento de comentarme también la jugada, como si yo estuviera presenciando un partido de tenis especialmente emocionante de Roland Garros. Entre descripciones de las embestidas, el Ronin me explicó el interés que tenía por conocerme, del cual ofrezco aquí una versión abreviada, sin los gemidos y gruñidos repetitivos y sin la crónica obscena de sus ejercicios carnales:

El Jefe y yo nos conocemos desde hace mucho, desde los años cincuenta en Saigón, cuando los hombres eran hombres y las mujeres eran mujeres y follar era follar, no como hoy, con las feministas esas. Madame Nhu, la Dama Dragón, esa sí que era una feminista de verdad. Le quedaba de maravilla el *ao dai* y encima sabía disparar. ¿Cuántas de estas que se llaman a sí mismas feministas saben? Las batallas a tiros en las calles, los coches bomba, las granadas que te caen en el jardín... esas son las cosas que te hacen sentirte vivo. Antes a los reyes los mataban en el campo de batalla; ya no pasa mucho, pero ciertamente pasó en Saigón. Mira a nuestro presidente Ngo Dinh Diem: pum, muerto, al mismo tiempo que el marido de Madame Nhu, en la parte de atrás de un vehículo blindado de transporte de personal americano. Oí decir que el asesino castró al pobre hijo de puta y se le comió un trozo del hígado. Rollo gánster total, y a Diem no le gustábamos los gánsteres, por mucho que fuera duro con los rojos. Sí, soy un gánster, y orgulloso. ¿Por qué tendría que avergonzarme? Es una de las razones de que me caiga bien el Jefe, que no se avergüenza. Lo sé desde que éramos chavales. Yo nací en el delta del Mekong, que es donde lo conocí. ¿No crees que eso me convierte en vietnamita? Mi padre era capataz de una plantación. Le tocaba establecer acuerdos con los piratas del río para asegurarse de que el negocio fuera bien, por no mencionar al gobernador y al general y a los burócratas franceses y a todos los vietnamitas que los reemplazaron. La corrupción es una forma de vida. La corrupción es la sal de nuestra carne. Simplemente no hay que poner demasiada sal. La realidad es que todo el mundo es corrupto en todas partes. Todo el mundo hace negocios entre bastidores. Tienes una esposa, pero también tienes encantos como esta señorita. Tienes tratos limpios y

tratos sucios. Los dos son necesarios. Así funciona el mundo, nos da el día y también la noche. Aquí, a la corrupción se le llama *tener contactos*. Yo prefiero la corrupción de Indochina y de Córcega, porque por lo menos es sincera. O sea, no me dedico a esto porque sea corso, igual que el Jefe no se dedica a esto porque sea chino. Nos dedicamos a esto porque somos sinceros. Los gánsteres somos la gente más sincera del mundo porque sabemos cómo funciona el mundo. Somos deshonestos de forma sincera, y no somos más deshonestos que un banquero suizo, que es, siendo sincero, bastante deshonesto. A los nazis les caían tan bien los suizos que no los invadieron, y si le caes bien a los nazis, es que eres un pedazo de cabrón, aunque también hay nazis que son buena gente, como los que conocí en la Legión Extranjera. Pues a ver, me dice el Jefe que has encontrado un mercado bastante interesante entre los intelectuales esos. Queremos que hagas crecer ese mercado de intelectuales. Y así, si todo va bien, podemos coger a unos cuantos y presentarles a las ángeles del Cielo. Mira a esta señorita de aquí. Laosiana de pura cepa. ¡Dios, cómo echo de menos Laos! El país más bonito del mundo. La gente más espiritual del mundo, y encima cultivan un opio de puta madre. Todavía no me puedo creer que los franceses perdieran Laos y toda Indochina. Yo soy corso y francés, pero también indochino, o vietnamita, el término que prefieras. Ni siquiera puse un pie en Francia hasta que empecé a venir aquí por asuntos de negocios en los años sesenta. ¿Cómo crees que el Jefe se estableció aquí tan deprisa? Pues porque ya había estado invirtiendo a través de mí. En un mundo tan peligroso e impredecible hay que diversificar, por si acaso llega un día en que tu país se va al carajo. ¡Cómo echo de menos nuestra vieja plantación! ¡Los plátanos más sabrosos, los cocos más dulces, los mangos más jugosos! Nosotros éramos felices y nuestros trabajadores también. ¿Y qué tienen ahora? El comunismo. Su dinero no vale nada. Hay carestía de arroz. Hay racionamiento. ¡Y ni siquiera hay guerra! Es peor que en la guerra. Cómo me duele el corazón cuando me acuerdo de mi vieja niñera. Sus cartas te rompen el corazón, amigo, te rompen... el... corazón...

*¡Oh, Dios,
a la mierda*

*esos putos rojos
de mierda, joder!*

El Ronin alcanzó su clímax tal como mueren los malos de las películas malas, entre gruñidos teatrales y con convulsiones exageradas del cuerpo, y con Crème Brûlée alcanzando sospechosamente la misma conclusión en el mismo momento. Aun así, el Ronin pareció del todo satisfecho mientras suspiraba y se dejaba caer de espaldas y Crème Brûlée ronroneaba: Oh, ha sido maravillooso. Y cuando el Ronin sonrió y dijo: Claro que sí, nena, me di cuenta de que incluso el estafador más inteligente del mundo es capaz de picar con el truco más viejo del mundo. ¡Oh, ilusiones perdidas! Otro sueño neblinoso de mi juventud evaporado para siempre y reemplazado por la visión nada apetitosa de un orgasmo invisible que agarraba a un macho de mi especie y lo zarandeaba por el pescuezo. Como varón, mi propio sexo me avergonzaba. ¿Acaso yo tenía aquella misma pinta y hacía aquellos mismos ruidos?

No está mal para tener cincuenta y dos, ¿verdad?, dijo el Ronin con los ojos cerrados. ¿Trato hecho?

¿Cincuenta y dos? ¿Qué trato?

Tengo cincuenta y dos años. Qué sorpresa, ya lo sé. Me conservo igual de bien que los asiáticos. Y el trato es aumentar el mercado. ¡Entre los intelectuales! Y después, introducirlos personalmente al Cielo.

¿Qué diría Dios? Pensaba que me había hecho la pregunta a mí mismo, pero debía de haberla hecho en voz alta, porque el Ronin contestó: ¿Qué diría Dios? Pues diría: ¿por qué no?

Eso pensaba yo también antes, le dije. Pero he tenido mucho tiempo para pensar en lo que diría Dios y ahora conozco la respuesta verdadera.

¿Ah, sí? El Ronin se encendió un cigarrillo. ¿Y cuál es?

¿Por qué *demonios* no?

Puto chiflado, dijo el Ronin con una sonrisa. Me caes bien.

OceanofPDF.com

¿Por qué demonios no? ¿Acaso te hiciste esa misma pregunta, Bon, antes de apretar el gatillo delante de mi cara? Bueno, pues entonces venga, «por qué demonios no» es mi lema, sobre todo si hablamos de whisky, o coñac, o vodka, o ginebra, o sake, o vino, o cerveza, aunque no si hablamos de pastís, porque está asqueroso. En el Cielo había una botella de Ricard, pero en mi última noche allí, después de que se marchara el Ronin, ahogué mis penas en el más universal Johnny Walker y me quedé dormido en una cama con forma de corazón. ¿Estaría mi madre mirándome desde las alturas? ¿Podría ver mi caída en desgracia? ¿Me estaría ofreciendo su amor y su ternura, su comprensión total, aquella empatía suya que era mucho más que compasión? Desde el Cielo de verdad, si es que existía, contemplando este otro Cielo terrenal, me diría: ¡eres mi hijo, y no eres la mitad de nada, eres el doble de todo! Y encontrarás la manera de quitarte esa maldición que te retumba en los oídos, las palabras de la agente comunista, desafiando a los policías que estaban a punto de violarla:

¡Mi apellido es Viet y mi nombre de pila es Nam!

Ay, madre... Ya me gustaría creer en mí mismo tanto como crees tú. Me miro a mí mismo todo el tiempo, y como no me gusta lo que veo, tengo que recurrir al whisky, que funciona mucho mejor para potenciar la vista que cualquier par de gafas. Beber whisky en cantidades suficientes, al margen de la calidad, equivale a sacar brillo al espejo empañado del yo y a ajustar, a la manera de un optometrista, la graduación de las gafas. Pero por desgracia los efectos del whisky se pasan, y la resaca no es más que un reajuste a la

realidad de ser uno mismo y otro, donde uno siempre está mirando al otro. Esa era mi condición cuando Bon me telefoneó a la mañana siguiente.

¿Qué, te lo has pasado bien?

Bastante bien, mentí.

Genial. Solo te quería comentar que Dormilón ha muerto.

Para estar informándome de la defunción violenta de uno de los Siete Enanitos, Bon parecía bastante contento. Así era él. Aunque también amaba el whisky, lo que lo ayudaba a centrarse era el amor a su familia y el odio a sus enemigos. En la extraña dinamo de su alma, toda la tremenda fuerza emocional del amor que ya no le podía dar a su mujer y a su hijo se había convertido en violencia latente que podía dirigir a sus enemigos. Ahora tenía una excusa: Dormilón había muerto y su hermano pequeño, Tapón (al que consideraba bajito incluso la gente bajita), había sobrevivido de milagro. Los habían asaltado a los dos cerca de Tang Frères mientras hacían la ronda de recaudación de las aportaciones mensuales de los miembros de la Sociedad Secreta, que era como el Jefe llamaba románticamente a su compañía de seguros. Las tarifas eran un seguro contra el mismo Jefe, ¿contra quién si no? Esto no se podía decir en voz alta, claro. Era una estafa magnífica ser al mismo tiempo el origen del miedo y la protección contra ese miedo, aunque el Jefe no había inventado nada. La religión organizada había sido el primer y el mayor chantaje a cambio de protección de la historia, una economía de beneficios perpetuos basada en el miedo voluntario y en la culpa experimentada por la fuerza. ¡Donar dinero a iglesias, templos, mezquitas, sinagogas, sectas y demás, a fin de asegurarse una plaza en el ascensor exprés a ese ático celestial conocido como el Más Allá, era una jugada genial de marketing! ¿Acaso Dormilón había pagado su seguro espiritual? Y en caso de que sí, ¿lo estaría ayudando ahora?

De acuerdo con Tapón, cuyos recuerdos habían sido machacados con un trozo de tubería hasta tener la consistencia de gachas de avena, o eso contaba Bon, los había asaltado un cuarteto de jóvenes árabes. La emboscada se había producido en un mugriento pasaje residencial, y los jovencitos habían golpeado, pateado y acuchillado a Dormilón y Tapón con puños, pies y navajas antes de sacar unas tuberías y unas cadenas para darle variedad a la cosa. Después aligeraron a Dormilón y Tapón de la carga

de varios miles de francos y unos cuantos pagarés. Un valiente testigo que se puso a gritar desde una ventana de un piso alto salvó a Tapón. Los atacantes se escaparon entre risas, permitiendo que Tapón se arrastrara hasta la siguiente parada de la ronda de recaudación, situada una calle más allá, donde exigió que el propietario lo escondiera en su almacén y llamara a Le Cao Boi. Tapón se estaba escondiendo en la misma medida de la policía que de los ladrones, que sin lugar a dudas estaban mandando un mensaje. La moraleja de la historia, concluyó Bon, no era que hubiese muerto demasiada gente, sino que había muerto demasiado poca (aunque quizá Dormilón no habría estado de acuerdo).

Ya te dije que esos chavales no estaban muertos, me dijo Bon. Cuando añadió que los tendría que haber matado mientras tenía la oportunidad, Sonny y el mayor libertino me soltaron sendos soplidos de burla en el oído. Por mucho que esto no lo hayan hecho los mismos, siguió diciendo Bon, les han ido con la historia a sus amigos y sus jefes, y este es el resultado. Cuando le clavas un cuchillo a alguien, tienes que rematarlo. Quien sea que le ha hecho esto a Tapón y no lo ha matado lo va a pagar muy caro.

Dios bendito, dije en tono triste. Es la guerra.

¡Ya lo creo!, confirmó él, risueño. ¡Es la guerra!

Como pasa con todas las guerras, los orígenes se podían debatir. ¿Era culpa de ellos, fueran quienes fueran, por matar a Dormilón? ¿Era culpa mía por haber estado a punto de matar a Beatles y a Rolling Stones, que supuestamente pertenecían a la misma banda que los asesinos de Dormilón? ¿Era culpa de ellos por intentar robarme? ¿Era culpa mía por haberme alejado del lugar que me correspondía entre los indochinos invisibles que nunca necesitaban una visita del Aparato de Represión del Estado, porque habíamos aprendido a reprimirnos a nosotros mismos? ¿Era culpa de ellos por no haber buscado una alianza o por lo menos una charla con sus camaradas colonizados? Y a todo esto, ¿quiénes eran ellos, aquella gente con la que ahora estábamos en guerra?

Ahora que se había terminado mi sabático celestial, iba a tener tiempo para contestar aquellas preguntas. Ya se me había curado bastante la cara,

aunque todavía la tenía inflada y dolorida, y el dolor de la cabeza y de la mano había remitido hasta no ser más que un picor incómodo y persistente. Por mucho que hubiera querido quedarme más tiempo y prolongar mi humillación, tenía la billetera vacía. Fui hasta la sala de espera y descubrí que el gorila escatólogo, sabiendo que era mi último día, me había preparado un préstamo: sus densamente subrayados ejemplares de *Piel negra, máscaras blancas* y *Los condenados de la tierra* de Fanon y también el de *Una tempestad* de Césaire.

¿Cómo te los voy a devolver?, le dije.

Volverás, me dijo él. Todo el mundo vuelve al Cielo.

Fui a la cocina para despedirme y me encontré a la madam expresionista, a Crème Brûlée y a Madeleine, las tres en camión, consumiendo su desayuno a base de café y cigarrillos. Cuando vi que Madeleine se secaba las lágrimas de los ojos, lo primero que pensé fue que le había hecho daño un cliente. Una oleada de indignación viril me recorrió el pecho, pero cuando le pregunté qué le pasaba, no mencionó a ningún hombre. Lo que hizo fue señalar el periódico de la mesa. El titular decía: FOSAS COMUNES EN CAMBOYA.

Mi familia, dijo. La mayoría sigue allí.

La foto de debajo del titular mostraba montones de huesos mugrientos y pilas de cráneos acusadores, recién desenterrados y dispuestos sobre lonas. Ver aquellos despojos siniestros me recordó lo poco preparado que yo estaba para lidiar con la muerte, el dolor, la tristeza o la depresión, daba igual que fueran otros quienes los experimentaban o que fuera yo. Presenciar el sufrimiento ajeno me dejaba sumido en el pánico, sin saber qué hacer ni qué decir. Solo me vi capaz de ponerle una mano vacilante en el hombro y asegurarle que lo sentía.

Vietnamitas. Cerró los ojos y me dedicó un gesto despectivo de la mano. *Vosotros* invadisteis Camboya.

La madam expresionista me miró y se encogió de hombros, como diciéndome que ella, igual que el Jefe, era de Cholon y de etnia china, y por tanto estaba libre de culpa. Crème Brûlée me fulminó con la mirada, como diciéndome que ella era de Laos, y por tanto tampoco era responsable de ser vietnamita. Tuve ganas de decir: solo soy medio vietnamita, y todos somos

indochinos, ¿verdad? Cortesía de nuestro franco-Frankenstein, que nos mató, nos despedazó y nos cosió entre nosotros, bautizándonos con aquel nombre bastardo que ahora compartíamos todos, «Indochina». También tuve ganas de informar a Madeleine de que habían sido los comunistas quienes habían invadido Camboya. En esa época yo estaba en un campo de reeducación, y ya ni siquiera era comunista.

Pero nada de eso importaba. Si creíamos en la culpa colectiva de los franceses, los americanos, los japoneses y los chinos, todos los cuales habían flagelado de una manera u otra nuestro país —si creíamos con tanto fervor que *vosotros* habíais infligido vuestra violencia sobre *nosotros*—, entonces también teníamos que creer en *nuestra* culpa colectiva. La culpa, ciertamente, era una cabrona.

Bueno, pues adiós, dije en tono incómodo. La madam y Crème Brûlée se despidieron con la misma desgana, recordándome que de un sitio como el Cielo no había que marcharse nunca por la mañana, sino únicamente a resguardo de la noche. Madeleine no dijo nada; se encendió un cigarrillo de hachís y mantuvo los ojos cerrados, tras cuyos párpados estaba sin duda viendo una película que solo podía ver ella, la bobina traqueteante de unos recuerdos en los que todo el mundo al que conocía seguía con vida.

Leí el periódico en el RER de vuelta a París, con Sonny y el mayor libertino leyéndolo por encima de mis hombros. El artículo confirmaba la noticia que ya había oído en el campo de refugiados de Pulau Galang, de boca de los trabajadores humanitarios y de mi profesor de francés. Mi profesor era un joven muy serio y sudoroso de Burdeos que había venido al campo para ayudar a los refugiados que estábamos destinados a la madre patria, Francia. Nos enteramos de lo que habían hecho los jemeres rojos por una de sus lecciones de dictado, a las que yo asistía por aburrimiento.

Repetid conmigo, nos dijo. Jemeres rojos.

Jemeres rojos, dijimos.

Año Cero, dijo.

Año Cero, dijimos,

Pol Pot es malvado, dijo.

Pol Pot es malvado, dijimos.

Muy despacio, y en un francés básico, nos explicó que los jemeres rojos y su líder, Pol Pot, querían devolver Camboya al Año Cero, limpiar su país de toda contaminación extranjera y no dejar nada, para empezar otra vez desde cero. No dejar nada, repetimos, y me acordé de la canción que nuestro profesor de francés nos había puesto antes: *Non, je ne regrette rien*. La voz de Édith Piaf todavía me resonaba en la cabeza cuando el profesor nos hizo su dictado final del día: Los jemeres rojos son comunistas. Volvimos a repetir sus palabras, pero al terminar levanté la mano y dije: Los líderes de los jemeres rojos estudiaron en París.

¡Pff!, dijo el sudoroso profesor de francés. O quizá fuera: ¡pfffffffff! A fin de cuentas, era muy francés. No entendieron lo que leyeran, me dijo. Han corrompido lo que les enseñaron. Han llevado las cosas demasiado lejos.

¿*Demasiado lejos?*, pensé para mí; no quería debatir con el sudoroso profesor de francés, cuya aprobación podía ayudarme a salir del campo de refugiados. «Demasiado lejos» sugería que todo lo que habían hecho los franceses en sus colonias no había ido demasiado lejos, aunque quizá Toussaint Louverture y los haitianos no estuvieran de acuerdo. Si los franceses no hubieran ido demasiado lejos cuando estaban explotando a los camboyanos, ¿acaso existirían los jemeres rojos? ¿Y no se suponía que el alumno siempre tenía que superar al maestro? ¿No se suponía que el alumno tenía que imitar lo que hacía el maestro, en vez de limitarse a seguir lo que le decía?

En nuestro caso, el caso de Indochina, el maestro ensalzaba la *liberté*, *égalité* y *fraternité* mientras que los compatriotas del maestro esclavizaban a los compatriotas del alumno. Las contradicciones se acumulaban cuando el alumno leía que los franceses habían ido demasiado lejos en su uso de la guillotina para decapitar a la aristocracia francesa, y luego veían al maestro usar la guillotina para decapitar a los revolucionarios nativos. ¡Era todo muy confuso! No era de extrañar que los nativos fuesen tan revoltosos. Con aquellos mensajes tan ambiguos que mandaba el maestro, resultaba inevitable que el nativo se confundiera.

Igual que tú, me susurraron por encima del hombro Sonny y el mayor libertino. Era increíble que siempre consiguiesen hablar al unísono. Tenían más armonía entre ellos que yo y yo mismo. Y tenían razón. Yo estaba confundido y hecho un lío, y quizá había ido demasiado lejos. Pero dicho todo esto, estaba claro y era indisputable que los jemeres rojos habían ido demasiado lejos. Nos odiaban por haberlos colonizado hacía siglos y por habernos quedado con su tierra, de modo que nos habían atacado con una serie de incursiones fronterizas sanguinarias, y mis indignados compatriotas habían respondido con más conducta comunista fratricida, invadiendo lo que había sido Camboya. La invasión había sacado a la luz pruebas de lo que hasta entonces habían sido en gran medida rumores: las fosas comunes. Estaban por todo el país, y albergaban los restos de miles de personas muertas durante los tres años de gobierno de los jemeres rojos. Seguramente, decenas de miles, decía el artículo. Puede que cientos de miles. Una foto que acompañaba el artículo mostraba una fosa abierta con cientos de huesos de esqueletos desmontados, las cabezas y cajas torácicas ya desprendidas, los fémures y los omóplatos todos mezclados, restos humanos hechos trozos y entremezclados, junto con el sueño utópico de los jemeres rojos. La fosa de mi estómago se sintió tan vacía como aquel sueño. ¿Acaso mi revolución era la misma que la de ellos? En su introducción a *Los condenados de la tierra*, de Fanon, Jean-Paul Sartre había escrito este pasaje, que una vez subrayé y memoricé y ahora descubrí que el gorila escatólogo también tenía marcado: «A fin de triunfar, la revolución nacional debe ser socialista; si su carrera se ve abortada, si la burguesía nativa se hace con el poder, entonces el nuevo Estado, pese a su soberanía formal, sigue estando en manos de los imperialistas». ¡Sí!, había escrito yo en el margen. ¡Sí!, había escrito también en el margen el gorila escatólogo. ¿Acaso los jemeres rojos también habían leído aquella introducción? ¿O la habían malinterpretado? ¿O simplemente habían inhalado lo que flotaba en la atmósfera de todas las revoluciones, incluida la francesa? Y hablando de la revolución argelina, Fanon escribía que «la descolonización siempre es un fenómeno violento», y por ahora, mi experiencia personal confirmaba su análisis. En cuanto a Pol Pot y sus revolucionarios, vinieran de donde vinieran sus ideas, se habían limitado a seguirlas hasta su fin lógico y

habían erradicado a la burguesía nativa, incluyendo a mucha gente que no era de la burguesía nativa. Los jemeres rojos tenían mucho que demostrarnos a nosotros, sus colonizadores, y a los franceses, los colonizadores de sus colonizadores. Querían demostrar que no había nadie más comprometido con la revolución que ellos, los más rojos de los rojos. Al final, sin embargo, era posible que Pol Pot hubiera demostrado la veracidad de otro de los pensamientos de Fanon: «El colonizado es una persona oprimida cuyo sueño permanente es convertirse en opresor».

El Jefe mandó a Tapón a recuperarse en el Cielo, donde aquel cabrón semiafortunado se pasaría varias semanas, dada la gravedad de sus heridas y la generosidad del subsidio por discapacidad del Jefe. Bon y yo nos mudamos al insulso y oscuro apartamento en una segunda planta que Dormilón y Tapón habían compartido en el Distrito V, cerca del Jardin des Plantes. Una vez instalados adoptamos sus identidades y Bon se asentó allí de forma permanente, ahora que Dormilón estaba durmiendo permanentemente. Cuando le mencioné a Le Cao Boi que ni Bon ni yo nos parecíamos en nada a Dormilón y a Tapón, me dijo: Como alguien que lleva muchos años viviendo aquí, permíteme que te lo garantice: los franceses no notarán la diferencia.

Pero es que ellos son bajitos, dijo Bon. *Muy bajitos.*

Y feos, dije yo. *Muy feos.*

No os hagáis ilusiones, Camus, dijo Le Cao Boi. Vosotros tampoco ganaréis nunca ningún concurso de belleza. Y en cualquier caso, Dormilón y Tapón heredaron ese apartamento de otro par de tipos hace años y estaban viviendo allí bajo sus nombres. ¿Quién sabe a cuándo se remonta todo esto? Por eso es tan barato el apartamento. El contrato de alquiler es de hace décadas. Y por eso aquellos dos primeros tipos, fueran quienes fueran y vinieran de donde vinieran, no morirán nunca. Vivirán en ese apartamento para siempre.

No me extraña que los franceses nos tuvieran miedo. No éramos simples indochinos invisibles. ¡Éramos orientales inmortales! Moríamos de uno a uno o a millones, pero siempre renacíamos. Por feos que fuéramos,

no envejecíamos, y todos teníamos el mismo aspecto, daba igual que fuéramos chinos o vietnamitas o vietnamitas de etnia china o hasta eurasiáticos como yo. Y en efecto, salvo por un par de miradas dubitativas, en las semanas que siguieron ninguno de los residentes del edificio se fijó en nosotros para nada ni nos dirigió la palabra. Quizá fuéramos unos desconocidos en el edificio, pero quizá no. Los inquilinos nunca habían mirado con demasiada atención a los chinos, ni a los vietnamitas, ni a los asiáticos, de forma que ahora no podían estar seguros de si éramos quienes decíamos ser. Inseguros de su capacidad para identificar a lo que algunos americanos con su característico humor afable denominarían Orientales Vomitivos No Identificables, y a lo que los franceses quizá denominarían Asiáticos Ambiguos, nuestros vecinos decidieron pecar de prejuiciosos, o bien de corteses, y fingir que no existíamos, o bien que habíamos existido siempre.

Pero antes de mudarnos a aquel apartamento, yo había regresado a casa de mi tía para recoger mis pingües posesiones, poquísimas para un capitalista pero pasables para un excomunista que se había moderado lo bastante como para pasar por socialista. Con aquellas posesiones ya me bastó para llenar mi bolsa de cuero, con el abultado fardo de mi confesión devuelto una vez más a su falso fondo. Llevaba meses sin leerla, pero su presencia mnemónica le otorgaba al macuto un resplandor demoniaco. Le dije a mi tía que ahora tenía un apartamento con Bon y ella no me insistió en que me quedara, aunque fue lo bastante cortés para decirme que siempre podía volver. Nuestra vida juntos estaba tocando a su fin de manera un poco incómoda, y mientras manoseaba mi macuto le dije: ¿Te has enterado?

¿De qué?

Man está en París.

Ella pareció genuinamente sorprendida. No, no lo sabía.

Pero le has dicho que estoy aquí.

Claro. Ya sabías que se lo diría, ¿verdad?

Asentí con la cabeza. Todavía crees en la revolución.

A diferencia de ti, soy incapaz de no creer en nada, dijo ella. O mejor dicho, a diferencia de esa parte de ti maltratada por la revolución, necesito creer en algo, por mucho que también crea en lo que te pasó a ti.

Le gente que cree en revoluciones es la gente que todavía no ha vivido ninguna.

Aprendemos de esos errores. Y tú también estás cometiendo el error de juzgar la revolución demasiado deprisa.

¿Demasiado deprisa? Me quedé pasmado. Pero si has leído lo que me hicieron...

No digo que estuviera justificado. Lo que estoy diciendo es que todas las revoluciones cometen excesos. Forma parte de su naturaleza. La gente es demasiado exuberante, demasiado apasionada. Se deja llevar. Los sentimientos se disparan. Y a veces sale lastimado quien no debería. Pero tienes que dejarte de lado a ti y a lo que te ha ocurrido. Tienes que ver las cosas a largo plazo. Mira América. Ya nadie se acuerda de lo que les pasó a los americanos que decidieron ponerse del lado del rey británico. ¿Acaso la Revolución estadounidense no debería haberse producido, o bien deberíamos condenarla, porque se exilió a toda aquella gente? O mira la Revolución francesa. El Terror fue desafortunado, pero mira dónde estamos ahora. Las revoluciones hay que juzgarlas cincuenta años más tarde, cien años más tarde, cuando ya se han enfriado las pasiones y los logros de la revolución han tenido tiempo de echar raíces y florecer.

Para entonces ya no estaré vivo. Qué oportuno.

No seas sarcástico. No te sienta bien.

Al contrario, creo que me va de maravilla.

Suspiró. Ya sabes que los revolucionarios se tienen que sacrificar. Piensa en todos los comunistas a los que los franceses ejecutaron en nuestra tierra. Es deprimente ver que esos jóvenes mártires murieron en la adolescencia, o cuando tenían veinte o treinta años. Pero dieron sus vidas porque creyeron que la revolución continuaría. Hicieron el sacrificio supremo. Tú todavía no lo has hecho. Siento ser tan dura, pero necesitas dejar de compadecerte de ti mismo...

Si yo no me compadezco de mí mismo, ¿quién lo va a hacer?

... y separar tus sentimientos subjetivos por lo que te hicieron de tu entendimiento objetivo de cómo funciona la revolución. Estás confundiendo tu experiencia personal con el conocimiento político. Me entristece decir que, aunque proclamas que todavía crees en la revolución, tienes pinta de

contrarrevolucionario y hablas como un contrarrevolucionario. Antes no me atrevía a decirlo, pero ahora no me cabe duda: eres un reaccionario.

Me quedé sin habla. Que me llamaran contrarrevolucionario y reaccionario era lo peor que me podían decir, y por mucho que una parte de mí lo negara furiosamente, había otra parte que se estremeció por la duda. La mejor respuesta que se me ocurrió fue: Si yo soy reaccionario, entonces tú eres una simple revolucionaria de salón.

Eso no quiere decir que no pueda tener razón. Crees en Marx, ¿no?

Vacilé, sospechando que me estaba tendiendo una trampa. Creo en él más que en sus seguidores.

Exacto. Él era filósofo. Muchos de sus seguidores no. Son hombres de acción, y mira lo que te han hecho. Pero ¿acaso no filosofa todo el mundo desde un sillón? Marx, por lo que yo sé, nunca empuñó una pistola. A mi tía le divirtió ver que me quedaba otra vez sin palabras. Hay una botella de Chablis en hielo. Sírrete una copa y sírveme otra a mí. ¿Por qué no te quedas a una última velada? Vienen amigos.

Mi tía mencionó a BFD y al doctor maoísta, los visitantes más habituales del apartamento. Yo no tenía ganas de verlos, pero me costaba rechazar el Chablis gratis. Mientras volvía de la cocina con las copas, me miré en el espejo gigante con marco de oro que colgaba sobre su chimenea. Me miraba en los espejos a menudo, porque en calidad de espía siempre me había convenido saber qué aspecto tenía o necesitaba tener. Como si fuera un actor, practicaba expresiones y respuestas, sobre todo a las preguntas que más miedo me daban: ¿eres comunista?, ¿eres espía? Indignación, incredulidad, rabia... Eso tenía que transmitir mi cara. Ahora, en cambio, mi cara necesitaba ser agradable, y la que me devolvió la mirada no era desagradable. Después de mi recuperación en el Cielo, la cara del espejo por lo menos se veía vagamente humana, a buen seguro como resultado de la distorsión que causaba el espejo de anticuario. Satisfecho a pesar de todo, le tendí una copa de Chablis a mi tía y di un sorbo de la mía, cuya frialdad me reconfortó el alma, dolorida y magullada aunque mi rostro ya no lo estuviera.

¿Te vas a asentar con uno de ellos?

¿Asentarme? Mi tía se rio como si le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

¿Nada de casarte? Yo estaba charlando de forma puramente informal, pero la charla informal siempre viene de un pozo profundo. ¿Nada de hijos?

Para alguien que un día fue revolucionario, me dijo con un suspiro, eres deprimentemente convencional.

Antes de que llegaran BFD y el doctor maoísta, fui al cuarto de baño de mi tía, cerré con pestillo y me serví una ampollita del remedio sobre el lado del cristal de un espejo de mano; enrollé un billete de veinte francos, me acerqué lo bastante al espejo para verme la cara e inhalé la dosis entera de polvos blancos por un orificio nasal y después por el otro. A continuación esperé, temblando. No me bastaba con el hachís. Necesitaba que los polvos del remedio me rescataran de la náusea de la existencia, o del simple hecho de que me llamaran *reaccionario*. Para cuando llegaron BFD y el doctor maoísta, el remedio ya me había relajado. Les serví un poco de vino; por fin había encontrado una forma de ser útil en sociedad.

Querida, le dijo BFD a mi tía, esta noche estás tan preciosa como una geisha.

No voy a ser menos, dijo el doctor maoísta; querida, solo un Gauguin sería digno de pintarte.

Mi tía aceptó sus cumplidos con elegancia y lio un poco de mi hachís mezclado con tabaco en forma de cigarrillos finos y prietos. Expliqué que me había ido una semana para ayudar en el segundo peor restaurante asiático de París, esta vez cerca del canal Saint-Martin, pero no me habría hecho falta molestarme en dar ninguna explicación. Nadie sentía la menor curiosidad, y eso me convenía, porque básicamente yo solo quería disfrutar del seductor hachís. No presté atención a la charla mientras esta recorría una variedad de temas, aunque unos cuantos fragmentos sí penetraron en mi éxtasis: la aprobación por parte de los presentes de la quinta semana de vacaciones pagadas que se había añadido a las cuatro ya existentes bajo el nuevo régimen socialista, a pesar de que todos se mostraron de acuerdo en que hacía falta una sexta; sus burlas de un político de extrema derecha que

había estado saliendo en las noticias por sus ataques a los inmigrantes y los extranjeros; su afirmación de que Francia debía seguir siendo un país de hospitalidad hacia los inmigrantes y de asilo para los refugiados, como por ejemplo los de Indochina...

¿No estás de acuerdo?, dijo BFD.

Estaba tan poco acostumbrado a que me hablaran que tardé un momento en darme cuenta de que me lo estaba preguntando a mí, que era el caso, porque estaba hablando en inglés, algo que no hacía para ser educado, sino condescendiente. ¿Cómo?, dije, parpadeando.

¿No estás de acuerdo en que es bueno que Francia sea un país de asilo?

¿De asilo? ¿Por qué? ¿Tan viejos somos?

Pensaba que estaba siendo bastante ingenioso, pero BFD hizo una mueca y dijo: No, ya me entiendes, un país que da refugio.

Ah, dije. Y fue entonces cuando, envalentonado por el hachís, les pregunté: ¿Por mucho que los refugiados estén huyendo de los socialistas y comunistas y la utopía?

El doctor maoísta dijo: No puedo decir que me guste que esos refugiados sean agentes extranjeros que participaron en la colonización de sus propios países. Pero eso no significa que no sean humanos. Son del todo humanos y por tanto merecen nuestra ayuda, en gran medida porque nosotros fuimos los colonizadores que hundieron vuestro país.

Con eso no estoy en desacuerdo, dije.

No ha cambiado, intervino BFD. Es demasiado humilde para contártelo, pero en los sesenta fue el líder del comité maoísta contra la guerra imperial americana en tu país.

Era lo correcto, replicó el doctor maoísta.

Era el más maoísta de todos los maoístas, una especie de Mao-Mao, por así decirlo, dijo BFD. De hecho, era tan maoísta que el apodo con el que lo llamábamos era...

Camarada Mao, dije.

No, mejor todavía... ¡Le Chinois!

Todos se echaron a reír y sonreí débilmente, confuso. ¿Le Chinois? ¿Era un elogio, un insulto o ambas cosas? Pero como el doctor era el experto de la casa en maoísmo, le pregunté: ¿Se puede seguir siendo maoísta después

de la Revolución Cultural? ¿O del Gran Salto Adelante? ¿No crees que las muertes de todos esos chinos que estaban en el lado equivocado del Aparato Ideológico del Estado y del Aparato de Represión del Estado tendrían que hacer que te replantearas el maoísmo? ¿Y qué hay de esto que está pasando en Camboya? Cogí el periódico que traía la foto de la fosa común y los huesos. Los chinos apoyan a los jemerres rojos. ¿Eso no te hace sentir reparos sobre la revolución comunista?

El doctor maoísta negó tristemente con la cabeza al ver la foto. Lo he visto esta mañana, dijo. Sí, por supuesto, las revoluciones cometen errores y a veces son errores de la magnitud de millones de muertes. ¿Trágico? Sí. ¿Equivocado? Sí. Pero si te quedas ahí, habrás caído en la trampa de los capitalistas. ¡Ajá!, te dirán. ¡Te pillé! Ahora tu única opción es el capitalismo y su seudodemocracia, su trampa de las falsas opciones. Porque si el comunismo es malo, entonces el capitalismo debe ser bueno, ¿verdad? ¡Pues no! A los capitalistas les encanta señalar que han muerto decenas de millones de personas bajo Stalin y bajo Mao, mientras que de la manera más oportuna se olvidan de que bajo el capitalismo han muerto *cientos* de millones. ¿Qué eran el colonialismo y la esclavitud más que formas de capitalismo? ¿Qué fue el genocidio de los nativos de las Américas más que capitalismo? ¡Pero olvidémonos de esas feas contradicciones del capitalismo y concentrémonos en lo que han hecho los comunistas!

¿Qué te he dicho?, dijo BFD, sirviéndose otra copa de vino. ¡Le Chinois!

Todo eso ya lo sé, dije. Pero es todo teoría...

No, es práctica. Tú me has preguntado por Mao y la Revolución Cultural. Yo no estoy convencido de que fuera una equivocación, porque Mao no estaba del lado del Estado. Estaba intentando purgar al Estado de sus elementos reaccionarios y devolver el poder a sus legítimos dueños: al pueblo, a las masas. En el futuro veremos la Revolución Cultural igual que ahora vemos la Comuna de París: como una derrota en su momento, ¡pero con el tiempo, un triunfo para el pueblo! En cuanto a Mao, lo que hizo fue ser infinitamente dialéctico, consciente, a diferencia de Stalin y sus seguidores comunistas de Vietnam, de que no se puede permitir que la revolución se calcifique en forma del Estado. En cuanto pasa eso, la

revolución queda corrompida por su propio poder, que es el motivo de que tú terminaras en un campo de reeducación. ¡La revolución, igual que la dialéctica, tiene que ser perpetua!

Mi tía me ofreció otro cigarrillo de hachís. Lo acepté sin palabras, incapaz de responder a aquel diluvio teórico, ni siquiera en inglés. El doctor maoísta dio un sorbo de vino y se compadeció de mí, diciendo: Te ha tocado vivir muchas cosas. Lo entiendo. Y tienes que entender que se te puede perdonar por estar en el bando equivocado de la historia, pero ¿realmente has hecho la autocrítica necesaria para darte cuenta de eso?

¿Autocrítica?, exclamé. ¡Soy todo autocrítica! *¡Mi vida entera es una sesión de autocrítica entre mí, yo y yo mismo!*

No hace falta alzar la voz, dijo BFD.

Si tan autocrítico eres, dijo el doctor maoísta, ¿puedes ver dónde te desviaste de las masas?

¿Por qué me ha de preocupar desviarme de las masas cuando también soy yo y yo mismo? ¿Acaso no soy una masa? ¿No soy ya un colectivo? ¿No contengo multitudes? ¿No soy un universo en mí mismo? ¿No soy siempre infinitamente dialéctico cuando sintetizo la tesis de mí y la antítesis de mí mismo?

Es el hachís el que habla, dijo BFD.

No creo que debáis ser tan duros con él, dijo mi tía, y aquel apoyo inesperado me levantó los ánimos, hasta que se me hundieron cuando la oí decir: En realidad no es el reaccionario absoluto que parece. En realidad era un espía comunista que trabajaba infiltrado entre los reaccionarios, pero lo acabaron mandando a reeducación por ser quizá demasiado entusiasta a la hora de fingir que era un aliado americano amante del capitalismo.

BFD y el doctor maoísta me miraron con interés renovado, o tal vez me miraron porque se me había quedado la boca desencajada de asombro. No puedes... Eso no es... ¿Por qué...?

No pasa nada, estás entre aliados, me dijo mi tía, quitándole importancia al asunto con un gesto de la mano. Tu problema es que vives completamente dentro de tu cabeza. No tienes a nadie con quien hablar más que yo. ¿Te has olvidado de la importancia de la solidaridad?

Nunca me habría imaginado que fuera un espía, dijo BFD.

Por eso es un buen espía, dijo el doctor maoísta.

¡Por lo menos soy bueno en algo!, grité. Y sí que tengo a alguien con quien hablar que no eres tú. ¡Hablo conmigo todo el tiempo!

Se te nota, dijo mi tía.

Estaban todos mirándome como si hubiera dicho algo profundamente problemático, como por ejemplo «me encanta América», que era algo que no había que decir nunca entre intelectuales franceses. Eso solo se podía confesar en privado, como el hecho de que te gustara la pornografía. Me puse de pie tan de golpe que me mareé, y mi vértigo aumentó cuando me vi reflejado en el espejo de marco dorado que colgaba sobre la chimenea de mi tía, un hombre con dos caras. ¿Qué cara me estaba mostrando a mí mismo y qué cara a ellos? ¿Era un revolucionario o un reaccionario? Y si era un revolucionario, ¿en qué creía? ¿Con qué estaba comprometido? ¿Y acaso yo era yo mismo o era otro? Balbuceé una excusa y fui al cuarto de baño, donde cerré con pestillo la puerta, sorbí un poco más de remedio y esperé, temblando, a que se pasara la náusea.

OceanofPDF.com

Ni yo ni yo mismo ni el otro yo éramos reales ni irreales, sino surreales, una condición que los agujeros de mi cabeza no han ayudado a solventar, una condición que se volvía aún más acusada cuando nos espolvoreábamos con los polvos blancos del remedio, cosa que sabíamos que no debíamos hacer, pero resultaba demasiado fácil, eran unos polvos muy agradables; o bien cuando adoptábamos la guisa del turista japonés para recorrer una vez más las calles de París. Con las gafas puestas teníamos cuatro ojos en vez de dos. Aunque las lentes eran falsas, todo parecía más claro, más nítido, incluso cuando íbamos colocados de hachís, y todavía más cuando íbamos colocados con el remedio, o cuando multiplicábamos el hachís por el remedio. Descubrimos que necesitábamos dosis cada vez más frecuentes del remedio, dado que ahora el objetivo de recorrer las calles de París era servir de cebo, y ser el cebo me aterraba. Quien fuera que había matado a Dormilón y había intentado matarnos a Tapón y a nosotros lo volvería a intentar, o eso nos había dicho Le Cao Boi. Saberlo nos agobiaba, y el remedio nos ayudaba a tranquilizarnos, o bien a engañarnos, mientras intentábamos sacar de sus escondrijos a nuestros gánsteres rivales.

Decir que caminábamos por las calles de París, sin embargo, es impreciso. No era caminar lo que hacíamos, sino flotar, deslizarnos, cuando participábamos en nuestros ensayos del espectáculo cultural, o bien cuando hacíamos nuestra ronda de citas y entregábamos sus pedidos a los bailarines vietnamitas, al doctor maoísta y a todos sus amigos y conocidos, que preferían que les entregara la mercancía un asiático amarillo o un vietnamita como ellos a que se la diera un oriental de piel oscura, es decir, un árabe. Tal como había reconocido hacía tiempo Ho Chi Minh en sus escritos contra el colonialismo, los asiáticos y los árabes (y también los

africanos) estábamos todos emparentados en calidad de hijastros coloniales del mismo guardián legal maltratador: Francia. Asiáticos y árabes éramos primos lejanos que compartíamos las enormes regiones que quedaban al este de Occidente, o por lo menos al este de la mente occidental. El oriental de piel oscura era como el asiático amarillo, en el sentido de que nuestras antaño gloriosas civilizaciones estaban en ruinas, y ya solo nos aportaban nuestro té, nuestras religiones, nuestras alfombras, nuestros objetos decorativos, nuestros tapices, nuestros artículos textiles, nuestra servidumbre, nuestra soledad, nuestro sexo y quizá nuestra cólera. ¿O acaso nuestra cólera y nuestras diatribas no eran tan buenas como nuestros productos mercantiles?

Esta lógica circular era la forma de pensar del oriental, por oposición a la forma de pensar lineal del occidental. La lógica lineal apuntaba siempre hacia el horizonte de la Ilustración, cuyo descubrimiento perpetuo del conocimiento estaba iluminado por las bombas atómicas que explotaban en alguna pobre isla tropical de la Polinesia Francesa, un poco más allá de la línea del horizonte. Cuanto más nos acercábamos al origen de aquella luminiscencia, más daño nos hacía la luz en los cuatro ojos. Con aquel cuarteto óptico nuestro, preferíamos el crepúsculo. El crepúsculo era la hora del hachís, del nativo oscuro, del subalterno de piel morena y del dócil amarillo. El crepúsculo era la mejor hora para contemplar la verdad, que solía encontrarse más en las sombras que bajo la luz descarnada. El crepúsculo también era la mejor hora para saborear el whisky, para hacer el amor, para fomentar la revolución y para andar en círculos. Y eso hacíamos nosotros: trazar círculos y más círculos por los vecindarios de París, conscientes de que en algún lugar de las inmediaciones rondaba un Citroën CX conducido por uno de los Siete Enanitos (porque era así como pensábamos en ellos, por mucho que ya no fueran siete). Le Cao Boi iba sentado delante y Bon, detrás con uno o dos de los enanitos, armados con sus cuchillos de carnicero, y también con navajas, tuberías, cadenas, cachiporras y un par de pistolas en caso de que las cosas se pusieran feas de verdad.

¿Y eso es todo?, habíamos preguntado.

Le Cao Boi se había encogido de hombros. De momento no hace falta ir más allá, Camus, nos dijo. Si te arrinconan, ponte a hablar. E iremos a por ti.

En nuestros queridos Estados Unidos, los norteamericanos habrían llevado sobre el regazo escopetas y metralletas con la misma ternura que las madres reservaban a sus bebés. En Vietnam, los vietnamitas habrían ido provistos de granadas de mano y lanzacohetes plegables comprados en el mercado negro de los excedentes americanos y del armamento robado. En cambio, los franceses —y al parecer los nativos residentes en Francia— eran demasiado civilizados para aquellas cosas. Todavía creían en empezar con revólveres.

El Citroën nos seguía a cierta distancia, discretamente, suponíamos, ya que solo lo veíamos de vez en cuando con el rabillo del ojo cuando entrábamos o salíamos de algún edificio. Aquella rutina se prolongó una semana, sin más consecuencias que el hecho de que nos dolieran los pies y nos reabasteciéramos de dinero en efectivo. A los intelectuales les encantaba el hachís, igual que a algunos bohemios de la Unión, que no eran unos nativos o hijos de nativos tan buenos y cumplidores de la ley como para que no les gustara colocarse. Y algunos incluso compraban el remedio, cuya fina blancura les parecía bastante chic.

¿No te ofende vender la mercancía?, le preguntamos a Bon ya entrada una noche en nuestro nuevo apartamento.

Estábamos bebiendo coñac tal como hacíamos a veces, usando una tetera como decantador y sirviendo el licor en unas tacitas del tamaño de dedos. Al pobre Bon le encantaba el coñac y no veía contradicción alguna entre ingerir aquel líquido glorioso y decir: Los franceses se enriquecieron robándonos, ¿verdad?

Verdad.

Y luego intentaron convertirnos en franceses. Fueron peores que los americanos. Los americanos nos traicionaron, pero por lo menos no intentaron convertirnos en americanos. Nunca nos robaron nada. Solo querían vendernos cosas. De manera que aquí estoy yo, encantado de

venderles cosas a los franceses. A fin de cuentas, están en deuda con nosotros.

Nosotros no veíamos claro que los franceses vieran de aquella manera la relación histórica de nuestros pueblos, salvo lo de que nos habían intentado convertir en franceses. Al fin y al cabo, ¿no nos estábamos bebiendo su coñac mientras los criticábamos? Oh, *quelle contradiction!*

Continuamos familiarizándonos con las perspectivas francesas en nuestras clases matinales de lengua. Escribíamos con gusto al dictado del profesor y sentimos una vez más la emoción de que nos eligieran para contestar una pregunta en clase, aquella oportunidad para cosechar un pequeño fracaso o éxito. Durante nuestro tiempo libre, con la ayuda de un diccionario, leímos *Una tempestad* de Césaire, reescritura de *La tempestad* de Shakespeare desde la perspectiva de Calibán. Césaire le devolvía a Calibán, «un esclavo negro», la voz que siempre había tenido, lo bastante fuerte como para decir lo que toda persona colonizada le ha querido decir siempre a su colonizador, en este caso Próspero:

¡TE ODIO!

La respuesta de Próspero era interesada: «Te he intentado salvar, sobre todo de ti mismo». ¡Ahí estaba, la misión civilizadora! Y a renglón seguido: «¡Voy a dejar de lado mi naturaleza indulgente y a contestar a tu violencia con violencia!». ¡Ahí estaban, los cañones de la civilización! Y la costumbre de culpar al colonizado de una situación creada por el colonizador. La visión de Césaire era como la de Fanon en *Los condenados de la tierra*, donde la violencia del colonizador engendraba la violencia del colonizado. Quizá fuera la única forma de librarse del colonizador, pero ¿dónde dejaba aquello al colonizado, infectado de aquel regalo de despedida del colonizador, la enfermedad venérea del odio? Los antiguos colonizados que triunfaban en sus revueltas se limitaban a transformar aquel odio del colonizador en un odio apenas disimulado a sí mismos por haberse dejado colonizar durante tanto tiempo. Y no es que descargarán aquel odio sobre sí mismos; lo descargaban sobre el resto de los antiguos colonizados que no eran tan violentos como los victoriosos. Por tanto, la

única solución a aquella revolución era otra revolución, con la cual estábamos comprometidos pero cuya forma no podíamos articular, lo cual resultaba apropiado, dado que el lugar que ocupábamos en aquella alegoría era el de Ariel, el «esclavo mulato» de lealtad ambigua, ni blanco ni negro, una posición débil que quizá podría dotarse de alguna fuerza si Ariel conseguía decir algo sustancial, ya que ni Shakespeare ni Césaire le habían otorgado gran cosa que decir.

Cogíamos las palabras que no conocíamos de Césaire, Fanon y otros, rellenábamos tarjetas de ayuda pedagógica de vocabulario francés y convertíamos el aprendizaje en un juego alcohólico: por las noches Bon nos hacía preguntas y nosotros estábamos obligados a beber un chupito de coñac por cada palabra que no acertáramos. *Obligados*, por supuesto, era un eufemismo que significaba exactamente lo contrario, igual que *pacificación*, un término que por norma implicaba un nivel elevado de fuerza homicida contra los revoltosos nativos. La historia estaba llena de ejemplos, desde la pacificación china de Vietnam, que nos había gustado tanto que la habíamos prolongado un millar de años; hasta la pacificación vietnamita de los Cham, tan exitosa que apenas quedaban Cham en el mundo; pasando por la pacificación francesa de Indochina por medio de la religión de la paz, el catolicismo, en el cual los franceses contemporáneos de Francia no parecían creer; y qué decir de la pacificación americana del delta del Mekong, donde los americanos habían matado a miles de «guerrilleros» pero solo habían requisado unas docenas de armas. ¿Dónde se habían metido todas aquellas armas? ¡Su desaparición había sido un milagro tropical! Pero a fin de cuentas, la pacificación siempre lo era.

Al final de una de aquellas sesiones de vocabulario, y a raíz de la expresión *coup de foudre*, Bon mencionó que había visto a Loan unas cuantas veces. La confesión —porque eso era— nos dejó momentáneamente aturridos y sobrios con el estallido de su centella. ¿Unas cuantas veces?, exigimos saber. Solo hacía unas semanas que la había conocido en la Unión. ¿Cómo os las apañáis para hablar?

Pues le hablo. Tengo cosas que decir.

Se supone que eres mudo, ¿te acuerdas?

Psicológicamente mudo. No físicamente mudo.

Obligamos a nuestra boca abierta a cerrarse. ¿Estás diciendo...?

Te estoy diciendo que le he contado a Loan la verdad: que no estaba mudo porque algo me hubiera cortado las cuerdas vocales, sino porque no tenía valor para hablar.

Esa no es la verdad.

Es la verdad espiritual. ¿He hablado mucho en los últimos años?

Negamos con la cabeza y sentimos menearse y chapotear los contenidos líquidos de nuestro cerebro.

¿He mirado a alguna mujer que no fuera la foto de Linh?

Negamos con la cabeza una vez más, suavemente, con la mente flotando en una cama de agua llena de coñac.

Hace seis años que murieron Linh y Duc. He sufrido con ellos y por ellos todos los días. Sigo sufriendo. Pero la noche después de conocer a Loan, oí la voz de Linh. Hizo una pausa.

¿Qué te dijo?, le preguntamos.

Es la hora. Nada más. No la hora de pasar página. Nunca podré pasar página. Pero es la hora...

Los dos nos echamos por el gollete dos chupitos más de coñac, preludiando cada ronda con un brindis ritual que evocaba nuestros juegos alcohólicos habituales con Man de hace tantos años: *¡Cien por cien!* Nos regodeamos en el conocimiento de que beberse el cien por cien de cada chupito habría hecho a los franceses atragantarse con su propio coñac. Pero tragarse chupitos enteros de un noble licor francés con gesto heroico era una tradición masculina vietnamita, de origen desconocido pero con toda probabilidad nacida como forma de demostrar dos cosas: la primera, que nosotros también nos podíamos permitir el coñac; y la segunda, que éramos lo bastante hombres como para beberlo deprisa, a diferencia de los franceses, que solo le daban sorbos.

Aquejado de varios chupitos de coñac, Bon nos siguió contando cosas: había diseñado un plan para el hombre sin cara, Dung, o como se llamara.

¿Qué clase de plan?, preguntamos, aunque ya sabíamos que Bon solo diseñaba una clase de planes.

La Unión invita a todo el personal de la embajada comunista al espectáculo del Tet, dijo Bon. Eso incluye al hombre sin cara. Y cuando

aparezca, esa será nuestra oportunidad.

¿Nuestra oportunidad?

O mi oportunidad, si tú no quieres participar.

Fue al armario y sacó una lata azul redonda de galletas danesas de mantequilla. ¿Era la misma lata que nos había ofrecido el Jefe? Abrió la lata para revelar la galleta más dulce de todas, la prótesis masculina por antonomasia, una pistola perpetuamente dura y capaz de eyacular a toda velocidad. Nada de civilizados revólveres galos que solo se podían disparar a cámara lenta. No, lo que tenía era una implacable y germana Walther P38 de 9 milímetros, disparo rápido y alimentada con cargador.

Te pillarán, le dijimos.

Bon se limitó a sonreír. Me importa un carajo.

Lo que no te mata te hace más fuerte.

¿Por qué no?

Me importa un carajo.

¡Cuántas filosofías elocuentes para elegir! Pero ¿cuál era la nuestra? Antaño había sido simplemente: *¡Hay que hacer algo!* Hacer algo había sido la mayor causa de nuestra vida, y todavía sentíamos su presión. En nombre de hacer algo, nos habíamos vuelto revolucionarios, y eso nos había hecho terminar en un campo de reeducación. En nombre de hacer algo, habíamos seguido a Bon en su misión suicida de invadir la madre patria y rescatarla del comunismo, solo para salvarle la vida. Y lo habíamos logrado a duras penas. Y ahora teníamos una misión nueva: necesitábamos impedir que Bon matara a Man. Era una de las cosas a las que yo sabía que seguía entregado; nuestro juramento de hermandad de sangre. Por supuesto, una parte de mí todavía culpaba a Man por torturarme, pero otra parte creía que había hecho lo que él consideraba mejor para mí, para obligarme a ver la verdad de nuestra revolución. Man estaba encerrado en el mundo roto que habían esbozado Fanon y Césaire, donde el problema era la violencia y la solución también. Y estábamos ligados entre nosotros, no solo como hermanos de sangre, sino en tanto que revolucionarios obligados a

emprender nuestras revoluciones ahora divergentes y encaminadas a nuestros fines individuales.

Recorrer las calles de París por nuestras rutas de entrega nos daba mucho tiempo para preguntarnos cómo podíamos salvar a uno de nuestros hermanos de sangre de morir a manos del otro, así como para meditar sobre nuestra filosofía, o falta de ella, hasta que sonara el reloj cósmico del karma. Y el día en que nos llegó el momento, Le Cao Boi y Bon estaban siendo demasiado discretos, o quizá ya estaban cansados y habían dejado de prestar atención después de tantos días siguiéndonos. Quizá nuestros recorridos circulares eran demasiado circulares, porque cuando por fin apareció Beatles, el Citroën no se veía por ninguna parte.

En lugar del Citroën, se detuvo en la acera una furgoneta blanca y sin distintivos, con la ventanilla del lado del copiloto bajada. El conductor era un tipo de frente estrecha al que no habíamos visto nunca, pero al pasajero lo reconocimos de inmediato, por mucho que llevara una sudadera gris en vez de un estampado del cuarteto de Liverpool. Antes de que pudiéramos echar a correr, la portezuela lateral corredera se abrió para revelar a otros dos jóvenes, uno de frente mediana y otro de frente amplia. El de la frente amplia nos apuntó con un revólver y vi que por alguna razón estaba sonriendo, quizá solo para contrarrestar los rayos ópticos de calor que emanaban a ráfagas de los ojos de Beatles. Soltó un chorro rápido de francés, del que entendimos menos de la mitad, pero esta vez nuestra falta de comprensión no importaba. Cuando me lo tradujo, el pistolero hablaba un inglés gramáticamente perfecto.

Entra o te volamos los sesos, nos dijo el pistolero sin dejar de sonreír, y fue extraño que sonara tan encantador con sus inflexiones francesas.

Hablas muy bien el inglés.

Tú también, me dijo. Guardaba un parecido increíble con la *Mona Lisa*, salvo por el pelo, que llevaba corto y rizado. Su sonrisa, en cambio, era igual de serena que la de la famosa pintura; y su nariz, igual de alargada; y sus ojos, igual de enigmáticos. Hablas inglés mejor incluso que Bruce Lee.

Es todo un cumplido, le dijimos. Estaba espectacular en *Furia oriental*.

Todavía mejor en *Operación dragón*.

¿De qué coño estáis hablando?, gritó Beatles.

Está un poco impaciente, dijo Mona Lisa, y las orugas negras de sus cejas arquearon el lomo. Su frente amplia les dejó espacio de sobra. Deberías entrar en el coche.

Miramos la pistolita que tenía en la mano. Las pistolas pequeñas implicaban confianza en uno mismo, precisión y elegancia, a diferencia de las pistolas grandes, que en la mayoría de los casos eran un alarde innecesario. Levantamos las manos, pero no había nadie en la calle que se pudiera fijar en el gesto. Luego nos subimos a la furgoneta y nos apretamos en la fila de asientos del medio, entre Mona Lisa y el matón de frente mediana, que olía a humo y a sudor. Su muslo musculoso, pegado al mío, se meneaba al compás de la extraña música de la radio de la furgoneta, de ritmos machacones y con una voz negra en *staccato* que enunciaba enfáticamente en inglés. La furgoneta se alejó de la acera y Beatles se giró para fulminarnos con la mirada desde el asiento delantero, y su cara fue lo último que vimos.

Nosotros, o quizá yo o yo mismo o el otro yo, despertamos al oír ecos de conversaciones y risas en la campana rota de mi cabeza. Me dolía el cuello de aguantar el peso considerable de aquella campana. Estaba atado a una silla de madera, con las manos detrás de la espalda y las piernas amarradas a las patas de la silla, en un sótano frío con las paredes de piedra gris cubiertas de estantes de madera de robustez industrial, tan anchos como camas estrechas y llenos de cajas de madera apiladas. Una película a volumen bajo ocupaba el rostro de un televisor, frente al cual un par de sofás raídos tenían acorralada una mesilla de café. Beatles, Mona Lisa y los dos matones, Feo y Más Feo, estaban jugando a las cartas y fumando cigarrillos. Yo tenía las extremidades entumecidas, pero el miedo que me aferraba el espinazo compensaba con creces la falta de sensibilidad de mis brazos y piernas. Esto ya no era surreal. Esto era muy claramente real. En el mejor de los escenarios posibles, yo salía vivo de aquel sótano pero solo a condición de dejar atrás varias partes de mí mismo, desde los dedos de las manos y los pies hasta extremidades enteras, ojos u orejas. En el peor escenario posible, salía de aquel sótano muerto, aunque esta posibilidad

presentaba diversas gradaciones, puesto que podía acabar muerto y de una sola pieza, en pocos pedazos o en muchos pedazos.

Feo fue el primero que me vio despertarme y le dio un codazo a Beatles, que me clavó una mirada de odio y me lanzó una volea de palabras que incluía «capullo», «gilipollas» y «chino de mierda». Cada palabra que yo entendía, y cada una que no entendía, era un martillazo contra mi campana rota. En ella se oían los ecos de todas las palabrotas en francés que yo había aprendido, incluyendo todos los insultos racistas antiasiáticos recibidos por Le Cao Boi y los Siete Enanitos durante sus años en París, que ellos me habían pasado a mí. Beatles quería comunicarme que también conocía aquellas palabrotas, pero después de soportar una vida entera de insultos racistas, fingí que no me molestaban y me obligué a reírme. Era el Puto Chiflado. Ningún gánster me iba a intimidar, por mucho que en realidad sí me intimidaran. Pero tenía que evitar mostrarle este miedo a aquella panda. Igual que a todos los gánsteres, abogados y sacerdotes, les gustaba el miedo ajeno.

¿Gilipollas?, dije con toda la fanfarronería que pude. ¿Chino de mierda? ¿Y por qué no *Asiate? Chinetoque. Jaune. Tchong. Bridé!*

Beatles se rio. Te has olvidado de *niakoué*.

Niakoué? Ese no lo he oído.

¿Y qué me dices de *FILS DE PUTE*?

Bueno, ese sí que lo conozco.

A partir de este momento, dejo de plasmar todos los casos en que se pronunciaron las palabras *fiils de pute* o *sale fiils de pute*, dado que en adelante funcionarían como simples comas o puntos, invisibles e inaudibles. En este sentido, los gánsteres de aquel sótano mugriento no eran muy distintos de los gánsteres del peor restaurante asiático de París, que compensaban su condición emasculada en los escalafones inferiores del servicio espetando «hijoputa» como si fuera un salivazo, que es algo que no hay que hacer nunca en un restaurante. Por supuesto, la costumbre que teníamos yo y yo mismo de adoptar no solo «hijoputa» y *fiils de pute*, sino también los términos más racistas que se usaban contra nosotros, era algo que no podía terminar bien, pero siempre había sido la estrategia que yo, o nosotros, habíamos empleado, primero en nuestra turbia profesión de espía

y ahora en nuestro todavía más turbio aprendizaje como gánster. Aun así, si me había creído que resultaría amenazador a base de robarles a aquellos gánsteres las palabras que ellos podían usar contra mí, no parecieron en absoluto impresionados. Por lo menos era el caso de Más Feo, que soltó un soplido de burla y dijo: ¿Quién teme al chino feroz?

Iba a morir, ¿verdad? Pero si iba a morir, entonces moriría de la mejor manera que supiera, al menos hasta que el dolor fuera excesivo. Eso me gusta, exclamé. ¡Es mejor incluso que Puto Chiflado, pedazo de racistas!

No somos racistas, dijo Beatles. Simplemente no nos caes bien.

Entonces, ¿por qué no me habéis degollado?, dije. Por un lado, quizá no fuera buena idea recordarles a mis captores una de las opciones más desagradables que tenían a mano. Por otro, ¿por qué no airear el asunto que constituía mi preocupación más inmediata?

¿Qué gracia tiene sacrificarte como un cordero?, dijo Beatles. Ni siquiera sirves como sacrificio.

¡Jo, jo!, dijo el mayor libertino con una risilla.

¡Ja, ja!, intervino Sonny con una risa.

¡Callaos!, dije.

¡No, cállate tú!, gritó Beatles, levantándose de un salto del sofá en medio de una nube de humo de cigarrillos. *¿Quién coño te has creído que eres?*

¡Ah!, dijimos yo y yo mismo. Esa es la pregunta, ¿verdad? La pregunta universal. ¡La pregunta que nos ha acompañado desde el principio de los tiempos!

No lo confundamos, dijo Mona Lisa. No quiero que se calle... *que te calles*. Quiero que hables.

Imité a Dios y no dije nada.

¿Eres duro de oído, puto chiflado? Háblanos de Le Chinois.

¿De quién?

¡*Le Chinois!*!, chilló Beatles.

¿El doctor maoísta?

Beatles dio un salto por encima de la mesilla de café y me arreó dos bofetones en la cara, primero con la palma y después con el dorso de la mano, como si fuera Jean Gabin abofeteando a una actriz, un gesto

encantadoramente francés, mientras que un vietnamita o un americano me habrían dado un puñetazo en toda la nariz. ¡Le Chinois! ¡Le Chinois! ¡Le Chinois!

Tu jefe, dijo Mona Lisa. Para de darle bofetadas. Creo que ya te ha oído.

Tiró sobre la mesa un paquete de plástico transparente lleno del remedio. ¡Qué inocuo se veía el remedio! Unos simples polvos blancos, podrían ser harina o azúcar.

Quiero que encuentres a tu jefe, el que está vendiendo esto y robándome mi negocio.

Estuve a punto de decir: ¿qué quieres saber? A punto. Si hubiera estado cuerdo, lo habría dicho. ¿Qué lealtad le debía al Jefe? Era un gánster, un traficante de droga, un proxeneta y un asesino, lo cual no quiere decir que estas características priven necesariamente a alguien de mi simpatía. En calidad de simpatizante por excelencia, no solo podía ver lo bueno y lo malo de cualquier cuestión, sino también lo bueno y lo malo de cualquier persona. Era así como sabía que muchos de nuestros líderes mundiales más importantes también habían sido gánsteres, traficantes de droga, proxenetas y asesinos, aunque ellos preferían denominarse presidentes, reyes, diplomáticos y estadistas. Lo único que impedía al Jefe ascender a un estado más legítimo de existencia, convertirse en un pilar de la sociedad, era el tiempo. Eso se lo debía, y se lo podía conceder, no por él sino por Bon. Si entregaba al Jefe, era casi seguro que también estaría entregando a Bon, y eso era algo que jamás haría.

¿Quién es Saïd?, fue lo que dije.

¿Saïd?, dijo Beatles, estupefacto.

Cuidado, dijo el mayor libertino.

El misterioso Saïd, dije.

Esto no es buena idea, añadió Sonny.

Beatles negó con la cabeza y miró a Mona Lisa, que cada vez más parecía el líder. Saïd, dijo Mona Lisa, pronunciando el nombre despacio. Saïd es mi hermano.

Claro, murmuré.

Por desgracia se ha ido de vacaciones. Pero el hecho de que se haya ido de vacaciones no quiere decir que tú puedas quedarte con su negocio, que

es mi negocio. Ahora te aconsejo que nos cuentes todo lo que sepas de esto —señaló el remedio— y de Le Chinois, o bien las cosas se van a torcer mucho para ti, igual que se torcieron para tu amigo.

¿Tu amigo?

El bajito.

Dormilón.

¿Así se llama? Pues ya está durmiendo para siempre.

Me lo cargué yo, dijo Beatles. Igual que tú casi te cargaste a Ahmed.

¿Ahmed?

¡Mi amigo! ¡Al que casi mataste!

Así que Rolling Stones seguía vivo. Me habría alegrado por él, y por mí, si no me sintiera tan mal en aquel momento. ¿Me vais a torturar?, dije.

Deja de darles ideas, dijo Sonny.

Me reí. No me podéis torturar. He sobrevivido a un campo de reeducación.

Ahora sí que la has cagado, dijo el mayor libertino.

¿Te crees muy duro porque fuiste a un campo de reeducación?, dijo Beatles. ¡Vuestra guerra no fue tan mala! La nuestra fue peor. ¡Menudas historias he oído! ¿Te crees que eres duro, Puto Chiflado? Vamos a probar contigo unas cuantas cosas que nos hicieron los franceses.

¿Los franceses no sois vosotros?, dije.

Que te calles, joder.

Y luego procedieron a joderme bien. Una parte de mí sentía un dolor atroz y se dedicó a efectuar los consabidos gemidos, gritos, súplicas y a sentir el miedo por mi vida de rigor. Sin embargo, otra parte de mí era el profesional que, mirando atrás, podía analizar y valorar la actuación de aquellos tipos. Y aquellos tipos eran aficionados, lo cual no quiere decir que lo que vino a continuación no doliera. Los aficionados pueden hacer mucho daño, por más que lo hagan sin finura. Pero la finura es la clave. Uno puede cometer asesinatos masivos y saquear países enteros al por mayor e irse de rositas si se comporta con una pizca de estilo, con una pizca de finura, y también con toneladas de hipocresía y amnesia selectiva. Solo hay que preguntárselo a los franceses (o a los ingleses, o a los holandeses, o a los portugueses, o a los belgas, o a los españoles, o a los alemanes, o a los

norteamericanos, o a los chinos, o a los japoneses, o incluso a nosotros, los vietnamitas, aunque no a los italianos, a quienes no se les daba demasiado bien la colonización; se habían olvidado de lo que tan bien habían hecho sus antepasados romanos). E igual que los franceses lo hacen todo con estilo y finura —o como dirían ellos, con *élan* y *finesse*—, también nosotros, los profesionales de la «inteligencia», debemos desempeñar nuestras tareas con pericia. La extracción de la información, igual que la extracción de una muela, requiere delicadeza. ¿Acaso entiende el torturador esta cuestión fundamental? El interrogador tiene muchos más números de tener éxito en su trabajo si se ayuda de cigarrillos, simpatía, compasión y un conocimiento intuitivo de la psicología humana y de la sensibilidad cultural. Si el torturador no entiende esto, es que es tonto. Si el torturador no entiende esto y simplemente disfruta de la tortura, es que es un sádico. No quiero decir que no se pueda ser tonto y sádico al mismo tiempo. Se puede ser básicamente cualquier cosa y tonto al mismo tiempo.

En cuanto a mí, quizá soy masoquista, lo cual no quiere decir que no sea también tonto. Si no, ¿cómo se explica que en medio de todos los gritos y gruñidos (por parte de mis torturadores) y de los chillidos y las lágrimas (por mi parte) me echara a reír? Risa torturada, por descontado. Risa estrangulada, sin duda. A fin de cuentas, era muy difícil reírse de forma alegre y agradable con los electrodos en los pezones y las cuerdas y los cables que estaban usando para colgarme del techo por los brazos y el agua que me echaban por la boca. Aun así, era risa, y los gorgoteos y ronquidos parecieron confundir a los gánsteres que me estaban torturando, que sin duda habían esperado otras reacciones más habituales.

¿Se está riendo?, dijo Feo, haciendo una mueca de dolor por lo magullados que tenía los nudillos.

Creo que se está riendo, dijo Más Feo, apoyándose en la pared para hacer una pausa y fumarse un cigarrillo, fatigado por la presa de cuello que me había estado aplicando de forma intermitente durante la última hora.

¿Pero qué coño te pasa?, me dijo Beatles. Se había quitado la camisa, ya que daba mucho calor vapulear a alguien con una manguera.

Yo estaba tumbado bocabajo sobre el frío suelo de cemento, desnudo y temblando, con la mejilla en un charco de líquido que quizá viniera de mí o

quizá de uno de ellos. Me pregunté si mi madre me podría ver en aquellos momentos. Me acordé de que a los dos nos encantaba que me tumbara de aquella manera, a los cuatro o cinco años, desnudo sobre una esterilla de bambú, con la cabeza en su regazo y ronroneando de placer mientras ella me rascaba lentamente el costado de la espalda, empezando por la parte superior de la nalga, subiendo por la espalda y terminando entre los omóplatos, y luego volvía a empezar con aquel placer atroz.

Y entonces se me ocurrió, con una punzada repentina en el costado herido, que ya era algo más mayor de lo que había sido ella al morir, a los treinta y cuatro años, en la misma choza desvencijada donde me había criado, sin nadie que cuidara de ella, o eso supuse cuando por fin regresé a mi aldea después de mis seis años en América como estudiante de intercambio. Vestía mi nuevo uniforme de teniente del ejército. Ahora que llevaba al cinto una pistola fabricada en América, nadie en la aldea se atrevió a mirarme a los ojos ni a llamarme «bastardo» como hacían cuando era niño. La choza estaba tan vacía que nadie se había molestado en saquearla ni en robarle ningún trozo, construida como estaba con palos, barro, paja, tiras de lona y cartones sacados de las cajas del equipamiento y las raciones americanas. Sin nadie que se hiciera cargo de ella, la choza se había ido hundiendo sobre sí misma hasta no ser más que un almacén vacío. Me asomé al interior para ver el camastro de madera en el que mi madre y yo habíamos dormido, con el colchón de bambú hecho jirones, y vi el pequeño estante en el que mi madre tenía una imagen de Jesucristo y un crucifijo. Era huérfana y no tenía padres a los que honrar, así que solo le quedaba Jesucristo, cuya imagen era su posesión más preciada después de mí.

Desde la puerta abierta, y gracias a la alfombra de luz que dejaba entrar en los recovecos de la choza, pude ver un corazón rojo en el pecho de un Jesús sospechosamente anglosajón, con pelo castaño, perilla castaña, ojos castaños y piel clara. ¿Acaso mi madre había sido salvada, ella que me había salvado a mí con todo el amor que me había dado sin quejarse? ¿De dónde venía su amor, teniendo en cuenta que a ella nadie la había querido? ¿De quién había aprendido el afecto, las caricias y las palabras amables con

las que me había masajeado a diario e incansablemente hasta que yo había absorbido la pequeña dosis de humanidad que ahora poseía?

Una parte de mí, el comunista recalcitrante, creía que mi madre no se había salvado porque no existían ni Dios ni el Más Allá. Era una parte de mí que estaba amargada. En cambio, otra parte de mí, el católico recalcitrante, lleno a medias de fe y a medias de temor, todo agitado y no revuelto, creía que la habían transportado en helicóptero hasta el Cielo igual que a todos los demás refugiados de aquel día, es decir, a todo el mundo que había muerto. ¿Qué éramos todos, cuando nos moríamos, más que refugiados que huían de la miserable tierra en busca del refugio de la vida eterna? ¿Qué era la tierra entera más que un tercer mundo comparado con el segundo mundo del purgatorio y con el primer mundo del Cielo? Aquella parte creyente y temerosa de mí se avergonzaba de pensar que, desde su balcón del Paraíso, la más exclusiva de las urbanizaciones cerradas al público, mi madre pudiera verme.

Tumbado bocabajo en aquel sótano, me recordé a mí mismo en el viaje de regreso a mi aldea y al cementerio donde mi madre estaba enterrada. Me había arrodillado junto a la tumba y había tocado su nombre. Por lo menos tenía un nombre. Mi lápida, si es que alguna vez tenía una, seguramente pondría VO DANH. Cuando vi su nombre y las fechas de su nacimiento y su muerte grabadas con una tinta de color bermellón que se estaba desvayendo igual que el recuerdo, me encontré a mí mismo a bordo de una balsa arrastrada por el torrente de mi amor estancado y empantanado. Por fin dejé de llorar. Apoyado en una recia viga de rabia homicida, me sequé los ojos y contemplé la profanación del recuerdo de mi madre. Su tumba estaba ubicada en un margen pantanoso del cementerio, tan exiliada en la muerte como lo había estado en vida. Había llevado la cruz de ser una madre soltera, objeto del desprecio de unos parientes y aldeanos que no sabían que mi padre era su sacerdote. Mi madre lo había protegido movida por una fe católica equivocada en la bondad y en la amabilidad, una fe que le había insuflado aquel mismo sacerdote. A cambio de su fe en Dios y en él, tras su muerte la habían mandado a una parcela alejada de todas las demás tumbas, lejos de los muertos honorables y de sus honorables allegados, que no podían soportar estar cerca de ella, la persona más honesta de la aldea, sin

la menor mancha de esa hipocresía que resulta fundamental para obtener cualquier asomo de respetabilidad.

Regresé a la choza donde había vivido con mi madre, el único lugar donde había conocido el amor, y le prendí fuego aplicándole un encendedor Zippo a su paja seca. Los vecinos emergieron de sus casas y contemplaron conmigo cómo la choza pasaba a ser una pira de mis recuerdos, que confié en que también se convirtieran en cenizas. Mis vecinos no dijeron nada, que era la respuesta adecuada. Si me hubieran dicho algo, habría usado mi pistola de fabricación americana con el propósito para el que había sido diseñada a principios del siglo xx: matar nativos, tal como me había enseñado mi mentor Claude. Y ya había demostrado su valía en la pacificación de Filipinas, pero ahora estaba siendo igual de útil en nuestro país. Claude también me había regalado el Zippo, con una inscripción personal grabada. ¿Ves esto?, me había dicho, subrayando las palabras con el índice. Entre tú y yo, es el lema extraoficial de la CIA:

JODERLOS ANTES DE QUE NOS JODAN

Lo digo todas las noches antes de irme a la cama, dijo Claude, guiñándome el ojo mientras me ponía el encendedor en la palma de la mano.

Sabias palabras, le dije, sabias palabras.

Después de que la choza quedara reducida a una fogata de campamento, eché a andar por el camino que llevaba a la pequeña iglesia rural donde mi padre todavía era, milagrosamente, el pastor. Su supervivencia era un milagro, y no lo digo por su avanzada edad —ya tenía setenta y tantos años—, sino porque era blanco, francés y católico durante una época en que todos estos factores lo convertían en blanco más que atractivo para ser asesinado por los revolucionarios locales. Me recibió en su oficina, que yo no había visitado nunca, ya que antes de aquel día solo lo había visto en tres lugares: en el aula de la escuela católica, donde me había impartido clases; en la iglesia, donde solo lo había visto de lejos; y en el confesionario, donde solo había visto su silueta al otro lado de la mampara. Aquella sombra

encorvada también fue lo que debió de ver su asesino en el momento antes de convertirlo en sombra.

Ya eres todo un hombre, me dijo mi padre. Me hablaba con el mismo francés lento, deliberado y paciente que usaba con sus estudiantes y con los campesinos. Eran las primeras palabras que me dirigía desde que me había marchado de su clase, su mejor estudiante y su peor miedo. Desde entonces solo nos habíamos comunicado una vez, cuando me había escrito a Estados Unidos para informarme de la muerte de mi madre. En la carta no había usado mi nombre, salvo para escribirlo encima de la dirección, igual que tampoco pronunció mi nombre ahora. Las únicas veces en que había pronunciado mi nombre en el pasado habían sido cuando pasaba lista en clase. Por lo demás, no me llamaba de ninguna manera, solo «tú».

He estado en el cementerio, le contesté con el vietnamita lento, deliberado y paciente que usaba con los franceses y americanos que creían saber vietnamita, que era lo que creía mi padre después de haber vivido allí durante décadas. He visto la tumba de mi madre.

Mi padre guardó silencio al otro lado de su escritorio, repleto de exámenes de sus estudiantes.

Gracias por ponerle esa lápida. Era lo mínimo que podías hacer.

Silencio. No volvió a decir nada hasta el final de nuestra conversación, que en realidad fue un monólogo por mi parte. Tampoco bajó la vista, sino que se dedicó a sostenerme la mirada con gesto de desafío, o de desprecio, o de orgullo, o de pesar, o de amor no expresado. ¿Quién sabe?

Aquí está el dinero para pagar la lápida, le dije, tirando un sobre encima de la mesa. Cuando era estudiante no tenía dinero. Ahora tengo un poco. Tendría que haber sido yo quien pagara su lápida, no tú.

Tampoco dijo nada. Estaba representando para mí el silencio de su jefe, el padrino de padrinos, Dios en persona. El mismo silencio que mi padre se había encontrado todos los días durante sus oraciones, el mismo silencio que cientos de millones de personas oían a diario cuando le suplicaban a Dios que dijera algo, lo que fuera. Jamás decía nada, lo cual nunca decepcionaba a sus legiones de fans. Teniendo en cuenta que jamás decía nada, desde luego que Dios apelaba a un montón de gente.

¿Por qué ha muerto mi madre y no tú?, le dije, levantándome para marcharme. El hecho de que ella esté muerta y tú sigas vivo... es la prueba de que no existe Dios.

Ahora lo había provocado. Y habló por fin, con la inspiración para su próximo sermón centelleándole en los ojos. La buena de tu madre creía en Dios con toda su alma, y ahora vive en el Cielo porque Dios la ha salvado, dijo. ¿Es que no hay nada sagrado para ti?

¿No hay nada sagrado? Me eché a reír. Luego me detuve y le dije: Ojalá hubieras muerto tú en lugar de ella.

Mis palabras eran un eco de lo que le había escrito a Man desde California cuando me enteré por la carta de mi padre de la muerte y entierro de mi madre: *cómo me gustaría que estuviera muerto*. Y mis palabras presagiaban también lo que pasaría un mes después de mi encuentro con mi padre, cuando la asesina, haciéndose pasar por penitente arrodillada en su confesionario, le disparó una bala en la sien, que quizá su cerebro agonizante experimentó como la centella y el trueno que por fin le traían la Palabra de Dios, pronunciada por Dios en persona. Años más tarde, durante nuestro vis a vis en el campo de reeducación, cuando Man me abrió el cráneo con un abrelatas y me manoseó el cerebro, me dijo que mi deseo de muerte había sido una orden para él. A fin de cuentas, era mi mejor amigo y mi hermano de sangre. Me había tomado la palabra y había mandado a la agente comunista a que cumpliera mis órdenes, y la agente había encontrado a la asesina, una chica de dieciséis años cuyo padre había muerto a manos de los americanos y cuyo hermano había muerto a manos de los republicanos. ¿Quién dijo que las palabras no podían matar? Pero por entonces yo no había conocido el poder de mis palabras, o eso me decía a mí mismo. Ahora ya lo conocía, aunque también sabía que lo único más poderoso que las palabras era el silencio.

El pitido de mi cabeza me recordaba al tañido de las campanas de la iglesia de mi padre. El sonido de aquella campana, importada de Francia, voló como un bumerán a lo largo de todos aquellos años hasta regresar a aquel sótano francés oscuro y húmedo donde yo estaba. También me pareció oír que mi padre me hablaba, y de los ecos del interior de mi campana rota brotó aquella palabra que siempre usaba para dirigirse a mí: ¡tú! Alguien estaba tañendo mi campana, o en otras palabras, alguien me estaba abofeteando la cara. Cada golpe iluminaba el interior de mis párpados cerrados, rociándolos de chispas amarillas y rojas:

¡EH!

¡TÚ!

El tú que era yo abrió los ojos. No estaba en la choza de mi madre. No estaba en mi aldea. No estaba en la iglesia de mi padre. Seguía en el suelo mojado de aquel sótano, y la mano que me abofeteaba no pertenecía a Dios, sino a uno de los dos matones. Feo. O quizá fuera Más Feo.

Eso le ha llamado la atención, dijo Mona Lisa, en cuclillas a mi lado. Ya está despierto. Le ha venido un poco de color a la cara.

¿Por qué no te resistes?, dijo el matón que me había estado abofeteando. Mis ojos lo enfocaron. Era ciertamente Feo. ¿Dónde está la gracia si no te podemos torturar?

Esto es aburrido, dijo Más Feo.

¿Podemos matarlo de una vez?, preguntó Feo.

¡Callaos!, dijo Beatles. Estaba caminando por detrás de Mona Lisa. Vagos de mierda. No sois capaces ni de darle una paliza a alguien sin quejaros.

Vale, dijo Feo. De acuerdo. Pero es que me duelen los pies.

Supongo que no es buena idea darle patadas a alguien con las deportivas, dijo Beatles. Cómprate unas botas.

Feo suspiró y se puso de pie, probablemente para darme más patadas, pero cuando ya estaba echando la pierna atrás para coger impulso, Mona Lisa levantó la mano.

Tengo una idea, dijo. Mona Lisa hincó una rodilla en el suelo frente a mí y por primera vez vi que llevaba mis zapatos de Bruno Magli. Él vio que me había fijado y me dijo: No te mereces unos zapatos tan chulos. Y ahora, ¿estás listo para jugar a un juego?

Por mí no, dije, pero o bien no llegué a decirlo, o bien lo dije tan flojito que solo lo oí yo, o bien lo dije y a nadie le importó, porque no me hicieron ni caso. Mona Lisa se sacó un revólver de la cintura, me encañonó y me lo acercó poco a poco hasta pegarme el cañón a la frente. Luego retiró el arma, abrió el cilindro, sacó las seis balas y se las dejó caer en la palma de la mano.

Mira esto, me dijo.

Yo no podía mirar otra cosa.

Dejó caer al suelo de cemento una bala, que rebotó con un ruidito metálico delante de mi nariz.

Qué pequeñita, me susurró al oído el mayor libertino. Pero es lo bastante grande como para reventarte el cráneo. Si alguien lo sabe soy yo, ¿verdad?

Lo siento, le dije al mayor libertino. Lo siento mucho.

Y haces bien, me dijo Mona Lisa. Dejó caer una segunda bala al suelo, donde rebotó en una dirección distinta y terminó cerca de mi ojo. Pero todavía lo vas a sentir más.

¿Dónde está mi disculpa?, me susurró Sonny en el otro oído mientras la tercera bala golpeaba el suelo. En mi caso, fuiste tú quien apretó el gatillo. Te habría agradecido que fueras mejor tirador y me mataras con una sola bala en vez de con las seis que usaste.

Lo siento, le dije a Sonny. Lo siento mucho.

Ya te he oído la primera vez, dijo Mona Lisa mientras dejaba caer la cuarta bala. Puedes decirlo tanto como quieras. Pedir perdón ya no te va a salvar.

Dejó caer la quinta bala. Cayó a cámara lenta y la pude examinar en todo su esplendor mientras descendía. Aquella belleza en concreto llevaba un casquillo de cobre que reflejó la luz de tal manera que la bala pareció guiñarme el ojo en plena caída, elegante como un saltador olímpico. La punta de la bala era de un naranja deslucido. Vi con claridad que era una bala de punta blanda, un término irónico, dado que el propósito de la bala no era ser blanda, sino infligir un daño mayor cuando la punta se expandía a raíz del impacto, es decir, el impacto contra mí y mí mismo. Cuando la quinta bala por fin golpeó el suelo, me pregunté por qué nunca me había disculpado con aquellos hombres a los que había matado.

Nosotros también nos lo preguntamos, dijeron ellos.

No pensaba que quisierais una disculpa de mi parte, dije.

Claro que queremos una disculpa de tu parte, dijo Mona Lisa, sosteniendo la sexta bala entre el índice y el pulgar. O sea, no te va a servir de nada, pero es de buena educación disculparte cuando la has cagado. Sobre todo, cuando has hecho tanto daño como el que tú has hecho. Te das cuenta de que estás con la mierda hasta el cuello, ¿verdad?

Colocó la bala encima de una cámara del cilindro y la dejó allí apoyada. Luego introdujo muy despacio el cuerpo de la bala en aquella cavidad que esperaba para recibirla. Tuve tiempo de sobra para examinar aquella bala con mi nombre. Era una expresión que había aprendido de Claude. No puedes esquivar una bala que lleva tu nombre, decía siempre. En este caso, en sentido literal, la bala no llevaba ningún nombre, algo que resultaba perfecto para mí, VO DANH. Bautizarme a mí mismo como ANÓNIMO era la bromita que siempre le gastaba a la burocracia francesa, porque es que si no se podía gastar una broma a la burocracia, ya podía uno caerse muerto de hastío, una muerte infinitamente preferible a la forma en que yo estaba a punto de morir.

Yo llevaba sin parpadear todo aquel tiempo sin tiempo que Mona Lisa se había pasado dejando caer balas al suelo, y ahora la sequedad de mis ojos

me obligó a parpadear, y en aquel abrir y cerrar de ojos Mona Lisa cerró de golpe el cilindro, sellando mi destino. Hizo girar el cilindro una, dos y tres veces.

A los vietnamitas os gusta jugar a la ruleta rusa, ¿cierto?, me dijo. Lo vi en una película. ¿Estás listo para demostrarnos lo bien que juegas?

Lo siento, lo siento, lo siento, sollocé.

Demasiado tarde, dijo Mona Lisa. Siéntate.

Siéntate, le dije a mí mismo, pero mí mismo no estaba. Me había quedado inmovilizado, por mucho que Beatles me diera varias bofetadas más. Tuvieron que llamar a Feo y a Más Feo para que me levantaran por los brazos y me sentaran en un sofá.

He tenido mucha paciencia contigo, dijo Mona Lisa. Me puso la pistola en la mano. Ahora o bien juegas, o bien haremos que esto sea todavía más doloroso para ti por no querer jugar.

Una disyuntiva donde uno siempre perdía era lo más adecuado para un hombre con dos caras y dos mentes. Daba igual de qué lado cayera la moneda y qué cara saliera, el resultado siempre sería malo. En teoría eso debería hacer que la decisión fuera más fácil que ante una disyuntiva entre ganar o perder, ya que no había forma de cambiar el resultado. Aun así, nadie en su sano juicio jugaría nunca a la ruleta rusa.

¡Tú! Beatles me arreó una bofetada tan fuerte que vi doble. ¡Eh, tú! ¿Vas a jugar o qué?

¡Yo no estaba tan loco como para elegir el juego! Pero tú sí que lo estabas, puto chiflado. Te vi coger el revólver con mi mano, moviéndote a cámara lenta. Con gran languidez, levantaste el arma y viste que Feo y Más Feo te estaban encañonando los dos con las suyas —y quien dice a ti dice también a mí—, por si acaso te daba por protagonizar una gesta heroica teatral. Pero tú nunca habías sido un héroe. Tan solo habías sido un superviviente y un creyente que de corazón quería hacer lo que era necesario hacer. Y lo necesario ahora era terminar con todo lo antes posible. En una disyuntiva donde uno siempre perdía, ¿qué sentido tenía prolongar la cosa?

¡Clic!

¡No me lo podía creer! ¡Lo habías hecho! ¡Habías apretado el gatillo! El mundo entero quedó en silencio después del clic del percutor. Mona Lisa estaba diciendo algo, pero aunque su boca se movía, no pudimos oír nada, solo el girar de los engranajes de nuestra cabeza, rechinando en vano porque faltaba un tornillo. Las probabilidades estaban de tu lado, era una posibilidad entre seis, o bien, si lo mirabas al revés, cinco contra una. Las matemáticas nunca fueron tu fuerte, ya desde que naciste siendo la mitad de una persona cuya otra mitad era YO. La historia era la asignatura que captaba tu interés y aquí la historia se estaba interponiendo en el camino de la humanidad. La historia os había llevado a aquel momento tanto a ti como a aquellos gánsteres, hijos de madres quizá parecidas a la tuya y a la mía. La historia y algunas decisiones muy equivocadas.

Aunque compartías con Feo, Más Feo y Beatles esa predilección por las decisiones equivocadas, te costaba simpatizar con ellos, porque se diría que estaban partiéndose de la risa, a juzgar por los movimientos de sus bocas y por sus expresiones faciales, igual que se habían reído a gritos los piratas cuando se acercaban a tu barco. Me había olvidado de aquello, o por lo menos había intentado no acordarme. Mi talento siempre había sido simpatizar, no hacer memoria. Incluso simpatizaba con aquellos gánsteres que estaban haciendo apuestas por cuál sería la bala que nos mataría. Pero la memoria debe de ser tu talento. TÚ no te has olvidado. Tu vida siempre nos está esperando a TI y a MÍ, con tus recuerdos siempre cargados y listos para ser disparados a mi cerebro. Y en ese juego de ejercicios demoniacos de memoria, el cañón casi siempre está vacío. Casi siempre.

¡Clic!

¡Lo habías vuelto a hacer! ¡Habías apretado el gatillo! Ahora ya me estaba poniendo un poco nervioso. Casi tan nervioso como cuando nos dimos todos cuenta de que por fin, por fin, se había parado otro barco a recogernos en alta mar, pero por desgracia, por desgracia, eran piratas. Todavía estábamos aturridos después de sobrevivir a la tormenta del día antes cuando los piratas nos abordaron, oliendo a sudor rancio, alcohol del malo e intenciones peores, blandiendo cuchillos, tubos, cadenas, hachas y unos cuantos AK-47 para sellar el trato. Tú estás seguro de que hay mucha gente amable y decente en Tailandia, pero aquella fue la muestra

desafortunada que nos tocó conocer. Las mujeres del barco chillaron mientras los piratas les robaban cualquier objeto de valor a ellas y a todo el mundo. Luego las mujeres se prepararon para ser robadas ellas mismas por los piratas, que en cierta manera eran primos lejanos de los gánsteres que te rodeaban ahora, pinchándote y empujándote, haciéndote preguntas que no podías oír, y como no les contestabas, abofeteándote una vez, dos veces, tres. ¡Oh, cómo me alegraba yo de no ser TÚ!

Por supuesto, las cosas no terminaron tan mal a bordo del barco. Por lo menos para nosotros. Ni para las mujeres. ¿Quién se habría imaginado que aquellos piratas nuestros serían tan peculiares? Todo el mundo había oído historias de los secuestros y violaciones de chicas y mujeres a bordo de aquellos barcos de refugiados, pero nadie había oído hablar de *aquello*: una tripulación de piratas mugrientos que dejaban en paz a las jóvenes y núbiles féminas, que temblaban con sus finas blusas y hacían lo posible para encogerse y no resultar atractivas. ¡No permitiré que os llevéis a mi hermana!, gritó el noble joven que tenías al lado. ¡Me tendréis que matar primero! ¡Oh, cómo se rieron aquellos piratas! ¡Oh, cómo se retorcieron de la risa aquellos piratas, dándose palmadas en las espaldas! ¡Oh, cómo nos vociferaron en su idioma, que ninguno de nosotros podía entender! Pero de pronto sus intenciones quedaron claras cuando el más flaco de los piratas se acercó paseando a nuestro joven compañero y, sin hacer caso alguno de su hermana adolescente, le pasó su dedo grotesco por los labios cuarteados y luego lo agarró del pelo y se lo llevó a rastras *a él* y no a su hermana al otro barco.

¡Confusión! ¡Pandemonio! ¡Caos! Nadie se podía creer lo que estábamos viendo, mientras los lascivos piratas agarraban a unos cuantos más de los jóvenes y muchachos más delgados e imberbes. ¿Qué estaban haciendo aquellos monstruos? ¿Se estaban llevando a aquellos jóvenes y muchachos para convertirlos en aprendices de piratas? ¿Los estaban secuestrando para venderlos como mano de obra esclava? ¿Era posible que fueran... que fueran...? No...

¡CLIC!

Tú, ¡*para!* Ahora mismo. ¡Deja de llorar y, por el amor de Dios, deja de apretar ese gatillo! ¡Estás histérico! Yo tampoco lo llevo demasiado bien, lo admito. ¿A quién le importa que Beatles te esté gritando y arreándote bofetadas? ¡Tienes que dejar de ser el histérico de la historia! Qué importan tu madre y tu padre, tu nacimiento, el hecho de que seas bastardo, tu vida subterránea como espía, la guerra, el campo de reeducación, el hombre sin cara, el barco de los refugiados, o el hecho de ser tan feo que el capitán de los piratas te miró y te dijo, con el poco inglés que debía de haber aprendido de los soldados americanos que fueron a su país de vacaciones después de tu guerra, buscando un poco de mete-saca barato de buena calidad: ¡Estás hecho una mierda!

En fin, no se equivocaba, ¿verdad que no? Claro que estabas hecho una mierda, después de haber sido digerido en los enrevesados intestinos del Infierno. ¿Qué pinta crees que tenía yo? Una vez dijiste que el hígado era la parte más maltratada de tu cuerpo. Corrección: ¡la parte más maltratada soy yo! Da igual que, técnicamente, en calidad de consciencia y parte consciente tuya, yo no forme parte de tu cuerpo. Pero ¿quién sabe dónde termina tu cuerpo y dónde empiezan tu mente o la mía? Lo que sí sé es esto: ¡supéralo ya!, ¡sigue con tu vida!, ¡olvídalo! El pasado pasado está, y el futuro dura para siempre, y el presente siempre está aquí y sin embargo ya se ha marchado. De forma que necesito que te compadezcas de mí, o en otras palabras, que TÚ...

¡CLIC!

¡NO! ¿Estás loco? Espera, lo retiro. ¡Sí, estás *loco!* Con razón, quizá, pero eso no es excusa. Llevas cuatro intentos y te quedan dos cámaras. Estás tentando a la suerte. Déjame que sea la voz de la razón. Te aconsejo que les digas lo que quieren saber. Solo quieren saber dónde está el Jefe. Solo porque entregues al Jefe no quiere decir que estés entregando a Bon...

¡CLIC!

¡Dios bendito! ¡Hostia puta! ¿Quién te ha mandado hacer eso, puto chiflado? ¿Es que no estás escuchando lo que te digo? ¡Yo también me estoy jugando la vida aquí, hijoputa!

Vale, muy bien, perdona el arrebato, pero ahora que hemos aclarado la situación, la elección es obvia, cien por cien obvia, de hecho, tranquilicémonos y dejemos de temblar, baja el arma, da igual que Sonny y el mayor libertino te estén diciendo que el arma que tienes en la mano se parece mucho a la que usó Bon para matar al mayor libertino; por su misma definición son individuos muy tendenciosos a quienes les encantaría verte muerto, así que no los escuches, necesitas darte cuenta de que por mucho que hayas vivido un infierno, y estés loco, y estés hecho una mierda, eso no significa que no puedas tener una buena vida, todavía eres joven, apenas has entrado en la mediana edad si damos por sentado que vamos a tener vidas largas, y por qué no, el futuro pinta bien, solo tienes que superar este bache de ahora, Bon puede cuidar de sí mismo. ¡Para de reír! ¿De qué te ríes? ¡Esto no es ninguna broma! No...

¡CLIC!

OceanofPDF.com

TERCERA PARTE

YO

OceanofPDF.com

11

Yo estaba acabado.

¿O no?

Estaba finiquitado.

¿Lo estaba?

Todo había terminado.

Pero bueno, quizá no...

¿Quién se reía?

No era yo.

¡Eras TÚ!

¿Verdad?

No podía ser que te estuvieras riendo conmigo, porque yo no me estaba riendo. Eso debía de significar que te estabas riendo de mí. ¿Y por qué no? Menuda facha me había quedado. Me vi a mí mismo con la pistola en la mano y me pregunté cómo habría llegado allí, dado que eras TÚ quien la habías empuñado. Todo se movía tanto que no sabía si me temblaba la mano o bien los ojos me traqueteaban en el cráneo. ¡*Vamos a vivir!* Ese era el giro final del chiste, ¿no? El chiste siempre era a nuestra costa, porque Dios era un cabrón. Y debía de ser un chiste muy gracioso, porque los gánsteres, inicialmente perplejos, ahora se estaban riendo, después de que Mona Lisa enseñara por arte de magia la sexta bala, la que llevaba mi nombre, VO DANH. Pero yo no me había librado de aquella bala porque él la hubiera sacado del revólver antes del juego, o porque ni siquiera la hubiera llegado a meter en la cámara. Me había librado de aquella bala porque él no sabía que VO DANH quería decir simplemente «sin nombre». ¡A un hombre

sin nombre no lo podía matar una bala que llevara su nombre! ¡El chiste era a costa de él, no de mí!

¿Por qué se está riendo?, dijo Feo.

Porque es un puto chiflado, dijo Beatles.

¿Cuánto tiempo llevas ensayando ese truco?, le preguntó Más Feo.

Desde que vi aquella película sobre la guerra de Vietnam, dijo Mona Lisa, enjugándose las lágrimas de los ojos mientras se ponía de pie. Tengo que mear. Y antes de subir las escaleras, me dijo por encima del hombro: Me gusta esa expresión de agonía que tienes en la cara. Porque sé que es de verdad.

Hagámoslo otra vez, dijo Feo.

¿Quieres hacerlo otra vez?, dijo Beatles.

No importa, dije —o dijimos— entre risas. ¡Vamos a vivir!

¿Qué?, dijo Beatles.

Vamos a vivir, dijimos, o dije.

¡Puto chiflado! ¿Quién es Le Chinois?

Me volví a reír, porque por fin entendí que en realidad el apodo no era un insulto. ¡No, no, no! Era un *chiste*. ¡Yo!, dije. Yo soy Le Chinois.

¿Tú?

¡Sí, yo! ¡Todos somos Le Chinois!

Feo, Más Feo y Beatles se miraron con incertidumbre.

¡Todos y cada uno de nosotros! El tipo del colmado panasiático que te prepara comida asiática que ningún asiático se comería; la chica a la que dices *¡ni hao!* y luego la insultas por ser tan poco amigable y no contestarte *ni hao* cuando en realidad ni siquiera es china; esa gente cuyo nombre no puedes ni recordar ni pronunciar ni escribir correctamente por muchas veces que lo veas o lo oigas; esa gente que no sabes de dónde viene y por tanto la llamas...

Pero qué coñazo de...

¡... Le Chinois! Soy el célebre criminal al que llamas así y también el famoso policía al que también llamas así; soy ese al que no quieres de vecino, pero si no te queda más remedio que aceptar a un vecino que no sea blanco —que es algo en lo que no te fijas porque tú no eres racista—, entonces me eliges a mí; soy ese al que consultas cuando quieres saber algo

de mi cultura; soy ese que no está dispuesto a renunciar a su cultura; soy ese al que siempre estás preguntando de dónde es, no, de dónde es en realidad, por mucho que esa pregunta se la podrías hacer a todo el mundo, y la única respuesta que debería importar es que yo, igual que tú, vengo de mi madre, pero tú tienes que insistir en preguntarme de dónde soy en realidad, por mucho que supuestamente todos seamos iguales, por mucho que supuestamente todos seamos franceses, por mucho que algunos de mis antepasados murieran combatiendo en tus guerras y sirviendo a tus ejércitos, por mucho que mis padres nacieran aquí, por mucho que mis abuelos nacieran aquí, por mucho que la respuesta sea que soy de aquí, o bien, en mi caso excepcional, que soy del Infierno...

¿Qué está diciendo ese puto chiflado?

... y por tanto vengo del único y original Le Chinois...

Me olvidé de lo que iba a decir a continuación, y del idioma en que lo iba a decir, porque me acababa de dar cuenta de que había pronunciado mi discurso en una mezcla de francés, vietnamita e inglés cuando se abrió de un golpe la puerta de la escalera y Le Cao Boi bajó deslizándose con el trasero sobre la barandilla, protegiéndose los ojos con unas gafas de sol, con un palillo en la boca y pistolas automáticas en ambas manos —¡bang, bang, bang!—, y detrás de él apareció el Ronin con un traje cruzado de color verde brillante, el cuello de la camisa de seda abierto hasta el esternón y una escopeta de corredera —¡bang, bang, bang!—, y le seguía los pasos Bon, agachado en lo alto de la escalera con una metralleta apoyada en la rodilla para proporcionar fuego de cobertura —¡bang, bang, bang!—, y se armó un estruendo tremendo en el sótano, al que se sumaron los gritos, los chillidos y las palabrotas, y estiré el brazo para coger el cigarrillo medio apagado que Beatles había dejado a medio fumar en el cenicero —¡bang, bang, bang!—, y me supo de maravilla después de haberme visto privado de mi adicción, y el placer no me lo estropeó ni siquiera que Beatles se desplomara sobre la mesa alcanzado por varias balas, y el mejunje gelatinoso de sus sesos era idéntico a todos los sesos que yo había visto, porque todos somos humanos, ¿y por qué no podemos llevarnos bien entre nosotros? —¡bang, bang, bang!—, y le miré los ojos sin vida, con la taza medio llena de su cabeza reventada y apoyada en el borde de la mesilla de café que yo tenía junto a la

rodilla, y lloré por él porque si yo hubiera sido él, si yo hubiera nacido en su lugar, quizá habría hecho las mismas cosas repulsivas que había hecho él, y quizá incluso me las hubiera hecho a mí —¡bang, bang, bang!—, y Feo y Más Feo también estaban sangrando a chorros, y su sangre no era ni blanca ni amarilla ni negra ni marrón, sino roja, de un rojo intenso, casi morada, y daba igual qué aspecto tuviéramos todos por fuera, porque cuando nos sacaban lo de dentro todos éramos iguales, y muy pronto sus madres se iban a preocupar allí donde estuvieran porque sus hijos no volvían a sus casas, y aquella preocupación ya no cesaría nunca, se quedaría con ellas, porque les tocaría sentir para siempre la presencia lacónica de sus hijos fantasmales, con quienes por fin se reunirían en el otro lado después del momento agridulce de morir ellas también, de experimentar esas muertes que temían y anhelaban a partes iguales, porque la muerte era el único billete que les permitiría reunirse con sus seres queridos —¡bang, bang, bang!—, y si Feo y Más Feo no habían muerto todavía, ahora sí que murieron, después de que el Ronin se sacara un revólver de debajo de la chaqueta y les diera a cada uno la bendición final del golpe de gracia. ¡Bang, bang, bang!

Ha sido divertido, dijo el Ronin con gran satisfacción, en francés, y esta vez el idioma francés no me pareció en absoluto encantador.

Joder, Camus, estás hecho una mierda, dijo Le Cao Boi.

No es la primera vez que me lo dicen, murmuré.

Parece que hemos llegado justo a tiempo, dijo el Ronin.

Lo siento, dijo Bon. Por culpa nuestra casi te matan.

Se colgó la metralleta del cuello y me levantó del sofá. Yo todavía estaba desnudo, y el Ronin me miró con admiración y me dijo: La tienes bastante grande para ser asiático, pero supongo que es por la herencia francesa de tu padre, y Le Cao Boi dijo: Las he visto más grandes, la mía, por ejemplo, y Bon dijo: Callaos, joder, por vuestra culpa casi lo matan, y yo les dije: ¿Dónde está el que falta?, y todos se miraron entre ellos y dijeron: ¡Mierda!

No encontraron a Mona Lisa, ni tampoco lo encontró el trío de enanitos que bajó las escaleras para encargarse de la limpieza, con los auriculares de sus

Walkman Sony puestos, cargados de bolsas de basura, botellas de lejía y lo que me pareció que eran sierras de mano pero después me enteré de que — para ser técnicamente correctos— eran sierras para huesos. El cuarto de baño estaba en la planta baja, y Mona Lisa debía de haberse escondido allí al oír los disparos, y se debía de haber escapado después de que los enanitos pasaran a toda prisa por delante. Había desaparecido entre los almacenes, donde no había ni un alma a aquella hora de la noche. Bon me ayudó a vestirme y me dejó en el asiento de atrás del automóvil ario del Ronin, donde me acurruqué sobre el grueso, lujoso y repujado cuero de un animal que había estado vivo. Mientras Bon se sentaba conmigo, Le Cao Boi manipuló el dial de la radio y el Ronin se puso al volante. Dale eso tan bueno, dijo el Ronin. Eso tan bueno.

Eso tan bueno estaba en la guantera, una botella de coñac tan refinado que me sentí culpable por beberlo directamente del gollete, pero como la culpa nunca me había impedido hacer nada, me lo bebí. El tacto de la botella en los labios magullados, felizmente abiertos para aceptar aquella bendición, me recordó los muchos momentos de las últimas horas, o días, o años, o el tiempo que fuera que los gánsteres me habían tenido en su poder, en que me habían introducido un embudo en la infeliz boca y me habían vertido agua por él, enseñándome que la diferencia entre lo que daba la vida y lo que daba la muerte era una simple cuestión de grado. En ese sentido, que te torturaran era como ir a la iglesia. Al cabo de un rato, ninguna de ambas experiencias te enseñaba nada nuevo. El ritual y la repetición tan solo reforzaban un conocimiento que ya tenías pero que corrías el riesgo de olvidar, razón por la cual los torturadores practicaban su oficio no solo con tenazas, sino también con la convicción propia de los sacerdotes como mi padre, que de igual modo me había torturado de forma sutil. El cálido resplandor del amanecer iluminó mi interior a oscuras, el mismo cálido resplandor del amanecer que Jesucristo debió de ver al arrancar cada día que sobrevivió en lo alto de su cruz.

¿Cómo me habéis encontrado?, les pregunté.

He consultado a un adivino, dijo el Ronin. He leído tu destino en las estrellas. He destripado a una hiena y he leído sus entrañas. Me miró por el retrovisor y me guiñó el ojo. Es broma. Llamé a un colega, a un viejo

mercenario de Indochina al que conocí en los tiempos en los que trabajaba en la inteligencia militar. Todavía se dedica a la inteligencia. Es algo que cuesta dejar. Si quitas la suela del zapato, encontrarás un aparatito mágico que me dio, un radiotransmisor de rastreo del tamaño de una uña. De fabricación japonesa. Qué cabrones tan ingeniosos, los japoneses.

Podríais haber venido un poco más deprisa.

Los rescates en el último minuto son más divertidos. Al menos para mí.

Me podríais haber dicho que llevaba un transmisor.

No quería darte falsas esperanzas. ¿Y si no hubiera funcionado?

¿Tan malo habría sido tener un poco de esperanza, por falsa que fuera? Le ofrecí la botella a Bon, pero negó con la cabeza; me agarró la rodilla y le dio un apretón cariñoso. Se sentía fatal por haberme abandonado a mi suerte, yo lo notaba, pero no encontraba el modo de decírmelo más allá de pedirme perdón, que era algo que se le daba mejor a él que a mí. Yo había tardado años en pedirles perdón a Sonny y al mayor libertino. ¿Acaso había sido una disculpa poco sincera, o desgana? Por lo menos era un principio. En cuanto a Bon, no encontré más forma de aceptar su pesar y su arrepentimiento que decirle: Venga, ya se te pasará, y por fin cogió la botella y bebimos los dos hasta caer en un estupor fraternal en el asiento trasero, comunicándonos sin palabras como hacen los hombres, los animales o los árboles.

Nuestro destino era el Cielo, que tenía garaje propio, donde aquel pingajo asqueroso que era yo podía ser extraído con discreción y llevado al interior. En el Cielo el día era la noche y la noche era el día, y todo el mundo estaba despierto y divirtiéndose, a juzgar por las risas y los gritos que venían del piso de arriba y de la sala de espera. Le Cao Boi fue a la sala de espera, mientras el Ronin y Bon me llevaron por un pasillo hasta el mismo cuarto de invitados donde yo había pasado mi primera semana de convalecencia. Allí estaban sentados el Jefe y un médico muy chic, muy bronceado y de gran calidad, a juzgar por la indumentaria informal que llevaba fuera de horas de trabajo, consistente en unos pantalones de *sport* y una camisa a medida de tela fina que parecía más cara que el mejor traje que yo hubiera tenido nunca. Trataba al Ronin y al Jefe con familiaridad y deferencia y nos contempló a mí y a mi estado sin sorpresa. El Ronin y el

Jefe podrían haber traído a un médico más barato, de esos que trabajaban en los sitios sórdidos reservados a los compañeros de profesión de Le Cao Boi, donde la confidencialidad era más importante que la competencia. Pero aquel médico era la versión humana del automóvil ario, lo mejor que ofrecía el mercado.

¿Has hablado?, me preguntó el Jefe mientras el médico muy chic y muy bronceado examinaba mi cuerpo nuevamente desnudo. El Ronin y Bon se quedaron de pie mientras yo yacía en la misma cama donde no había experimentado ningún placer y el Jefe ocupaba la única silla. Tapón seguía alojado allí, aquel cabrón semiafortunado, y había dejado el cuarto lleno de calzoncillos sucios y recipientes vacíos de comida para llevar. El estado de la habitación no mejoró que se diga cuando miré hacia arriba y vi no solo a Sonny y al mayor libertino tumbados en el techo, sonriéndome, sino también a Beatles, a Feo y a Más Feo, ceñudos, gesticulando y fulminándome con las miradas. Todavía no se habían acostumbrado a estar muertos y a ser de pronto capaces de desafiar las leyes de la gravedad y de la percepción.

¿Tengo pinta de haber hablado?, le dije. Le hablé de la ruleta rusa. Señalé la pistola descargada que le había quitado de la mano muerta a Beatles, el único souvenir de mi estancia con los gánsteres que realmente quería quedarme.

Bon tenía la pistola en la mano y dijo: De haber podido, habría hecho que su dolor durara más. Lo que no dijo fue que me había salvado la vida, aunque no hacía falta. No ha hablado, dijo Bon. Se iba a matar a sí mismo antes que delatarnos.

El Ronin soltó un silbido de admiración. Así que básicamente se ha suicidado. La intención estaba ahí. El coraje para hacerlo estaba ahí. Solo faltaba una bala.

El Jefe cogió la pistola descargada de manos de Bon, abrió la cámara, la hizo girar, escuchando los clics de la misma forma que un ladrón de cajas fuertes escucha el chasquido de los seguros del interior de la cerradura. Eres especial, dijo, refiriéndose no a la pistola, sino a mí. Muchos hombres han hecho frente a la muerte de manera involuntaria. Muchos han muerto. Muchos han sobrevivido por pura suerte. Pero solo unos pocos han elegido

morir por voluntad propia. Y de esos, poquísimos han sobrevivido. A partir de ahora te llamaré hermano. Hermano pequeño. El Jefe se volvió hacia el médico. ¿Cómo está?

Es verdad que se lo ve hecho mierda, dijo el médico muy chic y muy bronceado, y lo cierto es que sus palabras sonaron encantadoras en francés. Pero saldrá de esta.

Gracias, doctor. Nos vemos en el coche.

Después de que el médico se fuera, el Jefe dijo: O sea, que saldrás de esta. Parecía alegrarse de corazón cuando se puso de pie y me vio sostener el arma que me había dado. Luego se giró para fulminar con la mirada a Bon y al Ronin: Igual que ha salido de esta el hijoputa al que vosotros dos habéis dejado escapar.

Bon estaba impávido. El Ronin dijo: Ha tenido suerte.

¿Suerte? Los aficionados tienen suerte. O mala suerte. Pensaba que vosotros dos erais profesionales. ¿No habéis cubierto las salidas?

Los enanitos estaban esperando fuera, dijo el Ronin.

¿Y por qué no lo han pillado?

El cuarto de baño tenía un ventanuco. Debe de haber oído los disparos.

Y ha sido lo bastante listo como para salir por allí, pero vosotros no habéis sido lo bastante listos como para poner a alguien al otro lado.

Hemos cometido un error, dijo Bon. Nos haremos cargo.

Más os vale, dijo el Jefe. Aun así, ya es demasiado tarde. Ya ha ido a reunirse con sus amigos. Y ahora tenemos un testigo. Odio a los testigos.

Técnicamente, no ha visto nada, dijo el Ronin. Estaba en el lavabo...

¡Calla la puta boca!, gritó el Jefe.

La gente comete errores, dijo el Ronin. ¿Tú no te has equivocado nunca? ¿Nunca has tenido mala suerte? No contestes, ya sé lo que vas a decir.

Solté un gemido a mi pesar, dando al Jefe una excusa para desviar la mirada del Ronin a mí. Eres como yo, declaró. Y como Bon. Y como Le Cao Boi. Y como el Ronin. Todos hemos elegido la muerte y todos hemos sobrevivido. Ahora eres uno de los nuestros.

Se me pasó el shock y empecé a encontrarme tan mal como sugería mi aspecto. Esta vez no me quedé en el Cielo, sino que el médico muy chic y muy bronceado me llevó a un hospital privado, reservado a aquellos que seguían siendo ricos después de pagar los impuestos franceses y las tasas sociales, ubicado en alguna parte a una hora de París. En vez de darme una cama en un pabellón clínico hospitalario, me asignaron un dormitorio cómodamente amueblado para mí solo. Mi albornoz era una nube de algodón blanco y mullido, mi televisor recibía la señal con claridad prístina, mis enfermeras blancas eran corteses y profesionales, mi dieta estaba supervisada, mi comida era excelente, mis paredes eran de piedra robusta y mis vistas mostraban prados de heno y la campiña de finales de otoño. Me podía meter en la bañera caliente, sudar en la sauna y caminar por el jardín. Era la única persona no blanca del sanatorio, que en otros tiempos había sido un pequeño *château*. No me relacionaba con nadie.

Más o menos una vez a la semana, el médico muy chic y muy bronceado pasaba a ver cómo me iba recuperando. Me traía libros y revistas, botellas de vino y coñac y paquetes de hachís y ampollitas del remedio, cuyo uso él no aprobaba, pero tampoco podía hacer nada al respecto; eran obsequios del Ronin, de esos que no se pueden rechazar. Salvo por las visitas diarias de las enfermeras y los camilleros, y por aquellas apariciones ocasionales del médico, me habían dejado allí solo. Me comía mis comidas en mi habitación y me desplazaba por mí mismo, primero con la ayuda de un andador, después de un bastón y por fin con mis dos pies. Reinaba una calma tan grande que el único ruido que me llegaba era el canto de los pájaros. Si ya había estado en el Cielo, entonces aquello era el Paraíso. Durante el muchísimo tiempo libre que tenía en el sanatorio, me apliqué en cuerpo y alma a refinar mi francés a base de ver la televisión francesa, escuchar música francesa, leer los libros y revistas que el médico me traía a petición mía y avanzar en la lectura de *Piel negra, máscaras blancas* de Fanon. Cuando le pregunté al médico por la factura, me dijo: De eso se hace cargo tu jefe. Supe entonces que me había graduado, que había tocado fondo y había rebotado hacia arriba; había emergido de las cloacas hecho una mierda pero buscando aire. Vivo.

Ahora entendía que, en lo tocante a la muerte, no teníamos nada que temer. ¿No era esa la lección de las grandes religiones? ¿O acaso no debía serlo? Igual que Jesucristo, yo había muerto y me habían resucitado, y había aprendido que era innecesario temer a la muerte, siempre y cuando hubieras tenido una vida plena y sustancial. Yo había tenido una vida así, por mucho que otros la pudieran llamar una vida necia y sin sentido. La cuestión de si la vida de alguien había merecido la pena vivirla, sin embargo, solo la podían contestar esa misma persona y Dios. Y como Él no existía, eso significaba que solo la podías contestar tú mismo. Yo no apelaba a un dios que no existía antes de irme a dormir, sino que repetía las palabras finales de *Piel negra, máscaras blancas*: «Mi plegaria final: ¡oh, cuerpo mío, haz de mí un hombre que siempre cuestiona!».

Tanto el coñac como el hachís y el remedio me ayudaron a recuperarme. Me los apliqué siguiendo un régimen que solo se podía describir así: toma lo que quieras cuando te apetezca. Y me apetecía muy a menudo. En conjunto, mi régimen de medicaciones no médicas aislaba mi mente de mi cuerpo y del dolor que estaba experimentando, tanto físico como psicológico. Aunque el remedio ralentizaba mi capacidad para leer en francés, tanto mi fluidez verbal como mi sociabilidad aumentaban. Bajo la influencia del remedio, me moría de ganas de hablar con el médico, con las enfermeras y, en las pocas ocasiones en que me encontraba con ellos, con los demás pacientes, que me toleraban como si yo fuera su *Le Chinois* particular. Ahora yo era aquel tipo o aquella chica, el único asiático en un grupo de gente (blanca), la ansiosa manchita amarilla en un lienzo blanco que demostraba lo progresista y tolerante que era todo el mundo, el hecho de que eran lo bastante sofisticados como para usar palillos cuando comían arroz. ¿Acaso no había siempre un *Le Chinois*, le escribí a mi tía, salvo cuando había una *La Chinoise*?

Pasaron las semanas y llegó el invierno. Leía la prensa a diario, agradecido de no ver mención alguna a la masacre del almacén. Los enanitos habían eliminado las pruebas y habían limpiado la escena. Incluso cuando cometíamos crímenes, los asiáticos éramos discretos y educados. Nos quitábamos los zapatos cuando entrábamos en las casas y nos deshacíamos de los pedazos de cadáveres con discreción y pulcritud. ¡Ojalá

fuera posible también quitarse la imagen de aquellos pedazos de cadáveres de la conciencia y de la memoria! Las naciones, sin excepción, se deshacían de los pedazos de cadáveres todo el tiempo. ¿Cómo podríamos soportar vivir con nosotros mismos, de no ser por las fosas comunes de nuestro olvido?

Por fin el médico muy chic y muy bronceado me declaró curado, pero mi estado desmentía su diagnóstico. Era cierto que no sentía nada, ni por dentro ni por fuera, pero ¿acaso eso no era un problema? Y cuando no estaba abotargado, ¿por qué me asaltaba sin tregua la necesidad del remedio? La respuesta tenía que ser que, aunque TÚ no me hubieras disparado una bala de verdad al cerebro, sí que me habías disparado una bala invisible a la mente. Para la mayoría de la gente, a buen seguro el resultado sería desastroso, pero yo había sobrevivido a más cosas que la mayoría de la gente, y hasta la fecha nada me había matado. Ya no era un hombre, según la definición convencional, sino un superhombre. Era el Puto Chiflado. La bala invisible que me había atravesado la cabeza no me la había reventado, sino que me la había recompuesto, más o menos. Tú y yo, mí y yo mismo, por fin reunidos. O bien, para explicarlo de otra manera, mí y yo mismo éramos juntos la respuesta a la más importante de las preguntas, la más universal, la pregunta que todos nos habíamos formulado en un momento u otro, o les hemos formulado a otros, por lo menos mentalmente:

¿QUIÉN

COÑO

TE HAS CREÍDO QUE ERES?

La calma que descendió sobre mí en el Paraíso me recordaba a la calma que había descendido sobre el barco cuando por fin dejamos atrás el caos de la

tormenta. Lo único que se oía era el romper de las olas contra el casco y el llanto de los supervivientes. ¡Gracias a Dios!, decía el sacerdote. ¡Gracias a Dios! ¡Hemos atravesado la tormenta y hemos salido con vida! ¡Lo peor ya ha pasado! El sacerdote se equivocaba, claro. El día siguiente nos traería a los risueños piratas.

Pensar en aquel sacerdote y en sus falsas ilusiones sobre la divinidad me hizo sentir asco de mí mismo. ¿Qué cojones me pasaba? ¿Por qué estaba tomando el remedio? Tenía un puñado de paquetes de plástico transparente del tamaño de bolsitas de té, todos llenos del polvo blanco. Billetitos para viajar a la luna en un trayecto, por desgracia, de ida y vuelta. Te podías engañar a ti mismo diciéndote que en la cúspide del viaje estabas tocando la cara de Dios, pero en realidad no estabas tocando nada. El remedio era una religión como cualquier otra, fabricada por el hombre, y yo era ateo. No quería ser un adicto como todos los miles de millones de fanáticos para los cuales la religión era el opio del pueblo —¿o quizá el opio era la religión del pueblo?—, de forma que abrí el primero de los paquetitos y eché los polvos al retrete. Tiré de la cadena.

Ya había tirado el tercer paquete y estaba a punto de abrir el cuarto cuando de repente oí la voz del hachís. *¿Se te ha ido la cabeza?* Me detuve. Bueno, sí, era posible que se me hubiera ido la cabeza, o al menos una de ellas. *¡Lo que estás tirando por el retrete es una mierda de primera!* Ciertamente, pero no era buena para mí. *¿Tú sabes cuánto vale?* Tenía una idea bastante clara, sí. *¡Vale más que su peso en oro!* Sí, pero... *Piénsalo. No te precipites. Nunca sabes cuándo la vas a necesitar.* Los dos paquetes de polvos blancos que tenía en la mano no dijeron nada. A diferencia del hachís, el remedio no necesitaba hablar. Puede que el hachís fuera el profeta, pero el polvo blanco era Dios.

Fue idea del Jefe, o quizá del Ronin. Vinieron a visitarme después de Año Nuevo, hacia el final de mi estancia en el Paraíso, y sacaron el tema de BFD. A pesar del frío, nos sentamos en un banco verde del jardín; el Jefe se me sentó a un lado y el Ronin, al otro.

Odio a ese bastardo hijo de puta, dijo el Jefe. No te ofendas. Hay bastardos y bastardos, y en tu caso tú no pudiste hacer nada al respecto. Ese tío es un bastardo por elección propia, o porque lo criaron así, pero aun así...

¿Qué tiene que ver él con tu negocio?, le dije.

El chantaje siempre es un buen negocio, porque siempre hay mucho que chantajear. Pero además del beneficio financiero, digamos que esta es una idea filantrópica por mi parte. También lo detesto por sus ideas políticas. A él y a su presidente socialista. No es mi presidente. Los soviéticos han invadido Afganistán y hay miles de tanques soviéticos al otro lado de la Brecha de Fulda. ¿Los comunistas están listos para invadir Europa occidental y los franceses son lo bastante idiotas como para elegir a un socialista? Alguien tendría que habérselo cargado de joven, antes de que fuera importante. Quizá yo ya no pueda tocar al presidente, pero sí que puedo tocar a ese hijo de puta antes de que se haga importante de verdad. Sobre todo ahora que te tenemos en su círculo íntimo.

No tan íntimo.

Lo bastante. Lo único que tienes que hacer es llevarlo al Cielo.

¿Y qué saco yo?

Con lo que ganes te podrías comprar un bonito deportivo. O dar la vuelta al mundo. O vivir un par de años en el Cielo.

Te haré un pago por adelantado, añadió el Jefe. Un ascenso, del restaurante pasarás a trabajar en mi nuevo bar.

¿Tienes un bar nuevo?

Se llama Opium, dijo con una pizca de orgullo. El nombre se me ha ocurrido a mí. ¿Qué te parece?

Es increíble lo mucho que has hecho en tan poco tiempo, le dije, haciéndole la pelota, lamiéndole el culo y dándole caba de aquella forma que tan bien se me daba; es decir, haciendo las tres cosas al mismo tiempo. Eres un genio de los negocios, Jefe.

Llevo años haciendo inversiones a través del Ronin. Ya lo tenía todo montado aquí antes de que cayera Saigón, porque hay que estar listo para lo que pueda pasar.

Claude diría lo mismo, pensé.

Te va a encantar. Está en una de las zonas más elegantes de la ciudad, el Barrio Latino, que es adonde les gusta ir a todos los turistas. Butacas de cuero. Licores de todas las clases y precios. Camareras sexis con pipas de agua para fumar a lo grande y cachimbas para darle un toque exótico. Salas privadas que imitan fumaderos de opio. La atmósfera del opio pero sin el opio.

Es genial, le dije. Es... sugerente. Pero volviendo a BFD... ¿Qué te hace pensar que le interesa ir al Cielo?

Le gustan las mujeres. Bueno, ¿a quién no? Pero a él le gustan mucho. Mucho más que al común de los mortales. Y está dispuesto a pagar por ellas. Tú llévalo allí y nosotros nos encargamos del resto.

¿Qué es el resto?

Ya lo verás, dijo el Jefe. Hay algo todavía mejor que el Cielo.

OceanofPDF.com

La mañana del día en que mi tía me tenía que recoger del sanatorio di un último paseo por los prados. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿Casi dos meses? Hacía años que no vivía una época tan descansada. No había roto a llorar ni una sola vez, ni tampoco había sentido que el péndulo de mis estados de ánimo oscilara de forma demasiado drástica. Había estado casi... feliz. Nada me perturbaba, ni siquiera el regalo que me había traído mi tía en una de sus visitas. El nuevo libro de nuestro viejo amigo, me dijo. Lo vamos a traducir. Casi me aparté al ver el nombre de la portada: Richard Hedd, el autor de *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción*, el mismo que habíamos usado para mandarnos mensajes en clave entre nosotros. Su nuevo libro se titulaba *Los orígenes orientales del Imperio del Mal*. El otro nombre que salía en la portada era el de quien lo promocionaba: Henry Kissinger, que aparecía acreditado como «Galardonado con el Premio Nobel de la Paz», una frase tan graciosa que me eché a reír. Si yo apuñalaba a alguien por la calle, era un asesino, pero si hacía como Kissinger, asesor en materia de seguridad nacional del presidente Nixon, y me mostraba a favor de que flotas enteras de bombarderos arrojaran toneladas de bombas sobre miles de personas inocentes, entonces era un estadista. Y si negociaba un acuerdo para detener temporalmente mi guerra de pacificación, entonces me podían premiar por traer la paz. Si Hitler hubiera triunfado, también podría haber ganado el Premio Nobel de la Paz, porque nada traía la paz de forma tan eficaz como el exterminio de tantos enemigos como fuera posible.

Pero me estoy yendo por las ramas. Esto era lo que Kissinger tenía que decir sobre la nueva obra de Hedd: «Una iluminadora y perspicaz exploración de la mente soviética, que, tal como Hedd muestra con efectos

devastadores, es nuestra peor enemiga». La tesis del libro se resumía en mayúsculas en la contraportada:

ESTE INCISIVO ANÁLISIS POR PARTE DE UN AUTOR SEMINAL REVELA QUE LA UNIÓN SOVIÉTICA NO ES REALMENTE EUROPEA, SINO MÁS BIEN ORIENTAL. OTORGÁNDOLE UN SIGNIFICADO NUEVO A LA EXPRESIÓN «DESPOTISMO ORIENTAL», RICHARD HEDD MUESTRA QUE ORIENTE ES ORIENTE Y OCCIDENTE ES OCCIDENTE, EN LO TOCANTE A LA DISTINCIÓN ENTRE COMUNISMO Y DEMOCRACIA.

¿Así que ahora los comunistas eran orientales? Me quedé tan desconcertado, mancillado tanto por el comunismo como por el orientalismo, que admito que aquel último día en el Paraíso todavía no me había leído el libro. Prefería con diferencia pasar mi tiempo de ocio escuchando una y otra vez canciones de Johnny Hallyday en un intento fútil de entender su atractivo musical, a la vez que leía cotilleos sobre gente famosa en la revista *Paris Match* (donde descubrí que el alcalde de París y su mujer habían adoptado a una niña vietnamita, un destino que envidié). Aun así, durante aquel último paseo llevaba encima el libro de Hedd, previendo que necesitaría demostrarle a mi tía que apreciaba su regalo.

Me senté en un banco debajo de un cenador y abrí el libro, pasando a toda velocidad las páginas hasta el final —¡512!— y leyendo las primeras líneas de la última página:

Hemos de renovar nuestro compromiso con la democracia y la victoria, porque la democracia y la victoria no son inevitables. Tenemos la ventaja de disfrutar de un sistema superior —e incluso excepcional— de pensamiento y fe democráticos, heredado de los griegos y refinado a lo largo de milenios. Ellos, sin embargo, poseen la fuerza bruta. No vacilan a la hora de exterminar a millones de personas, por mucho que sean millones de los suyos. La historia nos ha enseñado que en ocasiones la brutalidad vence. Los soviéticos están intentando demostrar una vez más esa triste y fea verdad en Afganistán. Hemos de comprometernos a garantizar que Afganistán sea su Vietnam.

¿«Su Vietnam»? ¿Qué significaba eso? ¿Acaso era como decir: «Siempre nos quedará París»? Pero cuando la gente decía «París», se refería a los cruasanes tiernos, a la Torre Eiffel y a una travesía por el Sena como la que hacían Cary Grant y Audrey Hepburn en *Charada*, y a una copa de Sancerre del bueno, y a contemplar Notre-Dame mientras te entretenía un

mimo con acordeón, boina y camiseta a rayas, y etcétera, etcétera, etcétera. Y por Dios —y aquí uso «Dios» en sentido figurado—, ¡yo también creía en aquel París! Un París que existía en la misma medida que Dios. Pero cuando un hombre como Richard Hedd decía «Vietnam», lo que tanto él como la mayoría de sus lectores tenían en mente eran el napalm, las niñas en llamas, los disparos a la cabeza y las multitudes de gente sin rostro con sombreros cónicos y atuendos negros y simples que bajo las circunstancias correctas podrían haber sido el *summum* de la alta costura parisina. «Vietnam», en resumidas cuentas, significaba guerra, tragedia y muerte, y etcétera y etcétera, y me preguntaba ansiosamente cómo podía dejar de ser así.

Para cuando llegó mi tía a recogerme, yo seguía royendo el fémur de aquella pregunta. Había tantos huesos en el pasado, esperando a ser desenterrados, que nunca me faltarían cosas que mordisquear. Quería parar, en serio, pero alguien tan culpable como yo no tenía derecho a parar. Quizá solo tuviera derecho a olvidar si recibía el justo castigo por mis crímenes. El problema era que, aunque me habían castigado de forma bastante implacable en el campo de reeducación, solo había sido por uno de mis crímenes: mirar cómo aquellos policías del sur entrenados por la CIA habían violado a la agente comunista sin intentar detenerlos. Entretanto, todos mis demás crímenes permanecían impunes: traicionar a Bon, ayudarlo a matar al mayor libertino, matar a Sonny, y, más recientemente, verme implicado en las defunciones de Beatles, de Feo y de Más Feo. Por lo menos al fin les había pedido perdón a Sonny y al mayor libertino. Por lo menos toda disculpa era un principio. Pero si aquel era el principio, ¿cuál era el final?

Mi tía se acercó a la entrada del Paraíso al volante de un encantador descapotable italiano que le había prestado BFD. Es agradable tener amigos y benefactores ricos, me dijo. Yo le había contado que mis cuidados médicos me los pagaba mi muy generoso jefe, que se había quedado preocupado por mi colapso nervioso, lo cual era una mentira que bordeaba

la verdad. Estaba nervioso y estaba colapsado. ¿Y cómo te encuentras ahora?, me dijo mientras nos alejábamos del Paraíso.

Me giré para contemplar el caserío de piedra que había sido reconvertido décadas atrás en sede de la oficina central del Paraíso, y dejé escapar un suspiro nostálgico. El Paraíso era el lugar más agradable donde yo había vivido, y lo único que me hizo falta hacer para vivir allí fue morirme. Me siento de maravilla, le dije, pero como ella no tenía pinta de creermelo, sentí la necesidad de darle más explicaciones: Me he pasado siete semanas sin hacer nada. Más que siete semanas, me han parecido siete meses...

Quizá deberías volver a vivir conmigo. No sé si te está sentando bien todo eso de trabajar en el restaurante. Ni tampoco vivir con Bon. No puede ser bueno para ti, si has tenido un colapso nervioso. Puedes dormir en mi sofá y no te cobraré alquiler.

¿Y qué pasa con tu comisión por el hachís?

No, eso me lo vas a tener que seguir pagando mientras les vendas a mis amigos. Pero por lo demás, ¿por qué no vuelves a las clases y te concentras en aprender francés? Echó un vistazo al ejemplar de *Piel negra, máscaras blancas* que yo tenía en el regazo. ¿Eso te lo has leído en francés?

Sí, le dije. Ahora mi francés es excelente, prácticamente como el que tenía cuando salí del liceo.

Eso era francés de colegial de las colonias. No puedes pretender ser francés a menos que tu francés sea perfecto, me dijo. Incluso en América, si hablas inglés perfecto pero tienes el aspecto que tenemos tú y yo, no eres realmente americano, ¿verdad?

No podía cuestionar su argumento, pero le dije: ¿Y tú crees que eres del todo francesa? ¿Y que esa gente blanca te considera francesa?

¡Pues claro que soy francesa! Aquí no somos como los norteamericanos, que son racistas de verdad. Mira cómo tratan a la gente negra. ¡Esclavismo! ¡Linchamientos! ¡Segregación! ¡Violaciones! Una ciudadanía de segunda clase perpetua. Dios mío, debe de ser terrible ser negro en Estados Unidos. En Estados Unidos nunca puedes dejar de ser negro. ¿Cuál es ese término que está de moda ahora? ¿*Afroamericanos*? ¡Imagínate tener que vivir siempre dividido! Aquí todo el mundo puede ser francés. Pero tienes que

querer ser francés. Tienes que mirarte en el espejo y ver a una persona francesa, no a una persona asiática ni de ningún color. ¿Tú quieres ser francés?

Vacilé. Había una parte de mí que ciertamente anhelaba ser francés, la misma parte que no podía evitar salivar ante un tierno bloque de *foie gras*. Podría haber sido francés si mi padre me hubiera reconocido, pero lo que hizo fue repudiarme, un repudio que no era tan distinto del olvido que constituía el ingrediente más importante para disfrutar del *foie gras*, porque si pudiéramos ver cómo se hacía, si pudiéramos ver al granjero alimentando a la fuerza a la pobre oca con cantidades enormes de grano con un embudo hasta que casi le reventaba el hígado, entonces quizá no le tendríamos tanta afición a esa exquisitez, que, como muchas otras exquisiteces, estaba aliñada con sufrimiento. Aun así, yo quería contestar que sí, desde luego, sí, sí, sí...

¿Quieres ser francés? Allí estaban, las manos de la cultura y la civilización francesas tendidas hacia mí por mi tía, que era la encarnación viva de lo que yo podía ser, de lo que Francia prometía. Todo cuanto tenía que hacer era decir...

No, le dije. No.

Entonces es ahí donde está el problema.

El problema era yo, por supuesto. El problema era siempre yo. Cuando me miraba en el espejo, veía a alguien que no era ni francés ni norteamericano ni vietnamita. No, yo no era una nación. No era nadie, una negación en el mejor de los casos y un bastardo en el peor. Tomaba mi inspiración de Fanon, que escribía desde la posición del negro, que también era otro tipo de bastardo, por lo menos a ojos del negrófobo. Su dilema era también el mío: «Siempre que empiezo a reconocer que el negro es el símbolo del pecado, me sorprende a mí mismo odiando al negro. Pero luego me doy cuenta de que yo soy negro. Hay dos salidas de este conflicto. O bien les pido a los demás que no se fijen en mi piel, o bien quiero que sí se fijen». Para el negro, no hay forma de negar su negritud, igual que yo no tenía forma de negar que era un bastardo. Aunque la gente en general ya estaba alienada de sí misma bajo el capitalismo, como decía Marx, de manera que incluso la clase media se sentía infeliz a pesar de su riqueza, la

gente de color —y yo me contaba entre ella— estaba doblemente alienada, dado que el racismo se añadía a sus experiencias bajo el capitalismo y su pareja de baile, el colonialismo. Solo había una solución a aquella alienación que no creaban ni el negro ni el bastardo, sino los verdaderos bastardos, los racistas y colonizadores que culpaban a las víctimas de las condiciones que creaba su verdugo. Y esa solución era «levantarme por encima de este drama absurdo que los demás han escenificado a mi alrededor, rechazar esos dos términos igualmente inaceptables, y, por medio de un solo ser humano, acceder a lo universal».

¡Sí! Yo también era universal, y mi identidad universal era ser yo y completamente yo, por mucho que estuviera bien jodido. ¿Y no era eso lo que querían los franceses? Los franceses veían nuestro pasado compartido como un accidente trágico de la historia, una historia de amor romántico que se había torcido, lo cual era medio correcto, mientras que yo veía nuestro pasado como un crimen que habían cometido ellos, lo cual era correcto del todo. ¿Y a quién vas a creer? ¿Al violador o al producto de la violación? ¿Al civilizado o al bastardo?

Confío en que te vengas a vivir conmigo, siguió diciendo mi tía. Pero debo avisarte de que ahora mismo tengo a alguien quedándose conmigo un par de noches.

A ver si lo adivino. Tengo un cincuenta por ciento de posibilidades. ¿Nuestro amigo el doctor maoísta?

No.

¿BFD?

¿Qué te dije de ser deprimentemente convencional? Con ellos solo me acuesto, no los dejaría quedarse más de una noche. A ella ya la conocerás en el espectáculo.

Mi tía estaba tan llena de sorpresas que en cierta manera ya no me sorprendió.

Dimos vueltas por un barrio de calles aún más estrechas que la mente francesa media y por fin encontramos aparcamiento a la vuelta de la esquina de la Mutualité, que era donde iba a celebrarse el espectáculo del

Tet. Doblamos a pie la esquina de la rue Saint-Victor y vimos a una multitud ruidosa congregada frente al local, dos o tres decenas de vietnamitas, a juzgar por su aspecto, afirmando su condición francesa o bien su aspiración a dicha condición a base de acogerse a uno de los pasatiempos nacionales más populares de Francia: manifestarse. Sus letreros decían EL COMUNISMO ES MALIGNO, ABAJO EL COMUNISMO, HO CHI MINH ASESINO, etcétera, *ad nauseam*. Gritaban estos y otros eslóganes en vietnamita, mientras que la gente que entraba en el local hablaba francés en voz baja. Los manifestantes exudaban ese *je ne sais quoi* de los refugiados recientes. ¿Sería la forma en que a los hombres se les arrugaban los bajos de los pantalones, llamando la atención hacia sus zapatos cubiertos de polvo? ¿O serían los peinados demodés de las mujeres, con sus flequillos a trasquilones?

Oh là là, murmuró mi tía, y creo que eso significaba que era un poco incómodo encontrarse con tantos vietnamitas en el mismo sitio, y no solo reunidos para realizar una afirmación de buen gusto de sus orígenes, como por ejemplo celebrar una comida o montar un espectáculo cultural, sino *haciendo ruido*. Hacer ruido no era una actividad que los vietnamitas ejercieran en Francia. Hacer ruido era algo a lo que la gente vietnamita se dedicaba en Vietnam o en América. La gente de ascendencia vietnamita en Francia era callada, discreta, encantadora y, sobre todo, inofensiva. Era de una categoría superior, o por lo menos lo había sido hasta ahora, y se imaginaba francesa (en los casos más asimilacionistas) o exiliada (en los casos más individualistas). En cambio, aquella panda de refugiados de chichinabo no tenían nada ni de asimilacionistas ni de individualistas.

¡Comunistas!, gritó una mujer, señalándonos. Me dieron ganas de decir: si no le importa, yo soy excomunista, pero me contuve. Mi tía, en cambio, señaló de vuelta a la mujer y le dijo: El comunismo ha unificado y liberado el país. La gente como vosotros era la que mantenía el país dividido, y ahora nos estáis intentando dividir con vuestro anticomunismo.

Zorra estúpida...

Zorra estúpida lo serás *tú*, cerda asquerosa...

No se puede ser al mismo tiempo una zorra y una cerda, pero quizá un bastardo no tenía derecho a señalar aquello. Metí a mi tía a empujones por

la puerta, sin saber muy bien si estaba siendo muy vietnamita o bien muy parisina, dado que la mala educación era la respuesta por antonomasia de ambas culturas.

Qué vergüenza, murmuró mi tía en cuanto cruzamos el umbral. ¡Qué gentuza!

Desde luego que sí, murmuré también mientras el presidente de la Unión emergía de la multitud de asistentes a la recepción previa al espectáculo. Estaba considerablemente alterado. Querida, le dijo a mi tía, porque ya se conocían, ¿quién es toda esa gente?

Esa gente es nuestra gente, tuve ganas de decirle, pero no era del todo cierto. Los manifestantes de fuera se consideraban vietnamitas que estaban en Francia, mientras que los asistentes de dentro se consideraban franceses que tenían una conexión con Vietnam. Dadas aquellas dos opciones, quizá ser un bastardo no estuviera tan mal a fin de cuentas. En el vestíbulo divisé a Bon, que siempre había aceptado mi condición de bastardo. Estaba en un rincón, camuflado de ser humano: cara bien afeitada, pelo peinado y un traje cruzado gris pasable con unas hombreras exageradas, todo lo cual, di por sentado, se podía atribuir a Loan. Yo no lo había visto tan presentable ni tan incómodo desde antes de la caída de Saigón, cuando Linh lo obligaba a vestirse como un adulto.

Ya no se te ve hecho una mierda, me dijo Bon a modo de saludo.

Y tú pareces un ser humano normal, le contesté.

¿Ah, sí? Pues me siento de pena. Debería estar fuera con la Asociación.

¿La Asociación?

La Asociación por un Pueblo Vietnamita Libre. Han decidido que no van a permitir que los comunistas de la Unión hablen en nombre de toda la gente de Vietnam. Debería estar fuera con ellos protestando contra esta gente, y no aquí dentro fingiendo que soy su amigo.

Vi que se acercaba Loan y le dije: Lo estás haciendo por Loan, no por ti mismo.

Él hizo una mueca y guardó silencio mientras se nos acercaba, vestida con un *ao dai* de seda roja y pantalones de seda amarillos, que eran o bien los colores de la bandera anticomunista (si se miraban de una manera), o bien los colores de la bandera comunista (si se miraban de otra). En

cualquier caso, vestida con aquellos colores, la joven se parecía a las gráciles doncellas que simbolizaban nuestro país en las pinturas de laca o bien en los grabados de madreperla que se hallaban en casi todos los hogares y desde luego en todas las tiendas de souvenirs. Bon se animó y le dedicó una sonrisa cariñosa, que me descolocó bastante porque el Bon al que yo conocía y amaba era un asesino melancólico. Querido, dijo ella, y Querida, dijo él, dejándome completamente pasmado, porque el mundo era un lugar muy desconcertante si Bon era capaz de encontrar el amor y en cambio yo, que tenía la costumbre de enamorarme cada pocos meses, no lo conseguía. Loan me invitó a cenar en su apartamento e insistió con gran calidez. Su hospitalidad me conmovió y me hizo recordar la humanidad, no solo la suya, sino la mía también.

Será un honor, le dije.

Se te ve genial, me dijo a modo de despedida, alejándose para saludar a unos amigos que acababan de atravesar la manifestación. Aunque una parte de mí sabía que estaba mintiendo, la otra parte quería creerla. Quizá sí que estuviera regresando a la humanidad, avanzando a tientas, guiado por pequeños actos de amabilidad. Pero Bon estropeó mi buen humor cuando me dijo en voz baja: Tengo algo que enseñarte, y se sacó una foto del bolsillo interior de la americana. Una foto del bastardo.

Al principio pensé que se refería a mí, pero la foto mostraba a otra persona, un hombre con sombrero de fieltro, abrigo largo azul y... máscara blanca. A diferencia de las máscaras de la tragedia y de la comedia, que lloraban y se reían, aquella era lisa, carecía de rasgos y de expresión y le cubría casi toda la cara salvo por los orificios para los ojos y la boca. Detrás de él, una transeúnte se había girado para mirarlo por encima del hombro, extrañada y preocupada por la presencia de un enmascarado. Por lo menos no estaba horrorizada y en shock por la presencia de un hombre sin cara.

¿Crees que es él?, pregunté, frotando los bordes de la fotografía.

Sé que es él. Estaba saliendo de la embajada. Me pasé días y noches enteros sentado en un café de la acera de enfrente, esperando mi oportunidad. Lo iba a seguir, pero se metió en un taxi y yo no pude encontrar otro. Creo que vive en la embajada y no sale casi nunca. Vamos al cuarto de baño.

Ve tú, yo no tengo que ir.

Vamos al cuarto de baño.

Fui tras él, deteniéndome el tiempo justo por el camino para saludar a aquellos bohemios de la Unión que se habían vuelto devotos del hachís y del remedio. Estudiantes, abogados, dentistas, médicos y otras profesiones por el estilo, todas personas respetables a quienes también les gustaba expandir sus mentes, con discreción.

No puedes seguir dedicándote a eso para siempre, me dijo Bon en el cuarto de baño. No tiene futuro.

Mira quién habla.

En cuanto mate al hombre sin cara, se acabó, dijo Bon. Dimitiré.

Del crimen organizado no se dimite, le dije, sin demasiada confianza en poder desviar su atención. Y el Jefe quiere que mates a Mona Lisa.

Me parece bien, merece morir por lo que te hizo. Pero después de matarlo a él, me retiraré.

¿Crees que el Jefe te dejará marcharte?

Sabe que, si no me deja, lo mataré.

¿Se lo has dicho?

A los tipos como él, el Ronin y yo no nos hace falta hablar. Solo tenemos que ver la expresión de la mirada del otro. Son los tipos como tú los que necesitan hablar. Si no hablaras, te morirías. No sabrías qué hacer contigo mismo. Por lo menos, si me ayudas a matar al hombre sin cara, podrás hacer algo importante. Es una lástima que no vaya a venir esta noche.

Me sentí secretamente aliviado, pero le dije: No sabía que lo estabas esperando.

El embajador ha venido.

Teniendo en cuenta que el hombre sin cara no tiene cara, doy por sentado que no es muy sociable. Pero siempre puedes matar al embajador.

Entonces nunca tendré oportunidad de matar al hombre sin cara.

Y si matas al hombre sin cara, tampoco tendrás oportunidad de matar al embajador.

Me has pillado. Bon se encogió de hombros. Sí, yo también quiero vengarme. ¿Qué tiene eso de malo?

Técnicamente, nada. Y también técnicamente, ¿cómo esperas cazar al hombre sin cara si apenas sale de la embajada?

Tengo un plan.

¿Otro plan? Se me aceleró un poco el corazón. ¿Y cuándo pensabas contármelo?

Te lo estoy contando ahora mismo. Se sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta. Dentro había dos entradas para la representación del mes siguiente de *Fantasía VIII: En vivo en París*, cuya fiesta postfunción se celebraba en el Opium. Cuando desplegué el folleto que había en el sobre, lo primero que vi fue a *ella*, la única mujer de la que no me debería haber enamorado, con la cabeza echada hacia atrás, el pelo al viento y los labios rojos entreabiertos para revelar un leve asomo de dientes blancos y quizá, solo *quizá*, la punta de su lengua. Mi cuerpo todavía recordaba el contacto de aquella lengua. Lana. Dos sílabas, dos golpes suaves de mi lengua en mi paladar. ¡*Laaa-na!*, era como yo exclamaba su nombre cuando hacíamos el amor, o follábamos, o fornicábamos, o copulábamos, o quizá hacíamos todas aquellas cosas a la vez, hacía muchos años. ¡*Laaaaannnnnaaaaaaaaaa!*

Oh, dije.

Oh, ya lo creo. Tendrás la ocasión de reencontrarte con tu antiguo amor en el Opium. O quizá antes, si está dispuesta a hacer algo más privado.

¿Cuál es el plan?

Nuestro hombre sin cara ya ha visto toneladas de celebraciones del Tet. No ha venido a París para ver otra. No sé para qué ha venido. Pero sé que irá a ver *Fantasía*.

¿Porque es un tipo que ama la diversión?

Porque es vietnamita. Todo vietnamita que esté en París va a ir a ver ese espectáculo, hasta los que se creen franceses.

¿Los comunistas también?

Ya hace demasiado tiempo que los privan de entretenimiento de calidad. Sobre todo, a ese comunista en concreto. El comisario político. En el campo de reeducación se rumoreaba que el comisario era un poco corrupto. Que le gustaba la música occidental. El pop y el rock. Las baladas. Lo nauseabundo, la música amarilla.

Asentí con la cabeza. Era cierto. Lo nauseabundo, la música amarilla, era mi colección de vinilos, que yo le había regalado a Man antes de marcharme de Saigón, una colección cuyos momentos álgidos eran grabaciones de Elvis Presley, de los Platters, de Chuck Berry y, por supuesto, de los Beatles y los Rolling Stones. Man se había llevado mi colección de discos al campo de reeducación, aunque allí yo nunca había tenido oportunidad de oírlos. Pero no mencioné mis preciados álbumes. Lo que le dije fue: ¿Qué os va a pasar a Loan y a ti si os pillan? Puede que Loan sea comunista y puede que no, pero está claro que es por lo menos izquierdista. Simpatizante. Si no, no estaría en la misma sala que el embajador. ¿Eso no te convierte a ti en...?

No te preocupes por Loan, me dijo en tono cortante.

Había tocado una fibra sensible, no de forma voluntaria, sino porque había muchas fibras en situación de ser tocadas. ¿O bien había alguna parte de mí —yo mismo, por ejemplo— que quería hurgar allí con el dedo?

Como he dicho, me estoy retirando. Liquidaré al hombre sin cara y entonces me casaré con Loan.

Me quedé tan estupefacto que no tuve nada que decir de aquel nuevo plan que me había estado guardando en secreto. Bon sonrió al ver el efecto que causaba en mí su anuncio, y para rematar su placer se sacó una pistola de debajo de la americana, que llevaba escondida en la rabadilla. No era la pistola con la que más adelante me apuntaría a mí, sino la de Mona Lisa, el revólver con el que yo me había suicidado. Un regalito para ti, me dijo al tiempo que me la tendía. Su empuñadura me resultaba familiar, igual que su peso. El revólver pesaba más o menos lo mismo que un alma, o quizá que tres o cuatro o seis millones de almas. ¿Por qué no? A fin de cuentas, las almas muertas podían no pesar casi nada.

Fuimos a los camerinos y nos pusimos el vestuario del primer número musical, donde interpretábamos a aparceros. En la vida real, nuestros atuendos estarían embadurnados de barro y sudor en el mejor de los casos, y en el peor serían harapos remendados. Pero aquello era un espectáculo cultural oficial, por oposición a los no oficiales, así que llevábamos las camisas marrones y los pantalones negros pulcros, limpios y secos, igual que los pies descalzos. Ya estaba vestido de aquella guisa y ya había ocupado mi lugar a un lado del escenario junto con los demás bailarines cuando el Presidente se subió de un salto al escenario. Sus comentarios fueron el doble de largos de lo que habría sido necesario, porque eran bilingües, y yo ya estaba dormitando para cuando terminó de dar cuenta de la historia de la Unión, la importancia de la cultura vietnamita y la gratitud de los vietnamitas hacia Francia, aunque no mencionó para nada a la Asociación que protestaba fuera. Luego presentó al embajador de Vietnam y casi se me escapó un grito. El embajador procedió también a torturar a su público con un suflé bilingüe de topicazos, rematado con la nata montada de los elogios excesivos con que untó a la cultura francesa. Hacía falta verdadero talento para usar tantas palabras en dos idiomas y no decir nada.

A aquellas alturas mis muslos ya estaban sollozando en silencio, igual que el resto de mí, porque todos los campesinos aparceros estábamos en cuclillas y apoyados en los talones, una postura que tiene milenios de antigüedad pero que yo, occidentalizado como estaba, llevaba muchos años sin practicar. Como era un bastardo, quizá no estuviera genéticamente preparado para acucillarme así, algo que mi madre era capaz de hacer todo el día, mientras atendía el fuego, cocinaba o cuidaba a bebés y niños pequeños para sacarse algo de dinero. Pude ver también la incomodidad de

los demás aparceros, miembros de la burguesía francesa urbana que seguramente nunca habían pisado tierra cubierta de estiércol en ninguna de las patrias de sus ancestros. Los falsos aparceros se apoyaban en un talón y en el otro y hacían lo posible para que no se les escaparan muecas de dolor, y cuando el embajador por fin terminó, todos nos preparamos para levantarnos de un brinco. Pero entonces el Presidente regresó al podio y dijo: Y ahora, nuestro siguiente orador...

Solté un gemido por lo bajo, igual que los demás aparceros, salvo Bon, que se limitó a gruñir, inmune a los efectos de la postura. El Presidente presentó al invitado de honor de la velada, «amigo de Vietnam y del pueblo vietnamita» y «revolucionario de Mayo del 68». Y era, ¿quién si no?, BFD. Mi tía ya me había comentado que estaría allí, a fin de pronunciar un discurso sin duda enlatado que amenazaba con intoxicarme con el botulismo de las ideas en mal estado. Era alcalde de un distrito distinto, pero su distrito, el XIII, estaba viviendo la llegada de más y más colonos vietnamitas, todos refugiados que odiaban el comunismo, entre los cuales seguramente se contaban algunos de los manifestantes de fuera. Para cualquiera de aquellos refugiados, un socialista no era más que un comunista mejor vestido, rosa en vez de rojo, creyente en la redistribución forzosa de la riqueza por medio de impuestos, beneficios sociales y el estado del bienestar en vez de por medio de reformas de la tierra, colectivismo económico y el estado policial. BFD no tenía nada que hacer con aquellos manifestantes, pero quería demostrar el apoyo que tenía entre unos vietnamitas de ideología distinta y de mejor clase, o eso decía mi tía.

¿De mejor clase?, le había dicho yo. ¿No es irónico que diga eso un socialista?

Los franceses tienen una gran ironía.

Pero ¿acaso no tienen ironía todos los pueblos? ¿Existía algún ejemplo de nación que no dijera una cosa elevada y luego hiciera otra de tapadillo? BFD subió al escenario convertido en ejemplo andante de ironía, un hombre del pueblo con un traje lo bastante caro como para alimentar a una aldea entera. También era un cargo electo cortejando a un electorado que no era el suyo. Quizá pensara que su discurso convencería a algunos miembros del público para mudarse a su distrito y votar por él. O quizá estuviera

siguiendo el ejemplo de Sartre, que a pesar de ser un radical entregado a la causa, también se había unido al llamamiento para ayudar a los refugiados vietnamitas que huían del comunismo. O quizá BFD, como todos los políticos, no podía resistirse al atractivo de ese ejercicio político fundamental que es sudar bajo unos focos.

Queridos amigos, empezó. Es un placer enorme estar aquí esta noche en que celebráis la cultura vietnamita. Somos dos pueblos, el francés y el vietnamita, con una larga historia que también merece una celebración. [Aplauso]. Ya hace mucho tiempo que sois parte de Francia, y nos recordáis la grandeza de la cultura francesa y la grandeza de la cultura vietnamita, que los franceses no siempre hemos apreciado. Cuando llegamos a Vietnam, no siempre nos portamos como deberíamos. La colonización estuvo mal, amigos míos. Los franceses nunca deberíamos arrebatarle la independencia a otro país. [Aplauso]. Cuando los vietnamitas se levantaron contra nosotros, nos enseñaron una lección que necesitábamos con urgencia. Pero cuando llegó 1968, muchos de nosotros —yo incluido— nos alineamos en el bando correcto de la historia y apoyamos a Ho Chi Minh. Y Francia entera se puso del lado de la paz. No hace falta que os recuerde que los acuerdos de paz que pusieron fin al imperialismo americano en Vietnam se firmaron aquí, ¡en nuestra gloriosa ciudad! Confiemos en que los imperialistas americanos también hayan aprendido su lección de Vietnam. Si la han aprendido, ¡también ellos darán gracias algún día al valeroso pueblo de Vietnam! [Aplauso]. Por lamentable que fuera la colonización francesa, jamás cometimos las atrocidades que cometieron los americanos. Y dejamos un legado de *cultura*. Y por estas razones, confío en que el pueblo vietnamita haya perdonado a los franceses. Llegamos a Indochina con intenciones nobles. Llevamos la libertad, la igualdad y la fraternidad. [Aplauso]. Construimos carreteras. Construimos canales y drenamos ciénagas. Construimos Saigón. Construimos liceos y universidades para que todo el mundo tuviera acceso a la educación y a gobernar el país, y no solo los mandarines. Formamos a los artistas que ejecutarían las gloriosas pinturas de Ho Chi Minh y sus combatientes por la libertad. Y sin Francia no habrían existido ni Ho Chi Minh ni sus aliados. Trajimos estudiantes vietnamitas a Francia y les dimos las herramientas para que librarán su

revolución... ¡contra nosotros! En suma, no hay nada que sea del todo bueno ni del todo malo. Y he conocido a muchos vietnamitas que son felices aquí en Francia y que se sienten en su casa. ¡Pues claro que sí! ¡Porque Francia es vuestra casa! ¡Habéis venido a casa! [*Aplauso*]. Vuestra presencia en Francia nos demuestra que podemos dejar atrás el pasado. Vuestra presencia nos dice que somos todos franceses. Vuestra presencia es la prueba de la grandeza de nuestra cultura francesa. ¡Larga vida a la República! ¡Larga vida a Francia! [*Aplauso*].

Como yo todavía podía ver el lado bueno y el lado malo de cualquier cuestión, pese a los terribles calambres que tenía en los muslos, comprendí que BFD no se equivocaba del todo. Quizá incluso tuviera un poco de razón. Y a juzgar por los aplausos entusiastas del público, saltaba a la vista que muchos estaban de acuerdo con él. ¿Y por qué no iban a estarlo? ¡Pues claro que se sentían en su casa allí! De hecho, era probable que ellos, o sus padres, o incluso sus abuelos, se hubieran sentido en casa en Francia *¡ya cuando estaban en Vietnam!* Los vietnamitas que venían a Francia y no se sentían en casa se volvían a Vietnam para luchar por la revolución, o bien los franceses los deportaban bajo la sospecha de no ser lo bastante franceses. Eran los vietnamitas que creían con tanta sinceridad en la libertad, la igualdad y la fraternidad que no veían los paréntesis que los franceses usaban en lugar de guiones: «libertad, igualdad y fraternidad (pero todavía no, al menos para vosotros)». Estupefactos, aquellos revolucionarios se convertían en los vietnamitas indigestos, los que no conseguían tragar Francia y tampoco podían ser tragados. En cuanto a los vietnamitas que se quedaban en Francia, la cultura francesa los había estado masticando ya desde que estaban en Vietnam. Para cuando llegaban a Francia, ya eran como ciertas clases de queso: blandos y fáciles de digerir, unas cualidades que heredaban sus hijos ideológicamente pasteurizados.

El espectáculo cultural que representamos —para cuando por fin pudimos ponernos de pie, entre gestos de dolor y con las piernas entumecidas— estaba diseñado para el consumo rápido. Un espectáculo cultural hostil y crítico habría resultado bastante interesante para alguien tan hostil y crítico como yo, pero mis gustos son un tanto extravagantes. Para la mayoría de la gente, los espectáculos culturales son dioramas

protagonizados por la hospitalidad mutua, no por la violencia amorosa ni el amor violento que caracterizaban al espectáculo del poder tal como lo escenificaban los franceses en sus colonias. En el caso que nos ocupa, era el Presidente quien había escrito el guion de nuestra función, que quizá fuera vagamente autobiográfica, o por lo menos no del todo fantástica. La suya era una historia de amor, narrada de forma nebulosamente retrospectiva por un próspero médico de mediana edad, sobre un joven de familia pobre y rural que, a base de trabajo duro y gracias al benévolo sistema educativo francés, obtiene una beca en Francia, donde, a base de trabajo duro y gracias a la benévola cultura francesa, se hace médico y, a base de trabajo duro y gracias a la benevolencia de una familia francesa, se gana el amor de una adorable chica francesa (blanca) que, a base de trabajo duro y gracias a la benevolencia de los hábitos gustativos franceses, conserva una esbelta figura francesa pese a dar a luz y criar a dos hijos franceses encantadores, a quienes no les supone absolutamente ningún problema ser franceses pese a su herencia mestiza. Fin.

¡Ah, cómo quería yo aquella vida! ¿Y quién no la querría? Era una vida mucho mejor que la que había vivido mi madre. Aunque habría tenido más o menos la misma edad que el futuro médico, mi madre había visto una versión muy distinta de la existencia rural en el norte del país. De niña había estado a punto de morir durante la gran hambruna que había diezmado el norte, matando a un millón de personas cuando la población del país entero era quizá de unos veinte millones. ¡Un millón! Muchísima gente, y sin embargo había sido un acontecimiento paradójicamente olvidable. Murieron sin tener la suerte de que los fotografieran para que el mundo, o incluso los mismos vietnamitas, pudiera recordar lo que habían hecho nuestros ocupantes japoneses en el nombre de la Gran Coprosperidad del Lejano Oriente, ni lo que habían hecho los franceses que servían a los japoneses quizá en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, o quizá por simple colaboracionismo. El colaboracionismo era el gran pecado en el siglo xx de los franceses, que solo eran capaces de balbucear aquella palabra, con la boca llena de sílabas como guijarros. Puede que los argelinos no estuvieran de acuerdo en que el gran pecado francés había sido la colaboración, teniendo en cuenta la matanza abierta de su pueblo que

habían llevado a cabo aquellos colonizadores franceses a los que compartíamos. Pero ¿a quién le importaba lo que dijeran los argelinos? Y ya puestos, ¿a quién le importaba lo que dijéramos nosotros, sobre todo si no decíamos nada, que es lo que suelen decir los muertos?

Vivo entre los muertos, porque me ha volado la cabeza una bala invisible. Aun así, no tengo forma de ver a los muertos. Solo puedo ver lo que me dio mi madre, aquellas imágenes nunca plasmadas que murieron con ella, los muertos en los callejones y en los campos, los esqueletos con piel, enfundados en una ropa que ya les venía muy grande para cuando morían, vecinos, compañeras de juegos y bebés. ¿Y quién la había salvado a ella? ¡Mi padre francés! Mi padre le había dado arroz, el mismo arroz que nuestros gobernantes japoneses habían ordenado a sus esbirros franceses que guardaran como reserva para el bando japonés en guerra. Y aunque mi padre el colaboracionista colonizador quizá se quejara de tener arroz en vez de pan, para mi madre aquel primer bocado de arroz después de pasar hambre durante semanas fue simplemente la comida más maravillosa de su vida. Mi padre se pasó unos días dándole de comer cucharadas de arroz, acostumbrando a su estómago encogido a recibir comida, y después, cuencos de gachas. Mi pobre madre era un pequeño milagro, una huérfana de doce años, una superviviente de las hambrunas de quien nadie se hacía cargo. Él me salvó, decía ella. No pude evitar enamorarme por mucho que fuera... No fue capaz de decir «sacerdote» y reemplazó la palabra por «religioso», mientras que ella se convirtió en su «doncella». La fusión de aquellos dos eufemismos me creó a mí dos años más tarde, tres kilos de artefacto explosivo antipersonal de alta potencia y acción retardada que cayó del compartimento de las bombas de mi madre, esperando para hacer ¡BUM! Todavía recordaba su cara, siempre amable, siempre joven, más joven cuando murió de lo que soy yo ahora. Me acordaba del impacto y de la rabia que había sentido yo cuando me contó que mi padre le había dado arroz, llorando mientras me abrazaba contra su pecho como ninguna mujer me ha abrazado ni antes ni después, y me decía: Perdónalo, cariño. Yo lo he perdonado. Sin él, no te habría tenido a ti, a quien quiero más que a mi propia vida. Aunque sea lo último que hagas, perdona a tu padre.

¿Por qué lloras?, me preguntó Bon cuando salimos del escenario.

Por nada, le dije, secándome las lágrimas de los ojos. Por nada en absoluto.

Después del espectáculo, y después de secarme de la cara el limo de mi sensibilidad emocional, saqué el revólver del falso fondo bastante abarrotado de mi macuto, donde estaba encajado entre mi confesión y el ejemplar ajado y amarillento de *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción* de Richard Hedd. Luego me remetí el revólver en la parte de detrás del pantalón y no en la de delante, donde siempre me preocupaba que se disparara y matara a mi futura progenie, por mucho que nunca hubiera planeado tenerla. El hachís que llevaba en el bolsillo de la chaqueta soltó una risilla y susurró como de costumbre ante mi lógica, pero el revólver era un tipo viril y silencioso. Y no me distrajo haciendo ruido, sino presionando contra mi espinazo y mi rabadilla con su dureza oscura y apuesta. Todas las armas de fuego quieren ser usadas. Y aquella no era una excepción.

Mientras recorría la fiesta, una parte de mí intentó averiguar cómo podía detener a Bon y proteger a Man, mientras que otra se dedicó a charlar con mi clientela. Salí para fumarme unos cigarrillos especialmente potentes con un par de ellos, un médico y un importador-exportador. Entre ellos y el resto de mis clientes, vendí todo el *stock* de mi mercancía y concerté citas para vender más, aunque no me hizo demasiada gracia. Cuando volví a la fiesta, mi tía me llamó por señas para presentarme a su nueva amiga, a quien al principio y de lejos confundí con un hombre. Es abogada, dijo mi tía en vietnamita. Acaba de llegar de Camboya.

La abogada, vestida con traje gris estrecho y corbata negra estrecha, no me sonrió. Pronto aprendí a no tomármelo como algo personal, porque era una mujer tan seria que no era capaz ni de sonreír por compromiso. Era muy apuesta, sin embargo; tenía una cara y un pelo al rape compuestos casi exclusivamente de líneas rectas, de forma que, a falta de sonrisa, las únicas curvas de su cara eran las de sus ojos y cejas. Igual que mi tía y que yo, existía en algún punto del espectro Oriente-Occidente y a buen seguro tenía ancestros vietnamitas, a la vista de su dominio bastante decente de nuestra lengua materna.

¿De Camboya? No debe de ser un sitio fácil de visitar, supongo.

La apuesta y arisca abogada dijo: No he ido a hacer turismo.

No, supongo que no. ¿Y para qué has ido?

Mi tía y la abogada intercambiaron una mirada y mi tía asintió con la cabeza. Estaba visitando a Pol Pot, dijo la primera.

Me hice el indiferente. No debe de ser un hombre fácil de visitar.

Es un hombre muy difícil de visitar. Al ejército vietnamita no le interesa dejar que nadie entre en Camboya para encontrarse con él, así que he tenido que ir por Tailandia. Se aloja en un campamento de montaña cerca de la frontera.

Estoy seguro de que los vietnamitas lo quieren capturar para juzgarlo.

Ya lo juzgaron. En ausencia. Adivina el veredicto.

¿Culpable?

¿Y sabes por qué lo declararon culpable?

¿Porque era culpable?

Porque los juicios *in absentia* siempre terminan con veredicto de culpabilidad. La apuesta y arisca abogada, incapaz de sonreír ante mi ingenuidad, soltó un soplido de burla. ¿Alguna vez se ha declarado a alguien *inocente* en ausencia? Esos juicios no buscan justicia. Son espectáculos de moralidad.

Parece justo condenar a alguien responsable de las muertes de cientos de miles de su propia gente.

¿Y cómo sabes que él ha sido el responsable?

Admito que me quedé perplejo. Estaba acostumbrado a ser la persona más cínica de la sala, por mucho que escondiera bastante bien mi cinismo tras diversas máscaras de afabilidad, servilismo elegante o superioridad intelectual, dependiendo de la posición de mi interlocutor. También me incomodaba hablar de aquel tema tan serio en medio de un evento tan agradable, y sobre todo estando bajo la hipnosis del hachís.

¿Cómo lo sabes?, repitió la abogada, como si yo fuera un testigo en el estrado.

Me acordé del llanto de Madeleine en la cocina del Cielo y dije: Por la prensa. Y por amistades camboyanas.

No estoy cuestionando que hayan muerto cientos de miles de personas, claro. Lo que me interesa es la justicia de verdad, no la justicia fácil o falsa que quiere la mayoría. Pol Pot es un chivo expiatorio. Un demonio al que podemos señalar y decir: fue *él*.

Pero es que fue *él*...

Él dice que no. Nunca vio morir a toda esa gente. Dice que su organización le contó una historia distinta.

¿Y tú te lo crees? Y aunque te lo creas, ¿eso lo hace inocente?

Merece un juicio de verdad. El tribunal de la opinión pública no es un tribunal de verdad. Mira esos manifestantes de fuera. Están desafiando la opinión pública. Es el caso contrario al de Pol Pot. Todo el mundo cree que Ho Chi Minh es un santo, salvo las familias de la gente a la que mató, y conozco a unas cuantas. Soy anarquista, y te puedo decir que Ho Chi Minh se hizo santo a base de asesinar a todos los enemigos que tenía a la izquierda y a la derecha, incluidos los anarquistas.

Miré a mi tía. Pues tú tienes su foto.

Puso cara de aflicción. Tampoco sé si eso está demostrado...

Antes de exterminar a los franceses exterminó a todos sus rivales vietnamitas.

Intenté acordarme de los comentarios esporádicos que había oído sobre las maniobras políticas del Tío Ho. Purgas, dije. Purgó a sus rivales.

Purgados, dijo la abogada. Como cuando tomas un laxante. Para purificarse a sí mismo y a la lucha de los anarquistas como yo, y también de los nacionalistas, los realistas, los trotskistas y los que no tenían la bastante ideología anticolonialista. ¿Y sabes por qué? Pues porque había demasiados bandos. Solo necesitaba tener dos bandos, para que la gente los entendiera. O bien estabas con los franceses o contra ellos. Y a quienes estaban contra ellos más les valía aceptar que la vía comunista era la única vía. Y esto no lo reconocerá ninguno de los comunistas o socialistas o izquierdistas de aquí. Lo que les interesa a estos es la justicia de conveniencia, como a la mayoría. Todos tienen una idea romántica de los comunistas vietnamitas. Todos esterilizan a Ho Chi Minh para quedar también ellos limpios. Hablan de la justicia revolucionaria, pero eso no es justicia de verdad. Si quieres justicia de verdad, necesitas abogados de verdad.

Es una abogada magnífica, dijo mi tía en tono de admiración. Como editora, tenía unos niveles de exigencia muy elevados sobre la prosa y las ideas, que fusionaba con sus opiniones de la gente. No hay muchos abogados dispuestos a defender a Pol Pot.

Ni a ti, dijo mi coro de fantasmas.

¿Cómo tienes el valor de defender a alguien como él?, dije con voz estridente. Y encima, siendo anarquista. ¿Y cómo se puede ser abogada y anarquista?

Ella se encogió de hombros; no cabía duda de que se lo habían preguntado antes. ¿Cómo se defiende lo que la mayoría de la gente considera indefendible?, preguntó. En realidad es bastante fácil. Lo que hicieron los franceses en Indochina o en Argelia es indefendible, pero los franceses lo defienden todo el tiempo. O simplemente se olvidan de ello. Pues esto es lo mismo: te has de basar en el principio de que lo que hacen nuestros enemigos es incomprensible y lo que hacemos nosotros está completamente justificado. Defender lo que alguna gente llama indefendible me obliga a plantearme una pregunta que todos los abogados y jueces deberían tener en mente...

¿Cómo perdonas lo imperdonable?, dijo mi tía.

Y ¿se puede perdonar lo imperdonable?, dijo la abogada, y la mirada que clavó en mi tía fue tan tórrida, y viceversa, que me ruboricé un poco. No había nada más sexy que compartir convicciones en un mundo donde eso pasaba muy poco.

En aquel momento BFD, el rey de las convicciones flexibles, se nos acercó. Me puse tenso, recordando que él sabía mi secreto y solo moderadamente seguro de que era poco probable que fuera a hablar con Bon, a quien no conocía. Nos irradió a todos con una sonrisa y luego le dijo a la abogada, en francés: He estado leyendo sobre tu nuevo cliente, querida. ¡El camboyano!

Pol Pot.

Les está causando bastantes problemas a los vietnamitas, ¿no? BFD asintió con la cabeza para mostrarse de acuerdo consigo mismo y se puso el dedo en el mentón como si lo estuvieran retratando para una fotografía de autor de libro, en aquella pose que yo detestaba con todas mis fuerzas. Es

irónico, ¿no? Los vietnamitas, empantanados en una guerra de guerrillas. Camboya se ha convertido en el Vietnam de Vietnam, ¿no os parece?

Por fin vi a un camarero con una bandeja de champán y agarré una flauta que me permitiera dar sorbos en vez de decir algo ofensivo, es decir, alguna verdad. ¿Qué era peor, ver mi país reducido a una guerra o verlo reducido a un estereotipo?

Te gusta cortejar el escándalo, siguió diciendo BFD.

Para nada. Simplemente disfruto de los buenos juicios.

Y de los clientes interesantes. BFD me miró. ¿Te has enterado de que...?

Me he enterado.

¿Y también estás al tanto de sus clientes más controvertidos del pasado? ¿El terrorista palestino? ¡Estaba tremenda con la kufiya!

Combatiente por la libertad, dijo la apuesta y arisca abogada. Los terroristas son los Estados. ¿Quién mata a más gente, un combatiente por la libertad o un Estado nación?

Me retracto. Tiene cierto glamour secuestrar un avión.

No me hagas enfadar. Algún día quizá necesites un abogado.

Con todo lo que te opones a los Estados, es raro que creas tanto en la ley.

La ley solo es un medio para obtener justicia. Un medio imperfecto para un mundo imperfecto.

Y la conversación ingeniosa siguió en esta línea. Me envolví la cara con el pañuelo de una sonrisa inane, que confié en que fuera tan enigmática como la de la *Mona Lisa*, que por fin yo había visto en persona en el Louvre y de la cual me había alejado perplejo. ¿Eso era todo? ¿Cómo podía uno no quedarse decepcionado después de tener delante la pintura más famosa del mundo occidental? La examiné todo el tiempo que pude con las multitudes metiéndome prisa. Una excelente pintura. ¿Pero acaso era mejor que otras docenas de retratos que había en el Louvre, algunos de los cuales mostraban caras que se veían igual de enigmáticas? ¿O quizá lo enigmático no era más que el equivalente europeo de lo inescrutable en Asia? Me quedé perturbado por mi incapacidad para entender todo el alboroto que había con aquel cuadro. ¿Acaso yo era un ordinario? Eso lo podía aceptar. Me centré

en mi ordinariéz y me preparé para el final de la conversación, y cuando por fin a BFD se le acabó la cuerda y se quedó contemplando a los asistentes, me puse a su lado. Me echó un vistazo, con la cara también oculta tras su sonrisa inane, y le dije: ¿Has oído hablar de un sitio llamado el Cielo?

Su sonrisa inane no dejó de serlo mientras yo le resumía el Cielo en inglés, por lo bajini. Me imaginé tal como me debía de ver él, y para ello me tuve que imaginar a BFD, tuve que construirlo con los detalles que había ido recogiendo de mi tía y de la prensa. En todos los grandes acontecimientos históricos de la república había participado alguien de su familia, y siempre en el bando correcto, es decir, el izquierdo, desde la toma de la Bastilla hasta comandar las barricadas de los comuneros. Su abuelo se había alineado con Zola y había defendido a Dreyfuss con uñas y dientes. Su padre, líder del Partido Comunista, había criticado la colonización de Indochina y había sido miembro de la resistencia contra los nazis. BFD estaba ideológicamente diluido, era un socialista rosado por contraste con el comunismo color cabernet de su padre. Era menos revolucionario que el doctor maoísta o que la abogada anarquista, pero aun así había arrojado adoquines y había sufrido los ataques de gas lacrimógeno en Mayo del 68, por mucho que para entonces ya no tuviera edad de estudiar en la Sorbona. También había entonado el nombre de Ho Chi Minh y había ondeado tanto la bandera del Frente de Liberación Nacional como el *Libro rojo* de Mao. En los años setenta, su entusiasmo revolucionario había envejecido hasta convertirse en un izquierdismo electoral pragmático, y había sentado la cabeza casándose con una joven de una familia liberal rica que había hecho fortuna con los jabones. Lo tenía todo, ¿y qué otra cosa podía ver en mí más que alguien entregado al bando incorrecto de la historia?

Yo era un hombrecillo que hablaba una versión inmigrante de su idioma, el idioma de un país que disfrutaba de lo mejor de ambos mundos: en el pasado había sido una potencia imperial que había atracado a países más débiles a punta de pistola, pero ahora ya no era una potencia imperial y tenía que lidiar con cosas molestas como mosquitos, malaria, resentimiento y revoluciones. Mi única ventaja era que hablaba inglés, o para ser más exactos, inglés americano. ¡Yipiii! ¡Yujuuu! ¡Yanquis! El inglés americano seguía siendo un idioma imperial, y aunque BFD se oponía de corazón al

imperialismo de América, en secreto sentía nostalgia por el imperialismo francés, igual que casi todos los franceses en el fondo de su corazón, en el fondo de su alma, en el fondo de su Louvre. La mejor situación para un antiimperialista era vivir en un país imperial donde uno pueda beneficiarse del imperialismo al mismo tiempo que se opone rectamente a él, como pasaba bastante a menudo en Estados Unidos, pero los franceses tenían la segunda mejor situación: ser antiimperialistas en un antiguo país imperial. Por tanto, para BFD oírme hablar inglés americano equivalía a oír al mismo tiempo el idioma del imperialismo americano y el eco agonizante de un imperialismo francés perdido. Yo le caía mal, pero estaba haciendo justo lo que él esperaba de un don nadie como yo: apelar a sus instintos más bajos a base de atraerlo al Cielo. Yo ya me había hecho una idea de qué clase de hombre era cuando mi tía me contó que les tiraba los trastos a todas sus amigas atractivas. Eso es terrible, le había dicho yo, y ella me había contestado en tono indiferente: Es francés. Pese a todos mis defectos, yo jamás había sido infiel a una amante ni había intentado seducir a sus amigas. Creía en el compromiso, por mucho que ese compromiso nunca durara más que una noche. El compromiso era un principio, y BFD no tenía ese principio.

Interesante, murmuró mientras se arremolinaba a nuestro alrededor la multitud de la fiesta. El Cielo, dices. Puede que un día me acerque con el coche a visitar ese sitio tan... interesante.

Y se marchó, pero yo ya le había echado el anzuelo, y el Ronin estaba en lo cierto. BFD nunca me compraría el producto a mí directamente, pero su gusto por otra clase de productos lo atraía hacia la tórrida novedad de la desnudez juvenil de una hermosa desconocida. Era otra clase de droga, aunque no duraba tanto como las otras, lo cual significaba que te podías permitir darte el gusto con más frecuencia. Confieso que a mí también me interesaban aquellas cosas, pero no todos mis yos estaban de acuerdo conmigo. Me decía a mí mismo que era difícil concentrarse, con el coro de los muertos susurrándome al oído y la cara de la agente comunista mirándome por encima del hombro cuando me miraba en el espejo. La única solución era no mirar.

Aquella noche, acostado en el sofá de mi tía después de que regresáramos a su apartamento, me incomodaron los ruidos que salían de su dormitorio. Ya eran las dos de la madrugada, pero mi tía y la abogada estaban haciendo bastante ruido y yo yacía allí a oscuras, con los pantalones y la camisa puestos. Me cubrí con la manta hasta la barbilla y me imaginé a Bon matando a Man y a mí haciendo el amor con Lana, escuchando todo el tiempo con terror los ruidos procedentes del otro lado de la puerta de mi tía. Había oído ruidos procedentes de aquella habitación antes, cuando estaban allí BFD o el doctor maoísta, pero siempre habían sido unos ruidos amortiguados y familiares. La mayoría de las intrusiones sónicas procedían de los chirridos de la cama de mi tía, un coro que variaba según el invitado. BFD esprintaba o galopaba para llegar a su meta lo más deprisa posible; el doctor maoísta era un *flâneur*, ocasionalmente brioso pero por lo general disperso. BFD terminaba con un gruñido gutural, ¡un signo de exclamación que marcaba el final de la historia! El doctor maoísta concluía con un suspiro largo y meditativo, una elipsis que indicaba ese futuro desconocido que todavía estaba por venir... En cuanto a mi tía, casi nunca hacía ruido, a excepción de algún gemido o un jadeo apagados. A juzgar por las evidencias audibles, parecía la espectadora de un evento deportivo, que de vez en cuando vitoreaba una buena jugada. Debía de estar viendo un partido de fútbol, porque en un par de ocasiones la oí gritar ¡GOOOOOOOOL!, o algo de ese estilo. Al principio los ruidos que hacían los hombres y ella me molestaban, pero pronto lo que me empezó a fascinar fueron los silencios de mi tía. Una vez incluso cronometré el intervalo entre un ruido que hacía y el siguiente: cuatro minutos con treinta y dos segundos, hasta que en el segundo treinta y tres por fin murmuró. ¿Por qué estaba tan callada? ¿En qué estaría pensando? ¿O qué estaría sintiendo? Durante aquellas fértiles ausencias de sonido, me crecía en la mente una enredadera inquietante, cuyos zarcillos me sugerían que quizá a lo largo de mis muchos encuentros con mujeres se habían producido silencios que yo no había oído... Porque solo me podía oír a mí mismo.

Mientras escuchaba a mi pesar las reacciones espontáneas de mi tía a la apuesta y arisca abogada, de pronto me dio la sensación de que ya no se podía confiar en nada. ¿Acaso las mujeres eran sinceras cuando me decían que yo era el mejor, que lo que había ocurrido entre nosotros había sido lo mejor, o incluso cuando me comunicaban el simple hecho de que les había gustado? ¿Qué era lo que me había dicho Lana en el minuto posterior a nuestro coito? *Ha sido completamente increíble.* ¿Acaso me había mentado? ¿Acaso yo tenía más cosas en común con BFD y con el doctor maoísta de las que creía? Al principio había pensado que mi tía era una de esas personas que no se expresaban de viva voz cuando hacían el amor, y punto. ¡Pero no! Lo que fuera que estaba pasando allí le estaba extrayendo una onomatopeya de placer que me estaba incomodando mucho. ¿Por qué no me sentía excitado? Era una actuación tremenda, la apuesta y arisca abogada manipulando con pericia experta a mi tía. ¡Debería estar excitado!

Incluso después de que se terminaran los goles y dejaran de oírse los gritos, continuaron oyéndose ruidos distintos. ¿Qué misteriosa actividad era aquella? ¿Era posible que estuviesen... *hablando*? Aunque no podía oír lo que estaban diciendo, lo más asombroso era el hecho mismo de que hablaran. No recordaba más que una docena de ocasiones postcoitales en que yo hubiera hablado con la belleza que tenía al lado. Por supuesto, unas pocas palabras corteses sí que había dicho, los cumplidos por un trabajo bien hecho, ¿pero *conversaciones*? ¿Sobre *qué*? ¿De qué podían estar hablando dos mujeres tanto rato? Por mucho que me esforzara por oír, no logré resolver aquel misterio. Incapaz de escuchar a hurtadillas ni tampoco de dormir, encendí la luz y cogí la única lectura que tenía a mano, *Los orígenes orientales del Imperio del Mal*. Calculé con acierto que el libro me distraería de aquella conversación inquietante que no podía escuchar. Primero el índice, que incluía capítulos titulados «América: la Fuerza del Bien» y «Puño de poder, mano de amistad» y «La libertad no respeta murallas» e «Islam: un aliado comprometido contra el comunismo». Todavía me resonaba en la cabeza el acento británico de Hedd en nuestro único encuentro, y es que el General me había arrastrado con él para que conociera a Hedd con la esperanza de reclutarlo para su campaña encaminada a recuperar nuestra patria. Hedd, el gran opinador. Hedd, el

columnista internacional. Hedd, el amigo de los líderes mundiales. Hedd, el pez gordo que nadaba en las sucias aguas de un *think tank* de Washington. ¡Incluso Hedd, el caballero! Porque ahí estaba su título, en su nota biográfica: ¡sir Richard Hedd!

Regresé a la última página, porque me gustaba saber cómo terminaban las historias de intriga antes de empezarlas, y el presente libro pertenecía claramente a tan denostado género. La apasionante trama era el gran conflicto entre comunismo y democracia, que no era más que una forma en clave de llamar al capitalismo. Como muchas historias de intriga, carecía de un suspense verdadero, ya que los buenos no podían perder nunca, por mucho que murieran algunos por el camino. Luego la mirada se me posó en las palabras finales del libro, y en una frase de la conclusión que me golpeó la frente con la fuerza de un bumerán:

Aunque para el oriental la vida es valiosa, para el occidental no tiene precio.

¡Aquellas palabras eran mías! Yo se las había dicho a Hedd, en compañía de una docena de testigos, desde el General hasta el Congresista y un clan de hombres blancos ataviados con trajes y mentiras. ¿Cómo habían terminado allí? La culpa, como tantas otras veces, era del champán barato, que ni siquiera era champán, ya que venía de California. Hedd me había dado una *coupe* de aquella bebida americana *déclassé* y me había dicho: Espero que no le importe, joven, si uso esa expresión tan memorable en mi siguiente libro. Nada me haría más feliz, le dije. Por supuesto, estaba mintiendo, porque me podían hacer más feliz muchas cosas, pero estaba siendo o bien inescrutablemente asiático, o bien simplemente cortés. Al margen de lo que estuviera siendo, sin embargo, había aceptado dando por sentado que, si se iban a usar mis palabras, me serían atribuidas a mí. Y en cambio, allí estaban, disfrazadas de palabras de sir Richard Hedd, mientras que yo había sido borrado. Me sentía impotente de rabia, lo cual fue mi única excusa para acudir una vez más al remedio, que, aunque no me hizo sentir mucho mejor, por lo menos me permitió no sentir nada.

Me desperté con el sol iluminando desde detrás las cortinas y el sabor a carne de una crisis existencial en la boca, aliñado con una dosis generosa de pánico. En cuanto puse un pie en la alfombra y traté de levantarme, me convertí en un asiático desorientado, mareado por el vértigo. En la cocina, el café de civeta ya casi estaba listo, y Françoise Hardy cantaba el descabelladamente inapropiado *Tous les garçons et les filles* desde el estéreo de mi tía. (He de admitir que Hardy es un claro emblema de la civilización francesa). La abogada lucía el batín honorario que se les concedía a todos los amantes de mi tía, mientras que mi tía llevaba turbante y batín de seda, que le daban aspecto de cortesana persa, apoltronada en el sofá y esperando a que la abogada terminara de preparar un café igual de negro que el vacío que yo tenía dentro.

¿Café de civeta?, dijo la abogada, leyendo el paquete.

Mi tía, que había estado usando el café con frugalidad y solo para las «ocasiones especiales», le dijo: Está hecho para alguien como tú.

La apuesta y arisca abogada arrugó la nariz y una imagen no deseada iluminó el cine hasta entonces a oscuras de mi mente: la imagen de mi tía y la abogada hechas un enredo de brazos y piernas en aquella cama metálica. Nos sentamos en los sillones que flanqueaban el sofá donde estaba mi tía y, mientras tomábamos café y bollos, hablamos de las últimas películas que habían visto, de las posibilidades de renovación del comunismo y de las luchas soviéticas en Afganistán. Era evidente que aquellas dos mujeres estaban enamoradas, o por lo menos muy encaprichadas la una de la otra. Por un lado, estaba encantado de que BFD y el doctor maoísta no hubieran dado la talla al lado de la apuesta y arisca abogada. Por otro lado, eran hombres, igual que yo, y si no había lugar para los hombres en aquel amor nuevo y extraño, ¿cuál sería mi lugar? Pero no tenía sentido mencionar esto, así que saqué a colación a Hedd.

«Incisivo análisis por parte de un autor seminal», dijo mi tía, citando la contraportada. Ay, Dios. ¡*Seminal!*

Cuando la abogada se rio, me pregunté dónde estaría la gracia. Mi tía debió de ver mi expresión, porque añadió: Me quedaría más impresionada

si describieran a una autora como «vaginal». ¿Cuántas veces hemos oído decir a un autor, casi siempre hombre, que ha dado a luz su libro? Si ese es el caso, sería mucho más apropiado «vaginal», ¿no?

Pero ¿eso no dejaría fuera a todos los autores que no, hum, ya sabes, que no tienen vagina?

En cambio, no te supone ningún problema dejar fuera a todas las autoras que no producen semen, dijo la abogada, con un toquecito de amenaza judicial.

Siempre he pensado que *seminal* era, ya sabes, una simple metáfora. ¿O es un símil? No lo sé. ¿Un símil seminal?

Siempre va bien que las figuras retóricas te sean favorables, ¿no?, preguntó mi tía.

Ruborizado por la vergüenza que me producía toda aquella conversación sobre lo «seminal» y lo «vaginal», cambié de tema: ¿Qué te parece esta cita? Lo abrí por la última página y les leí la línea en cuestión: «Aunque para el oriental la vida es valiosa, para el occidental *no tiene precio*».

Mi tía soltó un gemido y la abogada, un soplido de burla. ¿Cómo es esa expresión?, dijo la abogada. Ah, sí. Ese tío es un capullo.

Nos reímos todos, yo el que más, aliviado porque aquel chiste sí lo podía entender. ¡Era el juicio que yo estaba buscando! Salvo por el hecho de que lo que estaba juzgando eran mis palabras. Yo las había dicho con ironía, pero si me citaba un capullo, entonces ¿qué era yo?

Todos esos hombres que hacen proclamas sobre el mundo..., dijo la abogada. Como si la única política que importara fuera la de los Estados, los ejércitos y las guerras. No me hace falta ver su bibliografía para garantizaros que solo cita a hombres. Con una sola excepción, quizá. Hannah Arendt.

Miré la bibliografía y, en efecto, allí estaba Arendt, con su libro *Sobre la revolución*. Pero un rápido examen del resto de obras citadas no reveló más nombres de mujeres. Entonces, ¿a quién debería estar citando?, pregunté. No lo pregunté a modo de desafío, pero mi tía se lo tomó así.

Primero excluís a las mujeres de la política, de los gobiernos y de las universidades, y luego preguntáis dónde están todas las mujeres y a qué

mujeres deberíamos estar citando.

Bueno, yo...

¡Las mujeres francesas ni siquiera pudieron votar hasta 1945! *Después* de que yo naciera. ¡Acabamos de salir de la Edad Media! Los hombres sois absurdos. Leéis a Marx y a Césaire y a Fanon y habláis sin cesar de capitalismo y de colonialismo y de racismo, pero ¿cuál fue la última mujer a la que leíste? ¿Cuándo fue la última vez que te salió de la boca la palabra *sexismo*, o *patriarcado*, o *falo*? Bah, ¿por qué me molestó en preguntarlo? Tampoco es que tu confesión sea *l'écriture féminine*, ¿verdad? Dios mío, Hélène Cixous te haría pedazos. Se puso de pie y fue a una estantería, y yo mantuve la boca cerrada, lo cual me permitió no tener que admitir que nunca había oído hablar de *l'écriture féminine* ni de Hélène Cixous. Mi tía volvió con un libro y dijo: Por lo menos habrás leído a Simone de Beauvoir, ¿correcto?

¡Por supuesto!, mentí, fingiendo indignación y citando la única frase atribuida a Beauvoir que había oído: «¡La mujer no nace, se hace!».

«No se nace mujer, se llega a serlo», replicó mi tía en tono frío. Al menos te has acercado. Ahora tienes que pasar a Julia Kristeva. Así podrás decir que has leído a dos feministas francesas.

Miré el libro que mi tía me había puesto en la mano, *Pouvoirs de l'horreur: Essai sur l'abjection*. Lo abrí y ojeé el índice:

Aproximarse a la abyección
Algo que temer
De la inmundicia a la degradación
Semiótica de la abominación bíblica
Sufrimiento y horror
Esas mujeres que pueden destruir el infinito
En el principio y sin fin...
Poderes del horror

Créeme, dijo mi tía. Es perfecto para ti.

OceanofPDF.com

Esa misma noche, después de que la abogada y mi tía se fueran a una cena donde pudieran seguir hablando en mi ausencia —¿acaso dos mujeres hablando entre ellas sin un hombre presente emitían algún sonido?—, vino BFD a recogerme con su descapotable. Nos saludamos con cautela y el coche arrancó a una velocidad temeraria. Quizá BFD siempre condujera muy deprisa, o quizá no quisiera pasar mucho rato a solas conmigo, o quizá se moría de ganas de llegar al Cielo. O quizá fuera todo eso junto.

Manejando el volante con la mano izquierda, usaba la derecha para la palanca de cambios, para meterse un cigarrillo en la boca y para encenderlo con el encendedor del coche. Tenía ese aspecto de estrella de cine al que yo aspiraba, aunque en su caso el director sería Fellini, a juzgar por su gazné de cachemir y su descapotable italiano, cuya capota, por desgracia, no se podía desplegar por culpa del frío de mediados de enero. Su condición de seudoestrella casi compensaba el hecho de que cualquiera que llevara gazné merecía ser decapitado, aunque esto era una simple opinión personal, por convencido que estuviera de ella. No me faltaban las opiniones, ni tampoco a BFD.

A fin de no tener que hablar, los dos fumamos sin cesar y escuchamos una cinta de grandes éxitos de Johnny Hallyday, el equivalente sonoro del pastís Ricard, un gusto que el resto del mundo no podía adquirir. Intercambiamos unas cuantas banalidades; la única cuestión sustancial que salió a colación llegó cuando BFD comentó, como quien no quiere la cosa, que hacía tiempo que no veía a mi tía. Supongo que debe de haber encontrado a otro hombre que la mantiene ocupada, ¿verdad?, preguntó. Además de nuestro querido amigo, por supuesto. Se refería al doctor maoísta.

No hay otro hombre en su vida, le dije. No mencioné a la abogada. Hablar de ella y de sus asombrosas hazañas me parecía una traición del misterio que había ocurrido detrás de aquella puerta cerrada, un secreto que yo no tenía derecho a conocer, más que con la imaginación, que incluso la abogada debería admitir que no era responsable de sus actos.

Quizá necesite un descanso, dijo BFD mientras doblaba para coger la calle que llevaba al Cielo. Las mujeres son criaturas sensibles.

Imagino que habrás conocido a muchas mujeres, le dije, apagando la colilla de mi cigarrillo.

Aparcó el descapotable con una sonrisa satisfecha. ¿Tú no?

«Sí. Incontables, literalmente», pensé, porque hacía tiempo que había perdido la cuenta. Pero no lo dije en voz alta. Por una vez —y por primera vez—, me avergonzaba de haber conocido a tantas mujeres, y la aprobación de BFD no era algo que yo ansiara precisamente. De hecho, su aprobación significaría que yo era como él. Y no lo era, ¿verdad?

Soy católico, le dije, abriendo mi portezuela, como si ser católico lo explicara todo, que solía ser el caso.

La sonrisa de BFD pasó de la satisfacción al ligero desdén. Era indiferente a la religión, igual que muchos otros franceses, y esa era una de las razones de que me resultaran tan encantadores. Los placeres y las dificultades de las mujeres no son para todo el mundo, dijo, siguiéndome a la entrada del Cielo. Son un desafío, para aquellos a quienes nos gustan esas cosas.

Reprimí el impulso de darle un puñetazo en la garganta, que tal como me habían enseñado tanto Claude como Bon era la forma más rápida de dejar fuera de combate a un hombre, que por puro reflejo siempre pensaría que la prioridad más alta sería protegerse la hombría. Lo que hice fue sonreír y llamar al timbre, con fuerza, y luego llamar una segunda vez, imaginándome que le estaba hundiendo el ojo en la cuenca ocular. El ama de llaves nos hizo pasar después de que yo le dijera la contraseña —«Quiero entrar en el Cielo»—, que es lo que Jesucristo debió de gimotear mientras su vida se apagaba en la cruz. No había cambiado nada desde que yo me había marchado, ya que el Cielo era eterno: el ama de llaves seguía siendo obsequiosa, el televisor seguía emitiendo una tertulia de intelectuales

y el gorila escatólogo seguía sentado en su sillón con un fino volumen sobre el regazo. La única diferencia era que ya no solo tenía una tirita en la mejilla izquierda, sino también otra en la sien derecha.

Incluso en aquel contexto más bien incongruente, BFD resumaba un aire despreocupado de lustre y cosmopolitismo, con sus pantalones rosas, su camisa blanca desabotonada hasta el esternón, el jersey de color lima echado sobre los hombros, con los brazos a medio anudar sobre el pecho, el pañuelo con sus iniciales, el Rolex de oro, las zapatillas de lona ligeramente gastadas y los tobillos blancos sin calcetines. En aquella sala de espera para hombres ordinarios, el único que estaba a la altura de su meticuloso acicalamiento era el caballero al que nos encontramos cuando entramos. Tenía las señas distintivas de una de las minorías amenazadas de Francia: el capitalista, un tipo de criatura al que casi nunca se veía en todo su esplendor en los vecindarios más conflictivos de París donde yo solía pasar el tiempo. Aquel espécimen ostentaba un plumaje consistente en traje a medida de tela a cuadros, corbata elegante con grueso nudo Windsor, gemelos resplandecientes, mocasines relucientes y un ejemplar de *Le Figaro*; la zona más abultada de su esbelto perfil no estaba en la parte delantera de sus pantalones, sino en la posterior, donde una voluminosa cartera le protegía el trasero de las patadas. Solo los tacones se le veían desgastados, de tanto usarlos para aplastar las esperanzas y sueños de la clase obrera. A diferencia del capitalista norteamericano, que con su traje de corte holgado y su panza en expansión disfrutaba de engullir la sangre de la gente, el esbelto y aristocrático capitalista francés representaba el lado encantador y elegante del capitalismo. A un lado, el feo americano, a quien no le importaba qué comiera, siempre y cuando comiera demasiado, sobre todo cachos enormes de carne roja todavía sanguinolenta. Al otro lado, el francés chic, que prefería la crueldad refinada del *foie gras*.

Como se nos habían acabado los lados, había que mirar arriba y abajo para ver las variedades china y vietnamita del capitalismo, ambas representadas por el Jefe, que las fusionaba en calidad de vietnamita de etnia china. En contraste con el capitalismo del Far West americano y con el capitalismo cosmopolita francés, el Jefe practicaba el capitalismo gánster. Había quien veía aquella versión gánster como la degeneración anárquica

del capitalismo, pero la verdad era que el gansterismo era el mismo origen despiadado, de destrucción mutua, del capitalismo. Hay un aforismo de lo más interesante: «El hombre es un lobo para el hombre», interesante porque los lobos no ponen en peligro a los demás lobos.

¡Querido!, exclamó Crème Brûlée, la mujer para quien se había puesto de pie nuestro pobre capitalista en vías de extinción. Acababa de salir de un pasillo cruzando una cortina de cuentas, con su quimono de minifalda. Tenía la mirada fija en el capitalista en vías de extinción, que acababa de tirar a un lado su periódico de la misma forma en que seguramente tiraba las vidas humanas. Aunque ella era joven y hermosa, y él feo y de edad avanzada, eso era lo que podían comprar el dinero y la piel blanca, multiplicados entre sí. ¡Querido!, murmuró ella cariñosamente. ¿Has echado de menos a la pequeña Crème Brûlée?

No te imaginas cuánto, dijo él. Estás espectacular, como siempre.

Espero que no hayas tenido que esperar mucho.

Para nada, aunque tu guardaespaldas insiste en ver ese programa espantoso.

El gorila escatólogo se encogió de hombros. Si escucharas, quizá aprenderías algo.

No le hagas caso, ronroneó Crème Brûlée. Se aburre y quiere que se aburra todo el mundo.

Sonrió y extendió el brazo. Su piel desnuda y luminiscente hipnotizó al capitalista en vías de extinción, que se acercó a ella despacio con la mano tendida, uno de cuyos dedos exhibía el símbolo más carente de significado del mundo, una alianza. Ella cruzó la cortina de cuentas caminando hacia atrás, atrayéndolo, y mientras yo le hacía un gesto a BFD para que ocupara el asiento del capitalista en vías de extinción, la madam expresionista emergió entre las cuentas, sonriendo con tanta sinceridad enlatada que supe que no me estaba dirigiendo la sonrisa a mí.

¡Querido señor! Cogió la mano de BFD con la suya. ¡Lo estábamos esperando!

Querida señora, contestó él, haciendo una reverencia cortés. ¡Encantado de estar aquí!

Y dicho aquello, la madam expresionista se lo llevó rápidamente al otro lado de la cortina, halagándolo con unas palabras dulces que nunca había usado conmigo. Estaba acompañando a BFD al salón VIP, porque siempre había un salón VIP para la gente como BFD, lo cual quería decir que, si el capitalista en vías de extinción no había tenido aquel privilegio, debía de ser un capitalista de nivel bajo. Abandonado en la sala de espera con los demás bobos no VIP y con el gorila escatólogo, le pregunté a este si se había hecho daño en la cabeza. A modo de respuesta, el gorila levantó el *Cándido* de Voltaire de su regazo para taparse la boca y susurró: No me pasa nada en la cabeza.

Entonces, ¿por qué llevas otra tirita?, pregunté perplejo. ¿Y la de la mejilla tampoco es nada?

Puede que no me pase nada en la cabeza y en la mejilla, pero sí me pasa en el resto de mí.

¿Y qué te pasa?

Es justo la pregunta que quiero que la gente se haga cuando ve estas tiritas. Y todo el mundo ve estas tiritas.

Llaman un poco la atención.

Las tiritas están pensadas para ser invisibles. Pero no lo son cuando las llevo yo.

Las cuentas volvieron a susurrar y se abrieron para revelar a Madeleine. Me vio y mantuvo la sonrisa profesional pegada a la cara, igual de enigmática que la de la *Mona Lisa*. Me saludó con la cabeza pero se desvió hacia uno de los bobos del sofá, un tipo sin afeitar y vestido con chándal, como si estuviera yendo a un evento deportivo. Mientras me dejaba atrás, llevándose a aquel bobo afortunado en dirección al prometedor pasillo que escondían las cuentas, supe lo que tenía que hacer.

¿Puedo ver a Madeleine?, le pregunté al gorila escatólogo.

Se encogió de hombros. A Madeleine la puede ver todo el mundo.

A lo largo de la hora siguiente, mientras me preguntaba quién saldría primero de las cortinas, si Madeleine o BFD, me dediqué a hablar con el gorila escatólogo de Césaire, Fanon y de mi miedo a que, en aquel mundo

tempestuoso, yo fuera lo que Césaire consideraba Ariel. ¿Acaso mi reticencia a seguir suscribiendo la visión que tenían Césaire y Fanon de la violencia como algo inevitable en la lucha contra la colonización era una señal de revisionismo teórico por mi parte, basado en mi propia experiencia? ¿O bien era una simple excusa para justificar mi reticencia a comprometerme de la forma en que ellos veían el compromiso, como una exigencia de levantamiento violento?

Bueno, no eres negro, no eres africano, ya no estás colonizado y eres un intelectual, dijo el gorila escatólogo. ¿Contesta eso tu pregunta?

Gracias, murmuré. ¿Y tú? ¿Has elegido quedarte aquí sentado y vigilar un burdel?

Si los revolucionarios se pueden educar en las prisiones, ¿por qué no en los burdeles? ¿O es que las prostitutas no pueden ser igual de radicales que los presos?

O sea que estás esperando el momento oportuno...

¿Para salir de mi hoyo? Sí. O también se puede explicar de otra manera. Has vivido lo que Gramsci llamaba una guerra de maniobras. Violencia, revoluciones o por lo menos enfrentamientos en las calles. Yo, en cambio, estoy librando lo que Gramsci llamaba una guerra de posiciones. Esa guerra que busca ideas, alianzas, coaliciones, nuevos movimientos; la lucha por una visión nueva...

La cortina de cuentas se abrió y me ahorró tener que decir que nunca había oído hablar de Gramsci; Madeleine la atravesó, me paralizó con su sonrisa profesional, y me dijo —como les decía a todos aquellos bobos—: ¿Estás listo para probar el Cielo? Al cabo de unos momentos este bobo volvía a estar en el dormitorio de ella, escenario de tantas humillaciones, donde me había emasculado a mí mismo con mi autosabotaje. Cuando Madeleine dio un paso adelante y dejó caer su medio quimono, levanté la mano y dije: Espera.

¿Que espere?, dijo ella, como si nunca hubiera oído aquella palabra de boca de un hombre. Pero ¿acaso yo era un hombre? ¿O un simple bobo, como todos los demás que le pedían veinte o treinta minutos de su cuerpo? Un bobo, dos sílabas a juego con mis dos mentes.

Siéntate, le dije. Por favor.

En comparación con la letanía de peticiones y exigencias extrañas que le debían de haber hecho durante su carrera, aquella era inocua. Madeleine siguió sonriendo, se encogió de hombros y se sentó al borde de la cama, cruzando las piernas. ¿Qué puedo hacer por ti?, preguntó.

Nada. Quiero hacer algo yo por ti.

Me puse de rodillas frente a ella.

Espera, me dijo, pero no le hice caso. En el campo de reeducación me había arrodillado con mucha frecuencia. En la iglesia me había arrodillado todo el tiempo. Pero esas habían sido las únicas veces, a menos que uno contara arrodillarse en sentido figurado frente al más sagrado de los altares: la cultura laica francesa. Ahora me arrodillé de forma voluntaria. No era mi conducta normal, ¿y por qué demonios no? ¿Por qué demonios había sido ciego a algo que había estado siempre allí, hasta que la apuesta y arisca abogada me lo había enseñado, por así decirlo, desde el otro lado de aquella puerta cerrada? Casi nunca me había entregado a aquella conducta, porque ni era de mi gusto ni era lo que se esperaba de mí, dada la generosidad de las mujeres por las que me sentía atraído, que ahora yo entendía que siempre me daban más de lo que yo les daba a ellas. En cuanto me imponía una tarea, sin embargo, era el hombre más diligente del mundo, y procedí a complacer a Madeleine lo mejor que pude, animado por sus murmullos y gemidos de asombro, aprendiendo sobre la marcha, dividido entre la ciertamente repetitiva tarea y el verme arrastrado de vuelta en el tiempo por las corrientes de agua salada de mis pensamientos, dejando atrás los campos oscuros de aquella república y los océanos oscuros que la separaban de mi tierra, hasta otra ocasión en que me había arrodillado: mi primera comunión. La trascendencia de aquel ritual a los siete años era comparable a lo que estaba sintiendo ahora de rodillas frente a Madeleine. La primera comunión nos iniciaba en la comunidad de los firmes creyentes que flanqueaban nuestra monísima procesión mientras desfilábamos a paso lento hacia el sacerdote. Y el religioso en cuestión no era otro que mi padre, aunque por entonces yo no lo sabía. Este es el cuerpo de Cristo, nos decía, sosteniendo frente a cada uno de nosotros una luna blanca del tamaño de una moneda. Luego nos la ponía sobre la lengua extendida. Me estremecí al imaginar que los dedos de mi padre me tocaban la lengua, pero lo único que

sentí fue la oblea plana y seca, y me pregunté qué parte de Cristo tendría en la boca. ¿Una rodaja de intestino? ¿Una sección transversal de ojo? ¿Un disco intervertebral? No había tiempo para seguir preguntádomelo, porque el beato y santurrón monaguillo ya me estaba esperando con la sangre de Cristo en un cáliz. Había visto al monaguillo limpiar el borde de la copa con un paño blanco, pero aun así me estremecí al pensar en todas las bocas que habían tocado aquella copa. Apliqué los labios cuarteados al borde de la copa e hice bajar mi bocadito del cuerpo de Cristo con un sorbito de su sangre, lo cual me convirtió al mismo tiempo en caníbal y vampiro. Aquella sangre de Cristo era un dulce elixir sobre una pobre lengua que no estaba acostumbrada a los dulces, y no me iba a conducir a una mayor devoción a Dios, sino, con el tiempo, al libertinaje. Si me gusta demasiado el licor, le echo la culpa a Dios, o por lo menos a sus secuaces. El vino sacramental fue el primer remedio del que disfrutó aquel bastardo de siete años.

La última vez que yo había probado vino sacramental había sido en una misa en la catedral de Notre-Dame de Saigón, una réplica a escala reducida de Notre-Dame de París, adecuada para nosotros, que éramos las miniaturas de nuestros amos franceses. Ahora yo había visto Notre-Dame, igual que la había visto en el pasado mi profesor, la Esponja, y la visión me hizo consciente de que nuestra versión tropical y colonizada no era más que una casa de muñecas. En abril de 1975, Man y yo nos arrodillamos en aquella versión de juguete de Notre-Dame, los dos espías infiltrados en el Ejército del Sur, y mi superior y él me encomendaron mi misión: huir a América en compañía de lo que quedaba del Ejército del Sur y, una vez allí, espiar sus intentos de recuperar nuestro país de las manos de nuestra victoriosa revolución comunista. Mientras permanecíamos de rodillas y conspirábamos en voz baja, las viejas que iban a misa a diario canturreaban sus oraciones. Siempre me había dado miedo aquel murmullo monótono que entonaban al recitar el rosario, con la vista clavada en el cristo crucificado que colgaba sobre el altar. Prefería arrodillarme frente a Madeleine y trazar con la lengua el alfabeto vietnamita, que no era tan distinto del francés. Este último me lo había enseñado mi padre, y ahora lo deletreé sobre Madeleine, practicando cada letra una y otra vez mientras ella chillaba en nuestra lengua natal, y añadiéndoles finalmente a las letras

la puntuación y los acentos, para que no se dijera, hasta que —por fin, ya era hora— dominé la lengua.

BFD era todo sonrisas cuando se metió en el descapotable, y quizá yo también lo fuera. Concededme mi pequeño triunfo; permitidme por un momento ser una anémona de mar que se mece suavemente en una corriente de felicidad. No había sentido semejante euforia desde mi primer encuentro con una mujer, durante mi primer año en el Occidental College, en aquel paraíso conocido como California del Sur, con una estudiante de Literatura Francesa a quien le gustaba llamarme su *petit méti*s. Me habría indignado si me llamara de esa manera alguien que no fuera una preciosidad rubia. Una preciosidad rubia, en cambio, me podía llamar como le diera la gana. ¿Qué importaba que fuera rubia de bote? Le perdonaba aquel nimio camuflaje, dado que yo, disfrazado de inofensivo estudiante de intercambio, tampoco era lo que parecía, y de hecho nadie es exactamente lo que parece.

Me disculpo si he tardado mucho, dijo BFD, interrumpiendo mi ensueño. Se puso a marcar con los dedos sobre el volante el ritmo de otra canción, tras cambiar el casete por una compilación de grandes éxitos de música yeyé, un estilo que me resultaba bastante encantador. ¿Cómo podía no gustarle a alguien *Les Sucettes*, sobre todo si la cantaba France Gall? Tararéé el tema mientras BFD hacía de jockey de su semental italiano por entre los diversos ejemplos de coches Peugeot, Renault y Citroën, que poca gente salvo los franceses parecía interesada en poseer. ¡He perdido la noción del tiempo!, dijo BFD, dando caladas entusiastas a su cigarrillo. Es muy fácil perderla con Lila de la Mañana y Hermoso Loto. ¡Las mujeres jóvenes sí saben hacer que un hombre se sienta un hombre!

¿Ah, sí? ¿Me había equivocado al no pedir una consulta con Lila de la Mañana y Hermoso Loto? ¡Necesitaba desesperadamente sentirme un hombre! O quizá solo quisiera sentirme un hombre. No *necesitar* ser un hombre parecía... liberador. Quizá fuera eso lo que me hacía falta: necesitar menos cosas. Necesitar menos. O quizá... ¿no querer nada?

Pero ¿tú sabes hacer que una mujer se sienta una mujer?, le dije.

BFD le pegó un bocinazo salvaje a un indignante vehículo alemán que lo había adelantado, una bestia bávara que le recordaba tanto su debilidad francesa como la de su descapotable italiano, bonito y carente de potencia igual que su país de origen. Pregúntale a cualquier mujer que haya estado conmigo, gruñó. ¡Satisfacción garantizada! Por supuesto —y me echó un vistazo con el rabillo del ojo—, hay gente que duda de su capacidad para satisfacer a las mujeres. Pero nunca ha sido mi caso.

Reprimí mi impulso de sacarle un ojo a BFD, que tanto Claude como Bon me habían dicho que era la segunda forma más rápida de dejar fuera de combate a un hombre. Estábamos yendo a toda velocidad por las calles oscuras y yo no quería morir en un accidente de coche como Camus, que por lo menos había conocido la fama antes de su muerte repentina. ¿Qué había logrado yo en la vida? Nada. Y tenía una misión que cumplir con BFD, una misión que requería que no lo hiciera enfadar, sino que maximizara uno de mis mayores talentos: el dar coba. Aun así, no pude evitar formularle la pregunta más obvia: ¿No crees que el hecho de pagar a esas jovencitas puede dificultar el sacar en claro si han quedado verdaderamente satisfechas?

Doy por sentado que se han quedado satisfechas porque les he pagado, me dijo. ¿Acaso el capitalismo las degrada tanto a ellas como a mí? ¡Pues claro que sí! Por eso soy socialista. Si viviéramos en socialismo, estas jóvenes no necesitarían ser damas de compañía. *Querrían* ser damas de compañía. Y no necesitarían madams ni proxenetas. Poseerían una participación de los beneficios. ¡Serían accionistas sexuales y no proletariado sexual!

No acababa de funcionarme aquella lógica petulante y triunfal del socialismo erótico de BFD, igual que también se me había hecho raro pagar a Madeleine, y encima hacer algo tan poco vietnamita como dejarle propina. Quiero decir propina de verdad, no el dólar o los cinco francos que la mayoría de los vietnamitas consideraban suficientes, sin importar a cuánto ascendiera la cuenta. Con propina de verdad quiero decir un diez por ciento, una suma que horrorizaría a la mayoría de los vietnamitas, sobre todo a los hombres, y sobre todo en un caso como aquel. Los hombres vietnamitas argumentarían que todo el trabajo lo había hecho yo —un

trabajo que ningún hombre vietnamita haría nunca o por lo menos nunca admitiría que había hecho— y que no había sacado nada a cambio. Pero es que yo no había querido nada a cambio.

Mira, le dije cambiando de tema, si te ha gustado esta pequeña visita al Cielo, conozco un sitio todavía más celestial.

BFD sonrió y me dio un apretón cariñoso en el hombro en un despliegue espontáneo de afecto, o quizá fuera un despliegue calculado. Si ese sitio más celestial que el Cielo tiene más bellezas como Lila de la Mañana y Hermoso Loto, no me lo pierdo, dijo. ¡Qué extraordinario es el cuerpo de una criatura de veinticinco años! Y si encima son de tu raza... ¡deliciosas! Vuestras mujeres... Ah, amigo mío, qué suerte tenéis. Son increíbles Tan delicadas, tan intuitivas, tan libres de vello, tan eternamente jóvenes, tan *incansables*. La mujer asiática conoce al hombre mejor que la mujer occidental. Conoce a los hombres mejor de lo que nos conocemos nosotros mismos. ¡Es perfecta!

Y diciendo esto se llevó los dedos a los labios y tiró un beso agradecido al aire, destinado a aquellas mujeres asiáticas a las que yo nunca había conocido, pese a que había conocido a miles de mujeres asiáticas. ¿Acaso había un club exclusivo de mujeres asiáticas reservadas solo a los hombres blancos?

El único inconveniente que tiene la mujer asiática, siguió diciendo BFD, aunque también sea el origen de su atractivo, es que es esencialmente incognoscible.

¿Incognoscible?, dije.

Inescrutable. Como tú.

¿Como yo?

Sí. BFD se giró para mirarme aunque el descapotable seguía lanzado como una bala por las calles oscuras de la periferia de París. Yo puedo intuir muchas cosas de la gente. A fin de cuentas, soy político. Pero contigo... debo admitir que es imposible. Tu cara es tan imperturbable como... como la de la *Mona Lisa*.

No sé si soy inescrutable. Quizá sea ilegible.

¿Qué diferencia hay?

Si soy ilegible... Si todos esos asiáticos a los que te refieres son ilegibles... quizá solo seamos ilegibles para la gente que no sabe leer.

Semántica...

Y aun en el caso de que seamos inescrutables, ¿qué dice eso de la gente blanca? ¿Alguna vez se dice que la gente blanca es inescrutable? No, de una persona blanca difícil de leer se dice que tiene cara de póquer, que es algo con connotaciones positivas, algo estratégico, que sugiere que uno se está guardando información meticulosamente, mientras que nosotros somos inescrutables porque la gente blanca cree que siempre tenemos algo que esconder...

Ya estás otra vez con que «la gente blanca» tal y «la gente blanca» cual. Soltó un soplando de burla y me meneó el dedo delante de la cara. No eres más que un comunitario.

¿Tú, precisamente tú, me acusas a mí de *comunista*?

¡De comunitario, idiota! ¡De comunitario! ¡De miserabilista! ¡Alguien que se regodea en su desgracia, incapaz de trascender las meras circunstancias de su identidad o de su obsesión con el color de la piel, incapaz de pensar más allá de su camarilla, de su *comunidad*, y que *jamás* podrá ser *humano*, ya no digamos *universal*!

¿Me fallaban los oídos? ¡Un hombre de la misma cultura que Victor Hugo —aquel hombre elevado a la santidad por nuestra religión Cao Dai, el mismo que había dado al mundo *Los miserables* (que confieso que todavía no he leído porque, ya sabéis, tiene mil páginas)—, aquel hombre me estaba acusando *a mí* de ser miserabilista, como si reconocer la desgracia fuera malo! ¡Oh, qué terrible es la desgracia, nunca nos regodeemos en ella! Salvo cuando se trataba de reconocer la desgracia de la clase obrera o de los franceses, en cuyo caso ese regodearse al parecer no era miserabilismo sino *universalismo*.

¡Tú!, le grité, porque él me estaba gritando, y ninguno de los dos estaba mirando ya la calzada. ¡Tú, que tan molesto estás porque os he llamado a ti y al resto de tu gente blancos, eres tú quien nos llama a mí y a mi gente asiáticos!

¡Te llamo asiático porque te presentas a ti mismo como asiático!

¡Yo nunca me he presentado como asiático! Lo que te molesta es que te he obligado a verte a ti mismo. Te gusta considerarte un hombre a secas, no un hombre blanco, salvo cuando te presentas como blanco con cierta ironía autoconsciente. En cambio, que te llame blanco yo es inaceptable, es directamente racista, por mucho que tú mismo y toda la gente blanca llame de forma rutinaria a los demás «mujer asiática» u «hombre negro», como si un hombre negro no fuera un hombre a secas igual que lo eres tú. ¿Qué problema hay si me he fijado en que eres blanco? ¡Oh, qué imperdonable! Supongo que lo único más descortés sería fijarme en tu *pene*.

¡Pero qué zafio imbécil! ¿Me vuelves a acusar de racismo cuando lo único que he dicho es que me encantan las mujeres asiáticas? ¿Qué clase de...?

¡El amor racista sigue siendo racista! Y lo de que yo no soy universal, ¿por qué es? ¿Porque soy amarillo? ¿Porque solo soy medio blanco? ¿Porque soy un refugiado? ¿Porque soy de tu antigua colonia? ¿Porque tengo el acento incorrecto? ¿Porque mi aspecto es objeto de desdén? ¿Porque mi comida es asquerosa? Si Jesucristo, hijo de refugiados, nacido en un mísero establo, persona colonizada, palurdo pobre del campo, despreciado por los líderes de su comunidad y por los gobernantes de sus líderes, humilde carpintero..., ¡si Jesucristo pudo ser universal, también puedo serlo yo, gilipollas!

El descapotable frenó en seco delante de la dirección de mi tía, así que tenemos que reconocerle a BFD que me llevara hasta mi destino en vez de arrojarme a la calle. Abrí de un golpe la portezuela y me apeé de un salto a la acera, y demos gracias a ese Dios en el que no creo de que no pisara una mierda, porque si llego a pisar una, seguramente habría asesinado a BFD allí mismo por ser el representante de una raza, de una nación, de un pueblo o de una cultura que concedía más libertad y amor y comprensión a sus perros que a su gente amarilla. Pero como no había pisado ninguna mierda, me sentí libre, pese a haber perdido los nervios y haberme cargado mi coartada de asiático inofensivo, de vietnamita amigable, de súbdito colonial agradecido. Cerré de un portazo y solo cuando miré a BFD fui consciente de cuánto lo había ofendido, porque por fin se había quedado sin palabras. En vez de vomitar palabras por la boca, vi que se estiraba del rabillo de los

ojos con los índices para imitar unos ojos rasgados y que mantenía aquella pose un momento. Luego se apartó los dedos de los ojos, me dedicó una mueca de burla y arrancó el coche con un chirrido y una descarga de densos humos de escape de diésel, dejándome estupefacto en la acera. El corazón me latía desbocado por la vileza de nuestra conversación, y me tuve que alejar de la puerta del edificio de mi tía para tranquilizarme. ¡Qué paradoja, que justamente quien afirmaba que no le importaba la raza de las personas se fijara tan a menudo en ella!

Escondido en las sombras de la calle, respiré hondo y cerré los ojos. No iba a dejar que BFD me estropeará la velada. No iba a dejarle que destruyera aquello tan bueno que había pasado entre Madeleine y yo, un recuerdo que llevaría conmigo hasta la muerte. *Esto* no pasa a menudo, me había dicho ella al terminar, acurrucándose a mi lado. Y no se refería a la propina. *Esto*, le susurró a mi cuello postcoital, ha sido un verdadero regalo. Y allí, acostado con ella en la más antinatural y escandalosa de las posturas sexuales —el acurrucamiento—, intenté acordarme sin éxito de la última vez que le había hecho un regalo a alguien.

Al día siguiente por la tarde regresé al restaurante del Jefe en París, sintiendo una mezcla de culpa y vergüenza, un brebaje que me resultaba familiar en tanto que católico reticente, puesto que me había visto forzado a beberlo cada día durante mi infancia. ¿Acaso tenía cierta razón la gente a quien no le importaba la raza de las personas por mucho que le importara? Por ejemplo, quizá yo hubiera infravalorado el peor restaurante asiático de París. Quizá fuera mucho más que el peor restaurante asiático de París: muy probablemente era el peor restaurante de París, y punto. ¿Por qué insultarnos a nosotros mismos aun cuando nos estábamos denigrando? ¡Si Michelin publicara una guía de los peores restaurantes, el nuestro merecería tres estrellas! Un orgullo perverso me henchía, pero me desinflé rápidamente cuando Gruñón, que estaba fregando el suelo cuando entré, señaló sin decir nada la escalera que llevaba al retrete.

Merde?, pregunté.

Merde, confirmó él.

Merde! La palabra más útil del idioma francés, fácil de pronunciar y con una expresiva elocuencia de unas condiciones que iban desde lo literalmente fecal hasta lo desagradablemente existencial. Suspiré y puse rumbo al retrete, pero Le Cao Boi asomó la cabeza desde la puerta de la cocina y me dijo: Ven aquí, Camus. El Ronin y Bon también estaban en la cocina, junto con un par de los enanitos, que preparaban la carne de un animal muerto desconocido que quizá terminara convertida en el plato principal de una cena, dando hachazos con sus cuchillos de carnicero mientras en las puntas de los cigarrillos les temblaban puentes de ceniza. Ver a Bon me recordó lo que yo había estado anhelando y temiendo: el estreno de *Fantasía* dentro de dos semanas, el momento en que podría ver a

mi querida Lana si tenía suerte, y también a Man, si ni él ni yo la teníamos. Con nuestro fatídico encuentro en el horizonte, yo seguía sin saber cómo salvarlo, y me alegré de aceptar el consuelo de un cigarrillo que me ofreció Le Cao Boi. Bon lo encendió y el Ronin me dijo: Hemos encontrado tus zapatos.

¿Mis zapatos?

¿Te acuerdas de que para encontrarte rastreamos tus zapatos? El rastreador es tecnología punta americana y un artilugio nada barato. Pues me llamó el viejo mercenario de Indochina que me lo había prestado. Tuve que reconocer que me había olvidado por completo de devolvérselo. Y la otra noche me acordé de que cuando te encontramos no llevabas zapatos. Y se me ocurrió que no había visto tus zapatos tirados en aquel sótano. Y me pregunté: ¿y si...?

El tipo se escapó con mis zapatos.

El Ronin sonrió y señaló el cajón metálico industrial que tenía a su lado en el mostrador, cuya pantalla verde de rayos catódicos mostraba una cuadrícula y un punto que parpadeaba y se movía despacio. Llevo un par de días mirando esto, dijo el Ronin. Ha vuelto al mismo sitio dos noches seguidas y se ha quedado allí toda la noche. Doy por sentado que esta noche volverá.

Esto va a ser divertido, rio Le Cao Boi. Nos sirvió a los tres un chupito de un licor chino detestable que parecía agua y que no tenía más sabor que la quemazón que dejaba dentro del esófago. Sufrí una arcada y me vinieron lágrimas a los ojos, pero a Bon no pareció afectarle. Mi falta de virilidad le hizo gracia al Ronin, que soltó una risilla mientras se servía un segundo chupito y tarareaba con placer después de tragárselo.

Es verdad, dijo, relamiéndose. ¡Esto va a ser divertidísimo!

No salimos de inmediato en busca de Mona Lisa. Primero me tocó bajar al sótano y desatascar la garganta obturada del maltratado retrete. Como en el restaurante teníamos tan pocos clientes, y como ninguno de ellos se terminaba nunca la comida, las probabilidades de que el culpable fuera un cliente eran escasas. Entretanto, los miembros del personal del restaurante

juraban cada tanto que no eran ellos los responsables del desastre, sino alguno de los demás.

Da nostalgia, ¿verdad?, dijo Le Cao Boi cuando volví del retrete temblando y con los ojos llorosos; nostalgia de cómo lo hacíamos en nuestra tierra, en cuclillas junto a un arroyo o un estanque, mirando las estrellas, escuchando las cigarras... ¡Los beneficios del aire fresco! Nada de retretes embozados ni de lavabos apestosos. Solo había que tener cuidado de no estar corriente abajo. Ten, tómate otro, te encontrarás mejor.

Me sirvió un chupito extra del abominable licor chino, y de hecho su quemazón me ayudó a olvidar lo que acababa de ver y de oler. Presenciar el interior de los seres humanos jamás era una experiencia agradable.

Salimos al anochecer, a bordo de la furgoneta que el restaurante usaba para reponer producto, pero la habían repintado y le habían inscrito el nombre de unos electricistas ficticios, LES FRÈRES CHIEN. Le Cao Boi condujo mal, seguramente a propósito, porque no había asientos para todos y a Bon y a mí nos había tocado ir en la cavernosa y mugrienta zona de carga sin ventanas, deslizándonos de atrás adelante por el suelo entre las risillas de Le Cao Boi. A nadie le va a extrañar ver la furgoneta de un electricista aparcada en su calle, dijo el Ronin desde el asiento del copiloto, donde iba sentado con el aparato de rastreo sobre el regazo, junto con un mapa de las coordenadas donde había estado pernoctando Mona Lisa. El trayecto duró media hora, desde las calles de la ciudad hasta la periferia, con todo el mundo fumando mientras Le Cao Boi controlaba el estéreo y ponía una mezcla de temas de pop y rock, cuyo momento estelar fue *Seasons in the Sun*, que los cuatro —y por lo menos un par de mis fantasmas— cantamos a coro con lágrimas en los ojos.

*Goodbye my friend, it's hard to die
When all the birds are singing in the sky
Now that the spring is in the air
Pretty girls are everywhere
Think of me and I'll be there*

La canción tenía esa mezcla perfecta de pop optimista, melancolía triste y filosofía para principiantes que expresaba a la perfección nuestra sensibilidad vietnamita. Esto incluía la sensibilidad de vietnamita honorario del Ronin, que, como todos los hombres blancos, se encontraba con que se la concedíamos encantados, porque a todos nos desconcertaba, nos divertía y nos honraba que alguien que no fuera vietnamita se identificara con nosotros, lo cual, por supuesto, era un signo más de la pequeñez de nuestro país y de nuestra colonización mental colectiva. Los franceses y los norteamericanos, igual que los chinos y los japoneses, simplemente no le daban importancia, como todos los imperialistas, al hecho de que todo el mundo quisiera ser francés, norteamericano, chino o japonés.

*We had joy, we had fun
We had seasons in the sun
But the hills that we climbed
Were just seasons out of time*

Y así nos entretuvimos hasta que Le Cao Boi aparcó la furgoneta delante del edificio donde vivía Mona Lisa y dijo: Ahora, a esperar.

El Ronin dio unos golpecitos en la pantalla del aparato de rastreo y dijo: Se está moviendo, está a unos kilómetros de aquí. Me miró. Vas a tener que identificarlo.

Pasamos las dos horas siguientes con una persona en la parte delantera y tres en la trasera, fumando, jugando a las cartas y apostando, que es la actividad que ha arruinado más vidas vietnamitas que ninguna otra, menos que la guerra pero más que el amor romántico. ¡Pero éramos gánsteres! Arruinar vidas, incluyendo las nuestras, era la meta explícita y el riesgo existencial de nuestra profesión. Lo único que no hicimos para matar el rato fue beber alcohol y fumar hachís, porque, tal como proclamó el Ronin, estábamos trabajando. Yo había perdido todo mi dinero y estaba sentado en un rincón de la furgoneta, mirando con resentimiento cómo Le Cao Boi y Bon apostaban con mi dinero, cuando el Ronin dijo desde el asiento delantero: Se está acercando. Bon y yo nos pusimos pelucas de pelo largo y castaño y gorros de lana, además de unas gafas tintadas para Bon y mis

gafas de aviador de imitación para mí. Luego nos quitamos las chaquetas y los pantalones y nos pusimos otras chaquetas y pantalones de una bolsa de basura llena de disfraces que el Ronin había sacado de Dios sabe dónde. Le Cao Boi arrancó el motor y se apartó de la acera y yo me puse en cuclillas entre su asiento y el del Ronin. Este examinó el monitor del aparato de rastreo y fue diciendo: Izquierda, derecha, derecha, recto, y más indicaciones por el estilo, mientras nos movíamos con la furgoneta para interceptar a Mona Lisa, que avanzaba despacio, seguramente a pie, después de salir de la estación del RER. A través del parabrisas pude ver una zona polvorienta y lúgubre de edificios de apartamentos insulsos, que, igual que sus ocupantes, nunca habían tenido muchas oportunidades en la vida. Si el centro metropolitano del París de las postales era un festín de tradiciones arquitectónicas que te robaban el corazón, aquella colonia nada apetecible de las *banlieues* era simple comida rápida arquitectónica. Luego doblamos una esquina y vi a Mona Lisa a pocos metros, caminando con *mis* zapatos de Bruno Magli. Estaba viniendo en nuestra dirección con un carrito de la compra, uno de los aspectos más encantadores de la vida en París, cuyos residentes iban cada día a pie a buscar su sustento diario y eso los mantenía razonablemente delgados, a diferencia del norteamericano medio de trasero mullido, que cogía el coche para cualquier distancia mayor que una manzana.

Ese es, dije, encogiéndome tras el asiento del Ronin como si no fuera disfrazado. El del abrigo gris. Le Cao Boi dio un frenazo y yo reboté en el respaldo del asiento del Ronin y aterricé de costado, mientras Bon salía disparado también y soltaba una palabrota, aunque él había sido lo bastante listo como para agarrarse de la manecilla de la puerta. A continuación recuperó el equilibrio, abrió de golpe la portezuela corredera, dejándome al descubierto, y bajó de un salto a la calle. Yo me incorporé y mi mirada se encontró con la expresión desconcertada de Mona Lisa, que, siendo un gánster profesional, debería haber entendido lo que pasaba. Bon pegó su costado contra el de Mona Lisa, uniéndolos a ambos en una postura que podría haber sido de contacto fraternal o de amigos, y que permitió a Bon clavarle el cañón de su P38 en el costado sin que nadie lo viera, y en el momento mismo en que Mona Lisa se quedaba paralizado, intentando

decidir si echaba a correr, permanecía quieto o hacía lo que Bon le estaba mandando en francés —*Allez! Dans le camion!*—, bajé de un salto de la furgoneta, rodeé a Mona Lisa con el brazo, le clavé mi revólver, que había sido su revólver, en el otro costado, y lo empujé hacia el vehículo. Mona Lisa empezó a gritar, pero el Ronin, que había cruzado a la parte trasera, lo agarró por las solapas del abrigo y tiró de él hacia dentro. Coge el carrito, me dijo el Ronin, y mientras Bon se subía de un salto a la furgoneta, me giré para hacer lo que me mandaban. Y en aquel instante vi a un hombre con abrigo beige que salía de un portal cercano, viejo y encorvado, en forma de coma, y se ponía a gritarme. Mi primer instinto cuando lo vi fue pensar: «Árabe». ¿Y qué vería él, o a quién? Seguramente no a un asiático ni a un amarillo, porque me había disfrazado. No, lo que vio fue mi identidad universal, la luz ardiente de mi yo absoluto, que brillaba a través de la pantalla de mi piel, encarnada en la última palabra que pronunció: *¡Alto ahí, bastardo!*

Después de media hora de trayecto llegamos a otro mundo gris y marginal de almacenes, que no era ni el vientre ni las entrañas de París, ni tampoco su sobaco ni su ombligo, sino más bien la raja de su culo, el espacio que casi nadie veía y en el que casi nadie pensaba. Es posible que aquella raja húmeda y rancia fuera el mismo vecindario sin alma donde Mona Lisa me había tenido cautivo, pero como yo nunca había visto aquel vecindario a la luz del día, no podía estar seguro.

Olvídate de que sabes dónde está este sitio, dijo Le Cao Boi mientras aparcaba dentro de un almacén gris sin nombre ni personalidad y cuyo exterior hacía juego con la palidez del cielo.

El Ronin dijo: Cógelo, y señaló a Mona Lisa, que tenía los brazos atados detrás de la espalda y la cabeza tapada con un saco.

Bon y yo nos quitamos los disfraces, los volvimos a meter en la bolsa de basura y nos pusimos nuestra ropa. Luego los cuatro llevamos a Mona Lisa hasta las entrañas del almacén, pasando por entre palés abarrotados de cajas que decían CAFÉ, hasta el lugar donde un par de enanitos estaban saliendo de una oficina, con monos de trabajo, mascarillas y gafas protectoras.

¿Qué van a hacer?, pregunté.

Van a repintar la furgoneta, dijo Le Cao Boi. Les Frères Chien ya son historia. La van a pintar de amarillo.

Al fondo de la oficina había una puerta que llevaba a un trastero, y al fondo del trastero había otra puerta que daba a una sala cavernosa vacía y sin ventanas. Empujado por Le Cao Boi, Mona Lisa cayó de bruces a un suelo de cemento iluminado por una sola lámpara de techo, un escenario minimalista perfecto para una obra de teatro de vanguardia de alguien tipo Samuel Beckett, que ya era un poco sádico de por sí cuando se trataba de torturar a sus espectadores. Yo había visto *Los días felices* y *Esperando a Godot* en montajes del Departamento de Teatro del Occidental College, y me había quedado estupefacto. ¿Qué pasaba? ¡No pasaba nada! Pero si no pasaba nada, ¿por qué era incapaz de olvidar aquellas obras, ni siquiera ahora?

El Ronin se giró hacia mí, me guiñó el ojo y susurró: Te lo ablandaremos un poco. Y luego dijo en voz bien alta: Quitadle la capucha.

¿Por qué siempre había una capucha, por mucho que a menudo solo fuera un saco? ¿Cuántas veces había visto prisioneros encapuchados, dando tumbos a ciegas o, como ahora, temblando en el suelo? Después de obligar a Mona Lisa a desnudarse, el Ronin y Le Cao Boi se turnaron para darle puñetazos y patadas, seguidos de cadenazos, golpes con el bate Louisville Slugger y algún que otro poema malo de Le Cao Boi; de vez en cuando hacían una pausa para beber cerveza y picar algo. Bon y yo alternábamos entre apoyarnos en una pared lejana, ponernos en cuclillas, sentarnos en el suelo, fumar cigarrillos y mirar.

¿Sabes qué voy a lamentar?, me preguntó Bon.

¿Qué?, dije.

Que no tendré ocasión de hacerle esto al hombre sin cara.

Yo era el hombre que siempre tenía un plan y ahora no se me ocurría ninguno. Me calcé los Bruno Magli e intenté urdir otra vez una estrategia que me permitiera salvar a Man y ocultarle mi secreto a Bon, pero me estaba distrayendo ver y oír a Mona Lisa, que gemía, lloriqueaba, se sacudía, rodaba por el suelo, suplicaba, gritaba y sollozaba mientras el Ronin y Le Cao Boi lo insultaban, se burlaban de él, se reían, hacían

chistes, soltaban risillas y tomaban polaroids de su trabajo. Cuando por fin Mona Lisa perdió el conocimiento y me pude oír a mí mismo pensar, Le Cao Boi se secó el sudor de la frente y la sangre de los nudillos y me dijo: Venga, te toca a ti.

¿Me toca a mí qué?, pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Puto chiflado, dijo, riendo y dándome un puñetazo en el brazo. Podrías mostrar un poco más de entusiasmo. Lo vas a tener un rato para ti solo. Regalito del Jefe, ¿eh? Ha pensado que querrías darte el gusto de vengarte.

Intenté entusiasmarme un poco, pero no me gustaban los regalitos ni tampoco me entusiasmaban las torturas, conocidas más habitualmente como interrogatorios, y menos habitualmente como diversión. ¡Vamos a divertirnos! Eso era lo que decía Claude cada vez que nos traían a un nuevo prisionero. Y como se me daba muy bien mi trabajo, tanto el de interrogador como el de espía, fingía que me divertía, por mucho que mis actuaciones de aquella época fueran precarias: extraer el máximo número de secretos infligiendo la cantidad mínima de daño al prisionero. Y creía haber tenido éxito hasta que me vi cara a cara con la agente comunista, igual de desnuda que Mona Lisa ahora. La sala de interrogatorios donde ella había experimentado tanta diversión en las manos y extremidades de los tres policías jadeantes, lo que llamaban *el cine*, estaba igual de mal iluminada que esta sala de ahora. ¿Acaso era demasiado pedir que los interrogadores pudieran entender el valor de la luz ambiental?

El Jefe dice que eres un profesional, dijo Le Cao Boi. Como si nosotros no lo fuéramos.

Tú no eres un profesional como él, le dijo Bon. Él era policía secreto. ¡Un interrogador experto de la Sección Especial! En su tono había orgullo, por nuestra amistad, por mi competencia y por nuestra misión de eliminar la amenaza del comunismo, que de alguna forma se había entremezclado con aquel otro proyecto de gansterismo. Aun así, si Bon estaba orgulloso de mí, solo podía ser porque yo nunca le había hablado del interrogatorio de la agente comunista, y por supuesto, porque nunca le había dicho que era, o había sido, lo único que él no podía perdonar: comunista. Pero ¿acaso se dejaba alguna vez de ser comunista, igual que nunca se dejaba de ser católico?

Soy un profesional, dije. Como un médico.

Si eres médico, ¿cuál es tu especialidad?, dijo Le Cao Boi.

La proctología, dije, lo cual arrancó una pequeña mueca de Le Cao Boi, el Ronin y Bon, una evidencia más de que, como interrogador, siempre sabía dónde poner los dedos, esta vez presionando con un pulgar retórico entre las nalgas de ellos. Y eso quiere decir que me gusta hacer mi trabajo en privado, añadí.

Tómate tu tiempo. El Ronin se examinó una uña rota. No tenemos prisa. Pero sería mejor que te cobraras tu venganza antes de que llegue el Jefe.

¿Y cuándo llega?

Le Cao Boi se encogió de hombros: Cuando le apetezca.

¿Qué queréis de él?, Bon señaló con la cabeza a Mona Lisa.

Nada. Y todo. Ha matado a uno de los nuestros.

Lo cual quería decir, como sabía todo el mundo, que Mona Lisa debía terminar muerto.

Me dejaron a solas con Mona Lisa salvo por uno de los enanitos, que llegó al cabo de una hora con los materiales que yo había pedido para el interrogatorio: un cartón de cigarrillos, una botella de whisky, dos botellas de agua (una con gas y una sin) y el carrito de la compra de Mona Lisa. El enanito en cuestión se llamaba Grandullón, porque era el más alto de los siete, aunque eso no significaba gran cosa. ¿Sabes hasta dónde he tenido que ir para conseguirte una botella de whisky?, me dijo. ¿Y para qué quiere un profesional una botella de whisky?

¿Qué sabes tú del trabajo de los profesionales?, le dije, haciéndole un gesto para que se marchara.

Ahora que me había asegurado de que no hubiera más interrupciones salvo las de mis fantasmas, me entregué a dos de mis actividades de ocio favoritas, leer (la n.º 3) y beber (la n.º 2). Después de ver al gorila escatólogo con su ejemplar de *Cándido*, me había comprado yo también una edición de bolsillo. Me lo había leído en el liceo y había disfrutado mucho de su comedia humana entonces y todavía más ahora. Mi profesor esponja me había derramado unas gotitas de sabiduría tibia sobre la frente,

porque era cierto lo que había proclamado una vez ante nuestra clase: que los libros significaban algo distinto cuando volvíamos a ellos al cabo de un tiempo, fermentados por la vida. Miren este mordaz pasaje, que me llenó de grima y al mismo tiempo me arrancó una risilla:

—Me gustaría saber qué es peor: que unos piratas negros te violen cien veces, que te corten una nalga, que los búlgaros te apaleen, que te azoten y te ahorquen en un auto de fe, que te diseccionen y que te manden a galeras (en resumen, vivir todas las miserias que hemos sufrido), o el hecho de estar aquí sentados sin hacer nada...

—Esa —dijo Cándido— es una gran pregunta.

¡Grande, ya lo creo! Y todavía más grande que la pregunta de Voltaire —aunque, presumiblemente, no tan grande como los inagotables piratas negros de su imaginación— eran las dificultades que yo experimentaba para odiar a los franceses. Eran unos cabrones colonizadores, pero nos habían dado palabras como aquellas, por mucho que no fueran palabras destinadas a un bastardo colonizado como yo, francés solo a medias y medio vietnamita, un simple problema matemático cuya respuesta era: inhumano, demasiado inhumano.

Mona Lisa gimió. Por fin había recobrado la consciencia, aunque seguía aturdido, tirado en el suelo, negando con la cabeza y babeando un poco, un paciente despertándose del éter de la mesa de operaciones. Lo arrastré hasta un rincón y lo dejé allí apoyado. Se quedó acurrucado, con las franjas blancas de los globos oculares meneándosele detrás de los párpados entornados.

¿Quieres una copa? Era una pregunta que, cuando me la hacían a mí, siempre me animaba un poco. Me senté en el frío suelo a su lado y serví un vaso de whisky. ¿O dos?

No bebo, murmuró.

Los hombres que no bebían siempre me dejaban un tanto pasmado, pero intenté no juzgarlo, por mucho que se estuviera perdiendo uno de los más grandes inventos de la humanidad. Le ofrecí agua y eso sí que lo aceptó. Le aguanté la mano mientras levantaba el brazo y cuando le ofrecí un cigarrillo no lo rechazó. El agua y el pitillo lo ayudaron a recuperarse algo, y abrió un poco más los párpados.

¿Ya estás feliz?, murmuró. Ya me tienes.

Hace mucho tiempo que no soy feliz. El problema es que tengo dos mentes...

Cállate.

... y sé cómo te sientes ahora mismo. Es mi único talento...

Cállate.

... y he pasado literalmente por lo mismo que estás pasando ahora, en caso de que te hayas olvidado. Pero cuando me hiciste lo que me hiciste, no era la primera vez que me lo hacían. Y le he hecho muchas cosas a mucha gente, así que conozco la sensación de ser el que se está divirtiendo.

Cállate.

Ahora mismo no eres uno, sois dos. Y uno de los dos está sentado aquí diciéndome que me calle. Pero el otro está arriba, en el techo, viendo esta obrita teatral nuestra. Para separar la clara de la yema hay que cascar el huevo, y a ti te han cascado. Estoy hablando con la yema. Tu parte blanca está ahí arriba, es un ectoplasma transparente, una sustancia tan resbaladiza como el semen...

Cállate.

Es posible que no me entiendas, pero al mismo tiempo sí que me entiendes. ¿Verdad que sí?

¿Por qué no acabas con esto de una vez?, murmuró.

Detrás de él, mi quinteto de fantasmas tarareaba: *Acaba de una vez*, pero no les hice caso, ni tampoco a mi prisionero. Le dije que no le iba a hacer lo que él me había hecho a mí. Mientras hablaba, miré a Mona Lisa de la misma manera, estoy seguro, en que miraba al mundo la *Mona Lisa* del Louvre, con una intensa compasión por aquellos millones de personas que se apelotonaban para verla. Si yo miraba a alguien durante el tiempo suficiente, si lo escuchaba durante el tiempo suficiente, era capaz de pegarme su cara sobre la mía y empezar a observar el mundo a través de sus ojos. Cuando era espía, mi meta era cosechar información deprisa, que las células superiores a la mía usaban para socavar la causa del objeto de mi espionaje. Cuando era interrogador e interrogaba a prisioneros que sabían que yo estaba secretamente de su lado, mi propósito era distinto. Si podía conseguir que mi sujeto hablara, quizá lo pudiera salvar de los torturadores.

Si podía conseguir que mi sujeto dejara de resistirse, podía salvarlo de sí mismo.

¿Te vas a quedar ahí sentado mirándome o qué?, murmuró. Di algo.

Pero lo que hice fue ofrecerle más agua y cigarrillos, dos de los pilares de la vida. Bebimos un poco de agua y fumamos un montón, que es la proporción correcta, antes de que me dijera: Te crees muy listo, ¿no? Te crees una especie de Tintín, un bienhechor... Pues me la suda Tintín. No es más que otro colonizador.

¿Acababa de insultar a Tintín, reportero adolescente, detective aficionado y héroe intrépido? Como fan que era yo desde mis tiempos del liceo, me ofendió. Pero reprimí mi ofensa y hablé del tema más grave: ¡Yo no soy un colonizador! Soy un colonizado, igual que tú.

¿Estuviste del lado de los franceses o en contra de ellos?

El Jefe creía que yo estaba del lado de los franceses, de manera que, atrapado como siempre por mis propias fabricaciones, contesté: Del lado de los franceses.

Se volvió a reír. Claro. Tu padre era francés.

Odio a mi padre, dije, y me sentí de maravilla diciendo aquella única frase verdadera, desnuda como el hueso.

Mona Lisa me examinó igual que un estudiante examina un libro de texto de cálculo, con gran reticencia y cierto desagrado. Nunca hay que odiar a tu padre, dijo por fin. Por muy gilipollas que sea. Venimos de los vientres de nuestras madres y de los gilipollas de nuestros padres.

Se había puesto a hablar, que es lo que quiere de su sujeto un interrogador genuino que no sea un simple torturador. ¿Tienes hambre?, le pregunté.

Su hambre se impuso a su orgullo y asintió con la cabeza. Hurgué en su carro de la compra y saqué a la luz las claves de su existencia. Orangina, un bote de Nutella, servilletas de papel, zanahoria rallada, un cartón de huevos y una bolsa de cruasanes industriales, que en el país donde estábamos me pareció algo triste o criminal o ambas cosas. También había unos plátanos pasados y blandos, y pelé uno y se lo di. Pero sus manos, pisoteadas por el Ronin y por Le Cao Boi, no pudieron coger el plátano, así que se lo aguanté. Comió despacio. Un bocado, dos bocados, luego el tercero, y con

aquel plátano a medio comer, de mis simas insondables se elevó un recuerdo a medio digerir, un recuerdo que me había pasado años sin probar, quizá décadas, el recuerdo de mi madre dándome de desayunar un plátano mientras yo leía, sentado en un taburete con un libro en el regazo y el plátano junto a mi mejilla, aguantado por la mano de ella. Mi madre, que no sabía leer más que muy despacio y en voz alta, siempre tuvo muy claro que yo tenía que aprender a leer, y a leer todo el tiempo. Has nacido para leer, me dijo más de una vez. De modo que leí y leí y leí, y hasta el presente nunca había admitido ante mí mismo lo que me contestó mi madre la única vez que le pregunté de dónde venían aquellos libros: de la biblioteca personal de mi padre.

Cuando se terminó aquella crema de cacao y avellana, Mona Lisa se reclinó hacia atrás, dejándome el pellejo de leopardo del plátano, amarillo salpicado de negro. Tiré aquella piel resbaladiza a un rincón alejado, de donde obligaría a Grandullón a recogerlo más tarde. ¿En Argelia se cultivan plátanos?, pregunté. Haz que el sujeto siga hablando, haz que se sienta cómodo, la conversación es la mejor forma y la más duradera de seducción.

Mona Lisa gruñó y dijo: No lo sé, solo he estado un par de veces en Argelia, cuando era chaval y mis padres querían que lo conociera.

Después de nacer allí, le dije.

¡No nací allí! Nací aquí. Soy francés... oficialmente.

¿Y extraoficialmente?

En Argelia me llaman francés. Pero aquí, a veces la gente dice que soy argelino. Otras veces dicen que soy árabe. Cuando tengo mucha suerte, me llaman árabe de mierda.

Hola, árabe de mierda. Yo soy el Puto Chiflado.

Sonrió con benevolencia. En realidad, eres Le Chinois.

¿Ah, sí? Pues tú eres... Me detuve. Me avergonzaba no haber conocido a ningún argelino ni árabe ni musulmán ni africano del norte antes de ir a París. Lo siento, dije con total sinceridad, pero no conozco insultos raciales para aplicarte.

¿Ninguno? Pues eres el primero que conozco. Vale... llámame *bougnoule*.

¿Qué?

Venga. *Bougnoule!* Sin miedo.

Bougnoule!

¡Perfecto!

Me iluminó por dentro un resplandor de éxito, igual de reconfortante que el que inducían los whiskies, vodkas, brandies o coñacs más refinados. ¡Mi francés estaba mejorando!

Ahora di *sale bougnoule*, pero con más fuerza. Ponle despecho.

Sale bougnoule!

¡Mejor todavía! Lo has dicho como si fueras un francés, o una francesa, o hasta un francesito. Pero ten cuidado y no me llames nunca *arabe de service*, o te mataré.

Mona Lisa tembló de la risa y una oleada de ternura por él me inundó las frías arenas del corazón. Ten un poco de esto, le dije, y me saqué del bolsillo una dosis del remedio. ¿Cómo demonios había llegado hasta allí? ¿Acaso no lo había tirado todo por el retrete? ¿Cómo era posible que siempre me reapareciera por arte de magia en los bolsillos? Una pequeña canica de polvos blancos envueltos en plástico. Te sentirás mejor, le dije. O bien no sentirás nada, que en tu situación es lo mismo.

Se quedó mirando un buen rato los polvos blancos, vacilando, hasta que por fin asintió con la cabeza. El remedio era igual de versátil que un actor de reparto. Se podía frotar contra la piel o las encías, inyectar en vena o aspirar por la nariz. Tracé cuatro rayas blancas sobre una caja de galletas saladas del carro de la compra. Acto seguido enrollé un billete de diez francos y se lo aguanté para que pudiera inhalar la primera raya. Después, la segunda. Uau, dije. Luego, la tercera. Cuando se esnifó la cuarta, le dije: Has nacido para esto.

¿Qué?, dijo, sorbiéndose la nariz. ¿Quieres un poco?

Para ser abstemio, te lo has ventilado todo como si nada.

¿Qué es eso que dicen los americanos? Ah, sí. Buena mierda. Apenas siento nada.

Con mis existencias del remedio agotadas, me conformé con un cigarrillo de hachís, del que Mona Lisa también dio caladas. ¿Cómo ha terminado un chaval tan majo como tú dedicándose a esto?, le pregunté a

través del humo que nos salía de los pulmones y se entremezclaba, una pregunta que le arrancó otra risa.

Pregunta a mi hermano. Al que le quitaste el puesto.

Tampoco es que dejara una nota diciendo que su red de clientes era suya.

Es verdad. Saïd está loco, igual que tú. O bueno, loco a su manera.

¿Y dónde está? ¿En un manicomio?

En Afganistán. ¡En Afganistán! Yo ni me enteré hasta que decidió marcharse. Se le metió en la cabeza que quería combatir a los soviéticos. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros?, le dije, ¿a quién le importa el comunismo? ¿Y sabes qué me dijo? No es por el comunismo, es por el islam: los soviéticos están matando a nuestros hermanos. ¿Hermanos?, le dije. A musulmanes como nosotros, me dijo. Por eso te digo que está loco. Cuando éramos chavales le daba igual el islam. Hace solo tres años le daba igual el islam. Era igual que tú y que yo, robaba cosas y vendía droga. ¡Y se divertía! Lo mínimo que podría haber hecho era darme su red de clientes, pero ¿sabes qué me dijo? Me dijo: No quiero animarte a que sigas tú.

¿Y a ti qué te pareció?, le pregunté.

Me dieron ganas de arrearle un puñetazo en la cara.

Como persona a la que mucha gente quería dar un puñetazo en toda la cara, o en ambas caras, yo podía simpatizar con Saïd. Oh, ¿aquella maldita emoción otra vez? El loco de Saïd. Aunque ¿cómo podemos llamar si no a alguien lo bastante desafortunado como para creer en Dios? ¿O era Alá? ¿O Mahoma? Yo sabía tanto del islam como de los árabes. Pero el islam era una religión como el catolicismo, y todas las religiones estaban construidas sobre arenas movedizas. Necesitaban gente necesitada de creer en algo. Y yo había sido una de aquellas personas, hasta que me obligaron a creer en nada, que, ahora que lo pienso, también es de lo que trata la religión.

Quizá deberías perdonarlo, le dije.

¿Perdonarlo?

Igual que te perdono yo a ti, le dije con entonación de sacerdote.

¿Perdonarme *tú* a *mí*? Se estremeció. ¿Por qué?

Me quedé estupefacto, y no era fácil dejarme estupefacto. Por torturarme, le espeté, ¡por obligarme a jugar a la ruleta rusa! ¿Te has

olvidado o qué?

Se rio y se rio sin parar. Si la risa era la mejor medicina, entonces yo debía de ser un proctólogo magnífico. Tendrías que haberte visto la cara, me dijo. ¡Para partirse! Luego dejó de reírse y me dijo: No necesito tu perdón.

No necesitas pedirme perdón para que yo te perdone, le dije.

¡No quiero que me perdones!, me gritó. ¡A la mierda tú y tu perdón!

No hace falta que quieras mi perdón. Te lo estoy dando sin más.

Mona Lisa pareció confuso, igual que mis fantasmas, que estaban de pie detrás de él. Se habían esperado un acto de venganza medieval, que en realidad no era un acto tan medieval, teniendo en cuenta que nuestros muy civilizados colonizadores nos habían infligido unas políticas seculares de castigo y tortura hasta, no sé, hacía unos pocos años, igual que nosotros habíamos destripado presuntuosamente a nuestros enemigos mientras nos golpeábamos el pecho con orgullo patriótico. Pero si yo había sorprendido a Mona Lisa y a mis fantasmas, también me había sorprendido a mí mismo, que siempre es la mejor o bien la peor clase de sorpresa. No había sido mi intención perdonarlo, por mucho que no hubiera estado seguro de qué hacer. Simplemente había querido verlo, hombre a hombre, cara a cara y entrepierna a entrepierna, para poder decidirme. La razón de que te pueda perdonar, dije, con mi voz flotando sobre los vientos de mi petulancia, es porque lo que tú me hiciste a mí yo se lo he hecho a otra gente. No soy mejor que tú, y posiblemente sea mucho peor.

No me arrepiento, dijo Mona Lisa. Joder, lo volvería a hacer, bastardo.

Y yo volvería a perdonarte, le dije.

En otro tiempo, es decir, durante la mayor parte de mi vida, habría amenazado con sacarle un ojo y reventarle una rodilla a cualquiera que me llamara bastardo. Igual que Dios, cuyo nombre no debía pronunciarse en vano, a mí no había que llamarme *bastardo*. Cada vez que me llamaban bastardo, se me ruborizaba el rostro, se me aceleraba el pulso, se me crispaban los puños, se me constreñía la garganta y los ganglios linfáticos de la cólera me inundaban el riego sanguíneo. Y sin embargo, ahora no me sentí molesto. ¿Qué había pasado? Me podía ver desde su punto de vista. Podía habitar no solo su cerebro, sino también su corazón, era el simpatizante por excelencia, sabía que estaba diciendo mi nombre

verdadero, el número de serie de mi ser, grabado en la estructura misma de mis células por la mano que me había creado. Y aun así, él también era un bastardo, por lo menos en el sentido moral. Estábamos sentados a apenas un metro del otro y yo reconocí la humanidad, o quizá, más probablemente, la inhumanidad que compartíamos. ¿Y qué diferencia había? Decir que todos éramos humanos era un simple sentimentalismo, pero decir que todos éramos inhumanos era la verdad. ¿En qué época los humanos nunca hemos sido unos bastardos?

Eres un bastardo extraño, murmuró.

Tengo que serlo, si quiero perdonar lo imperdonable.

Mona Lisa pareció confuso. Eso es imposible.

Las revoluciones siempre intentan hacer posible lo imposible, dije. Y yo soy un revolucionario que ha encontrado su revolución.

Lo que eres es un idiota que está loco.

También podría ser.

OceanofPDF.com

CUARTA PARTE

VOUS

OceanofPDF.com

Sabes lo que sabes.

Sabes lo que *no* sabes.

Pero ¿qué es lo que *no* sabes que *no* sabes?

¿Y qué es lo que *ya* sabes que te *niegas* a saber?

Estos eran los preceptos y preguntas que Claude, el maestro, me había inculcado a mí, su entusiasta aprendiz, durante los meses y años en que fui policía secreto de la Sección Especial, hija adoptiva de la Agencia Central de Inteligencia americana, provista de los más avanzados y punteros métodos policiales de Estados Unidos de América, donados a mi país con abundantes compromisos y condiciones por los inverosímiles tecnócratas de peinados militares de la recóndita Universidad de Michigan. Por entonces no sabíamos que la Universidad de Michigan era la segunda mejor universidad de aquel estado de segunda fila. Las únicas universidades americanas que podíamos conocer de oídas eran Harvard y quizá Yale o Stanford, de forma que achacamos el hecho de no haber oído hablar nunca de la Universidad de Michigan a nuestra ignorancia. Antes de llegar a Estados Unidos en calidad de estudiante de intercambio, lo único que yo sabía de Michigan es que era uno de los lugares donde le gustaba pasar los veranos de joven a Ernest Hemingway, que, según Claude, seguro que habría ido a Vietnam durante los años de la guerra para poner a prueba su hombría y su talento literario, si no se hubiera impuesto ya a sí mismo la prueba suprema con una escopeta.

Solo un hombre de verdad es capaz de morir así, joder, me dijo Claude el día en que me regaló un ejemplar de *Hombres sin mujeres* por mi vigésimo quinto cumpleaños, el primer regalo de cumpleaños de mi vida, a

menos que contáramos mi nacimiento, que había sido y sería siempre el regalo de cumpleaños más grande de todos, y que me había hecho la única persona que me lo podía hacer: mi madre. ¿El primer regalo de cumpleaños de tu vida?, se asombró Claude. Le expliqué que nunca había tenido ni siquiera una fiesta de cumpleaños, por lo menos que yo recordara, dado que mi gente —los vietnamitas, no los franceses— no celebraba más cumpleaños que el primero y el octogésimo. Cumplir un año era importante, debido a las altas cifras de mortalidad infantil, y llegar a los ochenta era otro hito, a la vista de las muchas y coloridas formas de morir en una tierra pobre, rural, caótica e injusta (pero aun así preciosa) como la mía.

Vive y deja vivir, me dijo Claude, dándome el regalo envuelto en papel de periódico. Es mi libro favorito de Hemingway, siguió diciendo mientras yo me sentaba en su ligeramente sofocante apartamento del hotel Edén, la residencia favorita de la CIA en Saigón. Hemingway está considerado el escritor más grande del país más grande del siglo más grande de la historia humana, dijo Claude. Por tanto, el escritor más grande de todos.

Me sirvió dos dedos de Jack Daniel's y le agradecí que sus dedos fueran considerablemente más gruesos que los míos.

Un hombre de menor talla habría usado una simple pistola de cañón corto, dijo Claude, alzando su vaso con la misma reverencia con que mi padre alzaba el cáliz frente a su congregación. Pero Papá Hemingway eligió una escopeta. ¡Bang!

Que todos seamos igual de valientes cuando nos llegue la hora, les decía Claude a sus estudiantes, de los cuales yo era el único que había oído hablar de Hemingway, y solo porque había leído *Fiesta* en el curso que impartía el profesor Hammer sobre la era del jazz y la generación perdida en el Occidental College. Me pregunto, reflexionaba Claude ante nuestra desconcertada clase, si el mismo Papá Hemingway lo sabía. Si se conocía realmente a sí mismo. Porque vuestro trabajo como interrogadores es conocer a vosotros mismos a fin de poder persuadir a vuestros sujetos para que se conozcan a sí mismos. Estoy hablando de ser verdaderos interrogadores, muchachos. No de torturadores. *No sois torturadores*. Torturador puede ser cualquiera, por mucho que también sea una especie de arte, igual que puede serlo la pornografía.

El hecho de que Claude usara la crítica literaria para ilustrar las técnicas de interrogatorio a veces confundía a mis compañeros de clase, pero es que Claude venía de una estirpe muy minoritaria de americanos apasionados que eran al mismo tiempo patriotas y patricios. Igual que yo, había estudiado en un internado, la superelitista Phillips Exeter Academy de Nueva Inglaterra. Allí había leído a los clásicos, había practicado el remo y se había preparado para convertirse en tropa de asalto del excepcionalismo norteamericano, que es como los norteamericanos se refieren con delicadeza al «imperialismo norteamericano», una expresión que nunca hay que mencionarles a los norteamericanos, que creen sinceramente, igual que todos los imperialistas, que han conquistado el mundo por el bien de este, como si el imperialismo fuera una especie de penicilina (para los nativos) y el poder, el beneficio y el placer fueran simples efectos secundarios inesperados (para los médicos). Igual que yo, Claude creía en las virtudes del arte y la literatura, y no le parecía contradictorio que una persona culturalmente refinada pudiera ser también un guerrero. Como los griegos, decía. El cuerpo y lo que hagas con él también es un arte.

De manera que me pasé las dos semanas siguientes en el almacén, ejerciendo aquel arte que había aprendido de Claude sobre el cuerpo —y la mente— de Mona Lisa, y también lo ejercieron Bon, el Ronin y Le Cao Boi, y pronto fue quedando claro que, para el Ronin y Le Cao Boi, los interrogatorios eran arte por amor al arte. Bon consideraba el interrogatorio un ejercicio, algo que quizá resultara agradable o quizá no, pero que había que desempeñar con eficiencia y con relativa rapidez. En cambio, el Ronin y Le Cao Boi no eran nada eficientes, se limitaban a pasar por allí un rato cada día o cada dos días para divertirse, y no mostraban prisa alguna por alcanzar nuestra meta de averiguar dónde se escondía el resto de los camaradas de Mona Lisa para que el Jefe pudiera liquidar a sus competidores. En cuanto al Jefe, solo visitó el almacén una vez para ver cómo iba la cosa. Examinó el cuerpo encogido, desnudo y magullado de Mona Lisa y pareció quedarse satisfecho, aunque no le impresionó la información que yo había extraído y registrado en un cuaderno, que incluía el pueblo natal de los padres de Mona Lisa (Sour El Ghozlane), sus resultados académicos (mediocres), su pasatiempo favorito (montar

maquetas de aviones), su comida favorita (el doner kebab), el destino de uno de sus tíos (arrojado al Sena por los gendarmes junto con varias docenas más de argelinos, porque la pasma es la pasma sin importar su nacionalidad), sus opiniones políticas (a medio camino entre la apatía y el anarquismo) o sus motivaciones para convertirse en gánster. Igual que yo, tenía una relación conflictiva con su padre. Pero yo no odio a mi padre, me dijo Mona Lisa. Si nos pegaba a mis hermanos y a mí, era solo porque los franceses le habían pegado antes a él. O quizá no solo por eso. Quizá realmente fuera un gilipollas y los franceses solo lo empeoraron. ¿Quién sabe? Otro de mis tíos luchó contra los franceses en Argelia. Se lo llevaron los paracaidistas y mi padre —que por entonces era adolescente— tuvo que ir a recoger lo que quedaba de su hermano para enterrarlo. Eso te jode la cabeza. Y luego tú jodes a tus hijos y ellos joden a los suyos y así sucesivamente.

Si tan consciente eres de estar jodido, le dije, puedes intentar pararlo.

¿Intentarlo? Lo he intentado. No me fueron tan mal los estudios. Sabía ponerme corbata y presentarme a entrevistas de trabajo. Hablo francés bien. Nací aquí. Pero oía cómo les cambiaba la voz por el teléfono, o bien les veía la cara cuando decían mi nombre, y eso cuando llegaba hasta ahí. Moussa. No es un nombre francés, me decían, como si me estuvieran entrevistando solo para decírmelo a la cara. Lo único que tenía que hacer era cambiarme de nombre. Y admito que probé varios distintos. Gaspard. Maxime. Charles. No casaban conmigo. Me incomodaban. Y pensé: «He ido a vuestras escuelas, que son las mías. He aprendido vuestro idioma, que es el mío. No me siento árabe para nada, salvo cuando la gente me llama árabe. ¿Y con eso no basta? ¿Ahora también me tengo que cambiar el nombre que me pusieron mis padres?». Y supe que no se acabaría ahí la cosa. No se acabaría nunca. No se quedarían contentos hasta que me casara con una mujer que se pareciera a ellos, les diera hijos que fueran más como ellos que como yo y solo tuviera amigos entre ellos. Querían mi alma. Pero no se la iba a dar. Mis opciones eran ser cien por cien francés o ser un moro de mierda, así que decidí hacerme cien por cien gánster.

Registré este diálogo en el cuaderno, que el Jefe leyó por encima antes de tirármelo al pecho. ¿Por qué te estoy pagando por esta mierda? ¿Sus

series de televisión y músicos favoritos? ¿Su mujer ideal? ¿Lo que quiere hacer con su vida? ¿Qué estás haciendo, escribiendo su biografía? ¿A *quién cojones le importa todo esto?*

Hizo una pausa, fulminándome con la mirada, y yo bajé la vista con sumisión, esperando los dos a que transcurriera el silencio apropiado a modo de respuesta a su pregunta retórica.

Quiero que hayas terminado para el sábado que viene, dijo por fin el Jefe. Esa noche se estrena *Fantasía* y la noche antes habrá una fiesta muy especial para BFD y muchos otros VIP. Le gustó su visita al Cielo. Mucho. Ya ha vuelto un par de veces. Y si le ha gustado el Cielo...

Le va a encantar lo que le tenemos preparado, se rio el Ronin.

¿Qué le tenemos preparado?, pregunté.

Ya lo verás. Tú formas parte del espectáculo. Necesitamos a toda la gente que podamos conseguir. Estate allí a las seis. El espectáculo empieza a las nueve. Me dio una dirección en la lujosa avenue Hoche, cerca de donde vivía uno de mis clientes, un locuaz abogado especializado en fusiones y adquisiciones. En cuanto a este tipo, si no eres capaz de acabar el trabajo tú, ya lo acabo yo, dijo el Jefe, dándole una patada en las costillas a Mona Lisa. Mona Lisa soltó un grito teatral, consciente de que, si no lo hacía bien, volvería a recibir otra patada, y más fuerte aún. Luego el Jefe se marchó con Bon, que me dijo a modo de despedida: ¿Cuándo vas a venir a cenar con Loan? Le puse como excusa que el interrogatorio de Mona Lisa ocupaba todo mi tiempo, aunque la verdad era que me incomodaba ver a Bon con otra mujer.

¿Quizá incluso te pone celoso?, me preguntaron mis fantasmas con una risilla colectiva.

A callar, dije.

No he dicho nada, murmuró Mona Lisa desde el suelo.

Volvía a estar a solas con él en la celda, mientras en el almacén de fuera dos de los enanitos protegían el café, que a diferencia del hachís no susurraba. No hablaba en absoluto. Los verdaderamente poderosos dejaban que otros hablaran por ellos.

¿Qué estaba diciendo tu jefe?, murmuró Mona Lisa desde el suelo.

Que te queda una semana, le dije, lo cual significaba que a mí también me quedaba una semana antes de que Bon se enfrentara a Man, si es que Man asistía a *Fantasía*, y asistiría, porque *Fantasía* era como oxígeno para nuestra gente. Y todo el mundo necesitaba oxígeno, sin importar su edad, su ocupación o su credo. Por una noche dejaríamos de lado nuestras diferencias, nuestro pro o anticomunismo, y nos uniríamos en nuestro intenso amor a las canciones, los bailes y la comedia chusca, cuanto más chusca, mejor. Por un lado, me moría de ganas de ver a Lana. Por otro, quería posponer de forma indefinida el ver a Bon con su pistola en la mano, encañonando al hombre sin cara que rondaba sus sueños. Entretanto, no sabía cómo salir de aquella situación con Mona Lisa, que se había resistido a todas mis súplicas y persuasiones. Quizá todavía no hubiera agotado todos los trucos que me había enseñado Claude, ni los que había inventado por mi cuenta. O quizá estuviera harto de saber y no quisiera romper a Mona Lisa porque no quería saber lo que él sabía. O quizá ya supiera lo más importante que sabía Mona Lisa, aquel hombre que había dicho en más de una ocasión, a veces con resignación y a veces con desafío: Prefiero morir.

Me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo en París y me había asimilado demasiado cuando llegué a la dirección de la avenue Hoche a las seis en punto de la tarde del viernes. La puntualidad no es un rasgo de mi risueño pueblo, que tiene una noción del tiempo más flexible que los franceses. Para mi gente, el elegante edificio que yo tenía delante podía estar a una hora del apartamento de Mona Lisa o a tres horas, dependiendo de su estado de ánimo. El vestíbulo revestido de mármol con sus puertas dobles de acabados metálicos, paredes de espejos y lámparas de araña de cristal sugería que probablemente cualquiera de sus habitantes tenía más dinero del que costaba la vivienda de Mona Lisa más el que tenían todos sus inquilinos juntos. Me vi a mí mismo en el espejo del suelo al techo, y mi reflejo me recordó que, de acuerdo con el cómputo occidental, tenía treinta y siete años. Según la tradición vietnamita, tenía treinta y ocho, ya que allí se contaban los nueve meses de arrendamiento del útero materno. ¿Y por qué no contar aquellos meses? Había estado bien alimentado y

caliente, en la mejor cámara de privación sensorial del mundo, por oposición a la peor clase, aquellos acuarios que privaban a los prisioneros de toda luz, sonido y sensación, reduciéndolos a unas masas temblorosas de gelatina, que era lo que había hecho por mí Man en el campo de reeducación después de leerse el manual de interrogatorios de la CIA. Se me veía un poco amarillo en la pared de espejos, vestido igual que yo, un camarero de restaurante barato, con unos pantalones de tela negros poco inspiradores y una camisa blanca de manga larga que ya no era del todo blanca. Las partes más glamurosas de mi persona eran los zapatos de Bruno Magli y el pelo, que llevaba engominado hacia atrás al estilo de las décadas de 1930 y 1940, cuando todo el mundo llevaba el pelo corto y reluciente, y no largo y desmañado como dictaba la poco elegante moda de hoy en día. Pero aparte del pelo, que seguía siendo negro, el resto de mí estaba viejo y cansado, ya hacía tiempo que el cohete acelerador de mi juventud había sido descartado en mi camino a la órbita de la mediana edad. Muy probablemente ya había vivido la mitad de mi vida, lo cual no estaba nada mal, teniendo en cuenta los galones infinitos de whisky que había amado, los incontables cigarrillos que había adorado y las docenas de mujeres a las que confiaba en haber divertido.

Me vi elevado a la cuarta planta de aquel edificio de seis plantas, que no me pareció una ubicación tan impresionante hasta que me di cuenta de que el apartamento al que iba tenía tres plantas. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, emergí a un rellano hexagonal cubierto con una gruesa moqueta de color rojo vivo en la que se me hundían las suelas. Las barandillas eran de una madera oscura y bruñida, que sospeché que se había extraído sin anestesia de una colonia de árboles pelados. Nada crujía ni exudaba olor a moho, que eran las encantadoras características de casi todos los edificios parisinos que yo había visitado. Clavé el dedo en el timbre y se oyó un timbrazo al otro lado. Me abrió la puerta el gorila escatólogo, vestido solo con un taparrabos blanco, un collar de hierro en torno al cuello y tres tiritas: las antiguas de la mejilla y la sien y una nueva puesta en diagonal sobre el pectoral izquierdo, tres pistas de aterrizaje de color claro flotando sobre su piel negra.

¿Qué estás haciendo tú aquí?

No preguntes, me murmuró.

Pero ¿qué llevas puesto, por el amor de Dios?

No preguntes, volvió a murmurar.

No solo estaba casi desnudo, sino que relucía con el lustre de un coche nuevo; el cuerpo lubricado le brillaba bajo la luz. Del otro lado del vestíbulo venía un murmullo de voces, un traqueteo de platos y un tintineo de copas.

Tu disfraz está en los aposentos del servicio, dijo el gorila escatólogo, arriba del todo. Cuando puse rumbo al vestíbulo, me dijo que no con la cabeza y señaló. Por detrás. Por la escalera de atrás.

A mi espalda, las anchas escaleras principales se enroscaban alrededor del hueco acristalado del ascensor. Y al otro lado del hueco, una puerta llevaba a otra escalera más estrecha y oscura. Contemplé la escalera, lo miré a él y le dije: Entonces, ¿aquí estamos librando la guerra de maniobras o la guerra de posiciones?

Hizo una mueca y me cerró la puerta en la cara. Subí hasta la quinta y sexta plantas y por fin ascendí el último tramo de escaleras que llevaba a las buhardillas, vigiladas por uno de los Siete Enanitos, al que llamaban Chungo, por razones que nunca me había apetecido averiguar. Iba vestido con turbante, chaleco de brocado rojo por encima del pecho desnudo, unos deliciosos pantalones de seda blanca que se le abombaban en torno a las rodillas y los tobillos y unas babuchas púrpuras bordadas y con las punteras curvadas hacia arriba. Ni se te ocurra preguntar, masculló, abriendo la puerta e indicándome que entrara. Y más te vale olvidar lo que acabas de ver.

Puede que aquello fueran buhardillas, pero a diferencia del apartamento que yo había compartido con Bon, la pintura no estaba descascarillada, los suelos de parqué no estaban desgastados, ni las ventanas rotas. La primera sala reveló un perchero lleno de disfraces y al Ronin de pie frente a un espejo, anudándose una corbata negra. Señaló los disfraces con la cabeza.

Esta noche estás a cargo de repartir la mercancía, me dijo. Y te vas a poder vestir con ropa vietnamita de verdad.

El Ronin llevaba indumentaria colonial informal: traje de lino blanco, camisa de lino blanca y zapatos marrones de cordones. Mi atuendo

vietnamita era un *ao dai* marrón con pantalones de seda negros y sombrero de fieltro negro, atuendo de gánster de Cholon de los años veinte, un estilo rufianesco que de hecho me gustaba bastante.

Va a ser todo un espectáculo, chaval, dijo el Ronin, guiñándome el ojo y dirigiéndose a las salas de más allá.

Dentro de las salas conté a trece chicas, todas desnudas en un noventa por ciento y displicentes en un cien por ciento, acicalándose bajo la supervisión de la madam expresionista, que llevaba un traje pantalón reluciente y ajustado hecho con una especie de tela plateada para trajes espaciales. Tres chicas negras, otras tres que yo estaba seguro de que eran árabes o norteafricanas, y tres chicas cuya blancura era tan blanca que se las veía literalmente blancas: una rubia, una morena y una pelirroja. A las otras cuatro ya las conocía: Lila de la Mañana, Hermoso Loto, Crème Brûlée y Madeleine. Las chicas levantaron un momento la vista cuando el Ronin y yo entramos y siguieron con su transformación, de chicas naturalmente atractivas a artefactos incendiarios femeninos. El ruido de las charlas y de los secadores de pelo colmaba el aire. Crème Brûlée me puso mala cara, pero Madeleine me guiñó un ojo. No me sorprendió en absoluto que el corazón me latiera con fuerza y que la respiración se me acelerara al ver toda aquella carne perfecta, luminosa y prácticamente carente de vello y todos aquellos pechos desnudos y boyantes; la única concesión al pudor eran unas braguitas de encaje tan insustanciales y tentadoras como anuncios de televisión. Lo que sí me sorprendió fue la incomodidad que me agitaba la tripa, un movimiento diarreico de asco que estropeaba todo el placer.

Ya sé, susurró el Ronin, como si pudiera leer por lo menos una de mis mentes. *Ya sé.*

Para cuando llegó el primero de los invitados, yo ya estaba disfrazado. Mi trabajo era darles la bienvenida en el vestíbulo, en el primer nivel del apartamento tríplex, en compañía del gorila escatólogo. La sala estaba flanqueada de plantas en macetas, en el suelo había una alfombra oriental, resignada a ser pisada por zapatos —algo que jamás sucedería en el Oriente de verdad—, y de la pared colgaba una pintura china, un paisaje de

montañas y niebla en donde un ser humano minúsculo ascendía una senda de montaña, insignificante al lado de aquel paisaje majestuoso que lo rodeaba y de los caracteres chinos del poema, que yo no podía leer porque los chinos no habían colonizado lo bastante bien a mi gente. A la atmósfera se añadían las barritas de incienso que había encendidas en todas las salas, así como el cuarteto de jazz que tocaba en la esquina del salón. Batería, contrabajo, saxofonista alto y pianista, todos con trajes vistosos y relucientes, y un par de ellos con sombreros de copa baja, poseedores de pasaportes norteamericanos y herederos del pedigrí jazzístico más auténtico y sofisticado: Chicago, Nueva Orleans, Harlem, Washington D. C. Yo había charlado con ellos antes de que llegaran los invitados y los había alucinado con mi inglés americano y mi dominio de la jerga y la cultura americanas, incluyendo el jazz, una de las pasiones de mi mentor, el profesor Hammer, que sentía predilección por el estilo de la Costa Oeste y el bebop. Eso me permitió mencionar nombres: Charlie Parker, Thelonious Monk, Dizzy Gillespie, Ella Fitzgerald, Billie Holiday y otros. Los miembros del cuarteto habían asentido con la cabeza al oír aquellos nombres legendarios. Igual que yo, eran refugiados, aunque en su caso habían huido de la panza flácida del zafio racismo americano, solo para caer en las zarpas del petulante y pagado de sí mismo racismo parisino. Cuando probé a hablarles en francés, el líder del cuarteto negó con la cabeza y susurró: No, colega, no hablamos francés. O sea, *sabemos* hablar francés, pero no lo hablamos *aquí*. O bien, cuando lo hablamos, lo tenemos que hablar mal, como *americanos*, ¿me entiendes? Si hablamos francés bien, creerán que somos *africanos*. Si creen que somos *americanos*, nos tratan de maravilla, pero si creen que somos *africanos*...

Nos tratan como a la mierda, dijeron los otros tres.

El cuarteto estaba tocando Dexter Gordon cuando empezaron a llegar los invitados, todos de buen humor, ¿y por qué no iban a estarlo? Había una banda de negros americanos auténticos tocando jazz, la mayor aportación cultural de América al mundo, si por cultura nos referimos a algo digno de los grandes, y no a las demás aportaciones culturales notables de América que habían transformado el mundo durante el siglo xx: el rock and roll, la comida rápida, los aviones y la bomba atómica. ¿Y qué más hacía feliz a

aquellos invitados? ¿Pues por qué no un africano huraño, amenazante y casi desnudo abriéndoles la puerta, cazado y transportado desde el corazón de las tinieblas, y un camello indochino al que darle sus chaquetas? Aquel dúo de sirvientes afroasiáticos les ofrecía la dosis perfecta de peligro y excitación, esposados por la servidumbre y animados por el misterio. No era de extrañar que Bon hubiera rechazado aquel trabajo, tal como me dijo el Ronin que había hecho. Por no mencionar que el espectáculo de las chicas casi desnudas habría ofendido a un católico devoto como él. Ya lo vería al día siguiente por la noche en el estreno de *Fantasía*, donde tenía planeado aceptar por fin la invitación a cenar de Loan. Lo ayudaría a mirar adelante, a reconocer que podía llorar a su mujer y su hijo muertos y aun así encontrar un nuevo amor. Esta noche, sin embargo, yo quería volver al pasado. Como me había indicado el Ronin, me dediqué a hacer reverencias y hablar francés un poco macarrónico, lo bastante correcto como para que los invitados me entendieran y lo bastante malo como para que me desdeñaran mientras les besaba figuradamente el culo, un gesto igual de importante para alguien como yo que el hábito francés de besarse en las mejillas. Los invitados solo reparaban en mi presencia con el gesto de cargarme con sus chaquetas de la mejor calidad, apropiadas para unos hombres de aspecto muy adinerado y tan blanco que hasta su pelo era de aquel color. Lo más oscuro que tenían algunos de ellos era el pelo castaño, y solo lo tenía un puñado de aquellos tipos de mediana edad. Uno iba vestido con un poco imaginativo esmoquin con pajarita, un atuendo que no prometía ningún contacto sexual más excitante que el que podría ofrecer un misionero. Otro iba vestido nostálgicamente, con un traje de lino blanco como el del Ronin pero con el coqueto añadido de un salacot. Potencialmente más excitante, o quizá aterrador, era el hombre que llevaba monóculo y batín de terciopelo púrpura, cuya aura de humo de puro enmascaraba cualquier posible olor corporal. Luego estaba el cazador de caza mayor con atuendo de safari, equipado con rifle de caza con mira telescópica y un callo invisible en el alma. Había dos invitados más con uniformes militares que les venían demasiado prietos a sus cuerpos entrados en años y en carnes, uno con estrellas de general y el otro, con el uniforme caqui y el quepis blanco de la Legión Extranjera. Un par de ellos me

dejaron muy preocupado con sus variedades de túnicas orientales y turbantes de origen vagamente norteafricano o de Oriente Medio. Uno incluso se había ennegrecido la cara con algo que parecía betún, lo cual le acentuaba todavía más el blanco de los ojos y el rojo de los labios. Soy Aladino, le decía con orgullo a todo el que le preguntara y también a quienes no le preguntaban, yo entre ellos. Aquel Aladino con turbante sonreía de oreja a oreja cuando se presentaba, agitaba las manos ennegrecidas y meneaba los dedos ennegrecidos, y sus uñas blancas y dientes blancos destacaban aún más en contraste con el negro de su piel, aunque teniendo en cuenta que se suponía que era árabe —¿Aladino era árabe?, de pronto no lo tuve claro, pero desde luego era oriental de alguna clase—, quizá habría que decir que su piel era marrón, pese a que Aladino no había usado betún marrón sino negro, pero como estábamos en el reino de la fantasía, ¿qué importaba que aquel granuja místico fuera negro o marrón, o lo que fueran en realidad el negro o el marrón cuando hablábamos de las variedades de tonos de piel por oposición a las realidades del betún? El otro que me sobresaltó de veras fue el excéntrico que llevaba sotana negra de sacerdote, con los faldones hasta los tobillos, alzacuellos blanco, solideo en la coronilla y un manto sobre los hombros. El crucifijo que llevaba al cuello se mecía sutilmente, y a punto estuvo de hipnotizarme, igual que sus ojos grises sin fondo. Murmuré algo ininteligible —¿quizá fue «padre»?— y cuando el sacerdote trazó la señal de la cruz en el aire de encima de mi cabeza, me dio la sensación de que no llevaba ningún disfraz, sino que era en verdad sacerdote. Había diez hombres en total, y el décimo era BFD, que puso una sonrisilla petulante y fingió que se le caía accidentalmente la chaqueta al suelo. Iba vestido de gilipollas, es decir, llevaba la levita larga, los pantalones de tela gris y la chistera de un caballero inglés, o de un noble europeo del siglo XIX, con aquellos modales refinados e indumentaria exquisita que los cualificaban perfectamente para levantar imperios genocidas en ultramar que saqueaban países no blancos, esclavizaban o masacraban a sus habitantes y santificaban los resultados con el nombre de *civilización*. Si no os resulta persuasiva la palabra de un bastardo, quizá os lo resulten las palabras de Sartre cuando escribe sobre Fanon: «Entre nosotros, ser hombre equivale a ser cómplice del

colonialismo, ya que todos sin excepción nos hemos beneficiado de la explotación colonial». O para decirlo con mis propias palabras: blanquear los beneficios ensangrentados de la colonización era la única clase de limpieza que los hombres blancos llevaban a cabo con sus propias manos.

BFD se me acercó mucho mientras yo me levantaba de la posición lameculos que había asumido para recogerle la chaqueta y me dijo —lo bastante fuerte como para que lo escucháramos el gorila escatólogo y yo—: Que te jodan.

Gracias, le dije yo, quizá la única respuesta que le podía hacer callar; lo cual no había sido mi intención, aunque fue un efecto secundario agradable verlo fruncir el ceño, gruñir y alejarse sin decir ni siquiera «de nada». Quizá pensara que se lo estaba diciendo con sarcasmo, pero mi sinceridad había sido total. Le agradecía a BFD la sinceridad de decir en voz alta lo que los colonizadores siempre piensan de los colonizados, por lo menos cuando los tienen delante cara a cara. Bajo toda la pompa, circunstancia y retórica de *la mission civilisatrice*, la realidad era que nos odiaban en el peor de los casos y nos consideraban inferiores en el mejor, y que nuestra única esperanza de conseguir la igualdad era transformarnos en imitaciones de ellos. Imité los andares de BFD mientras lo seguía al salón donde los caballeros estaban departiendo de manera amistosa, servidos por tres de los enanitos, que iban de un lado a otro traficando con bandejas de bebidas viriles y recargados *hors-d'oeuvres* que parecían naturalezas muertas en miniatura. Los tres llevaban el mismo disfraz oriental ridículo que Chungo, aunque ahora me fijé en que también portaban cuchillos curvos por debajo de las fajas amarillas que les rodeaban las cinturas, y sospeché que no estaban allí solo de adorno. Grandullón, Enojado y Apestoso solo llevarían cuchillos de verdad.

Nuestro risueño pueblo tenía afición a los apodos pintorescos y apropiados, como por ejemplo llamarme a mí Bastardo o Puto Chiflado. Pero ¿quién estaba más chiflado: yo o el desconocido propietario de aquel apartamento fabuloso, una persona de gustos realmente peculiares que había colgado encima de su chimenea una pintura de una mujer japonesa de la era clásica, desnuda y siendo violada por... un pulpo? La mujer tenía los ojos bien cerrados y la cabeza echada hacia atrás mientras el pulpo la

penetraba con sus tentáculos. Aunque quizá el pulpo también fuera hembra. Los ojos bulbosos de aquel pulpo de género ambiguo asomaban por entre las piernas de la mujer, con la cabeza en una posición que yo recordaba muy bien.

Hokusai, murmuró el Ronin, haciendo una pausa en su circuito social.

Yo ya había fumado bastante hachís, y los colores de la pintura y las subidas y bajadas del jazz ya se me pegaban al cuerpo y a la mente, igual de pegajosos que las ventosas de los tentáculos del pulpo.

Son unos raros de cojones, los japoneses, ¿verdad?, reflexionó el Ronin. ¡Por eso me encantan!

Siguió con su camino, dando por sentado que yo estaba temblando por culpa de la perversa pintura, cuando en realidad temblaba porque mi segunda zona más erógena, la memoria, se había visto excitada por el recuerdo de la inolvidable aventura de una noche con aquella pareja inverosímil, el calamar destripado, indefenso y anónimo que mi madre había guardado para la cena.

Desempeñé mi tarea de llevar de un lado a otro una bandeja de madera de teca con las mercancías: cigarrillos de tabaco, cigarrillos de hachís y el remedio, con su cuerpo blanco informe, igual de necesario que el azúcar, alojado en un cuenco dorado. Le ofrecí una cucharilla de porcelana a cualquier caballero que quisiera tomarlo y ninguno me dijo que no. Los enanitos iban y venían, el champán fluía, el cuarteto tocaba a toda mecha y las parrafadas en francés fluían demasiado deprisa para que yo las entendiera del todo. Por fin el Ronin se acercó a la chimenea, se puso debajo de la pintura de Hokusai y reclamó atención. El cuarteto dejó de tocar, los enanitos se retiraron a los rincones y todo el mundo se giró hacia el Ronin.

¡Caballeros, bienvenidos!, alzó la voz. Gracias por honrarnos con su presencia en esta fiesta tan deliciosa. Son ustedes aventureros, caballeros, igual que yo, un francés nacido en suelo indochino, igual que algunos de ustedes han nacido en otros lugares: Argelia, Marruecos, Nueva Caledonia. Nos une aquí nuestro amor por lo extranjero y nuestro gusto por lo exótico. Caballeros, ese gusto se va a ver estimulado y saciado durante esta noche única de las mil y una noches. ¡Permítanme ahora que les presente a

algunas de las chicas más espectaculares de París, procedentes de los cuatro puntos cardinales!

Con un gesto de la mano, el Ronin indicó al cuarteto que siguiera tocando. En la esquina del salón había una escalera de caracol, por donde descendieron las chicas una por una. Ahora iban vestidas, algunas, y los hombres congregados murmuraron, mezclando su apreciación con risillas, risas y chistes que en su mayoría no entendí. A cada segundo que pasaba se amontonaban en mi vientre las arenas del temor, precipitando desde mi mente el reloj de arena de mi cuerpo. Por segunda vez en mi vida —la primera era el horror que le había infligido a la agente comunista—, no quise mirar. No quise ver a Lila de la Mañana con falda floreada y nada más por encima de la cintura que la lila que llevaba tras la oreja, inspirada por el Tahití de Paul Gauguin, según el Ronin (pese a que Lila de la Mañana era singapurense de etnia china). Ni a una chica blanca que aparentaba tener menos de veinte años, vestida con gargantilla de encaje, vestido blanco hecho jirones y las manos atadas, a la que el Ronin presentó como una esclava blanca rescatada de los bárbaros esclavistas de la costa bereber. Ni a una chica cuyo rostro no pude ver por culpa de la capucha y el velo negro que solo le dejaban al descubierto los ojos castaños, un pudor que contrastaba con su minivestido negro y sus medias de rejilla. El jazz sonaba a todo volumen, pero todavía era más estridente el bullicio del grupo de hombres, que se daban codazos y soltaban exclamaciones lascivas. Sin embargo, nada sonaba más fuerte que el rataplán de mi corazón en mis oídos, tan fuerte que incluso se oía por encima del pesado manto de culpa y de vergüenza que mataba cualquier deseo que yo pudiera sentir.

Caballeros, dijo el Ronin, aquí las tenemos, en nuestro jardín de las delicias, heredero del legendario Le Chabanais, que quizá visitaran algunos de los padres y abuelos de ustedes. ¡He aquí a algunas de las mejores chicas de los burdeles, antros y mercados de esclavas del Gran Oriente y de África! ¡De Argelia, Marruecos, Túnez y Senegal del sur, y Egipto e Indochina por el este! ¡Incluyendo algunas de la peligrosa Palestina y del seductor paraíso Pacífico de Tahití! Sí, es todo un viaje fantástico, caballeros, pero la fantasía es mejor que la realidad, que tiene sífilis. [*Los caballeros se carcajearon*]. Echen un vistazo, caballeros. Elijan a tantas

bellezas como puedan satisfacer, como si fueran un pachá turco. Chicas que morirían por ustedes, chicas que quieren ser salvadas por ustedes... ¡a menos que mueran ustedes antes de amor loco por ellas! Regresarán ustedes a los orígenes del mundo: no, no al Congo ni al Nilo, sino aquí, y aquí y aquí, entre los sensuales muslos de la Princesa Tam-Tam, en el Triángulo Dorado de la Dama Dragón, en el invernadero de este harén prohibido. Aquí ustedes son el sultán, el déspota, el colono, el hombre blanco que explota el continente negro, látigo en mano. Hay misteriosas damas que conquistar, desde esta apasionada guerrillera del Viet Cong con su pijama negro, recién llegada de la jungla, hasta esta combatiente por la liberación palestina que acaba de venir de secuestrar un avión. Lo único que pueden ver de ella es su cara, ¡pero qué cara! ¡Una verdadera *femme fatale*! ¿Y qué me dicen de esta tímida musulmana ataviada con el mejor afrodisíaco nunca inventado, el velo? ¿Quién sabe qué acecha tras él? Déjenselo puesto o quítenselo, como quieran, pero sepan que no corren ustedes peligro ni siquiera si eligen a... Madame Butterfly. Súbanse a su alfombra mágica y no se preocupen de que en nueve meses pueda regresar con una sorpresa desagradable. ¡Disfruten del amor prohibido entre el hombre blanco y la mujer oriental, sin miedo a engendrar un fruto prohibido como él!

Y el Ronin me señaló a mí. Les pude ver a todos el blanco de los ojos cuando se giraron para mirarme, plantado entre el gorila escatólogo y una palmera en maceta, aguantando la bandeja donde llevaba el azúcar en el cuenco dorado, incapaz de moverme por el peso acumulado de la arena en el vientre.

Si les gusta el opio, caballeros, les encantará el remedio que tiene para ustedes nuestro vástago bastardo de Oriente y Occidente. ¡Muchacho! El Ronin chasqueó los dedos. ¡*Chico!* ¡*CHICO!*

A través de mi mente embotada, o mentes, me di cuenta de que me lo estaba diciendo a mí.

¿Qué haces ahí plantado sin moverte, chico? ¡Llévales el remedio a los caballeros!

Mientras hacía mi ronda entre los supuestos caballeros, que me sonrieron con suficiencia mientras se servían el azúcar del cuenco dorado, el Ronin dijo: ¡Y ahora empezamos, caballeros! ¿Listos para pujar por sus

favoritas? [*Los caballeros asintieron con vítores*]. Ponemos a su disposición a esta deliciosa muñeca —ponte aquí, en este pedestal, querida—, la Dama Dragón en persona, un exquisito ángel anamita vestido con el tradicional *ao dai* que muchos recordamos con cariño. Pero en este caso, sin los pantalones. Las chicas anamitas no son para nada como nuestras mujeres, caballeros, y francamente, eso es bueno. [*Los caballeros mostraron su conformidad con una risotada*]. Por suerte, estas tentadoras nunca han oído hablar del «feminismo», y si han oído hablar de él, ciertamente no les gusta. Así pues, tenemos a esta seductora del delta del Mekong, que no solo los tienta a ustedes con su cuerpo, sino también con grandes peligros; ¡el peligro de enamorarse de ella! Caballeros, ¿quién será el afortunado que saboree antes que nadie esta delicada fruta del dragón tropical? ¿Qué será ella: su Ángel Anamita o su Dama Dragón?

Los hombres empezaron a pujar, y yo los desprecié por su ignorancia. Madeleine ni siquiera era anamita ni vietnamita. ¡Oh, Madeleine! Ella sonrió y, obedeciendo la orden del Ronin, giró despacio sobre un zapato de tacón alto y dio la vuelta alrededor de la mesilla para que todos ellos la pudieran ver desde todos los ángulos, vestida con su *ao dai* rojo con el dragón dorado llameante en el torso. Alguien soltó un gemido, y fui yo.

¿Ven lo que yo veo, caballeros?, exclamó el Ronin. ¡Qué belleza! ¡Qué belleza!

Cuando la belleza completó su rotación, le volví a ver la sonrisa y los ojos, ninguno de los cuales se movía ni un milímetro. Los hombres se carcajearon y vociferaron como si fueran miembros del Parlamento británico en plena sesión beligerante, pujando todos hasta que me dio vergüenza formar parte de la misma especie que ellos, o por lo menos del mismo sexo. Por fin se levantó de un salto el vencedor, el legionario canoso con su uniforme tropical de verano, que disponía de una variante con pantalones cortos. Le ofreció su mano a Madeleine y ella se bajó de la mesilla, con la vista clavada en el suelo, y cuando levantó los ojos vio que yo la estaba mirando. Me llamó por señas y cuando me acerqué me dijo en voz baja: Dame un poco de eso que llevas. Como vacilé, me fulminó con la mirada y me dijo entre dientes: ¿Qué esperas? ¡Dámelo! Es la única forma que tengo de soportar esta noche.

Así que le di el remedio, pero ¿acaso alguna vez iba a haber el suficiente remedio como para que se convirtiese en una cura, para ella o para mí? Dice Sartre que «el europeo solo ha sido capaz de hacerse hombre a base de crear esclavos y monstruos», pero en ese caso, ¿qué eran aquellas chicas? ¿Y qué era yo? Quizá yo no solo fuera un cabrón moralista, furioso porque los europeos me representaran de aquella forma deshumanizadora. Quizá también fuera un cabrón despreciable que se sentía cómodo en aquellos roles, ya que me daban la oportunidad de negar que yo también me había hecho hombre de aquel modo tan digno de crédito: a base de poblar mi imaginación con mis propios esclavos y monstruos.

Cuando se terminó la subasta y se atenuaron las luces, deambulé por entre las parejas y tríos ya acomodados a la luz de las velas en los sofás, divanes, cojines, otomanas y camas que había por todo el salón, la biblioteca, la sala de billares, los diversos dormitorios y la terraza con sus vistas a las luces de la ciudad y a la silueta oscura de la Torre Eiffel, inspirada en una erección. A lo largo de la velada, que duró hasta el amanecer, los hombres y las chicas consumieron tal cantidad del remedio que habría bastado para matar a un elefante africano adulto, o por lo menos para dejarlo inconsciente. Hice lo que estuvo en mi mano para ayudarlos, esnifando alguna raya de tanto en tanto cuando no miraba nadie, que era a menudo, ya que los hombres estaban concentrados en ser unos pervertidos, mientras que las chicas estaban siendo obedientemente pervertidas. La única vez que uno de los hombres me dirigió la palabra fue cuando el jeque hizo una pausa lo bastante larga como para esnifar unas cuantas rayas de remedio y luego me dedicó una sonrisa feroz y me dio una palmada en el brazo. ¡Un producto magnífico, muchacho! Intenté no dejar que me inquietara el collar de orejas humanas que llevaba en torno al cuello, y que al verlas más de cerca resultaron ser rodajas secas de melocotón. ¡Absolutamente magnífico! ¡Así da gusto vivir y morirse! ¡Bunga bunga!

Y así fueron arrastrándose las horas, porque no había nada más aburrido que ver divertirse a otra gente, si es que cabía decir que las chicas se estaban divirtiendo. Me considero un hombre de mundo que ha presenciado

un amplio espectro de conductas sexuales humanas, pero nunca había visto nada parecido. Aunque bueno, yo era un simple provinciano colonizado, no estaba listo para aquel nivel de civilización, que ni siquiera habría hecho pestañear al marqués de Sade. Por fin, cerca ya del alba, me encontré a mí mismo en el dormitorio principal del tercer piso, donde el cazador de caza mayor estaba sentado en un sillón con su atuendo de safari, con el tubérculo pálido de su erección asomando de sus pantalones desabrochados, mientras apuntaba con su rifle de caza a la morena y a la pelirroja acostadas en la cama tamaño emperador, y las observaba por la mira telescópica.

¡Muy bien, chicas!, les gritaba con la frente perlada de sudor. ¡Eso me pone!

Ciertamente en la sala reinaba una temperatura de entrepierna. Me sentía tan agotado y tenía tanto calor que me mareé y el vértigo me obligó a sentarme en la esquina. ¿Era el remedio lo que me estaba causando el mareo? ¿O bien el remedio era la cura? A fin de decidirme, esnifé otra raya blanca y después otra. Pero antes de poder adivinar si el remedio causaba o curaba la dolencia, el cazador de caza mayor me vio. ¡Levántate, chico! ¡Levántate! Se giró y me apuntó con su arma, clavándome el objetivo de la mira entre los ojos, y traté de levantarme. Pero habría sido igual de imposible que empalmarme, así que a la mierda... me importaba un carajo... todo era la misma mierda siempre... me rendí... esnifé otra dosis de remedio, cerré los ojos y esperé, sollozando, a que el cazador de caza mayor apretara el gatillo.

Cuando por fin salió el sol, su luz reveló que los hemisferios oriental y occidental de mis cerebros divididos seguían unidos en mi cabeza. El cazador de caza mayor no había cargado su rifle, lo cual no le había impedido apretar el gatillo entre risillas varias veces. ¡Qué divertido! El Jefe se rio mucho cuando me enseñó aquella escena en su puesto de observación, situado en la buhardilla cerrada con llave donde se había pasado toda la noche bien cómodo. La buhardilla estaba atiborrada de monitores y grabadoras de vídeo, conectadas, por medio de cables trenzados que desaparecían en las paredes, a una red de cámaras escondidas por todo el fabuloso apartamento.

¿De dónde has sacado todo esto?, le pregunté.

De mi amigo, el viejo mercenario de Indochina, dijo el Ronin. Gran amigo mío desde el 54, cuando le di la ruta del opio de Laos a Saigón.

Mientras yo permanecía de pie en la puerta, el Ronin se había desplomado en el único otro asiento libre aparte de los dos que ocupaban el Jefe y su secretaria voluptuosa, que como siempre parecía aburrida, además de estar como un tren. E igual que un tren, era imposible no girarse para mirarla.

¿Dónde está el café?, dijo el Jefe, sin apartar la vista de los monitores.

La secretaria voluptuosa descruzó las piernas a cámara lenta. La belleza y la juventud son transitorias; es el interior lo que importa; es el carácter lo que realmente cuenta y define a una persona. Pero aquellas piernas suaves y luminosas, y todo aquello a lo que llevaban, demolían mis topicazos y provocaban que la pequeña burbuja de testosterona que todavía me quedaba ascendiera por mi termómetro corporal hasta llegar al bulbo de mi cabeza y que se me inflaran los ojos en sus cuencas. El Ronin y yo la vimos

marcharse, y el Ronin suspiró y dijo: No le haría ascos ni siquiera después de esta noche. No te ofendas, Jefe.

El Jefe se limitó a gruñir y siguió pasando la cinta con el botón de avance rápido. Echad un vistazo a esto, dijo por fin, pulsando el play.

La escena se desarrollaba en blanco y negro, y mostraba al sacerdote de la sotana negra sentado en un sillón con una de las chicas esclavas blancas. ¡Brutal!, dijo el Ronin. Estaba tan colocado que flotaba; a base de servirse dosis del remedio toda la noche había conseguido vencer la fuerza de la gravedad. ¡La chica se está confesando! ¡Me encanta ese tipo! ¿No os encanta ese tipo? Decidme que os encanta ese tipo.

¿Qué vais a hacer con estas cintas?, les dije. Era una pregunta semirretórica, porque la respuesta era obvia. Aun así, quería conocer los detalles.

Después de burlarse con un soplido de mi aparente falta de comprensión, el Jefe dijo: Lo que han pagado esos tipos para estar aquí esta noche nos supone un buen pellizco, pero el dinero de verdad es lo que terminarán pagando para impedir que salgan a la luz las cintas.

¡Ah, el capitalismo!, dijo el Ronin, justo cuando la secretaria voluptuosa regresaba con el café. Mientras este se filtraba lentamente, el Ronin desnudó con los ojos a la secretaria voluptuosa. ¡El mejor café del mundo!, proclamó. Es un terreno en que los vietnamitas hemos superado a los franceses.

Era impresionante lo fácil que le resultaba al Ronin volverse vietnamita en comparación con lo difícil que me resultaba a mí volverme francés, pero no lo comenté en voz alta. Nadie quería oírme a mí, porque todo el mundo estaba mirando al sacerdote.

Es un asqueroso, dijo la secretaria voluptuosa. ¿Por qué has invitado a un cura? No tendrá dinero.

Solo porque sea cura no quiere decir que no tenga dinero, dije yo.

La secretaria voluptuosa me miró de esa forma en que los jóvenes miran a los viejos, en que los ricos miran a los pobres y en que las mujeres increíblemente atractivas desdeñan a los hombres que ya no pueden competir en la arena sexual. Fue una mirada que me mató, una mezcla de

compasión diluida con sorna y aderezada con desprecio, y aunque lo mejor que podría haber hecho yo era morirme, mis labios siguieron moviéndose.

Puede que venga de familia rica, pero seguramente lo más útil sea su alijo de secretos, dije; mis dedos bien entrenados habían encontrado de inmediato el pulso de una conjura. ¿Os podéis imaginar lo que oye un cura en su confesionario, sobre todo si oficia a las élites?

El Puto Chiflado tiene razón, dijo el Jefe. Este tipo oye las confesiones de los ricos y de los poderosos. Y yo también quiero oír las confesiones de los ricos y de los poderosos. Y como estoy seguro de que él no querrá que nadie vea esto, me va a contar qué le han confesado.

En el monitor, el sacerdote estaba cometiendo un acto por completo impío con las cuentas de su rosario. Yo nunca había rezado el rosario, y ya no volvería nunca a ver un rosario de la misma manera después de presenciar cómo aquel sacerdote profanaba diabólicamente sus cuentas.

No puedo mirar, dijo la secretaria voluptuosa, apartando la vista.

Eso es solo porque eres católica, le dijo el Ronin con una sonrisa lasciva.

Es porque soy una mujer.

Callaos, dijo el Jefe. Sacó la cinta del aparato y se la pasó a la secretaria voluptuosa, que escribió en la etiqueta SACERDOTE CON CHICA ESCLAVA BLANCA. En la cinta de vídeo que el Jefe metió a continuación salían BFD y Madeleine.

Este tío es inagotable, dijo el Ronin.

Muy impresionante, admitió el Jefe. Después de verlo esta noche le he cogido cierto respeto.

Sí, pero su cosa parece... parece... un *champiñón*, dijo la secretaria voluptuosa.

Nadie dijo nada, porque aquello de lo que no se puede hablar se tiene que dejar pasar en silencio.

¿Eso qué es?, pregunté, guiñando los ojos.

Foie gras, dijo el Ronin.

Oh, Dios mío, gimió la secretaria voluptuosa. Voy a vomitar. Menudo cerdo.

El Jefe soltó una risilla. ¿No lo somos todos?, dijo al tiempo que removía su café. Parece que ya tenemos lo que necesitamos. Esta cinta la dejaremos envejecer como el buen vino. Valdrá muchísimo más si BFD tiene el talento para la política que cree tener.

¿Alcalde de París algún día?, dijo el Ronin. ¿Ministro?

¡Molotov!, dijo el Jefe, levantando su vaso.

¿Molotov?, preguntó el Ronin.

¿No es lo que dicen los judíos para felicitar algo?

Mazel tov, dijo la secretaria voluptuosa. Quieres decir mazel tov.

El Jefe se encogió de hombros. Me gusta más molotov.

Guardé las cintas de vídeo en una maleta y las llevé al maletero del coche del Jefe, que esperaba fuera con Le Cao Boi al volante. Ocupé el asiento del copiloto, el Ronin y el Jefe se sentaron atrás y los cuatro pusimos rumbo al almacén bajo el sol de media mañana, porque, tal como dijo el Jefe: Quiero terminar esta mierda antes de que empiece *Fantasía* esta noche. Le Cao Boi puso en el estéreo un casete que le había dado el Ronin, y que me permitió conocer las canciones de Jacques Dutronc, mucho mejores que las de Johnny Hallyday, aunque algunos de sus versos me dieron que pensar.

Sept cent millions de chinois

Et moi, et moi, et moi

¿A qué venía aquello de los chinos? En fin, *c'est la vie*, cantaba Dutronc al final de cada estrofa, después de contar a los indonesios, a los negros y hasta a los vietnamitas. *C'est la vie*. ¡Qué francés! ¡Qué encantador! Solo faltaba una estrofa dedicada a los bastardos, lo cual era raro, teniendo en cuenta que Dutronc cantaba sobre los soviéticos y los marcianos y la gente imperfecta y los que morían de hambre, si yo lo había entendido bien. Ciertamente tiene que haber decenas de millones de bastardos por todo el mundo, una diáspora lo bastante enorme como para tener una nación propia de todos los colores y razas. Pero ¿acaso necesitaba yo tener una nación? Ya

era una nación en mí mismo, y en ese caso no necesitaba más nación que mi imaginación.

El problema era que a veces no había usado lo bastante la imaginación. Me lo había dejado claro la cinta de vídeo más impresionante de todas, por mucho que no mostrara ningún acto carnal. Simplemente mostraba a dos de las chicas solas, lo cual bajo circunstancias normales sería una situación tórrida como una bomba de hidrógeno, pero aquellas dos estaban... ¿hablando? Yo había subido el volumen para oír lo que decían la morena y la pelirroja, el primer diálogo de todas las cintas de vídeo que no estaba relacionado con la fornicación, la cópula o el acto sexual normal y corriente.

COMBATIENTE POR LA LIBERACIÓN DE PALESTINA

El idiota que va vestido de jeque... la tiene en forma de dedo roto.

GUERRILLERA DEL VIET CONG

Oh, Dios. Me ha hecho comerme una de esas orejas que lleva colgadas.

COMBATIENTE POR LA LIBERACIÓN DE PALESTINA

¡Cerdo de mierda!

GUERRILLERA DEL VIET CONG

¿Y el general? No se la podía encontrar debajo de esa panza.

COMBATIENTE POR LA LIBERACIÓN DE PALESTINA

Pues yo se la he encontrado, cielo. Parecía una hamburguesa cruda.

Cuando la guerrillera y la combatiente rompieron a reír, el Jefe dijo: Qué asco. La secretaria voluptuosa sonrió, pero antes de que pudiera decir nada, el Jefe le dijo: Cállate.

GUERRILLERA DEL VIET CONG

Ten un poco más de remedio. Ayuda.

COMBATIENTE POR LA LIBERACIÓN DE PALESTINA

Qué... bueno. Hum, qué bueno.

GUERRILLERA DEL VIET CONG

Y por lo menos es gratis.

COMBATIENTE POR LA LIBERACIÓN DE PALESTINA

¡Pues dame un poco más!

GUERRILLERA DEL VIET CONG

Tú cuenta mentalmente el dinero. Es lo que hago yo.

En ese momento entró en el plano Aladino, y la Combatiente por la Liberación de Palestina y la Guerrillera del Viet Cong se giraron para mirarlo con sonrisas rutilantes. Las dos bajaron automáticamente la mirada de su cara ennegrecida a su miembro viril desnudo, que, como es natural, era completa y absolutamente blanco.

¡Oh, Dios mío!, susurró la secretaria voluptuosa. Tiene forma de huevo.

En algún lugar del trayecto entre la avenue Hoche y el almacén, me quedé dormido. El Ronin me despertó con unas palmaditas en la cara, después de aparcar el coche. Eres el más joven de todos y no aguantas despierto, me dijo, acercándose mucho y mirándome a los ojos. ¿Solo porque te has pasado una noche en vela? ¡Lo único que has hecho ha sido pasearte con el remedio y el hachís! Yo me he pasado la noche entera follando, y no es trabajo fácil, mi blandengue amigo. Cuando le señalé que solo me habían invitado para ejercer de traficante de droga de Cholon, el Ronin se encogió de hombros. Es porque todavía no te has ganado la oportunidad, amigo mío. Las oportunidades nos las tenemos que ganar. ¡No nos las regalan!

Vámonos, dijo el Jefe, de pie al otro lado de mi ventanilla y llevando en la mano una bolsa de viaje que había sacado del maletero. Lo seguimos en silencio hasta la puerta del almacén, que no estaba cerrada con llave.

Maldita sea, dijo Le Cao Boi.

Caminamos por entre los palés de café hasta la parte de atrás del almacén frío y lleno de ecos. En la oficina, Gruñón y Tapón estaban frente al televisor jugando a un videojuego, otra maravilla inventada durante el tiempo que yo había pasado en reeducación. El juego iba haciendo pings y pongs mientras una bolita rebotaba de un lado a otro entre dos barreras que protegían metas opuestas.

El Jefe suspiró y dijo: ¿Qué coño estáis haciendo, idiotas?

Gruñón y Tapón se pusieron de pie de un salto, y Gruñón dijo: Lo siento, Jefe, pero de todas formas el tío está dormido.

El Jefe señaló con un gesto la puerta del fondo de la oficina y Gruñón sacó la llave y la abrió. Hazme un café, le dijo en tono cortante el Jefe a

Gruñón antes de que atravesáramos el trastero hasta la celda de detrás acompañados por Tapón.

Mona Lisa estaba tirado en un rincón, desnudo y encogido de espaldas a nosotros. Tapón se fue hacia él, pero el Jefe le indicó con un gesto que se detuviera y abrió la cremallera de su bolsa de viaje. Sacó un mono azul de mecánico, se quitó la chaqueta y los pantalones y se los dio a Tapón para que los doblara. Luego se puso el mono, le subió la cremallera y se agachó para sacar algo más de la bolsa. Cuando se incorporó, vi lo que tenía en la mano: su amado martillo.

Ahora sí que va a llegar la sangre al río, dijo Le Cao Boi con satisfacción.

Tráeme una silla, le dijo el Jefe a Tapón. Y luego me lo despiertas.

Tapón no consiguió despertar a Mona Lisa ni con gritos ni dándole golpecitos con el pie, así que recurrió a usar un cubo de agua con hielo mientras el Jefe miraba con el martillo en el regazo y el Ronin silbaba el *Canto a la alegría* de Beethoven. El agua con hielo hizo impacto y Mona Lisa se incorporó de un salto, farfullando, mientras Gruñón entraba con una mesa plegable y una bandeja con el mismo juego de café que había traído la secretaria voluptuosa, pero esta vez con cuatro vasos y cuatro filtros. Colocó la mesa plegable al lado del Jefe, dejó la bandeja encima y se reunió con Tapón para flanquear a Mona Lisa, que permanecía encogido contra la pared, con la cabeza gacha, abrazándose las rodillas pegadas al pecho. El Jefe dio un golpecito con el martillo en la bandeja y los vasos traquetearon. Tienes hasta que deje de filtrar el café, dijo el Jefe. Si para entonces no nos has dicho dónde podemos encontrar a tus amigos, mueres. Simple. ¿Lo entiendes?

Mona Lisa se limitó a temblar.

El Jefe miró a los enanitos y Gruñón intentó darle una patada a Mona Lisa en las costillas, pero se la acabó dando en el codo porque Mona Lisa había movido el brazo para defenderse. ¿Lo entiendes?, dijo el Jefe.

Mona Lisa gimió, se agarró el codo y asintió con la cabeza.

El Jefe volvió a mirar a los enanitos, y Tapón, desde el otro lado de Mona Lisa, le arreó una patada experta con la bota en las costillas, demostrando así su dominio perfecto de esa habilidad básica tanto de los

gánsteres como de los directores ejecutivos de empresas: darle patadas a la gente cuando está en el suelo. ¡El Jefe no te ha oído!, gritó Tapón.

Mona Lisa hizo una mueca de dolor, jadeó y por fin dijo: Sí, lo entiendo.

Acabábamos de pasar a lo que Claude llamaba la «fase del ultimátum». La gente que no es inteligente, solía explicar Claude a sus estudiantes, esa gente que ve la televisión y la confunde con la vida real, cree que si obligas a un sujeto a elegir entre hacer algo y morir, el sujeto hará lo que quieras o te dirá lo que quieras, porque no querrá morir. Así pues, dejadme que os diga, basándome en mi experiencia del mundo real, y de haberle aplicado esa misma prueba a muchos miembros del Viet Cong, que muchos de esos cabrones eligen morir, y antes de morir, si te pueden dar algo de información, seguramente será información falsa. Así que la única razón para obligarlos a elegir entre hacer algo y morir es que los quieras matar o infligir daños muy grandes. *Capisce?*

Como ninguno de los estudiantes vietnamitas sabíamos italiano, ni tampoco habíamos visto las películas americanas relevantes de gánsteres donde el tipo duro pregunta «*Capisce?*» —y tampoco conseguíamos formar la palabra *capisce* con nuestros labios vietnamitas—, no podíamos decir que lo entendiéramos. Solo al cabo de mis años en la Sección Especial pude decir, basándome en la experiencia empírica, que lo entendía. Y viendo la escena que tenía delante, ahora también me daba cuenta de que el Jefe ni lo entendía ni le importaba. Iba a matar a Mona Lisa de una forma u otra, y la única pregunta que cabía hacerse era si Mona Lisa lo podía intuir. La sala entera quedó en silencio mientras el café se filtraba a ritmo de una gota por segundo, un silencio que el Ronin solo pudo soportar medio minuto antes de mandarle a Gruñón que trajera una radio. Gruñón volvió con uno de los estéreos gigantescos que yo había visto que se enviaban desde el almacén de importación-exportación del Jefe hasta mi tierra, destinados a venderse en el mercado negro. Antes de que Gruñón pudiera encender el estéreo, mis fantasmas se pusieron a tararear primero y a cantar después desde algún punto detrás de mi espalda.

Vingt-deux millions de bâtards

Et moi, et moi, et moi

Lo de los veintidós millones no era más que una conjetura por su parte. ¿Cuántos bastardos caminaban por el mundo? En cuanto a Francia, si la raza no existía, tampoco podían existir los bastardos, ¿verdad que no? Me desconcertaba el enigma de mi existencia, mi incómoda ciudadanía en una diáspora de desconocidos. Pero ¿acaso yo y los millones de bastardos como yo éramos desconocidos conocidos? ¿O desconocidos desconocidos?

¡Ah, así sí!, dijo el Ronin, sintonizando una emisora en el estéreo. Esto sí que lo puedo bailar.

Se puso a bailar el chachachá, que era el baile favorito de mi gente. Yo también lo podía bailar con casi cualquier música, o por lo menos con cualquier música que fuera más rápida que un rosario y más lenta que el twist. Pero a mis pies no les apetecía moverse. Tampoco el Jefe estaba bailando. Ni Mona Lisa, ni los enanitos, ni ninguno de mis fantasmas, que se habían acercado con sigilo desde detrás de mi espalda para flanquearme e invadir mi espacio personal. Fascinados, nos quedamos todos mirando cómo el Ronin sonreía extasiado mientras bailaba con elegancia el chachachá con una pareja invisible, hasta que el Jefe le dijo: Basta de bailes. El café había terminado de filtrarse. Se levantó, martillo en mano, mientras Mona Lisa pegaba la espalda a la pared.

El Ronin paró de bailar, dejó escapar una sonrisa burlona y le dijo a Mona Lisa: Tus amigos argelinos y tú habéis jugado bien, pero los corsos llevamos jugando a esto desde antes de que nacierais. El opio da todavía más dinero que el caucho, os lo aseguro. ¡Qué maravillosamente bien lo pasamos en Indochina! Ojalá volvámos a ver algo parecido a la época en que el gobierno francés tuvo el buen juicio de promover el opio. ¡Dios mío, no podríamos haber financiado el gobierno sin venderles opio a los nativos! Aquel sí que fue un modelo de negocio eficaz. La integración vertical y la monopolización horizontal significaban que teníamos control total del mercado. Imaginaos hasta qué punto estaría ahora Francia mejor si el gobierno se siguiera dedicando al negocio del opio. Nuestro presidente socialista tendría todo el dinero que necesita para sus vistosos programas de bienestar social. A ver cuánto le duran sin el dinero suficiente. Pero ¿acaso

alguien me va a escuchar? ¡Pues deberían! ¡Soy un patriota! ¡Lady Opio era blanca! Pero este remedio es más blanco que Blancanieves. ¿Te ha gustado mi remedio?

Mona Lisa asintió con la cabeza.

Entonces ya entiendes lo que digo, amigo.

¿Listo? El Jefe me miraba más a mí que al Ronin.

Siempre estoy listo, le contesté, aunque no sabía de qué me estaba hablando.

Me ofreció el martillo, aunque «ofreció» era un eufemismo, porque no era un obsequio que yo pudiera rechazar. La empuñadura era de madera suave, sin astillas, igual de larga que mi antebrazo, con la cabeza de hierro ligeramente raspada y arañada, igual que la mía. Su peso estaba bien equilibrado, a diferencia del mío. El martillo prolongaba mi cuerpo, mi brazo, mi mano y, en última instancia, mi mente, o por lo menos una de ellas. Me acordé de lo que me había contado una vez el profesor Hammer sobre su apellido y el epigrama universalmente atribuido a Bertolt Brecht, pero en realidad acuñado por el poeta Vladímir Mayakovski, o quizá por León Trotski, o eso decía el profesor Hammer: «El arte no es un espejo que sostengas frente al mundo, sino un martillo con el que darle forma». ¡Oh! ¡Casi tuve un orgasmo al oír aquello por primera vez! Nada me excitaba más que los eslóganes, y mis convicciones políticas eran mi zona más erógena. Mi apellido es mi destino, me había dicho en aquella ocasión el profesor Hammer, levantando su copa de jerez hacia mí, sentado en el despacho donde celebrábamos mi tutoría semanal con acompañamiento de jerez, procedente de una botella que el profesor guardaba en el cajón de su escritorio y que solo les sacaba a sus alumnos favoritos, que siempre eran hombres. Ahora, con el martillo del Jefe en la mano, todavía me acordaba del sabor de aquel jerez demasiado dulzón. ¿Es posible que el profesor llegara a imaginarse que un día yo empuñaría algo así, y que no sería ninguna metáfora ni símil, sino un objeto real con el que dar martillazos en una cabeza real, partir un cráneo real, machacar un cerebro real? Sostuve el martillo con horror, aunque el horror no tenía que ver con el martillo. El martillo no era más que una herramienta. El arma era yo, y el horror me lo estaba produciendo yo mismo. Todo el mundo me estaba mirando: el Jefe,

el Ronin, Gruñón y Tapón, Sonny, el mayor libertino, Beatles, Feo y Más Feo y, muy en especial, Mona Lisa.

Tu interrogatorio no ha funcionado, dijo el Jefe. Basta de hablar. No ha servido de nada. Es hora de pasar a la acción. Pero haz que dure. Eso es lo más importante. Presta atención a los detalles. A mí, por ejemplo, me gusta empezar por las puntas de los pies e ir subiendo. ¿Cómo lo quieres hacer tú?

TÚ —es decir, YO— estabas siendo examinado una vez más con la pregunta más difícil de todas, supuestamente planteada por Lenin, aunque en realidad había sido el novelista Nikolái Chernyshevski: ¿QUÉ HACER?

- a) Romperle las rodillas a Mona Lisa
- b) Fracturarle las costillas a Mona Lisa
- c) Destruirle la nariz a Mona Lisa
- d) Pulverizarle las manos a Mona Lisa

Mayakovski, Chernyshevski, Lenin... pero ¿qué les pasaba a aquellos rusos? ¿Acaso era Siberia? ¿La estepa? ¿El barato y abundante vodka, que visualmente era sinónimo del agua? ¿O era el hecho de que los rusos eran esencialmente orientales, como afirmaba sir Richard Hedd? ¿Acaso la suma de todas estas circunstancias hacía que los rusos fueran propensos a la conducta brutal, a las expectativas poco realistas y a las novelas muy gordas? ¿Y, al menos según su reputación, a la ruleta mortal? El Jefe removió su café hasta convertirlo en una agradable mezcla acaramelada con hielo, y, tras volver a sentarse, dio un sorbo con una sonrisita.

Bueno, dijo el Jefe, cruzando los tobillos y relajándose. ¿A qué esperas? Los fantasmas sonrieron, chasquearon los dedos y cantaron:

*Trente-trois millions de bâtards
Et moi, et moi, et moi*

TÚ —es decir, YO— miraste a Mona Lisa, y aunque lo viste hacer muecas de dolor y de angustia, entendiste por la cara desafiante con la que te miraba que a pesar de todo prefería morir. Por un momento te planteaste suplicarle ayuda a Dios, aunque Dios no iba a decir nada. No, la única persona que te había guiado sin vacilar había sido tu madre, que siempre te

aceptaba y que te aceptaría incluso si se enterara de que eras comunista, o espía, o lo que fueras ahora. *¡No eres la mitad de nada, eres el doble de todo!*

El martillo pesaba mucho, más todavía que el *foie gras* inflado de tu conciencia culpable, alimentada a la fuerza con todos los crímenes que habías cometido. ¿QUÉ HACER? Gruñón y Tapón te miraban con escepticismo, manoseando los cuchillos que llevaban debajo del brazo. El Ronin empezó a bailar otra vez la siguiente canción que pusieron por la radio. El Jefe te examinó como si fueras una película muy mala y él fuera cineasta. Estabas chapoteando como un perrito en las aguas de tu pánico creciente, sin ver salida alguna de aquella sala ni de aquella situación, y como lo único que podías intentar era ganar tiempo, dijiste: ¿Tienes un último deseo?

¿Un último deseo?, dijo Le Cao Boi.

Bueno, no es mala idea, dijo el Ronin, según a quién se lo pregunte.

El Jefe dio un sorbo de su café. Que sea rápido.

Mona Lisa fue rápido: Dame más remedio.

Por favor, dijo el Jefe.

Por favor, dame más remedio.

¡Un último deseo perfecto!, dijo el Ronin. Porque esto va a doler.

Va a doler *pero que mucho*, dijo Le Cao Boi.

¿Sabes lo que hago yo a veces?, dijo Tapón. Se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero marrón y sacó un Walkman Sony con los auriculares conectados. Te pones estos chismes y subes el volumen a tope. Va muy bien. Oír gritar a alguien durante horas y horas te puede afectar.

Eso me recuerda una cosa, dijo Gruñón. También se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta de cuero negra, pero en su caso sacó unas gafas protectoras y una mascarilla quirúrgica. Para las salpicaduras de sangre.

Uf, sí, me acuerdo de que una vez me entró un trozo de seso en...

Callaos, dijo el Jefe. Dadle el remedio.

Le ofreciste el remedio a Mona Lisa. Mucho. Casi todo lo que te quedaba en los bolsillos, porque por alguna razón todavía llevabas encima

varios paquetes. Eras el mago que no paraba de tirar cosas al suelo para descubrir que te seguían apareciendo otra vez en los bolsillos; el remedio era un conejo blanco provisto de su propia magia. Mona Lisa inhaló el remedio mientras el Ronin y Le Cao Boi soltaban risillas, Gruñón y Tapón soltaban risas burlonas, el Jefe se tomaba su café y tú aprovechabas la oportunidad para esnifar también una raya blanca que no le habías ofrecido a Mona Lisa. ¿QUÉ HACER?

¿Sabes a qué me recuerda esto?, dijo el Ronin. Al monje aquel que se quemó vivo en Saigón.

No vamos a quemarlo vivo, dijo el Jefe.

No es mala idea, ¿no? ¿No sería un buen escarmiento para los argelinos? Pero no me refiero a eso. El mundo entero lloró a aquel monje tan valiente y noble. Tuvo una muerte por todo lo alto, por así decirlo, aunque fuera una muerte con gasolina de importación. Los medios de izquierdas hicieron su trabajo, lo pusieron en todos los informativos y lo convirtieron en leyenda. Viste las imágenes, ¿verdad, amigo? ¡La antorcha humana!

Mona Lisa asintió, con los ojos un poco entornados.

Todo el mundo vio aquellas imágenes, siguió diciendo el Ronin. ¡Qué dramático! Sobre todo, por televisión. Pero, por supuesto, los medios de izquierdas no informaron realmente sobre *la verdad*. ¿Sabéis lo que pasó en realidad? Pues que los comunistas *drogaron* a aquel pobre monje. La razón de que estuviera tan tranquilo mientras se quemaba vivo es que era un zombi.

¡Y una mierda!, dijo Mona Lisa, ahora con los ojos abiertos del todo. ¡Fue un héroe!

Fue el pringado de una conjura comunista.

Muy bien, dijo el Jefe, mirándose el reloj de pulsera. Lo llevaba con la esfera en el lado interior de la muñeca, que seguramente era también como llevaba su reloj la muerte. Acabemos de una vez.

Lo cual no quiere decir que tengas que ir rápido, dijo el Ronin.

Pero es que todavía no le ha subido el remedio, dijiste tú.

Empiezo a tener la sensación de que no quieres hacerlo, dijo el Jefe.

Los enanitos dejaron de reírse. Tus fantasmas tarareaban, meneaban los pies y cantaban:

*Quarante millions de bâtards
Et moi, et moi, et moi*

Y de pronto supiste la respuesta a la pregunta de QUÉ HACER. La respuesta llevaba todo aquel tiempo mirándote a la cara, había estado siempre ahí aunque te negaras a entenderla, seguramente toda tu vida, y por lo menos desde que Claude te había aleccionado sobre la fase del ultimátum, la elección entre hacer algo y morir, que ahora te diste cuenta de que era lo que te estaba administrando el Jefe. Como sucede con tantas otras buenas respuestas, era una respuesta del todo obvia cuando lo pensabas más adelante, igual que la rueda o el número cero, dos cosas que debieron de hacer que la gente se diera una palmada en la cabeza y dijera: ¿por qué no se me ocurrió a mí? En tu caso, la respuesta te había pasado por alto, o la habías desdeñado, o no le habías hecho caso, porque te resultaba demasiado aterradora, demasiado clara, demasiado simple en lo que te exigía. Ahora la respuesta fue tan ensordecedora que pareció que Dios en persona hubiera roto su silencio y hubiera hablado desde las cimas de las montañas y desde las nubes:

DIOS

¿Qué necesitamos hacer?

TAMBIÉN DIOS

¡Nada!

Te echaste a reír. ¡Por fin lo entendías! Tanto tiempo esperando a que Dios te hablara, y cuando por fin hablaba, iba y decía: ¡Nada! ¡Oh, Dios, Dios, eres un tío graciosísimo! ¡El primer individuo con dos mentes! ¡El humorista de micrófono más grande de todos! El mundo entero era un club de la comedia y tú eras el idiota de la primera fila al que Dios no paraba de escoger para chotearse de ti. ¡Nada! Te sacudiste con ruido pero sin furia, te carcajeaste desde el fondo mismo de las tripas donde tenías sepultada al

alma. ¡Nada! ¡Ja! Ahora todo el mundo te estaba mirando. ¿Era porque estabas electrizado, con todos y cada uno de los pelos del cuerpo de punta y firmes, hasta las filigranas de tus narices? ¡Oh, Dios, Dios, para, por favor! ¡Ya basta! ¡Pero qué risa! ¡Es la monda! Y hasta después de abofetearte en ambos lados de la cara, y con las mejillas todas doloridas, todavía te oías reírte histéricamente sin parar, aunque también era posible que te estuvieras riendo históricamente.

A fin de cuentas, era un chiste atemporal.

OceanofPDF.com

A fin de cuentas, ¿qué diferencia había entre la historia y la histeria? Si fueras una mujer, te podrías haber hecho una histerectomía para solucionar el histrionismo de tu histeria, pero como eras un hombre, o eso te habían dicho, la única solución era una historectomía. El Jefe tenía una solución mucho mejor. Te dio un bofetón en toda la cara, fuerte y seco, tal como les gustaba abofetear a sus mujeres tanto a los franceses como a los vietnamitas. Contrólate, dijo el Jefe, y aunque te lo dijo en sentido figurado, dejaste de reírte y te agarraste a ti mismo, poniéndote la mano izquierda en el bíceps derecho y sosteniendo todavía el martillo con la derecha.

Hazlo de una vez, dijo el Jefe.

Miraste a Mona Lisa y volviste a ver la cara de la agente comunista sobre la mesa de reconocimientos del cine, rodeada por los tres policías. La agente te había suplicado con la mirada, y tú no habías hecho nada cuando deberías haber hecho algo. Pero ahora la situación era la inversa, y, de hecho, había llegado el momento de ponerle fin.

Le ofreciste al Jefe su martillo y dijiste: No.

¿No?, tu coro de fantasmas ahogó una explicación. ¡Pero si nunca te ha detenido nada!

Le Cao Boi soltó un silbido. Chaval, dijo, ahora sí que la has cagado del todo.

¿Cómo que no?, dijo el Jefe.

No hay nada que hacer, dijiste, parafraseando, o interpretando, a Dios. Me niego.

No puedes negarte, dijo el Jefe. Esto no es un club de campo. No puedes darte de baja y largarte.

Sabes demasiado, dijo el Ronin con pesar.

Y sin embargo, no sabías lo suficiente. No sabías si Marilyn Monroe se había suicidado. No sabías si a John F. Kennedy lo había matado realmente un francotirador actuando por cuenta propia. No sabías si el Tío Ho había tenido una esposa secreta, tal como se rumoreaba. No sabías por qué Johnny Hallyday era tan popular entre los franceses, aunque estabas bastante seguro de que los historiadores del futuro entenderían que la versión de *Je t'aime... moi non plus* cantada por Brigitte Bardot era la cumbre de la civilización francesa. Tampoco sabías dónde estaba ahora tu madre, aunque a base de no hacer nada lo averiguarías pronto.

¿Entiendes lo que estoy diciendo?, preguntó en tono imperioso el Jefe.

Entiendo lo que estás diciendo, le contestaste, con la boca completamente seca, la lengua untada de la bilis del miedo. Pero ¿entiendes tú lo que me propongo? He elegido hacer... nada.

Y nada más decir esto no te pudiste contener, por mucho que necesitaras desesperadamente contenerte; te echaste a reír otra vez de aquel chiste firmado por un dios que no existía. Dios nunca había pedido a nadie que hiciera nada, porque en su vida Él jamás había dicho nada de nada; ¡era la monda! El chiste más grande de todos, sin embargo, era que muchísimos millones de personas se podrían haber salvado de ser aniquilados si toda la gente que los había matado hubiera hecho... nada. Si la gente suficiente se hubiera alzado, o en este caso se hubiera sentado, y se hubiese limitado a decir que no, por mucho que les hubiera costado la vida, por medio de un acto mundano de heroísmo que estaba al alcance de todos...

¿No lo entiendes?, le gritaste al Jefe, cuya falta de sentido del humor siempre le impediría captar el chiste. ¿Acaso la falta de sentido del humor no era la mayor carencia de todas? ¡Si todo el mundo poseyera el sentido de lo absurdo, el mundo no sería un sitio tan absurdo! Y al Jefe le dijiste: ¿No ves que es mucho más difícil no hacer nada que hacer algo? ¡Pero si nadie hiciera nada, entonces la nada sucedería!

¡Dame eso, puto chiflado!, dijo el Jefe, quitándote el martillo de la mano. Te lo blandió despacio frente a la cara y casi te pusiste bizco siguiendo sus movimientos de cobra. Primero te voy a enseñar cómo se hace algo. Y luego te voy a hacer algo a ti.

El Jefe presionó la cabeza metálica del martillo contra tu frente.

Está clarísimo, dijo Beatles. Es un martillo lo bastante duro como para aplastarte el cráneo.

Qué lástima, añadió Feo, esto se va a poner desagradable.

Muy desagradable, ratificó Más Feo. ¡Por eso nos va a encantar mirarlo!

A Bon no le va a gustar, dijo el Ronin.

Solo tenemos que contarle que el árabe se ha soltado y ha matado a su amigo.

No podías estar en desacuerdo con el Jefe. Si fueras él, habrías escrito exactamente la misma trama. El único giro positivo que le podías ver a la historia era que el Jefe te iba a tener que matar deprisa, de un golpe en la cabeza, o dos como mucho, ya que siendo realistas Mona Lisa no tendría ocasión de machacarte todos los huesos del cuerpo. Mientras el Jefe se daba golpecitos en la mano con el martillo y caminaba hacia Mona Lisa, te frotaste el punto donde el Jefe te había presionado con el martillo en la frente y donde seguramente te había dejado una marca roja para guiar su mano cuando volviera a él. El tambor taiko de tu corazón redoblaba, presagiando el golpe que ibas a recibir en la cabeza en cuanto el Jefe acabara con Mona Lisa, que estaba temblando de frío y de miedo, pero aun así no cerró los ojos y miró de frente a su destino. Era imposible no admirarlo. Como él mismo había afirmado, era cien por cien gánster.

Me equivocaba contigo, dijo Sonny con voz emocionada.

¡No tan deprisa!, protestó el mayor libertino. Todavía no está muerto.

El truco, por supuesto, era saber cuándo tenías que hacer algo y cuándo no hacer nada. O para ser más precisos, como lo que *tenías* que hacer solía estar bastante claro en muchos casos, el truco era hacer algo o no hacer nada al margen de lo que tuvieras que hacer. No hacer nada te costaría la vida, pero bien pensado, ¿qué valor tenía tu vida?

El Jefe se detuvo delante de Mona Lisa. ¿Últimas palabras?

Déjame pensar, dijo Mona Lisa. Ah, sí. Que te jodan.

El Jefe soltó un soplando de burla, levantó el martillo por encima de la cabeza y tú apartaste la vista, a diferencia de Le Cao Boi, el Ronin, Gruñón y Tapón, todos felizmente expectantes, y por eso fuiste el único que vio cómo se abría la puerta de una patada y entraba en tromba un tipo con pasamontañas, vestido todo de negro y empuñando un AK-47, cuya visión

te hizo tirarte a tierra con un reflejo cobarde que era como una segunda piel para ti —¡bang, bang, bang!—, y desde aquella posición vergonzosa, con la mejilla pegada al suelo, viste a un segundo hombre con pasamontañas negro y también vestido todo de negro, siguiendo los pasos del primero y empuñando un AK-47 idéntico —¡bang, bang, bang!— y te tapaste los oídos con las manos para protegértelos del ruido entrecortado del fuego de rifle automático, que tan bien conocías de los años de la guerra, el martilleo inconfundible del AK-47, estruendoso en todas partes pero ensordecedor en el recinto minúsculo de aquella sala de interrogatorios que acababa de convertirse en una cámara de ecos donde rebotaban de lado a lado los gritos de asombro y los alaridos de los hombres agonizantes:

¡¿Qué
coño
pasa?!
¡Dios
bendito!
¡Joder,
hostia
puta!
¡Mierda,
mierda!

Aquellas, por desgracia, fueron las no muy elocuentes últimas palabras de Gruñón y Tapón, cuyos cuchillos de carnicero no les sirvieron de nada contra la lluvia de balas de 7,62 milímetros disparadas a una velocidad máxima de seiscientas descargas por minuto o de diez descargas por segundo, tal como habías aprendido durante tu aprendizaje con Claude. ¡Bang, bang, bang! El primer asaltante disparaba con ráfagas breves y precisas y el segundo, con espasmos largos e indisciplinados, como resultado de lo cual el segundo tuvo que hacer una pausa en mitad de la carnicería y recargar el arma con un nuevo cargador de treinta balas, mientras que al primero le quedaron balas suficientes para acercarse al Ronin, que estaba tumbado bocarriba y sangrando por varias heridas en el

abdomen, y dispararle una bala a la frente, un acto que el asaltante llevó a cabo de forma desapasionada, al tiempo que su compañero seguía intentando insertar el nuevo cargador con manos temblorosas, cosa que por fin logró cuando el asaltante frío y tranquilo giraba en redondo y daba sus últimos pasos hacia Mona Lisa y el Jefe, ambos sentados contra la pared, Mona Lisa en estado de shock, a juzgar por la expresión de su cara, y el Jefe con aspecto aterrado —por primera y única vez desde que lo conocías—, angustiado por la incógnita de cómo podía existir alguna incógnita para alguien como él, con el mono de trabajo rezumando sangre oscura, y entretanto el segundo asaltante, el amateur, roció con una larga ráfaga de balas el espinazo de Le Cao Boi, que estaba arrastrándose absurdamente hacia un rincón después de haber sido tiroteado en las piernas y en la cadera, y Le Cao Boi murió junto a las piernas extendidas del Jefe, que había dejado caer el martillo a su lado y se estaba aguantando las tripas con las manos para evitar que se le salieran, y estaba soltando semejantes gritos de dolor que casi te echaste a llorar, pero sus gritos se detuvieron de golpe cuando el asaltante frío y tranquilo le pegó un tiro en la boca y desparramó sus recuerdos contra la pared.

La cámara de ecos quedó en silencio salvo por los jadeos de Mona Lisa y la sangre de tu cabeza, cuyas oleadas podías oír porque tenías una oreja pegada al suelo de cemento, y cuando el asaltante se apartó de la carnicería y echó a andar hacia ti, cerraste los ojos y te hiciste el muerto. Las botas de los asaltantes aporrearon el cemento, más y más cerca, hasta que uno de ellos dijo: No, déjame a mí, y luego algo duro y caliente se te pegó a la sien y te estremeciste y abriste los ojos.

¡Ja!, dijo el asaltante amateur, apuntándote con el cañón a la cara. Sabía que estabas vivo. Se quitó el pasamontañas y viste que era Rolling Stones. Eh, puto chiflado, ¿te acuerdas de mí?

¿Cómo olvidarlo?

El asaltante frío y tranquilo se quitó el pasamontañas y captaste el parecido al instante, la rima visual con Mona Lisa en aquellos pómulos que parecían codos, en la mirada enigmática, en las cejas negras y gruesas como capullos de seda y en los labios de ídolo adolescente.

Saïd, dijiste.

Los capullos de seda temblaron. Así que has oído hablar de mí, dijo. Yo también he oído hablar de ti.

Se arrodilló para mirarte más de cerca, y aunque había venido para matarte, no pudiste evitar pensar: *Pero qué guapo es el cabrón.*

Ocupaste mi lugar, te quedaste con lo que no era tuyo, siguió diciendo Saïd, mientras te daba golpecitos con el dedo en el mismo punto exacto de la frente donde el Jefe te había presionado con el martillo. Y ahora vas a pagar por ello.

Rolling Stones se echó el AK-47 al hombro y desviaste la mirada de los ojos tranquilos de Saïd al cañón que te estaba apuntando entre los ojos. Mao decía que el poder político brota del cañón de un arma, pero tú no te podías imaginar nada brotando de aquella clase de cañón. Lo único que veías era el poder del horror en el agujero negro del cañón, cuyo centro de gravedad era una bala de 7,62 milímetros sin más nombre que el tuyo, y te ordenaste a ti mismo cerrar la boca y no provocar ni a Rolling Stones ni a Saïd, que a diferencia del Jefe no parecían empeñados en prolongar la agonía de sus víctimas. Tanta gente había intentado meterte un balazo en la cabeza que lo único que querías ahora era que aquello se terminara deprisa. Ya te habías matado tú también una vez, y esta bala de ahora sería el signo de exclamación de la última frase de tu vida, una despedida que o bien resultaba realmente desafortunada o bien muy deseable, dependiendo del punto de vista, y como eras un hombre con dos mentes, estabas al mismo tiempo horrorizado y con ganas de celebrarlo.

¿Tienes un último deseo?, dijo Rolling Stones, y experimentaste un momento de *déjà vu*.

¿Me puedes dar un poco de remedio, por favor, Ahmed?

El hecho de que usaras su nombre de verdad irritó a Rolling Stones, porque era un pequeño recordatorio de aquella (in)humanidad cálida que compartíais, y te dijo: Te voy a matar sin más, y tu mirada se clavó en el dedo que tenía en el gatillo, que ya había empezado a moverse, pero entonces Saïd dijo: Le has hecho una pregunta y él te ha respondido; ahora tienes que cumplir con tu palabra.

¡Oh, por el amor de Dios! Rolling Stones bajó el arma. Muy bien, gilipollas. ¿Dónde puedo encontrar el remedio ese?

Hiciste una conjetura y dijiste: En los bolsillos de los enanitos, y acertaste. Mientras Rolling Stones volvía con los paquetitos del remedio, una parte de ti pensó en que sería agradable morir, mientras que otra parte que se aferraba obstinadamente a la vida le dijo a Saïd: ¿Quizá te gustaría saber dónde puedes encontrar más de este remedio?

Saïd estaba de rodillas junto a su hermano, ayudándolo a ponerse los pantalones. Te miró y dijo: ¿Crees que eso te va a salvar la vida?

Te anestesiaste a toda prisa, inhalando primero una dosis del remedio y después otra. Aunque la magia del remedio consistía en producirles a sus usuarios una sensación intensa de euforia y megalomanía, mezclada con el entumecimiento de varias partes del cuerpo y de la mente y con un incremento paradójico de la sensibilidad erógena, en ningún caso pretendía aumentar la inteligencia. Por tanto, sintiéndote un poco mejor pero no más listo, te quedaste perplejo ante el enigma de la pregunta que te acababa de plantear Saïd, un problema que Mona Lisa solucionó por ti.

No lo matéis, dijo Mona Lisa.

¿Qué?, exclamó Rolling Stones.

«¿Qué?», pensaste, aunque eras lo bastante inteligente como para no decirlo en voz alta.

¡Con las ganas que tenía yo de matar a este *niakoué*!, dijo Rolling Stones, y por fin, por fin entendiste lo que estaba diciendo. Te volviste a echar a reír y Rolling Stones dijo: ¿Y ahora de qué te ríes, puto chiflado?

Nhà quê! ¡Estás intentando decir *nhà quê*!

¡Es lo que he dicho!

Significa «campesino», «palurdo», «tonto». Supongo que es de justicia que los franceses hayáis cogido un insulto que usábamos para la gente de campo y lo hayáis vuelto contra nosotros.

¡Me importa una mierda cómo lo digáis en vuestro idioma!, dijo entre dientes Rolling Stones. ¡*Niakoué, niakoué, niakoué!*

Me ha salvado la vida, dijo Mona Lisa.

La vida no te la ha salvado él, dijo Saïd. Te la hemos salvado *nosotros*.

Es verdad: me iban a matar, pero este puto chiflado se negó a matarme y lo iban a matar justo después de matarme a mí. Mona Lisa terminó de

abotonarse la camisa y se puso de pie muy despacio con la ayuda de Saïd. No me ha querido matar y ahora os pido que no lo matéis.

Y una mierda, dijo Rolling Stones, y me volvió a apuntar con el AK-47.

Para, dijo Saïd, y Rolling Stones volvió a bajar el arma con una palabrota. Saïd me dirigió aquella mirada serena y dueña de sí, procesando lo que le había dicho su hermano. Y por fin añadió: Con la palabra de mi hermano me basta.

¡Saïd!, dijo Rolling Stones.

Ahmed, deja de pensar como el pequeño gánster que eres. Saïd se plantó frente a ti, y desde tu perspectiva en el suelo te pareció un gigante. Cumple con tu palabra. Matas cuando hace falta y muestras compasión cuando hace falta, pero siempre has de cumplir con tu palabra, para que nadie dude de quién eres y de qué representas.

Vale, muy bien, fantástico, dijo Rolling Stones. Dejadme que empiece después de matarlo a él.

Ahmed, demuestra un poco de compromiso.

¡Estoy comprometido! ¡Estoy comprometido a matar a este cabrón!

Tienes que aprender a creer en algo más grande que tú mismo y tus pequeñas intrigas, dijo Saïd, mirándote desde arriba. Solo porque sea un ladrón y un camello y un criminal como tú —como lo fui yo también en el pasado—, eso no significa que tengas que comportarte como él. No es un hombre, Ahmed, y tú tampoco. ¿Y sabes por qué?

¿No soy un hombre?, dijo Rolling Stones. ¡Vete a tomar por culo, Saïd!

Tienes que entender que Ahmed viene de una larga estirpe de marineros, aunque hay quien los llama piratas, te dijo Saïd. Todavía lleva en el cuerpo la sangre de los piratas de Annaba, pero ya está diluida. Es fácil de entender, teniendo en cuenta que sus padres huyeron de la guerra de independencia para venir aquí. Igual que los míos. Pero el Frente de Liberación Nacional tenía razón. No deberíamos estar matándonos entre nosotros con crímenes, drogas y violencia. Tendríamos que ser *djounoud* y usar la violencia para liberarnos.

No quiero oír otro sermón, dijo Rolling Stones.

No te haría falta un sermón si hubieras hecho las lecturas que te recomendé, dijo Saïd. En ese caso sabrías que Fanon dijo que «la violencia

desintoxica».

«Libera al colonizado de su complejo de inferioridad y de su desesperación e inacción», dijiste. La mirada de Saïd encontró la tuya en un momento de reconocimiento mutuo y los dos dijisteis: «La violencia le quita el miedo y restaura su respeto por sí mismo».

¿Ves por qué no me cae del todo mal este tipo?, le dijo Mona Lisa a Saïd.

Leer a Fanon sigue siendo leer sin más, dijo Saïd. Es mejor que nada, pero luego hay que *hacer* algo. Y es necesaria la clase adecuada de violencia, la que te hace hombre, no la que te hace ladrón. Ahmed, ¿sabes por qué ni tú ni este ladrón que me robó sois hombres?

Rolling Stones suspiró. ¿Porque no tenemos compromiso?

Exacto, dijo Saïd.

La mirada que te dedicó fue una variante de la mirada de la secretaria voluptuosa, una mezcla punzante de lástima, desprecio y comprensión. Te dieron ganas de protestar y de decir que, aunque quizá (ya) no fueras muy hombre, sí que estabas profundamente comprometido, entregado incluso, y solo había que ver adónde te había llevado. Pero te callaste para poder vivir y hablar otro día, que era lo más acertado.

Puedes irte, dijo Saïd. Ya.

Hostia puta, masculló Rolling Stones.

Te pusiste de pie dando tumbos antes de que Saïd cambiara de opinión o de que Rolling Stones te pegara un tiro por accidente. Quedaban preguntas sin responder: ¿cómo se había enterado Saïd de lo de su hermano, y cómo había llegado tan deprisa a París? ¿Y cómo había encontrado a Mona Lisa? Pero demorarte más en compañía de Saïd y de Rolling Stones entrañaba poner en peligro tu vida para satisfacer tu curiosidad, y aquellas no eran preguntas por las que valiera la pena morir. De manera que hiciste una reverencia y juntaste las manos para transmitir una forma vagamente oriental de sumisión, que quizá fuera más india que vietnamita, pero a quién le importaba. Todos los presentes erais orientales.

Gracias a los dos por vuestra generosidad, dijiste, y lanzaste unas cuantas expresiones más de agradecimiento servil, porque a servil no te ganaba nadie. Y luego añadiste: Solo para daros las gracias, os sugiero que

miréis bien dentro de esas cajas de café que hay en el almacén, y al oír aquello Saïd enarcó una ceja. Y luego dijiste: Ya habéis hecho mucho por mí, pero ¿os puedo pedir otro pequeño favor? ¿O quizá dos?

Tal como señaló una vez tu exjefe, el General: Si alguien ya te está haciendo un favor, tendrá inclinación a hacerte otros bajo las circunstancias adecuadas, razón por la cual el General se ganaba incansablemente el favor de quienes tenía por encima a base de pedir favores, mientras que en casi todos los casos se negaba con firmeza a otorgar favores a quienes tenía por debajo. Saïd ya te había concedido, a su manera regia, la cortesía de no matarte, y ahora, ante la magnitud de su propia nobleza, quizá te echara otra manita. Y en efecto, en vez de matarte o hacer que alguien te matara, Saïd suspiró y te dijo: ¿Qué quieres?

Lo que querías eran las gafas de sol de aviador auténticas de Le Cao Boi, que llevaba puestas al morir, porque siempre las llevaba puestas, y que ya no iba a necesitar. Les contaste que las querías de recuerdo para conmemorar a Le Cao Boi, tu mejor amigo, o eso le dijiste a Saïd, suponiendo que un hombre de honor como él entendería aquel sentimiento. Las gafas de aviador te venían como un guante y cumplieron con su cometido de ayudarte a conducir por primera vez por las calles soleadas de París. Conducir anestesiado por el remedio se parecía a dirigir una bola de pinball por un pinball, o al menos eso pensaste, o eso recordaste haber pensado cuando introdujiste la llave en la cerradura del apartamento del Jefe. Era aquella llave lo que habías querido en realidad, aunque a Saïd le dijiste que necesitabas el coche del Jefe para ir a tu casa. Dabas por sentado que Saïd habría venido con su propio vehículo, aunque no fuera tan sofisticado como el fenómeno bávaro del Jefe. Rolling Stones lo sabía bien y protestó que se te concediera el favor, pero para entonces ya habías negociado con Saïd un intercambio implícito con aquella cueva del tesoro de la que ahora era amo. Saliste del almacén pasando por entre las filas de cajas llenas del remedio blanco como la nieve y camuflado de café intestinalmente procesado, y confiaste en que aquel intercambio fuera el final de todo, pero sospechaste que no lo sería cuando pasaste junto al

cuerpo atado de Grandullón cerca de la salida, amordazado, con los ojos abiertos y degollado, una pista de cómo habían encontrado el almacén Saïd y Rolling Stones. Durante la orgía, Grandullón se había marchado para encargarse del Delicias de Asia, y allí era donde lo debían de haber encontrado Saïd y Rolling Stones.

El apartamento del Jefe estaba limpio y en silencio. Si no tuvieras prisa, habrías ido con calma, te habrías servido medio palmo del whisky escocés o del coñac más caro del Jefe, te habrías repanchingado y habrías admirado la lejana Torre Eiffel, que en realidad era enorme aunque vista desde allí solo medía una pulgada de largo, pero ya era pasado mediodía y dentro de pocas horas tenías que estar en el Opium para asistir a la fiesta previa al estreno de *Fantasía*, así que te pusiste a buscar el lugar donde el Jefe guardaba sus objetos de valor. Hurgaste en los cajones de la cocina, debajo de los cojines del sofá, en su armario, detrás de su televisor y de su equipo estéreo, y ya estabas a punto de ir a su dormitorio cuando una voz femenina y suave te dijo:

¿QUÉ COJONES CREES QUE ESTÁS HACIENDO?

Otra pregunta profundamente filosófica que te habías planteado de vez en cuando, aunque no en aquel momento. Empezaste a darte la vuelta, pero la voz que reconociste como la de la secretaria voluptuosa te dijo: Levanta las manos y muévete despacio o disparo. Para cuando terminaste tu lenta pirueta, ya estabas preparado para ver la pistola tipo Luger, que parecía enorme en aquella mano pequeña y firme. Llevaba un camisón transparente y el pelo largo y lustroso todo alborotado y despeinado, lo cual solo la hacía más voluptuosa.

El Jefe te va a matar, te dijo.

Llevabas las gafas de sol puestas, pero aun así te dio la sensación de que más te valía usar todos los músculos del cuerpo para no dejar de mirarla a los ojos, lo cual te dificultó tragarte el miedo y el deseo que te inundaban la boca. Conseguiste decirle: El Jefe está muerto.

La secretaria voluptuosa se te quedó mirando durante cinco segundos — los contaste—, y te dijo: Tú nunca tendrías cojones para matar al Jefe.

Cierto. Le explicaste lo sucedido con toda la tranquilidad que pudiste. A ella se le nublaron los ojos, no de dolor, no de alivio, sino de otra cosa, ¿incertidumbre? No expresó shock ni tampoco sorpresa, sino que dijo: ¿Cómo sé que no estás mintiendo?

¿Crees que habría conseguido esta llave si el Jefe estuviera vivo?

Quítate esas gafas de sol, te dijo sin dejar de encañonarte.

Ya habías perdido la cuenta de las veces que te habían apuntado con un arma. Tampoco estabas seguro de cuántas veces habían apretado el gatillo, ni de cuántas de tus vidas habías gastado para llegar a este punto en que el contacto del aire en la piel te provocaba un temblor de algo limítrofe con el estado de placer, que era casi contiguo al estado de dolor.

¿Y qué estás haciendo aquí?, dijo.

El pinball en el que ibas te impulsó hacia delante con un plan que no habías tenido hasta aquel momento, ignorante de que la secretaria voluptuosa estaría allí, algo que deberías haber imaginado si hubieras estado pensando con claridad. Estoy seguro de que el Jefe guarda dinero aquí, dijiste, mirando el reloj de encima del televisor, el que estaba tallado en la forma de tu país. El General había tenido el mismo reloj nostálgico en su restaurante de Los Ángeles, un reloj cuyo secreto a la vista era que para los refugiados el tiempo solo se movía en círculos. Pero el reloj del Jefe revelaba otro secreto a la vista, que era que para los refugiados el tiempo a veces se detenía del todo.

Doy por sentado que guarda el dinero en una caja fuerte, dijiste. Y sé la combinación. Pero no sé dónde está la caja fuerte. Y sospecho que tú sí lo sabes.

Lo cierto es que no tenías ni idea de si había una caja fuerte y tampoco sabías la combinación, pero la primera intuición resultó ser correcta cuando ella te preguntó: ¿Y cómo sabes la combinación?

Enséñame primero la caja fuerte, le dijiste.

Yo me quedo la mitad de lo que haya dentro.

Primero baja el arma.

Ya sé que crees que soy estúpida, pero no lo soy.

Yo no creo que seas...

Veo cómo me miras.

La forma en que ella te miraba a ti indicaba que creía que el estúpido eras tú, y admitiendo ante ti mismo que jamás te habías planteado la inteligencia de la secretaria voluptuosa, continuaste tensando hasta el último músculo del cuerpo para seguir mirándola a los ojos, pese a las tentaciones que te prometía tu visión periférica. Tienes razón, le dijiste, tragándote aquella mezcla familiar de culpa y de vergüenza a la que ya hacía tanto tiempo que le habías cogido el gusto. Encajaban tan bien la una con la otra —como la ginebra y la tónica, como la civilización y la colonización, como la resistencia y el colaboracionismo, como Hitler y Goebbels, como Nixon y Kissinger, como Vietnam y Argelia, como Francia y Estados Unidos— que debería existir un cóctel, o por lo menos una novela rusa menor, o quizá solo un baile de moda adolescente, que se llamara Culpa y Vergüenza. Lo siento. Lo siento mucho.

No, no lo sientes. Eres el típico hombre vietnamita. O medio vietnamita. No importa. Sois todos iguales. No nos tomáis en serio. Dais por hecho que os vamos a hacer la comida, a fregaros los platos, a lavaros la ropa, a reiros las bromas idiotas y a derretirnos con vuestra poesía o vuestras canciones de amor, que os encanta escribir hasta el día en que os casáis con nosotras, después del cual ya no nos escribís más poemas ni canciones de amor porque entonces se las escribís a vuestras novias. Creéis que siempre vamos a estar ahí para hacer el amor con vosotros, parir a vuestros hijos, criarlos solas, hacer la compra, escuchar vuestras quejas, doraros la píldora, llevar la contabilidad, fingir que no sabemos que tenéis amantes, remendaros la ropa, encontrar vuestras llaves, asentir ante todas vuestras chorradas, caminar por lo menos cinco pasos detrás de vosotros, hacernos cargo de vosotros cuando seáis viejos, y por último, por último, *por fin*, morirnos después de vosotros, solo para garantizar que alguien llore en vuestro funeral, que os monte un gran velatorio, que atienda vuestro altar y visite vuestra tumba, que os recuerde todos los días y luego, cuando muramos y nos reunamos con vosotros, volver a hacerlo todo otra puta vez y *para siempre*.

Aunque la voz le temblaba de furia, el cañón de la Luger no se desvió ni un instante. Como hombre vietnamita que eres, o medio vietnamita, sabías en el fondo de tu alma, un fondo que te llegaba hasta las pelotas, en un momento de rara sinceridad motivado por el hecho de que aquellas pelotas

se veían gravemente amenazadas, que ella tenía razón. Como representante de la masculinidad vietnamita, te merecías su furia, por todo lo que les habías hecho a las mujeres vietnamitas cada día de sus vidas. Tienes razón, le dijiste. Y lo siento. Lo siento mucho.

¿Crees que el Jefe se iba a casar conmigo algún día?, dijo la secretaria voluptuosa.

Sí, ya lo creo que sí. Estaba enamorado de ti...

No me mientas. Me da igual que me quisiera. Casarse solo significaría que estaba cumpliendo con su parte del trato. Ahora eso ya no va a pasar. Lo menos que merezco es su dinero. ¿No crees?

Asentiste vigorosamente con la cabeza y soltaste más gruñidos afirmativos. La secretaria voluptuosa te llevó al dormitorio del Jefe, donde había estado durmiendo antes de que la despertaras, y señaló una estantería situada junto al armario empotrado. El Jefe no leía francés, y sin embargo aquellos estantes estaban completamente llenos de libros en francés. Les echaste un vistazo rápido y te alegraste de ver que los franceses no solo leían filosofía y literatura de calidad, todos esos tomos sesudos que se pueden exhibir junto con el licor bueno. Aquellos libros y autores solo merecían cerveza y garrafas de vino a granel. Eran originales franceses o traducciones al francés de los típicos superventas vulgares que se encontraban en los aeropuertos o los hipermercados, aquella pulpa tan chabacana que resbalaba de la frente del lector para quedársele en forma de bigote sobre el labio superior. No hace falta mencionar nombres, sin embargo. Para qué molestarse, si el Jefe no había leído a aquellos autores; no leía nada que no fueran sus facturas y libros de contabilidad.

Tira de ese estante, dijo la secretaria voluptuosa, señalando con su pistola.

Igual que los seres humanos, las pistolas tenían una desagradable tendencia a dispararse de improviso, de forma que le dijiste, con tu voz más cortés: ¿Quizá podrías quitar el dedo del gatillo?

Ella te apuntó con la pistola, manteniendo el dedo sobre el gatillo, y tiraste del estante, que se deslizó hacia delante sobre unas ruedas invisibles ocultas debajo de su base. Cuando deslizaste el estante a un lado, quedó al descubierto la caja fuerte, una caja de hierro gris del tamaño de una

neverita, encajada en un nicho de la pared contiguo al armario empotrado. Muy bien, listillo, te dijo la secretaria voluptuosa. Ahora, enséñame lo que sabes.

Solo tenías una idea, de manera que hiciste tu segunda conjetura.

¿Has visto esos relojes que hay en el despacho del Jefe y aquí?, le dijiste.

Nunca han funcionado. Era demasiado vago para cambiarles las pilas.

No, demasiado vago no, dijiste con una seguridad despreocupada que pronto se revelaría como genialidad o bien como locura. Son pistas. Recordatorios. Por si acaso se olvidaba de la combinación. Lo dijiste sin jactarte, porque si te jactabas, a juzgar por su expresión, la secretaria voluptuosa te pegaría un tiro. Quizá no para matarte, pero sí para mutilarte de por vida. Las siete cincuenta y nueve, dijiste, haciendo crujir los nudillos. O bien siete-cinco-nueve.

Demuéstralo.

La cerradura de la caja fuerte tenía un dial que había que mover alternativamente en el sentido de las agujas del reloj y en el sentido contrario. Te arrodillaste para tener el mecanismo delante de la cara y te pusiste manos a la obra, intentando no sudar mientras movías el dial de un lado a otro. Siete a la derecha una vez, cincuenta a la izquierda dos veces, nueve a la derecha una vez. La manecilla de la caja fuerte no se movió. Te empezaron a sudar los sobacos mientras probabas siete a la izquierda, cincuenta a la derecha, nueve a la izquierda. La manecilla siguió sin moverse. Ahora te sudaba la cabeza y eras intensamente consciente de la presencia de la secretaria voluptuosa, sentada en un sillón a tu izquierda, con las piernas cruzadas, la mano de la pistola apoyada en una rodilla, el dedo todavía en el gatillo, todavía vestida con un camisón transparente que habría hecho mirar al papa de Roma. Qué coño, Dios en persona debía de estar mirando a aquella creación suya, una de las más perfectas, mientras a lo largo de los minutos siguientes probabas todas las demás combinaciones de siete, cinco, cincuenta y nueve que se te ocurrían. En algún momento perdiste la cuenta de las combinaciones y te limitaste a girar el dial al azar, jugando a otra versión más de la ruleta.

Eh, Einstein, dijo la secretaria voluptuosa. ¿Por qué no pruebas con mil novecientos cincuenta y nueve?

Alguien pulsó el botón de stop del mundo y todas las cosas y personas quedaron momentáneamente paralizadas. Dentro de tu cabeza, la manecilla de las horas del reloj hizo una rotación completa, de las siete de la mañana a las diecinueve de la noche. Luego se reanudó el movimiento y giraste el dial, diecinueve a la derecha una vez, cincuenta a la izquierda dos veces y nueve a la derecha una vez. La manecilla de la caja fuerte hizo clic y se movió sin resistencia cuando tiraste de ella; a continuación, la puerta de la caja se abrió con un susurro hidráulico.

El Cielo estaba tranquilo cuando llegaste al cabo de dos horas. Todo el mundo está muy cansado, señor, te dijo la obsequiosa ama de llaves, y te preguntaste cómo se había librado de participar en la orgía. Le diste cien francos para que te dejara entrar y te encontraste al gorila escatólogo durmiendo en el sofá de la sala de espera, con un ejemplar abierto de *Viaje al fin de la noche* subiendo y bajando sobre el pecho desnudo, y el televisor emitiendo, como siempre, un debate intelectual. Una franja pálida nueva le surcaba el bíceps en diagonal, una tirita que no le habías visto la noche antes. Madeleine dormía en el piso de arriba, y le abriste la puerta sin llamar. Estaba bajo las sábanas de su cama *queen-size*, con el pelo desparramado en torno a la cabeza y la cara limpia de maquillaje o de alguna otra señal de la fantástica orgía de la noche anterior, salvo por los moretones que le habían dejado en torno al cuello las manos de BFD. Se te ocurrió despertarla, pero lo importante de aquella visita no eras tú. Así pues, te limitaste a dejar junto a Madeleine la bolsa de la compra del Monoprix que habías cogido del armario de la cocina del Jefe. Dentro estaba la mitad del dinero que la secretaria voluptuosa te había dejado coger de la caja fuerte del Jefe, que a la hora de la verdad no había sido la mitad del total. Los dos os habíais quedado mirando los fajos de francos de la caja fuerte, todos ligados con bandas de papel que llevaban la cantidad total de su valor escrita en tinta azul. También había bolsitas transparentes de plástico para bocadillos llenas de barritas de onzas y taeles de oro, todas envueltas una a

una en plástico y con el nombre del emisor impreso en cada paquete. El número de onzas y taeles también venía escrito en cada bolsa con rotulador negro indeleble. Igual que en el caso de los fajos de billetes, todo iba rotulado con la caligrafía del Jefe.

Creo que somos ricos, dijiste, confiando en que la secretaria voluptuosa no te traicionara y te volara los sesos de un disparo en la sien. Llevabas tanto tiempo muerto que ahora querías vivir. Seguirá siendo una fortuna aun después de dividirlo por la mitad.

¿Dije la mitad?, replicó la secretaria voluptuosa, cubriéndose recatadamente la boca con la mano que no sostenía la pistola. ¡Ups! Qué tonta soy. Quería decir setentatreinta.

¿Setenta-treinta? Mantuviste la calma y dijiste: Sin mí, no habríamos abierto la caja fuerte. Digamos cincuenta y cinco-cuarenta y cinco.

La secretaria voluptuosa ladeó el cañón. Digamos setenta y cinco-veinticinco y te dejo salir de aquí con las pelotas en su sitio.

Así es como terminaste dándole a Madeleine la mitad del veinticinco por ciento de los ahorros en metálico del Jefe. El oro no estaba incluido en el reparto, tal como procedió a clarificar la secretaria voluptuosa antes de ponerte a contar el dinero, que fue una tarea larga, porque había mucho, y sin importarle que le señalaras el hecho de que el Jefe había envuelto convenientemente y etiquetado con el precio todos los paquetes. Solo quiero asegurarme de que lo hacemos todo bien, te dijo con calma la secretaria voluptuosa, desafiándote a que la miraras mientras descruzaba y volvía a cruzar las piernas mientras tú contabas el dinero de rodillas junto a la caja fuerte. Una parte de ti sentía nostalgia de Saïd y del firme idealismo de su palabra, pero otra parte de ti daba gracias porque el veinticinco por ciento de un montón de dinero seguía siendo bastante. Cuando terminaste de contar, dijiste: ¿Puedo usar el cuarto de baño?

La secretaria voluptuosa puso los ojos en blanco y te acompañó hasta el lavabo del pasillo. Igual que la mayoría de los apartamentos franceses que habías visto, el del Jefe solo tenía un lavabo, lo cual estaba bien según los estándares vietnamitas, pero resultaba primitivo incluso para los estándares de clase media de América. Los americanos eran lo bastante listos como para tener siempre una segunda opción en caso de atasco. Les causaba

ansiedad ver la mierda, pero no engordar; para los franceses, era lo contrario. En cuanto a los vietnamitas, no conseguíamos engordar ni aunque lo intentáramos, de tan pobre que era nuestro país, lo cual comportaba que nos alegráramos de disponer aunque fuera de un solo retrete, teniendo en cuenta el estado del sistema de alcantarillado del país. Pero ¿qué excusa tenían los franceses? Simplemente debían de tener una relación distinta con el excremento, tal como demostraba su tratamiento *laissez faire* de la caca canina. La mierda era el secreto de todas las sociedades, y la forma en que cada sociedad trataba su mierda le decía mucho al forastero, aunque una escéptica como la secretaria voluptuosa te diría que esta era una mierda de teoría. Pero lo que dijo cuando intentaste cerrar la puerta tras de ti fue: Déjala abierta.

Pero...

Déjala abierta. No me vas a enseñar nada que no haya visto.

Sí, pero es que necesito, hum, ya sabes...

Oh, por el amor de Dios. La secretaria voluptuosa puso cara de asco total. Eso no necesito verlo. Deja la puerta entreabierta y no trates de correr el pestillo o te pego un tiro a través de la puerta.

No tenías ganas de morir sentado en el trono como Elvis, y tampoco tenías planeado escaparte de aquel lavabo sin ventanas. Para tu plan, consistente en quitar la llave del coche del Jefe del llavero donde también estaba la llave del apartamento, te bastaba con tener la puerta entrecerrada. Pero como no estaba cerrada del todo, y eso permitía a la secretaria voluptuosa oír tu sórdido drama personal, te bajaste la cremallera de los pantalones, abriste la tapa, te sentaste y fingiste un movimiento de vientre mientras manipulabas el llavero del Jefe. Por desgracia, o por suerte, dependiendo del punto de vista, fingir el movimiento de vientre te indujo un movimiento de vientre auténtico, o quizá fueran las emociones las que lo indujeron, sorprendiéndote como te sorprendían a menudo tus emociones, con una fuerza tan repentina y tan real —Oh, por el amor de Dios, exclamó la secretaria voluptuosa desde el otro lado de la puerta— que te vino a la cabeza la Tercera Ley del Movimiento de Newton, según la cual toda acción genera una reacción idéntica y opuesta, de tal manera que, mientras uno de tus orificios daba a conocer su presencia en popa, el otro orificio

emitía un gruñido de dolor mezclado con alivio y sorpresa, porque no habías sido consciente de tener aquello dentro, aquella ristra mortal que salía y salía de tus entrañas sin final aparente, un sedimento completamente repulsivo y acumulado a lo largo de los años, cuyo grosor, densidad y pestilencia sugerían que aquella bestia muerta de tus entrañas era la materia recalcitrante que a tu cuerpo le había resultado imposible digerir —¿Puedes *parar*?, te gritó la secretaria voluptuosa—, la materia oscura de tu interior más oscuro, la abominación bíblica que se había escondido en los recodos de los recovecos de los rincones de aquellas largas y retorcidas tripas que tanta gente te había intentado sacar —*Hostia puta*, dijo la secretaria voluptuosa—, hasta que por fin pareció que habías empezado a tirar del sacacorchos, pero mientras aquella cosa se enroscaba de manera críptica debajo de ti, tan única como un copo de nieve industrialmente contaminado, tan individual como tu yo moralmente corrompido, puesto que no hay dos manifestaciones del interior de uno que sean idénticas, el vacío repentino que dejó atrás la rápida salida de tu habitante intestinal te dolió casi tanto como la evacuación, y te dejó gimoteando mientras tirabas de la cadena para hacer que se marchara aquella calamidad colónica, solo para oír que el retrete gorgoteaba en vez de tragar, y cuando viste que el pobre y atormentado retrete galo se había atragantado con tu excremento, cerraste a toda la prisa la tapa con horror y humillación, te lavaste las manos de cualquier vestigio de desechos, esbozaste una sonrisa de disculpa y saliste con la llave del apartamento en la mano, que la asqueada pero aún voluptuosa secretaria te indicó que dejaras en la mesilla contigua a la puerta para no tener que tocarla.

Te detuviste en la puerta y dijiste: ¿Crees que me podrías dar un par de zapatos del Jefe? Ibas en calcetines y le explicaste que, cuando estabas a punto de irte del almacén, Mona Lisa te había dicho: Todavía me gustan tus zapatos; y te había obligado a darle aquellos zapatos de Bruno Magli que podrían haber pagado el alquiler de un mes. La secretaria voluptuosa dijo: Llévatelos y lárgate; y tú, todavía resistiendo heroicamente el impulso de mirar a través de su camisión transparente, le dedicaste tu sonrisa más apuesta de chico malo y le dijiste: Hacemos un gran equipo, ¿sabes?, a lo que ella contestó: Acuérdate de lo que te he dicho de tus pelotas.

Y así fue como terminaste con la llave del coche del Jefe, que habías separado de la llave de la casa mientras estabas en el lavabo, previendo que la secretaria voluptuosa te la pediría. Contemplaste por última vez la cara de Madeleine, viste que le temblaban los ojos tras los párpados y te preguntaste si estaría teniendo un sueño o una pesadilla. Antes de cerrar la puerta tras de ti, te grabaste su cara dormida en la cera blanda de la memoria, confiando en que su cara enmascarase la faz completamente despierta de la agente comunista. Fuera lo que fuera que le había pasado, estuviera donde estuviera, sabías que aún podía verte.

OceanofPDF.com

Sobre la puerta abierta lucía el nombre **OPIMUM** en neones rojos, escrito con la misma tipografía que adornaba los recipientes de comida china para llevar, una fuente que quizá se llamara chop suey, ching-chong o tomalpolculo. Por lo menos el Jefe había demostrado cierta elegancia y no había puesto un gong en el interior, listo para que un sirviente dentado lo tañese cada vez que entraba un invitado. Lo que oíste al entrar era el mismo cuarteto de jazz que había tocado en la orgía y que ahora estaba haciendo swing allí, ya que a diferencia de ti habían tenido la oportunidad de irse a sus casas a descansar. Lo mismo había hecho Chungo, que se había cambiado su disfraz de guardián del harén por un look más contemporáneo, mezcla de bohemio parisino y chic nazi: jersey negro sencillo con cuello de cisne, pantalones de tela negros, chaqueta de cuero negra y botas negras. El look encajaba a la perfección con la atmósfera del **OPIMUM**, porque lo que **OPIMUM** representaba no era el Oriente de la antigüedad, ni siquiera el Oriente un tanto antiguo del siglo XIX y principios del XX, cuando los monopolizadores franceses y británicos, los originales traficantes de droga a escala global y farmacéuticos señores de la guerra, habían obligado a los nativos a punta de pistola a comprarles su opio. ¡Oh, no! Aquel era el Oriente nuevo y moderno, chic y encantador, adictivo y sin exigencias. El opio era la oferta entera y la amante perfecta. No era de extrañar que hubiera gente, como tú, que prefiriera el remedio.

¿Dónde está el Jefe?, dijo Chungo, que estaba a cargo de la cuerda de terciopelo y de la creación artificial de suspense a base de obligar a que se formara una larga cola de clientes. Las mujeres eran dignas de verse, todas piernas, y los hombres eran dignos de olerse, más bañados todavía en colonia que las mujeres. En cuanto a ti, después de marcharte del Cielo habías pasado por el apartamento de tu tía y te habías puesto el único traje decente que tenías, un traje gris oscuro entallado de segunda mano con americana de tres botones, fechado a principios de los años sesenta, que no casaba para nada con las camisas en tonos pastel y las siluetas exageradas tanto de hombres como de mujeres, cuyos hombros estaban inflados con unas hombreras tan enormes que podían aterrizar águilas en ellas. El traje te lo había regalado el ahora demasiado orondo doctor maoísta, que lo había llevado en sus días de universitario, cuando bailaba el rock de Johnny Hallyday. Tu tía no estaba en casa y habías aprovechado su ausencia para espabilarte con una ducha, que también había lavado de tu cuerpo el sudor, el humo, el miedo y la contaminación de la muerte. Luego te habías bebido el café de civeta que quedaba y habías dejado debajo del sofá en el que dormías la maleta donde estaban el dinero del Jefe y los vídeos de la orgía, unos vídeos que valían mucho más dinero que lo que había en metálico. Aun después de tomarte el café, todavía estabas un poco aturdido cuando aparcaste lo bastante lejos del **OPIMUM** para que ninguno de los enanitos te viera llegar en el coche del Jefe.

¿Dónde está el Jefe?, te volvió a gritar Chungo.

¿Y yo qué coño sé? La última vez que lo he visto acababa de matar al argelino. Y entonces me he ido a casa.

La excusa te permitiría ganar algo de tiempo. Solo necesitabas el suficiente para sobrevivir a la velada, ver a Lana y besarle los bajos del vestido, y luego verte cara a cara con el hombre sin cara y de alguna manera conseguir hacer algún truco mágico que lo salvara de la venganza de Bon. Entraste en el **OPIMUM** y el olor te lamió, los lánguidos ventiladores del techo removían los rastros de feromonas de la colonia y el perfume, el humo de los cigarrillos, las cachimbas y las pipas de agua de tu tierra, y la neblina del incienso que quemaba en un incensario que transportaba por todo el local una mujer bajita y con la cara enmascarada por un velo arrancado de

las páginas de *Las mil y una noches*. No viste a Lana cuando escrutaste a la sensual concurrencia, pero sí que viste a unas cuantas mujeres que habían adoptado el espíritu del **OPIMUM** y se habían envuelto las caras femeninas con los velos de seda negra que ofrecía la transportista de incienso.

Entre la mezcla de olores y tu propio aturdimiento y cansancio te habías quedado un poco mareado, y la única cura para aquello era una copa, que es la cura para casi todo. Caminaste por entre los bananeros y las aves del paraíso, los sillones de ratán y los farolillos rojos, las mamparas de papel de arroz y las caligrafías enmarcadas, y esperaste tu turno frente a la barra entre una congregación de jovencitas risueñas que pedían en tono imperioso bebidas servidas en budas de cerámica y decoradas con diminutas sombrillas de papel capaces de proteger del sol a los grillos o al pequeño gusano marchito de tu moral. Cuando por fin te llegó el turno, dijiste, o más bien graznaste: Quiero un Culpa y Vergüenza, por favor.

¿Un qué?

¡*Un Culpa y Vergüenza!*!, vociferaste, más fuerte de lo que había sido tu intención.

Todo el mundo que estaba en tus inmediaciones se te quedó mirando un momento, pero tras comprobar que no había nada que ver volvieron a su misión de colocarse y de intentar llevarse a alguien a la cama sin que se les notara.

El barman se ajustó el turbante y dijo, en tono frío: No sé qué es eso, mientras veía su profesionalismo cuestionado por su ignorancia.

Es fácil, dijiste. Mitad tequila y mitad vodka, sin hielo y sin aderezo. Tiene que parecer agua bendita y tener un sabor infernal.

Suena asqueroso, te dijo el barman.

Y cuando diste el primer sorbo del Culpa y Vergüenza, tuviste que admitir que estaba asqueroso, pero ¿cómo iba a saber una combinación así? Unas cuantas dosis de Culpa y Vergüenza y al día siguiente ya no te acordarías de nada, tu cabeza sería un coco al que le habían rebanado la tapa, para que alguien te pudiera meter una pajita y beberse el contenido de tu mente mientras te soplaban burbujas dentro. Con un Culpa y Vergüenza doble en la mano —siempre te lo pedías todo doble, porque eras un hombre con dos mentes—, deambulaste por el **OPIMUM** en busca de Lana, pero lo

único que viste fueron camareras vestidas con *cheongsams* sexis que se terminaban en mitad del muslo y paredes decoradas con fotografías enmarcadas en blanco y negro del siglo XIX: una aristócrata con uñas curvadas del tamaño de cuchillos, mujeres de pechos desnudos con atuendos indígenas, una anciana fumándose un puro del tamaño de una panocha de maíz. ¿Son africanos o asiáticos?, le preguntó una jovencita risueña que tenía al lado a otra jovencita risueña. No lo sé, dijo la otra, con la barbilla apoyada en la cabeza de su buda de cerámica. Pero molan.

Contemplaste el mural que cubría una pared entera. Era hipnótico, una pintura fotorrealista en blanco y negro de tus compatriotas semidesnudos, hombres y mujeres, arrodillados en el suelo de lo que parecía una plantación de caucho, flacos y mugrientos, sin más ropa que unos pantalones hechos jirones y unas cintas en la cabeza para que no les entrara el sudor en los ojos. Estaban de espaldas al pintor, o al espectador, concentrados en la mujer que caminaba entre ellos, vestida con un vestido ceñido de color bermellón que le marcaba una figura increíble. En contraste con el resto del mural, la mujer estaba pintada con colores vivos, y parecía ser la mujer más hermosa de Francia, también conocida como Catherine Deneuve. Solo el pintor sabía por qué la había trasplantado a una plantación de caucho. El único detalle no fotorrealista del mural entero era que Catherine Deneuve no tenía manchas de sudor en los sobacos del vestido ni en la pechera donde se le marcaba el esternón, porque incluso la mujer más hermosa de Francia, y por tanto del mundo, tiene que sudar como todos los demás. Oh, qué embrujo tenía Catherine Deneuve, comparable al de *la France* misma, y su visión te dejó hipnotizado hasta que sentiste un golpecito en el hombro. Era Bon. A su lado tenía a una mujer delgada con una prenda minimalista con microminifalda que era a los «vestidos» lo que el «biquini» era a los bañadores. Su forma esbelta cautivaba todavía más que la de Catherine Deneuve, como un puñal que se te clavaba entre las costillas y te llegaba extremadamente cerca de los pulmones y el corazón. Un velo de seda negra le cubría la cara por debajo de los ojos de color caramelo. Una mano de dedos largos y uñas con manicura y tan relucientes como las mentiras de un adúltero se elevó desde su costado para apartarle el velo de la cara. Diste un paso adelante y dijiste su nombre, listo para

plantarle sendos *bisous* en las mejillas. A su vez, ella echó atrás su elegante mano y te arreó un bofetón tan fuerte que viste hoces y martillos y los oídos te pitaron tanto que apenas pudiste oír a tus omnipresentes fantasmas partiéndose incorpóreamente de la risa.

Cabrón, te dijo Lana, en tono enfático. No sabes cuánto tiempo llevo esperando para hacer esto.

La última vez que habías visto a Lana, en su apartamento de Los Ángeles, pocas horas antes de matar a Sonny, los dos habíais oscilado al compás de la dialéctica eléctrica entre Hegel y Marx, entre el Espíritu y el Ser, entre el Ideal y la Materia, entre la Mente y el Cuerpo, entre Hacer el Amor y Follar. Lana era como uno de los libros rojos prohibidos que Man había compartido clandestinamente contigo en vuestro grupo de estudio, empezando por el *Manifiesto comunista* y el *Libro rojo* de Mao. Libros que inflamaban la mente, que daban energía al cuerpo, que quemaban las manos que los abrían y albergaban un conocimiento secreto que paradójicamente se podía compartir con todo el mundo. Tú sabes que quieres, te había dicho Lana. Y yo sé que quieres. Así que la abriste. Los dos plantados frente a las puertas de espejo del armario del dormitorio, actores y espectadores a la vez, todo invertido por la superficie reflectante, a pesar de lo cual tenía sentido. Verlos a los dos en aquella escena acristalada, siendo vosotros mismos y a la vez no, te la puso tan dura como un espejo. Cuando se hizo trizas vuestro reflejo, no solo perdisteis el sentido de la visión, sino también el del tacto, y os quedaron todas las extremidades entumecidas, incluidas las yemas de los dedos de las manos y de los pies. Os desplomasteis, todavía unidos, con los restos de tu yo fracturado dentro de ella, y ahora que Lana tenía los ojos cerrados, el lenguaje la volvió a habitar.

Cabrón, te susurró, en tono enfático. Ya sabía que lo harías bien.

¿Acaso Lana no se acordaba de aquella noche? ¿O bien se acordaba demasiado? Era difícil preguntárselo, porque no solo estaba presente Bon, sino también Loan, que nos había guardado una mesa en la segunda planta del **OPiUM**.

Tienes las mejillas muy rojas, te dijo Loan al verte. ¡Estás tan emocionado de ver a Lana como yo!

Murmuraste algo ininteligible que simplemente te hizo parecer un fan, por mucho que el objeto de tu admiración no fuera una superestrella a la que todo el mundo podía reconocer, como Cher, Olivia Newton-John o Karen Carpenter, sino una estrella lejana de una galaxia que solo se podía ver con un telescopio étnico. Todos los vietnamitas conocían a Lana, mientras que nadie que no fuera vietnamita tenía ni la menor idea de quién era, aunque eso no impedía que la estuviera mirando toda la clientela del **OPIMUM** —tanto hombres como mujeres—, simplemente porque exudaba el calor y la luz de una estrella.

Solo de sentarte a su lado ya te acaloraste, y esto, junto con tu agotamiento y tu cabeza embotada y el recuerdo del Jefe, del Ronin y de Le Cao Boi, cuyas caras ya estaban pintadas de forma permanente en las paredes de la cueva de tu mente, y todo combinado con el dinero ilícito del Jefe, te llevó a llamar a una de las camareras flacuchas vestidas con *cheongsam* escarlata y sexy y a pedirle una botella de su mejor champán. Tenemos mucho que celebrar, le dijiste, y te inclinaste hacia delante y añadiste en voz baja: Trabajo para el Jefe, me merezco el descuento de empleado, a lo cual la camarera sonrió con frialdad, se recolocó los palillos que llevaba en el pelo y dijo que vería lo que podía hacer.

¿Qué estamos celebrando?, dijo Loan. Además de estar aquí con Lana...

Le encendiste a Lana el cigarrillo, que se había pasado un minuto aguantando en el aire, esperando, y dijiste: Sí, estamos celebrando que Lana al fin ha llegado a París. Y también celebrando lo vuestro, tortolitos.

Bon se sonrojó de vergüenza, pero no dijo nada, sino que prefirió ajustarse la corbata, mientras Loan le daba un apretón cariñoso en la otra mano.

Felicidades, dijo Lana, inclinándose hacia delante para iluminarlos con su luz. Te lo mereces, Bon.

Se le notaba que se acordaba de la última vez que había estado en una situación en penumbra con Bon, cuando él y tú la habíais visto actuar en el *Fantasía* de Los Ángeles. Allí Bon le había confesado cómo había perdido

a los amores de su vida y luego había llorado; la única vez que había llorado en presencia de un adulto que no fuese ni su mujer ni yo.

Loan, siguió diciendo Lana, eres una preciosidad y me alegro muchísimo por los dos.

Uh..., dijo Bon.

¿Estás contento, Bon?, dijo Loan.

Bon se sonrojó todavía más. Estoy... estoy... La emoción lo avergonzaba y lo hacía tartamudear, aunque ni la muerte ni el matar le provocaban aquel efecto. Estoy...

Le diste un golpecito con el pie por debajo de la mesa, y cuando te miró, asentiste de forma apenas perceptible con la cabeza y él dijo: Sí... sí... contento... y, ya sabes, hum, todos tenemos que seguir adelante...

Sí, hay que seguir adelante, dijo Loan, cogiéndolo de la mano. Pero eso no quiere decir que tengas que olvidar a Linh y a Duc. Nunca tendrás que olvidarlos, aunque de todas formas no lo harías jamás. ¡Siempre formarán parte de ti y por tanto siempre serán parte de mí, querido Bon!

La granada aturdidora de explicitud emocional que le acababan de tirar a Bon en el regazo lo dejó de piedra. En cuanto a ti —pobre, tonto, loco y feo bastardo—, de pronto y de improviso te echaste a llorar a mares, incomodando a todo el mundo. ¿Qué cojones te pasaba? El cuerpo te empezó a temblar mientras te caían las lágrimas a chorros y decías entre sollozos: Dios, lo siento. No sé... qué... argh...

Te pusiste de pie para irte corriendo al cuarto de baño, pero Bon se inclinó sobre la mesa, te agarró por los bajos de la americana y te murmuró: Siéntate, tristón de los cojones. Estamos entre amigos.

Lana te puso la mano en el brazo. No pasa nada, te dijo. Déjalo salir.

Tampoco te podrías haber contenido. ¿De dónde salían aquellas lágrimas y sollozos, más que de algún doble fondo de tu alma? Por debajo de aquel doble fondo, en la tiniebla insondable, por debajo incluso de los fosos del Averno, no había fuego sino agua, se abría el pozo de tus sentimientos, sobre todo hacia tu madre, la única mujer a la que habías amado realmente, una mujer por la que habrías dado la vida, pero nadie te había concedido esa oportunidad. No existía ninguna otra mujer por la que pudieras haber dicho lo mismo, a diferencia de Bon. Viéndole la cicatriz de

la palma de la mano que representaba vuestra hermandad de sangre, sabías que Bon moriría por ti pero que también haría lo mismo por Loan, igual que se habría sacrificado por Linh y Duc si le hubieran dado la oportunidad. En cuanto a ti, tú morirías por Bon, y también por Man, incluso ahora, incluso después de todo lo que este último te había hecho, porque todavía erais hermanos de sangre. Tu amor por aquellos hombres, un amor que quizá algún día te matara, también te hacía saber que eras digno de vivir.

Te quiero, Bon, dijiste.

No era algo que hubieras querido ni planeado decir, y su mirada afligida te comunicó que habías dicho lo que no se podía decir, pero ¿y qué? En tu vida habías dicho tantas obscenidades y cometido tantos pecados que ni siquiera la incomodidad de Bon ni las risas de burla de tus fantasmas te hicieron arrepentirte de decir en voz alta lo que solo debería haber sido representado en forma de actos no verbales de camaradería masculina.

No pasa nada, dijo Bon, dándote unas palmaditas en la mano. Tranquilo.

En aquel momento vino la camarera con el champán y una cubitera, y el minuto siguiente transcurrió en un silencio incómodo mientras descorchaba la botella y servía cuatro flautas de champán, al tiempo que tú llorabas, sollozabas, respirabas hondo, te sorbías la nariz, moqueabas y por fin cerrabas la trampilla que tapaba el doble fondo de tu alma. Hum, dijo la camarera, quizá compadeciéndose de ti; solo quería decirle que sí que le corresponde el descuento de empleado. Te dio la servilleta de tela que había traído para envolver la botella y te dejó que te secaras las lágrimas y te sonaras los mocos de la nariz.

Pues bueno, dijo Loan.

Lo siento, dijiste, o quizá gimoteaste. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo, de verdad.

Bon levantó su flauta. Supongo que deberíamos brindar.

Yo también tengo un brindis, dijo Lana.

Todos os girasteis para mirarla con expectación. Ella alzó su flauta y todos la secundasteis. Brindo por ti, te dijo, lo cual te sorprendió y te puso una sonrisa esperanzada en la cara. Felicidades, cabrón. Eres padre.

Hay que reconocerte que ni te desmayaste ni corriste a la salida más cercana. Simplemente te quedaste mirando boquiabierto a Lana, giraste la cabeza de derecha a izquierda para ver las expresiones de asombro en los rostros petrificados de Loan y de Bon y por fin volviste a mirar a Lana, que estaba impávida. *Eres padre* era el título de la película de terror más horripilante que te pudieras imaginar, a menos que contáramos las secuelas como *Eres padre 2, 3 o 4*, o bien, si eras católico, *Eres padre 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11 o 12*. Te conocías a ti mismo y no tenías deseo alguno de continuar aquel ciclo de malos tratos también conocido como vida. Tu mayor contribución a la propagación de la especie humana había sido no propagarte a ti mismo, por mucho que tu madre hubiera querido un nieto. ¡Imagínate qué bonito sería que trajeras a una criatura al mundo! Cada vez que tu madre te decía aquello, tú le sonreías, le acariciabas la mano y le mentías: ¡Pues claro, un día, sí, ya lo creo! Ahora acababa de llegar por fin el Día del Juicio y lo único que se te ocurrió decir para reiniciar el tiempo y el espacio fue: ¡Pero si usé condón!

Lana dio un sorbo de champán y dijo: Quizá compraste un condón de mala calidad.

Si la goma de aquel condón venía de una plantación de caucho francesa, entonces los franceses te habían vuelto a joder a base de bien. Abriste la boca y Lana dijo: No te atrevas a preguntar si puede haber otro candidato. Tú eres el único gilipollas posible.

Cerraste la boca y miraste a Bon en busca de ayuda, pero él se tragó todo su champán y dijo: No es el fin del mundo. Algunos queremos tener hijos.

Bueno, dijo Loan, con una sonrisa radiante. ¿Niño o niña?

Niña.

Si hubiera sido niño te habrías quedado de piedra, porque seguro que te mataría cuando creciera, aunque te lo merecías, eso está claro, pero que fuera niña no era mucho mejor, o quizá fuera incluso peor, porque ibas a tener que hacer cosas como hacerle trenzas en el pelo, evitar hablar de su menstruación y contemplar cómo un día conocía a alguien clavado a ti y se casaba con aquel cabrón asqueroso. Respiraste hondo para calmarte. ¿Qué decía la gente normal en situaciones como aquella?

¿Cuántos... cuántos años tiene?

Tres.

¿Está aquí?

Está en Los Ángeles con mis padres.

¿Cómo se llama?

Ada.

Ada. Un nombre ligeramente inusual que los occidentales podían pronunciar, y un nombre completamente extranjero que aun así los vietnamitas podían apañárselas para decir. A-d-a. Un nombre en forma de código morse. A larga, *d* fuerte y *a* corta. Tres letras. Palíndromo. Daba igual que lo dijeras de izquierda a derecha o de Oriente a Occidente. Ada, la nieta que tu madre siempre había querido y que por fin le habías dado, demasiado tarde.

¿Tienes una foto suya?

Ada era una niña de cabello completamente negro que le enmarcaba la cara y le terminaba en la barbilla. Odiabas a los niños, lo cual no era un prejuicio, sino más bien una reacción lógica a los años de infancia que habías pasado expuesto a aquellos pequeños troles, que no eran más que adultos monstruosos en formación. En cambio, aquella niña..., todo en su cara era redondo, de los ojos a las mejillas y la punta de la nariz. Tenía los ojos oscuros, los labios rosados y la piel clara. Si hubiera sido del todo blanca, habrían dicho que tenía la piel blanca. Pero como descendía de ti, y tú eras medio blanco, ella solo era una cuarta parte blanca. Su semiblancura no era lo que te interesaba, sin embargo. Lo que más te llamaba la atención de ella, además de aquel encanto gordezuelo que hasta tú podías reconocer, era a quién se parecía.

A tu madre.

Ada, dijiste, Ada.

Así se llama, dijo Lana.

Después de termináros la botella de champán, y después de que tú vaciaras tu tercer cáliz de Culpa y Vergüenza, y después de que Bon le contara a Lana una versión resumida de lo que os había traído a los dos a la Ciudad

de la Luz, y después de que Lana te preguntara por qué habías ido a Francia en vez de a Estados Unidos, y de que tú le contestaras que era porque habías querido visitar la tierra de tu padre, y después de que ella te preguntara por qué nunca habías avisado a nadie de que estabas aquí, y de que tú le contestaras con sinceridad que era porque no creías que a nadie le fuera a importar si estabas vivo o muerto, lo cual le hizo morderse el labio y apartar la vista, Bon y tú os escapasteis al lavabo de hombres. Frente a los urinarios, informaste a Bon de las muertes recientemente acontecidas, que ni siquiera le hicieron inmutarse. No eran las mejores personas del mundo, que se diga, afirmó al tiempo que se sacudía los destinos de aquellos hombres y se subía la bragueta. Pero es un jaleo del que nos hemos de ocupar.

Claro, dijiste, aunque no tenías intención de ocuparte de nada, ya que eso solo implicaría montar un jaleo todavía más grande a base de alargar la guerra con Mona Lisa y Saïd.

Pero primero nos tenemos que ocupar del hombre sin cara. Esta noche.

Te miraste en el espejo y la visión de tu reflejo te sorprendió un poco. Ahora la mitad de las veces no esperabas ver a nadie allí, esperabas que tu cuerpo fuera igual de invisible que tu alma. Lo que también viste, además de a Bon y a ti mismo lavándoos las manos, fue a tus fantasmas sonrientes, plantados detrás de ti y llenos de agujeros, de los que todavía manaba el perpetuo fluido vital. Pero no viste al Jefe, ni a Le Cao Boi ni al Ronin, ni a tu padre, ni a la agente comunista.

Irá, dijo Bon, secándose las manos. Lo sé.

No tengo pistola, dijiste, tu única maniobra para evitar matar a Man.

Bon se encogió de hombros, apoyó el pie en el borde del lavamanos y se levantó el bajo del pantalón para revelar una pistolita que tenía sujeta al tobillo. La mía de repuesto, te dijo según te la tendía. Siempre hay que llevar una de repuesto. ¿O es que no te he enseñado nada?

Condujiste el coloso bávaro del Jefe hasta el teatro, con Bon y Loan cogidos de la mano en el asiento de atrás y Lana a tu lado. El Jefe tenía un casete de sus canciones, y mientras conducías, escuchaste su versión de la

canción que te había llevado, cuando la oíste cantarla en el *Fantasía* de Los Ángeles, a dar los pasos fatídicos que te llevaron hasta ella y en última instancia hasta Ada: *Bang Bang (My Baby Shot Me Down)*.

¿Y ella sabe que soy su... padre?, preguntaste, y el mero hecho de decir la palabra ya te resultó difícil.

No tengo ni una foto tuya, dijo Lana. Pero ha preguntado por ti.

¿Ah, sí?

Quién es su padre y dónde está, y por qué todo el mundo tiene padre menos ella.

¿Y qué le has dicho?

Mis padres me han prohibido decirle cómo te llamas.

Madame. Y el General, que te había metido el calcetín sucio de aquellas palabras en la boca cuando estabas a punto de subirte al avión rumbo a Tailandia y a la invasión: *¿Cómo ha podido creer que permitiríamos que nuestra hija acabara con alguien como usted? Es usted un buen muchacho, pero también es, en caso de que no se haya dado cuenta, un bastardo.*

¿Así que me habéis borrado de su vida?, dijiste, todavía recordando el sabor repulsivo.

Siempre le cuento a Ada que su padre es un soldado que se fue a recuperar su país, que dio todo lo que tenía para liberar a su gente. Y que quizá un día volverá con nosotras y lo recibiremos como a un héroe. Cuando le digo eso, sonrío y la abrazo. Y me compadezco de ti. No por lo que te pueda haber pasado, sino porque nunca sabrás lo que es abrazar a tu niña, cogerla en brazos cuando era bebé, hacerle mimos a su cuerpecillo regordete, darle achuchones y provocarle risillas, conseguir que te bese cuando se lo pides, oírle decir: Papá, te quiero, tal como dice: Mamá, te quiero.

Bang Bang (My Baby Shot Me Down).

Te has perdido todas esas cosas y no las recuperarás nunca. Pero eso no quiere decir que te tengas que perder cómo es ahora, cómo será el año que viene y el resto de su vida.

¿Quieres que...?

No por mí, cabrón. Por ella. Se merece conocer a su padre y formarse su propia idea de ti. Si no, crecerá esperando a que el héroe de su papá vuelva

a casa algún día. O bien se enterará de que está en Francia y que nunca se molestó en decirle a nadie que seguía vivo y que la abandonó. No le hagas eso.

Bon carraspeó. Creo que hace un par de manzanas que hemos pasado de largo el teatro.

Después de aparcar el coche, Bon y tú caminasteis hasta el teatro por detrás de Lana y de Loan, que tenía muchas preguntas sobre *Fantasía* y sus estrellas. Los dos os fumasteis un cigarrillo en silencio fraternal, preparándoos cada cual por su cuenta para encontraros con el hombre sin cara. Se te habían acabado las ideas, una carencia que atribuías al hecho de haber consumido demasiado remedio o bien de no tener remedio a mano. Te buscaste en los bolsillos y comprobaste que seguía sin haber remedio esperándote allí en secreto. Te echaste a temblar por todo junto: el champán, la Culpa y Vergüenza, el miedo a lo que pudiera pasar, el terror a ser padre de repente, el asesinato del Jefe y la falta de remedio. En la puerta de atrás del teatro te despediste de Lana, que te dijo: Ven a verme después de la función, tenemos más cosas que hablar, me voy mañana a Berlín.

¿A Alemania?

Los vietnamitas de allí nos adoran.

Es un encanto, dijo Loan, fascinada, mientras caminabas al frente. Qué suerte tienes. No me puedo creer que ella... que tú... no digo que ella no fuera a estar con... bueno, ya me entiendes.

Por supuesto que la entendías y no te ofendiste, dado que eras tan asqueroso que te asqueabas incluso a ti mismo. Las únicas personas más desagradables que tú aquella noche eran Enojado y Apestoso, que acechaban en el vestíbulo del hotel.

¿Dónde está el Jefe?, dijo Enojado.

¿Y Le Cao Boi?, añadió Apestoso.

¿Y yo qué coño sé?, dijiste. La última vez que lo he visto acababa de matar al argelino. Y entonces me he ido a casa.

Eh, dijo Enojado. Ahí está la secretaria del Jefe.

La secretaria voluptuosa había llegado a la recepción VIP del vestíbulo; gracias a Dios ya no llevaba un camisón transparente, sino un elegante

vestido de noche de color azul marino con un animal muerto echado sobre los hombros. Visto más de cerca, el pobre bicho resultó ser una simple piel.

Eh, dijo Apestoso, ¿dónde está el Jefe?

¿Y yo qué sé?, dijo la secretaria voluptuosa. Luego te miró, torció el gesto y dijo entre dientes: ¡Qué *asco* das, *cabrón* de mierda!

¡Joder!, dijo Enojado, dándote un codazo mientras la secretaria voluptuosa se alejaba. Debe de estar teniendo una regla de la hostia.

O eso, o has hecho algo que no le va a gustar al Jefe, dijo Apestoso.

Enojado y Apestoso te contemplaron de esa manera en que los carniceros examinan a los patos a la barbacoa que cuelgan de ganchos metidos por el ano. Así pues, antes de que la cosa se pusiera fea, confesaste tu metida de pata fecal en el cuarto de baño del Jefe, dejando a Enojado y a Apestoso aullando de la risa hasta que se les saltaron las lágrimas. ¡*Cabrón de mierda!*, decían entre risas. ¡*Cabrón de mierda!*

¿De qué iba todo eso?, te dijo Loan cuando te reuniste con ella y con Bon.

Te dio una flauta de champán y dijiste: De nada. ¿Un brindis? Por vosotros dos. Y como era París, y como estabais hablando de amor, dijiste: *Levons nos verres à l'amour!*

A Loan se le apagó la sonrisa mientras Bon y tú todavía estabais brindando.

¿Pasa algo?, le preguntó Bon, con la flauta suspendida en el aire.

Sí, dijo Loan, pálida. Nos acaba de pedir que brindemos por la muerte.

L'amour ou la mort? ¿El amor o la muerte? ¿Qué diferencia había? No había sido más que un desliz de la lengua, o mejor dicho, había sido tu lengua incapaz, en conjunción con tus labios, de moldear de forma adecuada la palabra crucial. ¡Maldito fuera el idioma de Molière! Siempre poniéndote palabras en la boca que se te pegaban a las muelas, aunque bueno, a fin de cuentas todos los idiomas hacían lo mismo. Por desgracia, el plan ya no se podía cancelar. Ya llevabas la pistola de repuesto de Bon metida en la cintura de los pantalones para guardarte las espaldas, y Bon ya estaba a tu lado escrutando el vestíbulo en busca del hombre sin cara,

mientras seguían llegando más y más espectadores emocionados de *Fantasia*. Después de tu fatídica trasposición de palabras, Loan se había alejado para charlar con unas amigas, mientras tú te pusiste a charlar con los jóvenes bohemios de la Unión, que te saludaron cordialmente y procedieron a preguntarte en voz baja por la mercancía. Les dijiste que te llamaran al día siguiente, aunque no tenías ni idea de dónde ibas a estar entonces, salvo que los enanitos se enteraran de lo sucedido o Saïd cambiara de opinión, en cuyo caso estarías cubierto de tierra y dos metros más cerca de tu madre. Entretanto, solo querías disfrutar un momento de la poco habitual imagen de armonía del vestíbulo, donde se mezclaba gente vietnamita de todos los colores, esperando jovialmente que empezara *Fantasia*: de los liberales y los izquierdistas a los abiertamente comunistas miembros de la Unión, que llevaban dos o tres generaciones en Francia y eran en su mayor parte de clase media y media alta o incluso de más arriba; y de los conservadores o derechistas a los abiertamente fascistas miembros de la Asociación, que eran refugiados recientes y en su mayor parte muy pobres o por lo menos medio pobres y de clase obrera; y todo lo que había en medio de aquellos extremos, más quienes ocupaban los márgenes, o aquellos a quienes no les interesaba la política, que solo se lo querían pasar bien, lo cual los aunaba con el resto de la población del planeta.

Es el embajador, dijo Bon.

El embajador tenía forma de bolo de bolera y se le veía bastante bien alimentado, teniendo en cuenta que representaba a un país que pasaba hambre y que vivía del racionamiento, o eso informaban *Le Monde* y *Le Figaro*. Estaba con una mujer vestida con *ao dai*, presumiblemente su mujer, y con dos hijos adolescentes, chico y chica, él con un traje demasiado grande y ella con un *ao dai* como el de su madre. Los miembros de la Unión se agolparon para darles la bienvenida, pero también para crear una barrera entre ellos y los miembros de la Asociación, que los miraron con expresiones torvas y mascullaron. También me lo voy a cargar, dijo Bon, y tú le murmuraste una expresión de aliento. ¿Quién eras tú para interponerte entre un hombre y sus sueños y aspiraciones?

Y por fin llegó la hora del espectáculo, sin que hubiera aparecido por ninguna parte el hombre sin cara, y seguiste a Bon al auditorio, donde ya

estaba Loan.

¿Todo bien?, le preguntó Loan a Bon, sin mirarte.

Todo bien, dijo Bon. Solo estábamos mirando a la gente.

Los programas susurraban en los regazos de los espectadores, que murmuraban, charlaban y se reían. El telón todavía estaba echado, pero la expectación ya estaba por las nubes, porque tu gente se había pasado meses esperando a que llegara *Fantasía*. El único decepcionado era Bon, aunque tú estabas aliviado, exactamente por la misma razón: ni rastro del hombre sin cara. Los dos deberíais haber sabido que no podía ser.

Apenas os acababais de sentar cuando alguien dijo en la fila de detrás de la vuestra: Mirad a ese tipo, y eso hicisteis mientras el tipo en cuestión se acercaba por el pasillo de vuestra derecha. Llevaba un traje azul oscuro insulso, un atuendo típico de funcionario oficialmente mal pagado de un país pobre. El pelo ralo dejaba ver por debajo una mancha de piel quemada, cubierta en parte por la banda negra que le rodeaba la nuca. Bon cogió aire bruscamente mientras el hombre se detenía frente a la fila en la que estaba sentado el embajador. Cuando se giró a la izquierda para poder meterse en la fila, el teatro entero vio lo que había captado el hombre sentado detrás de vosotros: no una cara, sino una máscara, sujeta por la banda negra. Una máscara con cejas, pómulos y una nariz ancha pero en absoluto plana. Una máscara con labios, así como agujeros para los ojos, que quizá estuvieran un poco inclinados, o ladeados, pero desde luego no rasgados. Una máscara con una cara que quizá fuera asiática en sus rasgos inescrutables, pero que también podía ser sin más humana en su inmovilidad ilegible. Una máscara que era del todo, completa, absoluta e indisputablemente blanca.

Las luces se atenúan, el público prorrumpe en vítores y el telón se abre para revelar a una sola mujer en el escenario, en el centro de los focos, Lana, cuya malla de cuero rojo de pies a cabeza revela un cuerpo sin señal alguna de haber sido invadido y ocupado por una criatura. El micrófono que lleva en la mano es una palanca de mandos con la que dirige al público, que queda transportado por su voz. Reconoces el tema de inmediato, *For Your Eyes Only*, de la película de James Bond *Solo para sus ojos*, que os proyectaron una noche en Pulau Galang para solaz del campo de refugiados entero. Para unos refugiados que venían de escapar vivos de milagro, una película de James Bond era el escapismo que necesitaban. Pero para vosotros, los inmigrantes, refugiados y exiliados de París, o para vuestros hijos nacidos en Francia, la canción tiene un significado especial: *Fantasía* es solo para vuestros ojos. No sois meros objetos de miradas ajenas, sois los sujetos que miran, y vuestra mirada colectiva está centrada en Lana, cuyo cuerpo encarna todo lo vietnamita mientras traduce la letra ciertamente banal de la canción al idioma que compartís. Banal o no, la letra dice una gran verdad sobre el amor, tanto sobre el chispazo inicial entre los amantes como sobre la llama parpadeante y fluctuante del amor que tus compatriotas sienten los unos por los otros, un amor complicado y difícil, como todo el amor de verdad. En esa llama no solo veis vuestra belleza, sino también vuestra fealdad, y Lana os ve a vosotros, a todos vosotros, incluso a ti, sentado en tu asiento de una fila de en medio, y cuando grita: ¡Buenas noches, París!, todos soltáis un bramido de apreciación, y cuando grita: ¡Hola, mi querida gente!, vitoreáis, silbáis, aplaudís y pateáis el suelo, rindiéndoos a la mayor fantasía de *Fantasía*, que es que nunca habéis librado una guerra entre vosotros, ni que todavía la seguís librando, ya que

las guerras más amargas son las guerras civiles. Por un instante te olvidas de la realidad, que es que la gente que más odia a los vietnamitas son otros vietnamitas. Una tragedia, cierto, pero es momento de dejarla de lado, porque esta noche es para *Fantasía*, tal como os recuerda el siguiente cantante que sale al escenario.

¡Es Elvis!, chilla Loan conforme aplaude.

La ondulación de su pelo se parece al tupé de Elvis Presley, pero este no es *aquel* Elvis. Esta figura con pantalones de cuero negro y chaqueta de esmoquin de terciopelo púrpura con pañuelo de bolsillo de cachemir y gafas tintadas de color lavanda es *vuestro* Elvis, bautizado en honor al rey del rock, un toque de genialidad que os hace preguntaros a todos por qué no se os ocurrió a vosotros. ¿Y por qué no adoptar su nombre? Nunca dejáis pasar nada exitoso sin copiarlo de inmediato, da igual que sean canciones, libros o restaurantes, o tiranos, o sistemas explotadores o asesinos de dominación, robo y desfalco, también conocidos como colonialismo, un concepto que sonaba mejor cuando se denominaba *la mission civilisatrice*. Todo suena mejor en francés, ¡incluidos la violación, el asesinato y el saqueo! Más allá del robo u homenaje, este Elvis tiene una voz tremenda, a la altura de la de Lana, y su único defecto es ser un hombre y por tanto no ofrecer mucha belleza que mirar, aunque no se puede hacer nada al respecto. Te reclinas en tu asiento y la versión sexy que hacen ambos de su clásico *Love You* te asalta mientras ellos bailan el chachachá por el escenario. Qué sabia es la letra: *love you because I hate sadness, love you because I'm sick of people, love you because I'm tired of life. Love you. Love you. Love you.* Te gustaría que el mundo fuera siempre un concierto musical. Las reuniones multitudinarias políticas o religiosas son una tirada de dados para decidir si los asistentes saldrán de allí dispuestos a ayudar a los desconocidos o a asesinarlos. En cambio, ¿cuándo fue la última vez que los fans de la música masacraron a alguien al terminarse un espectáculo?

Fantasía mejora a medida que avanza y las luces van revelando poco a poco a los músicos del fondo del escenario. Una docena de bailarines extremadamente ágiles acompañan a un desfile de cantantes hombres y mujeres que hacen una exhibición de las dos emociones más comunes y placenteras de vuestra cultura popular, el amor y la tristeza, con sus sutiles

variaciones de pérdida, ausencia, melancolía, pesar y anhelo. El espectáculo te sobrecoge hasta el punto de que ya te has olvidado del hombre sin cara cuando Bon te agarra del brazo y te dice: Se está yendo. Las luces del escenario recortan su silueta mientras recorre su fila de asientos. Es nuestra oportunidad, susurra Bon mientras el hombre sin cara camina por entre los asientos, y maldices a Man por haber elegido este momento. Tanto tú como el resto del público estáis hipnotizados por la cantante que acaba de entrar en escena, la embrujadora y desconcertante Alexa, una quebequesa blanca y rubia que canta en vietnamita perfecto. Quieres quedarte a averiguar cómo una mujer blanca ha hecho ese truco de magia, pero Bon le dice algo en voz baja a Loan y te empuja hasta que te levantas y los dos salís dando tumbos por entre los pies de las demás personas de vuestra fila.

Al salir del auditorio, divisas la espalda del hombre sin cara, que está doblando una esquina del vestíbulo y pasa junto a un atónito Enojado, que se está fumando un cigarrillo.

Va al lavabo, dice Bon, dando zancadas a tu lado, con la mano por debajo de la chaqueta, tocándose la pistola.

Notas el arma de repuesto de Bon en la rabadilla mientras lo sigues, y el placer y la felicidad de los pocos minutos que has pasado viendo *Fantasía* se deshacen en forma de humo, dejándote solo con un pedazo siniestro de carbón en la tripa.

¿Quién demonios era ese?, dice Enojado. ¿Y qué estáis haciendo?

Después te lo contamos, dice Bon.

Los dos dobláis la esquina justo a tiempo de ver cerrarse la puerta del lavabo de hombres, y Bon te pregunta si estás listo sin mirarte. Es una pregunta retórica. Da por sentado que estás listo y le trae sin cuidado que no lo estés, porque ahora Bon es un misil guiado por calor. Los dos recorréis la distancia hasta el lavabo en cuestión de segundos, y mientras lo hacéis, él saca su pistola, abre la corredera y usa la mano izquierda para empujar la puerta mientras levanta la pistola con la derecha. Se mueve tan deprisa que cuando se detiene en seco, chocas con él y lo echas a un lado, revelando al hombre sin cara, que está con la espalda contra la pared, mirando a la puerta, las manos en los costados y la máscara todavía puesta.

¿Por qué habéis tardado tanto?, dice el hombre sin cara. Os he estado esperando.

Delicias de Asia está cerrado a cal y canto, pero en la rue de Belleville nadie se fija, por mucho que sea la hora de máxima afluencia de un sábado noche, porque no existe una clientela fiel a la que decepcionar. Has traído aquí con el coche a Bon y al hombre sin cara, los dos en el asiento trasero, con Bon encañonando al hombre sin cara. No os ha ofrecido resistencia alguna, ni en el lavabo de hombres ni cuando habéis salido del teatro pasando por delante de Enojado, que seguía fumando y seguía perplejo y os ha vuelto a decir: ¿Quién coño es este tío? Has conducido el coche sin acompañamiento musical, para oír mejor lo que decía el hombre sin cara, unas frases que te podían granjear un balazo en la nuca. Pero en el coche, el hombre sin cara no ha revelado ni su nombre ni su identidad. Y Bon tampoco se lo ha preguntado, porque Bon cree saber quién es el hombre sin cara, el Comisario, el oficial político del campo de reeducación que estaba a cargo de administraros los laxantes ideológicos y purgaros de todos los restos de colonización de vuestro colon, para a continuación remodelaros como comunistas a imagen y semejanza de Marx, Lenin y Ho Chi Minh (pero no de Mao, ya que vuestro triunfal régimen revolucionario, después de expulsar a los franceses y a los norteamericanos con un poco de ayuda de los chinos, volvía a ser libre para odiar a los chinos). Incluso entre los guardias del campo y el comandante del campo, al Comisario se lo conocía como Comisario a secas. Por tanto, así es como lo llama Bon, Comisario, diciendo la palabra entre dientes, cosa que no parece molestar para nada al hombre sin cara.

¿Por qué la máscara, Comisario?, es lo primero que dice Bon cuando entráis en el coloso del Jefe, al que los tres habéis llegado caminando en silencio desde el teatro. Contemplas la escena por el retrovisor, cómo Bon mira la máscara del hombre sin cara, cómo el hombre sin cara orienta la mirada para poder veros tanto a Bon, que está a su lado, como a ti, que vas al volante. El hombre sin cara se ríe, o por lo menos emite un sonido que se aproxima a la risa, porque todos los ruidos que hace quedan un poco

amortiguados por la máscara y distorsionados por su garganta quemada. Te acuerdas por tus sesiones de interrogatorio con el Comisario en el campo de reeducación de que su voz ya no se parece a la de Man, lo cual —sumado al hecho de que ya no tiene cara— está causando que Bon ya no lo reconozca.

¿No te gusto más con máscara?

No me gustas de ninguna manera, ni con máscara ni sin ella. ¿Por qué has venido?

París es mi recompensa por ser un héroe del Estado, dice el hombre sin cara con su voz ronca. Tiene gracia que, después de haber expulsado a nuestros colonizadores, nos guste irnos de vacaciones entre ellos. Mi trabajo es procesar visados en una oficina lejos del público, así no me tiene que ver nadie. Un trabajo fácil e indoloro, salvo por el aburrimiento. Pero la verdadera razón de que haya venido es que aquí tienen unos cirujanos plásticos excelentes. En este sentido, y en otros, los franceses han intentado ayudarnos en los años de la posguerra.

¿Y por qué hacen eso?

¿Por culpa? Ahora a los franceses les resulta más fácil sentir culpa, porque pueden señalar a los americanos y decir que fueron mucho peores. Además, ¿no sabéis cuánto les gusta a los franceses oír a nuestros diplomáticos celebrar que han derrotado a los americanos en francés perfecto! El hombre sin cara se ríe y es un ruido horrible. Oírnos hablar francés fluido les hace creer que sus niños por fin se han hecho hombres.

¿Y los cirujanos plásticos?

Se han ofrecido a ayudar gratis. El hombre sin cara se vuelve a reír, aunque nadie ha dicho nada gracioso. Los franceses nos esclavizaron, pero, por supuesto, no todos los franceses son responsables. La misma clase colonizadora que nos explotó a nosotros también explota a los franceses. Por lo menos estos cirujanos son humanos como nosotros.

¿Humanos? Tú no eres humano. Eres un monstruo. Vamos a verte la cara, o lo que queda de ella. Todo aquel tiempo en el campo de reeducación y nunca te pude echar un buen vistazo.

Oh, todavía no. El hombre sin cara se ríe. Da la impresión de que se lo está pasando bomba. Aquí no hay buena luz. Un monstruo necesita una luz excelente.

Tampoco hay buena luz delante de Delicias de Asia, y eso quizá explica lo que Bon no ve mientras se acerca a la persiana con la llave. Entrás y el escenario ya está listo. Los actores están en sus marcas, la trama avanza por el laberinto hacia su final inevitable, con el guion ya escrito. ¿Y quién es el guionista, sino tú? Aun así, en tanto que autor de esta situación, solo tienes un control parcial sobre ella, porque no eres el productor de lo que es claramente una comedia negra, pese a que llamar negra a una comedia tiene quizá ciertos residuos de racismo, aunque si le sugieres esto a un francés, o incluso a un americano, y seguramente también a un vietnamita, te acusará indignado de racista por ver algo racial en un uso inocente de la palabra *negra*. ¡Es una mera coincidencia! No tiene nada que ver con mercados negros, ni con el cabaret de caras pintadas de negro, ni con el hecho de que en países como Francia se llame «negros» a quienes escriben libros para otros sin firmar, un término cuya bravuconería te dejó sin aliento cuando lo oíste por primera vez. Pero ¿por qué ofenderse por un simple juego de palabras, cuando lo que pasa en realidad es que los negros literarios no son más que esclavos, aunque sin los latigazos, las violaciones, los linchamientos, la servidumbre de por vida y el trabajo no retribuido? Aun así, ¿qué pasa?, si las palabras no son más que palabras, entonces llamémosle comedia blanca, ¿no? No es más que un chiste, tranquilos, un chiste malo, sí, pero también lo era la Trinidad Impía del colonialismo, la esclavitud y el genocidio, por no mencionar al Dúo Dinámico del capitalismo y el comunismo, dos cosas que inventó la gente blanca y que fueron contagiosos, como la viruela y la sífilis. A la gente blanca ya no le molestan esos chistes malos, ¿verdad que no? En cualquier caso, dejando de lado los juegos de palabras, esta es realmente una comedia blanca, porque sus verdaderos productores son blancos, son los colonizadores y los capitalistas que financiaron mucho tiempo atrás esta producción épica, tu parte en la cual ni siquiera se representa en el escenario principal. Oh, no, para echar sal en la herida —porque siempre hay alguien que echa sal en la herida—, estás en el off-off-off-off-off-Broadway, eres una atracción secundaria de las atracciones secundarias de las atracciones secundarias, que acosa al fantasma horrorizado de Molière en un teatro íntimo del absurdo tan vanguardista, tan por delante de las masas, ¡que ni siquiera hay

espectadores! Solo estáis vosotros tres, viéndoos a vosotros mismos, el
REPARTO:

HERMANO DE SANGRE N.º 1 (Man, alias el Comisario, alias el hombre sin
cara)

HERMANO DE SANGRE N.º 2 (tú, alias el Capitán, alias Vo Danh)

HERMANO DE SANGRE N.º 3 (Bon, que no tiene otros nombres)

¡Qué días tan felices! Tu debut en una *performance* teatral, donde el
restaurante entero es un escenario. Todo es improvisado, todo es
impredecible, salvo lo más predecible de todo: el final al que hay que llegar,
la máscara que debe ser quitada, la pistola que hay que disparar. Pero antes
de que esta comedia blanca proceda a su último acto, tenemos

EL PENÚLTIMO

(que significa el que viene antes que el último)

ACTO

*La puerta se abre con un estruendo. Entran APESTOSO Y ENOJADO,
cuchillos en mano.*

APESTOSO: ¿Qué coño está pasando?

ENOJADO: Habéis estado haciendo cosas raras, cabrones.

APESTOSO (*señala al hombre sin cara*): Y este ¿quién coño es?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Una gran pregunta filosófica.

APESTOSO: Calla la boca, puto chiflado.

ENOJADO: ¿Dónde está el Jefe? ¿Dónde está Le Cao Boi? ¿Por qué está
cerrado el restaurante?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Y vosotros por qué estáis aquí? Se supone
que tenéis que estar en el teatro.

APESTOSO: Aquí las preguntas no las haces tú. Ni siquiera hiciste tu
parte en la orgía.

ENOJADO: ¿Te crees que estás por encima de eso? Que te jodan.

APESTOSO: ¿Y quién coño es este? ¿Y por qué lleva esa máscara?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Quítate la máscara.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Encantado, hermano. Llevo mucho tiempo esperando para quitármela.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: No soy tu hermano.

HERMANO DE SANGRE N.º 1 se quita la máscara.

APESTOSO: Puaj. O sea, Dios bendito, ¿qué...?

ENOJADO: ¿Qué coño te ha pasado en la cara?

HERMANO DE SANGRE N.º 1 (*se ríe*): Tendríais que haberla visto antes de las operaciones.

APESTOSO: Pues necesitas cirujanos nuevos.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Ya me han operado media docena de veces. Pero cuando empiezas con nada, cuando el napalm te ha quemado la cara entera, se tarda un tiempo en reconstruirla. Dios hizo el mundo en siete días, pero hasta los seres humanos con más talento y mejor formación y sueldo necesitan más tiempo para crear algo tan sencillo como una cara. Solo estoy a medio camino.

ENOJADO: Contesta la pregunta, joder. ¿Quién coño eres?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Es una gran pregunta filosófica. Seguro que os acordáis de que el nacimiento de un ser que viene de la nada, del comienzo absoluto, es un evento históricamente absurdo.

APESTOSO: ¿QUIÉN COÑO ERES?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: ¿No me reconoces?

ENOJADO: ¿Por qué te íbamos a reconocer?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Se lo estaba preguntando a Bon. Pero vosotros también deberíais reconocerme.

APESTOSO: Ni siquiera te conocemos, espantajo de mierda.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: ¿Os habéis mirado últimamente en el espejo?

ENOJADO: Vete a la mierda...

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Miraos de verdad...

APESTOSO: Ya no me importa un carajo si contestas la pregunta.

ENOJADO: Espera a que te eche un vistazo el Jefe.

APESTOSO: ¿Dónde está el Jefe, puto chiflado?

HERMANO DE SANGRE N.º 3 le pega un tiro a APESTOSO en la sien.

ENOJADO: ¿Qué coño...?

HERMANO DE SANGRE N.º 3 le pega un tiro a ENOJADO entre los ojos.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: ¡Hostia puta!

APESTOSO y ENOJADO están tirados en el suelo, bocarriba.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: No eran la mejor gente del mundo.

APESTOSO y ENOJADO parecen muertos.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Lo que no te mata te hace más fuerte.

APESTOSO y ENOJADO están ciertamente muertos.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: ¿Por qué...?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Por qué? Estos chiflados de los cojones serían capaces de destriparte vivo sin dejar de reírse. Era cuestión de matarlos ahora o matarlos después, y si era después, habría sido más feo todavía.

APESTOSO y ENOJADO siguen muertos.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: A nadie le importa un carajo.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Seguramente es verdad. ¿No tenéis miedo de que alguien llame a la policía?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Las paredes son gruesas. Las persianas están bajadas. Solo han sido dos disparos. No me importa arriesgarme.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Te veo tan eficiente como siempre.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Como siempre? ¿Qué sabes tú de mí?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Ay, Bon. ¿Sigues sin reconocerme?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Eres el Comisario.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Soy más que el Comisario. Y menos.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Me da igual. Estás aquí para morir y yo, para matarte.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Todo sucede por una razón.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Joder, ¿puedes cerrar el pico? ¿Dónde está tu pistola?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Me la suda.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Pues a mí sí me importa, pobre bastardo. Puede que tú no quieras matar a este hijo de puta, aunque no sé por qué, teniendo en cuenta lo que te hizo, pero yo sí lo voy a matar y lo voy a disfrutar de principio a fin.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Bon.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: No vas a salir de esta.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: No quiero salir de esta. Lo único que quiero es que me reconozcas. ¿No lo entiendes? Quería que me encontrarais. ¿Por qué creéis que he venido a París? Los soviéticos también tienen unos cirujanos plásticos excelentes.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: No me sorprende.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Visité Moscú. ¿Sabéis que tienen el cadáver de Lenin en exposición? Es alucinante cómo lo han preservado los taxidermistas. Es un poco como la cirugía plástica. Y los mismos expertos fueron e hicieron lo mismo con Ho Chi Minh. Parece que esté durmiendo. La gente viaja desde todo el país para verlo en su mausoleo. Ahora el cadáver de Ho Chi Minh es la obra de arte más hermosa de nuestro país.

Algo rezuma de APESTOSO y ENOJADO.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Qué quieres decir con que querías que te encontráramos?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Sabía que nuestro hermano aquí presente no volvería a Estados Unidos, porque había matado a un hombre allí y te había ayudado a matar a otro. El otro destino probable era Francia. Aquí hay muchos de nosotros. Y Francia es la tierra de su padre, claro. ¿Adónde más iba a ir? Y si venía aquí, ¿adónde iba a venir más que a París?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Pero encontrarnos ¿para qué?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Tenemos asuntos sin cerrar. Y no son los asuntos que crees.

Las manchas oscuras que manan de APESTOSO y ENOJADO se van extendiendo por el suelo.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: ¿Quién coño te has creído que eres?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Con quién hablas, puto chiflado?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Conmigo mismo. Pero también con nuestro hermano.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¡No es nuestro hermano!

HERMANO DE SANGRE N.º 1: ¿Se lo digo yo o se lo dices tú?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Decirme qué?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Lo siento, Bon. Lo siento mucho. Muchísimo.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Qué es lo que sientes?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Yo también.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Qué es lo que sentís?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Creía estar haciendo lo correcto.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Qué me estás intentando decir?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: ¿Estás seguro de que no me reconoces?

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Déjate de trucos mentales.

APESTOSO y ENOJADO miran el techo sin verlo, contemplando el sentido de la vida, o de la muerte, o de lo que sea esto.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: ¿Reconoces esto?

Levanta la mano izquierda. Le recorre la palma una cicatriz larga y roja.

HERMANO DE SANGRE N.º 3 (*vacila*): ¿Y qué?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Es la misma cicatriz que tienes tú en la mano.

HERMANO DE SANGRE N.º 3 (*a HERMANO DE SANGRE N.º 2*): ¿Le has contado tú lo de nuestro juramento?

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Ya sabía lo de nuestro juramento.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Cómo?

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Porque soy tu hermano, Bon. Soy Man.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: Cualquiera se puede hacer un corte. La historia de nuestro juramento te la contó este puto chiflado. Te habría contado cualquier cosa cuando lo torturaste.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: No tuve que contárselo. Lo sabe porque es Man.

HERMANO DE SANGRE N.º 3: ¿Qué te hizo? ¿Qué le dijiste? Dime la verdad.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: Sí, dile la verdad.

HERMANO DE SANGRE N.º 2: Tú primero.

HERMANO DE SANGRE N.º 1: De mí no se lo va a creer. De ti quizá se lo crea.

Las luces se atenúan, salvo por los focos que os iluminan a los tres. APESTOSO y ENOJADO se levantan del suelo y se retiran a las sombras para unirse al coro de tus fantasmas, que se frotan las manos y se dan codazos, llenos de expectación por lo que viene.

ÚLTIMO ACTO

Bon y Man se te quedan mirando, esperando a que hables. No sabes qué decir, salvo que cuando la gente no sabe qué decir, a menudo sí sabe qué decir pero simplemente no quiere decirlo. Lo primero que haces, sin

embargo, es sacarte de la espalda la pistola de repuesto de Bon y dársela. ¿Por qué me das esto?, te dice, pero coge la pistola, la primera señal de que sabe que está pasando algo grave.

Quiero que sepas que no la usaría contra ti, dices. Ni contra Man.

No es Man. ¿Por qué te...? Para ya. Te lavó el cerebro en el campo de reeducación, ¿verdad?

Todo esto empezó mucho antes del campo, Bon. Lo siento. Lo siento muchísimo. No sé por dónde empezar. Salvo por el hecho de que tienes que creerle. El hombre sin cara es el Comisario. Y el Comisario es nuestro hermano de sangre, Man. No murió en la defensa de Saigón. Lo alcanzó un bombardeo con napalm que lo dejó sin cara, pero sobrevivió.

Bon os mira alternativamente a los dos. Yo... no... no...

Escucha. Man y yo... somos... somos... éramos... hemos sido...

¿Qué?, dice Bon, y por primera vez el cañón de su arma deja de apuntar a Man para apuntarte a ti.

Comunistas. Yo ya era comunista cuando me fui a América a estudiar, me uní a la Sección Especial y trabajé para el General. Pero ya no soy comunista. Quizá Man todavía lo sea.

No entiendo, dice Bon, moviendo el arma para encañonar a Man.

Tienes que entenderlo, dice Man. Somos tus hermanos de sangre.

No, no lo sois, si todo esto es verdad...

¿Y por qué no iba a ser verdad?, dice Man. Somos nosotros quienes te lo estamos diciendo.

¡Cabronazo de mierda!, grita Bon. ¿Qué te hizo en la reeducación?

Mucho, dices. Pero todo había empezado mucho antes. Ya en el liceo, cuando nos hicimos los juramentos. Éramos hermanos de sangre pero ya éramos distintos. Poco después Man comenzó a hablarme de las cosas terribles que nos hicieron los franceses...

Yo ya sé las cosas terribles que nos hicieron los franceses, dice Bon.

Pero tú creías que los americanos nos iban a rescatar, y estabas dispuesto a luchar de su lado, contra los comunistas. Pero Man me contó la verdad; que los americanos no habían venido a ayudarnos. Habían venido para que los ayudáramos a luchar contra los comunistas, cuando eran los comunistas quienes estaban intentando liberarnos...

O sea, que ya empezó a lavarte el cerebro entonces...

No a lavarme el cerebro...

O sea, que lo admites, dice Man. Por fin me reconoces, ¿verdad?

¡No reconozco nada, joder!, grita Bon. Por mucho que seas, por mucho que fueras... ahora estás loco. Quizá siempre lo estuviste y no era capaz de verlo. Quizá tu locura se le contagió a este pobre cabrón, que realmente es un puto chiflado si creyó en tus...

No estoy aquí para hablar de política, Bon, le dices. Solo estoy intentando...

¡Eres un puto comunista! ¡Y un mentiroso!

Sí, todo eso es cierto...

¡Eres un puto traidor!

Eso no es verdad. No somos más traidores que tú. Los comunistas te llaman traidor a ti, pero eres un patriota. Y nosotros también. Hiciste lo que creías correcto para el país, igual que nosotros hicimos lo que creíamos correcto...

Entonces sois idiotas.

Puede que sí.

Oh, Dios mío, dice Bon, y ves que está llorando. Oh, Dios mío.

Bon...

¿Es que no hay nada sagrado para ti?

Al principio crees que es una pregunta retórica, porque la respuesta solo puede ser que claro que hay cosas sagradas para ti. Tus creencias. Tus amistades. Tu madre. O a la inversa, la respuesta desafiante es que no, ¡no hay nada sagrado! ¡Todo se puede transgredir! Y está la tercera respuesta, que solo entendiste por fin cuando el Jefe te exigió algo y te negaste, y por tanto...

Sí, dices. No hay nada sagrado.

Qué bastardo eres, dice Bon, y no solo está llorando, también está sollozando, cosa que no le has visto hacer desde que murieron su mujer y su hijo. Un bastardo de verdad. ¿Lo sabes? Y no porque tu madre fuera vietnamita y tu padre francés. Eso lo has usado en tu beneficio toda tu vida. No. Eres un bastardo porque eres un traidor.

Eso no lo acepto, Bon. Tú hiciste lo que creías correcto...

¡No estoy hablando de política, imbécil! Estoy hablando de cómo tú y él, Man, si es que todavía es Man, me habéis traicionado. Y no solo a mí. A nosotros. A todo lo que representábamos: nuestra amistad, nuestra lealtad, nuestro juramento...

¡Yo mantuve mi juramento, Bon! Fui contigo a Tailandia y a Laos. Fui contigo al campo de reeducación. Hice lo que pude para mantenerte con vida. Estuve dispuesto a morir por ti y todavía lo estoy. Soy tu hermano de sangre.

¡No!, grita Bon. ¡Ninguno de vosotros es hermano mío!

Levanta la mano izquierda, con la línea rojiza pálida de la cicatriz dividiéndole la palma. Un juramento adolescente que hicisteis todos. Un compromiso juvenil con una vida de lealtad y amistad. Idealismo grabado en la piel. Un lazo que dijisteis que nunca se rompería.

Si pudiera, dice Bon, me cortaría la mano.

No hace falta, Bon, dice Man. La solución es mucho más simple.

¿Qué solución?

¿Por qué vacilas, Bon? ¿Por qué no haces lo que has hecho siempre?

¿Qué he hecho siempre?

Matar comunistas.

El cañón del arma de Bon vacila entre Man y tú. Su respiración es entrecortada; su expresión, confusa. Está haciendo frente lentamente tanto a la verdad como a la única solución posible a la trama que habéis creado vosotros dos, una trama que empezasteis a urdir hace muchísimos años en vuestra celda secreta del liceo, en aquella época en que la revolución era romántica, la muerte era irreal y la contradicción no era más que el hueco que quedaba entre el tren en marcha de la libertad, la igualdad y la fraternidad y el andén de la colonia en la que os quedabais tirados. Pero la edad siempre revela las contradicciones de cada cual, tal como ha señalado Bon. Tu contradicción es que eres un bastardo por la forma en que la gente percibe tu cara, pero también eres un bastardo por lo que has hecho. Y eso es algo profundo, tan profundo que no le puedes ver el fondo, y por fin es hora de hacer frente a ese vacío.

Hazlo, Bon, le dices.

¿Que lo haga?, dice Bon con voz estrangulada.

Es hora de que hagas lo que hay que hacer.

Los tres volvéis a ser adolescentes, con las palmas de las manos ensangrentadas, con las palmas escocidas por el corte del cuchillo. Una orquesta de cigarras zumba en la arboleda y en el cielo hay una media luna amarilla, o bien, como la llamaste una vez de niño, un plátano. ¡Todos para uno y uno para todos! ¡Hasta que la muerte nos separe! Y luego, ya hechos los juramentos, os dais la mano entre vosotros, mezclando vuestra sangre. El dolor punzante de tu mano es la señal de que estás vivo, y de que eres amado, de que amas a esos muchachos, que serán tus amigos para toda la vida y tus hermanos de sangre, la familia que eliges tener. Sabes que Bon también se acuerda de aquel momento, igual que Man, los tres por fin reunidos en un triángulo donde Bon encañona a Man y luego a ti, alternativamente, con los ojos muy abiertos, con la cara y los nudillos lívidos. Por fin la brújula de su cañón se decide por ti, te apunta entre los ojos. Tu coro de fantasmas está tan emocionado que se pone a cantar con expectación, convertidos en banda de doo-wop, *Hazlo*.

No te sientas mal, Bon, le dices. *Hazlo*. Hay que hacerlo. *Hazlo*.

Y cuando Bon aprieta el gatillo, no te puedes creer que lo haya hecho, el destello que te ciega es el resquicio de la puerta del Cielo abriéndose y cerrándose durante una fracción de segundo, la bala se te mete en el cerebro antes de que el estampido te llegue a los oídos y de alguna manera puedes oír la voz de Dios una vez más, rompiendo Su silencio para decir: No hay nada que temer.

OceanofPDF.com

Te alegras de tener las gafas de sol de aviador auténticas de Le Cao Boi, porque la blancura es cegadora. El Cielo es completamente blanco, y con toda esa blancura, el Cielo, o el más allá, o la eternidad, o el purgatorio, o el limbo, o el bardo, o lo que coño sea el sitio donde estás ahora, ahora que estás igual de muerto que el imperio francés, se parece extrañamente al Paraíso. Todo el mundo va vestido de blanco, salvo el doctor maoísta, que viste de tweed marrón y pana verde. En realidad, no es la voz de Dios lo que has oído, sino la voz de barítono del doctor maoísta, que acaba de terminar de leer esta última página que has escrito y te dice:

¿Estamos listos ya para empezar?

¿Empezar? ¿*Empezar*? ¿Y por qué *paramos* de una vez? ¡El problema de tener agujeros en la cabeza es que se te escapa todo por ellos! El médico muy chic y muy bronceado puede arreglar muchas cosas, pero no puede encontrar los tapones adecuados para esas fugas. Eso le corresponde al doctor maoísta, con su doctorado, que le otorga la competencia necesaria, o eso dice tu tía, y estás de acuerdo, porque a fin de cuentas tu problema no es médico, físico ni metafísico, sino *filosófico*. En eso el doctor maoísta es un experto, y cita, por ejemplo, a Sartre, que dijo que «el agujero es el símbolo de un modo de existencia... una nada... la imagen vacía de mí mismo. Solo necesito meterme en él para cobrar existencia». Y eso es lo que has hecho tú, meterte dentro de ti mismo mientras escribías esta confesión, con la ayuda del doctor maoísta, que te visita cada dos semanas para hablar contigo y revisar lo que llevas escrito en todos esos días, o semanas, o meses, o años, o décadas, o siglos, en el Paraíso. Os reunís en tu habitación, que compartes con un anciano amable de pelo completamente blanco desde la cabeza hasta los genitales. Una noche le miraste el interior de la nariz

mientras dormía y los mechoncos algodónosos que tenía allí dentro también eran blancos. Después de hacer carrera en las colonias, ha amasado una riqueza moderada, como tú, y tiene unas habilidades sorprendentes, también como tú. Poco después de que lo pusieran en tu habitación, un día en que el médico muy chic y muy bronceado le estaba haciendo una revisión, el anciano amable se puso a hablarle en una lengua extranjera, y el médico le respondió en ella.

¿Qué idioma es ese?, le preguntaste.

Árabe, te dijo el anciano amable.

¿Cómo ha aprendido usted árabe?

Argelia.

Le miraste los pies al anciano amable, pero no eran negros. Eran muy blancos. Miraste al médico y le dijiste: ¿Es usted argelino?

Soy francés, te dijo con frialdad, pero mis padres son de Túnez.

Ah, dijiste. Pensaba que simplemente estaba usted muy bronceado.

Eres un gran creyente en la nada, te dice el doctor maoísta, consultando sus notas.

Creo que no hay forma de evitar el vacío.

Has pasado de ser marxista y comunista a ser nihilista.

¡No! ¡Non! ¡Nyet! ¡Nein! ¡Negativo!, le gritas. El anciano amable se ríe en su cama. ¡Nunca! ¿Es que no has entendido nada? ¡Estoy harto de vuestras filosofías, creencias, ideas y sistemas occidentales! ¡De vuestro catolicismo! ¡De vuestro colonialismo! ¡De vuestro capitalismo! ¡De vuestro marxismo! ¡De vuestro comunismo! ¡Y también de vuestro nihilismo! No soy nihilista, porque creo en algo... ¡Creo que *la nada es sagrada*! ¡La vida está llena de sentido! ¡Y yo estoy lleno de principios!

Interesante, dice el psicoanalista maoísta, guardándose el cuaderno amarillo en la mochila. He estado en **CHINA**, ¿sabes? Todo eso de la nada y el vacío es muy **ORIENTAL**.

Vete a tomar por culo, susurras, y dices en voz alta: ¿Has leído a Julia Kristeva?

Pues claro que he leído a Kristeva.

Coges tu ejemplar de *Pouvoirs de l'horreur: Essai sur l'abjection*, que juras que podría estar hablando de ti cuando describe «la alteridad

innombrable». ¿Cómo entendía tan bien Kristeva la mente de un espía, de un hombre con dos caras, que, antes incluso de que le hagan los agujeros en la cabeza, está necesariamente vacío, lleno solo de lo que ella llama «el vacío»? ¿Cómo te clasificaba tan bien? Y ¿estaba ella en lo cierto al decir que «solo después de su muerte, algún día, puede escapar el escritor de la abyección de su condición»? Porque ciertamente eres abyecto, pero quizá también seas escritor, por lo menos de tu propia confesión, y en este sentido Kristeva te da un clavo ardiendo de esperanza al que aferrarte, o con el que clavarte: «Escribir, que le permite a uno recuperarse, equivale a una resurrección». Le lees todos estos pasajes al doctor maoísta, y como le resulta tan difícil entender la nada, concluyes con la siguiente declaración: «Solo estoy cómoda en presencia *de la nada absoluta, del vacío*».

¿Lo ves, Le Chinois? ¡No solo a los orientales nos fascina la nada!

Bueno, Kristeva viene de Bulgaria, que es poco más o menos Oriente, dice el psicoanalista maoísta con una sonrisa. En cualquier caso, estamos cerca pero todavía no hemos terminado. O mejor dicho, tú todavía no has terminado.

¿No he terminado? ¡Pero mira cuánto he escrito! ¿Qué más quieres de mí?

¿Además de que te quites esas gafas? Nada.

Muy gracioso, le dices, sin quitarte las gafas de sol.

El psicoanalista maoísta se despide, hasta dentro de dos semanas, y se marcha. Te está ayudando gratis, lo cual es un favor enorme, porque todo el dinero del Jefe ha ido a pagar tu estancia prolongada en el Paraíso, donde tu tía te tiene ingresado, con tu aprobación, porque quién hay más comprometido que tú, aunque estés comprometido con la nada. Resides en el llamado Pabellón de los Recuerdos, todo un eufemismo, porque algunos de los que están ingresados aquí no están muy bien de la cabeza, o eso te han dicho, porque tú sí que sientes que estás bien de la cabeza, da igual lo que piensen los demás. Tu problema es todo lo que se te escapa por los agujeros de la cabeza. La culpa es de Bon, pero lo bueno que tiene toda esa sangre es que ofrece un suministro ilimitado de tinta para el segundo volumen de tus confesiones. ¡Como si no hubiera bastante con el primer volumen! Tú ya te habrías conformado con que tu descabellada existencia

diera material para un solo volumen, pero aquí estás, ¡lleno de cosas que confesar! Y por si acaso te habías olvidado, tu tía te ha traído el primer volumen, que ha tenido la amabilidad de traducir al francés porque, según dice, tiene cierto valor y así el doctor maoísta lo podrá leer. Le lees en voz alta esa traducción todos los días al anciano amable, que asiente para aprobar tu pronunciación, tan buena que los empleados y los pacientes del Paraíso siempre están diciendo ¡L'INDOCHINOIS habla un francés excelente! Todo un progreso, te dices a ti mismo en voz baja, ¡porque al menos saben que no te han de llamar LE CHINOIS! Pero al margen de si eres LE CHINOIS o L'INDOCHINOIS, la realidad es que estás muerto, por mucho que sigas caminando, porque, a fin de cuentas, ¡Bon te pegó un tiro en la cabeza! ¿Y qué pasa ahora?

Pues que te vienes con nosotros, te dice tu coro de fantasmas. Finges que no los escuchas y vuelves al problema del cuaderno amarillo que tienes delante. El psicoanalista maoísta te ha traído muchos cuadernos amarillos, y tu tía pasa a máquina todo lo que escribes y reescribes, y la apuesta y arisca abogada añade numerosos comentarios en los márgenes. Sus comentarios, igual que los de Stalin, están escritos en tinta azul, mientras que tu manuscrito original está escrito con sangre. O quizá solo sea tinta. ¿Tinta o sangre? ¿Qué diferencia hay?

Oh, hay una gran diferencia, te dice tu coro de fantasmas. Créenos.

La única decoración de tu lado de la sala es una foto que has pegado con cinta adhesiva a la pared de encima de tu cama, recortada de un artículo de prensa que te trajeron tu tía y la apuesta y arisca abogada en una de sus visitas. La foto muestra una marcha contra el racismo y a favor de la igualdad, dominada por las protestas contra el maltrato a árabes y africanos, aunque en la imagen en blanco y negro se ve a una banda de jóvenes de origen vietnamita. Lo sabes porque la pancarta que llevan sobre sus cabezas dice VIETNAMITAS EN FRANCIA. Y más abajo, la pancarta dice IDENTIDAD EN LA INTEGRACIÓN. ¡Oh, qué esperanza te dan esos jóvenes! Más que un crucifijo o una bandera comunista. Entre ellos reconoces a varios miembros de la Unión, incluyendo a algunos de tus clientes. Tal como entendió Ho

Chi Minh hace sesenta años, los oprimidos deben mostrar solidaridad entre ellos. Pero ¿qué pasa con los franceses de origen vietnamita, muchos de los cuales no se sienten oprimidos? Una respuesta posible es que no hay mejor forma de manifestar la propia condición francesa que manifestándose, sobre todo del lado de los oprimidos. La otra respuesta, relacionada con la primera, es que no hace falta estar oprimido para manifestarse solidariamente contra la opresión, contra todas las clases de racismo, incluyendo el racismo que beneficia a los franceses que no son árabes, ni africanos, ni negros, ni musulmanes, ni inmigrantes. Pero lo que realmente te llama la atención de la imagen, igual de notable que esa muestra de solidaridad, son los tres jóvenes que llevan máscaras. Máscaras blancas. Máscaras casi idénticas a la que llevaba Man, que ha dejado su huella en París entre esta inspirada juventud. ¿Y qué huella has dejado *tú*? Con la esperanza de obtener la identidad y la integración que exigen esos jóvenes, y con el apoyo del doctor maoísta, de la apuesta y arisca abogada y de tu tía, has dejado muchas huellas en forma de esta confesión. ¿Basta con eso? ¿Puede ser bastante en algún caso? Reúnelo todo, te dice tu tía. Cuéntalo con tus propias palabras. Quizá así consigas entender todo lo que ha pasado.



¿Se ha ofendido usted?, le preguntaste una vez, sabiendo que los franceses se ofenden con facilidad.

Le devolviste la sonrisa y le dijiste: Pues mire, monsieur, a usted y a cualquier otra persona francesa que se pueda ofender leyendo mis divertidas, juguetonas y jocosas descripciones de la cultura y la civilización de este país, lo único que les puedo decir es: Váyanse a tomar por culo. ¿Qué otra cosa puede decir el colonizado después de que el colonizador le haya dado por culo? Y supongo que también debería añadir gracias. ¿Se queda usted contento con eso?

Muy bien, pues:

Por fin se te acabaron los culos y te quedaste sin voz. De no haber sido así, podrías haber seguido con aquello eternamente, sin importarte la cara

con que te miraban el personal y los pacientes cuando dabas vueltas con el anciano amable por los jardines del Paraíso, como si *tú* estuvieras loco. Pobres. ¡Qué mediocres eran! Solo tenían una mente y una cara por cabeza. TÚ, en cambio —y no nos olvidemos de tú mismo—, eras un hombre con dos mentes, con dos caras, con dos agujeros en la cabeza, ¡un superhombre con el doble de capacidad para mandar a tomar por culo que la de un hombre normal! Así pues, ¡vete a tomar por culo, *la France*, por haberme dado por el culo! ¡Y gracias, *la France*, por haberme civilizado! *C'est la vie!* La misma mierda de siempre.

No te preocupa en serio lo de ofender al anciano amable. Es una de las pocas personas —quizá la única— a quien no parece molestar que lleves todo el tiempo puestas las gafas de sol. Su vieja mirada amable y su curiosidad genuina por ti te sedujeron tanto que le has contado tu vida entera. El desencadenante fue el día en que te preguntó: ¿De dónde eres? Normalmente la pregunta te habría enfurecido, pero la vieja mirada amable del anciano amable te hizo detenerte, vacilar y, por fin, intentar ser sincero, como si de verdad te importara un carajo. Le explicaste al anciano amable de dónde eras, y cuando él te respondió con un murmullo comprensivo, le hablaste de tu pobre y hermosa madre, y como él volvió a murmurar, empezaste a desgranarle la historia entera de tu vida, a excepción de los diversos actos inmorales, obscenos o letales en los que te habías visto involucrado. Te pasaste una hora hablando, empujado a ello por los murmullos comprensivos y los cálidos ojos azules del anciano amable, que irradiaba empatía hacia ti y curiosidad por ti. Por primera vez sentiste que alguien te entendía de verdad, que alguien te escuchaba de verdad, ¡y eso que era un total desconocido! No pudiste detenerte. Tu vida entera se desgranó en forma de paráfrasis, de sumario, a veces por medio de elipsis, de tanta prisa que tenías y de tanto que había por contar, trozos y trozos de tu autobiografía, en forma de haikus, epigramas y fragmentos, y durante todo ese tiempo el anciano amable murmuraba y a veces decía: *Ah bon?* Y por fin, al cabo de una hora, terminaste y lo miraste con expectación, esperando a que respondiera, y el anciano amable sonrió beatíficamente, como Jesucristo, o Buda, o Papá Noel, o Stalin, o Mao, o Ho Chi Minh, y te

dijo, con calidez y amabilidad, con curiosidad y empatía, con compasión y buena voluntad:

¿De dónde me has dicho que eras?

De modo que dais vueltas en torno al Paraíso, una pareja extraña pero perfecta, el uno incapaz de olvidar y el otro incapaz de recordar. Al anciano amable le puedes contar lo que sea, consciente de que te escuchará con total concentración y luego se olvidará con precisión absoluta. Una y otra vez rellenas los espacios en blanco de la paráfrasis original que hiciste de tu vida, incluyendo todas las inmoralidades, obscenidades y fatalidades, todas tus hazañas y fechorías, incluyendo a tu hija, Ada. Ada es al mismo tiempo una de tus hazañas y una de tus fechorías, y le has dado un buen comienzo en la vida, hija tuya, es decir, una cuarta parte francesa, tres cuartas partes vietnamita y cien por ciento bastarda, ya que también ella nació fuera del matrimonio. Te preguntas si la conocerás algún día y la idea te llena de miedo, ya que serías la clase de padre de quien su hija solo podría escribir unas memorias completamente feroces. Y con estos dos volúmenes de tu confesión ya le has dado pruebas más que suficientes.

Pruebas, dice la abogada en su visita siguiente. Como su especialidad es representar a clientes imperdonables, le interesas. De los tres lectores que tienes, es la que te plantea un desafío mayor. Tu tía la editora te corrige el estilo y la trama, los personajes y los temas, mientras que el psicoanalista maoísta examina tus fijaciones anales y eróticas. Es verdad que dices muy a menudo «mierda» y «joder», ¡pero es porque son dos de las actividades humanas básicas!

¿Y qué pasa con tu complejo de Edipo?, te preguntó una vez.

¿Complejo de *Edipo*? ¡Por favor! ¿Acaso eso te lo enseñaron tus inmortales en la École Normale Supérieure, querido normalista? Normalista... je, je, je.

Carraspeó, frunció el ceño, apuntó algo en su cuaderno amarillo y dijo: ¿Y qué me dices de tu interpretación de la Torre Eiffel?, ¿cómo la llamaste?, ¿una «polla gigante»?

En primer lugar, quien la llamó así fue el Jefe, y en segundo lugar, ¡es una polla gigante! ¡Yo no inventé los absurdos de este mundo! ¡Solo los veo!

Pruebas, dice la apuesta y arisca abogada, pasando las páginas que has escrito. Está sentada en una silla de tu habitación y tú, en la silla de ruedas del anciano amable, que os observa a los dos desde el trono de almohadas de su cama.

Hay muchas, le dices tú.

Pero todavía te falta la más importante de todas.

¿No se supone que debes defenderme?

Si quiero defender a un cliente, necesito saber lo que ha hecho.

O lo que no ha hecho.

Exacto. En tu caso, sabemos lo que no has hecho. Pero muy poco de lo que sí has hecho.

¡He admitido muchas cosas que he hecho!

Para ser más claros: las *consecuencias* de lo que has hecho.

Examinas tu habitación en busca de consuelo, pero desde que entraste en el Paraíso no has visto ni rastro del remedio, ni del hachís, ni de ninguna forma del líquido más necesario para la vida después del agua, es decir, el agua bendita, es decir, el alcohol. El problema es que los ángeles del Paraíso, además del médico muy chic y muy bronceado, tienen prohibidas casi todas las formas de lo que ellos denominan «sustancias estupefacientes». En consecuencia, nunca has sido una persona tan sana como ahora, cosa que odias. El único vicio que te conceden son los cigarrillos, ya que a fin de cuentas estás en Francia, y tus pulmones se sienten muy muy agradecidos por esa benevolencia. Apagas tu cigarrillo en el cenicero asquerosamente rebosante y te enciendes otro, un Gauloise.

Volvamos a la escena, dice la apuesta y arisca abogada.

Prefiero no hacerlo.

No puedes perdonar lo imperdonable si no le haces frente.

¿Perdonar? ¿Y quién me va a perdonar a mí?

Solo tú mismo.

¡Ja! Eso sí que es absurdo. Pero, aunque pudiera perdonarme a mí mismo, ¿quién soy yo para pedir perdón? Y lo más importante, letrada, ¿cómo se perdona lo imperdonable? No es que sea un perdón imposible. ¡Es que es *demencial*!

Volvamos a la escena.

No...

El restaurante. Delicias de Asia.

Nadie quiere volver ahí. La comida es mierda. ¡No es comestible! Y eso, viniendo de mí, no es moco de pavo. Mi gente es capaz de comérselo casi todo. ¡O sea, nos pasamos mil años comiéndonos el marrón de los chinos! ¡Y seguimos sufriendo indigestión por ello!

La apuesta y arisca abogada expulsa el humo del cigarrillo y se ajusta el alfiler de la corbata. ¿No sabías que la vida es una mierda? Lo que hay que hacer es comérsela a bocados pequeños.

¡Oh, brillante! ¡Qué gran pensamiento filosófico! ¡Y es exactamente como comen mierda los chinos!

En realidad es un dicho francés, te comenta el anciano amable.

Ah, eso tiene sentido, dices.

Mi querida madre me lo decía todo el tiempo.

Volvamos a la escena, dice la abogada.

No...

No hay nada que temer.

¡Es Dios quien habla! ¡No yo!

Venga, va. Sabes tan bien como yo que Dios no existe. Así pues, estáis los tres en el restaurante, delante de la caja registradora. Apestoso y Enojado están muertos. Tanto Man como tú le habéis confesado a Bon el secreto que compartís. Bon está empuñando su pistola y tiene también la tuya. Le dices a Bon que «lo haga». ¿Qué quisiste decir con eso?

¿Qué crees tú que quise decir?

Por favor, acláralo, para que conste. Y cuéntanos también qué quisiste decir cuando dijiste: «Es hora de que hagas lo que hay que hacer».

¿No es obvio?

Para mí no. Yo no estaba presente en la escena. Ni siquiera estuve allí para ver sus resultados. Y no hablamos de una escena con la que yo pueda ir a la policía y decir que te estoy representando a ti, porque nadie sabe que estuviste involucrado. O mejor dicho, lo saben, pero tienen un nombre incorrecto. Joseph N'Guyen, el último hombre al que se vio en compañía de una de las víctimas, Bon, según informó su afligida prometida y confirmó Lana.

Típico de los franceses cambiarme el nombre, aunque sea un nombre falso. O medio falso. ¡N’Guyen! ¡N’Guyen! ¡La policía francesa es incapaz de molestarse ni en escribir correctamente Nguyen, por mucho que sea un apellido de reyes!

Quizá por eso la prensa prefiere llamarte, sin más.

¡Embustes, embustes y más embustes!

Entonces cuéntanos lo que pasó.

Sí, cuéntanos lo que pasó, dice el anciano amable.

¿Qué querías que hiciera Bon?

Todavía puedes ver el cañón del arma de Bon apuntándote. No hay luz al final de su breve túnel, solo una bala con tu nombre, porque Bon conoce todos tus nombres, desde tu nombre de nacimiento a tu nombre de bautismo, Joseph. Que es el nombre que usaste con Loan, emparejándolo con un apellido que no es el tuyo: Nguyen —¡Nguyen! ¡Nguyen! ¡Nguyen! ¡El nombre de literalmente millones de personas, cabrones franceses! ¡Escribidlo bien!— para convertirte en Joseph Nguyen. Tu coartada se habría venido abajo si Lana, cuando la contactó la policía francesa, hubiera contado la verdad y hubiera dicho tu nombre real. Pero tu coartada se sostuvo porque Lana, por la razón que fuera, te cubrió las espaldas. ¿Es posible que fuera... por amor? Te estremeces ante la idea blasfema de que alguien te pueda querer, igual que te estremeces por el hecho de llevar el nombre del cornudo más famoso de la historia del cristianismo. Tu nombre de bautismo es apropiado, porque Dios, si existe, te ha jodido muchas veces. El encuentro final con tus hermanos de sangre te viene a demostrar una vez más Su forma impía de divertirse cuando oyes a Bon preguntar con voz estrangulada: ¿Que lo haga?

No te sientas mal, Bon, le dices. *Hazlo*. Hay que hacerlo.

Sí, eso ya lo sabemos, dice la abogada. Lo has escrito en tu confesión.

Te recolocas las gafas de sol y miras por encima de ella la foto del trío que cuelga en la pared. ¿Verdad que tiene gracia?

No sé dónde le ves la gracia.

Claro que no. Quiero decir que tiene gracia que lleven máscaras blancas, ¿no?

Yo estaba en esa manifestación. Eran máscaras amarillas.

Amarillas. Te echas a reír. ¡Máscaras *amarillas*! ¿Quién puede ver, en una fotografía en blanco y negro, si alguien o algo es amarillo? O mejor dicho, en una fotografía en blanco y negro, el amarillo solo puede aparecer como blanco. Quiero una de esas máscaras amarillas, dices. Man solo me dejó su máscara blanca. Te propongo un trato: si me traes una máscara, me quitaré las gafas de sol.

La abogada mira la máscara que cuelga por encima de tu cama. Te puedo conseguir una máscara amarilla, te dice. Pero no paras de esquivar mi pregunta. Igual que esquivaste la bala.

¿Que esquivé la bala? ¿No has visto los agujeros que tengo en la cabeza?

No tienes agujeros en la cabeza.

Puedo meter los dedos en ellos, ¿ves?

¿Qué hizo Bon después de que le dijeras que había que hacer algo?

¿Sabes cuál es mi mayor talento?

¿Ver el lado bueno y el lado malo de las cosas?

¡Sí! ¡Qué lectora tan atenta! Incluso allí, en Delicias de Asia, con mi mejor amigo y hermano de sangre encañonándome, pude ver los dos lados de la situación, por mucho que cualquier persona normal solo vería la situación desde el lado de la supervivencia. Cualquier persona normal habría suplicado por su vida, le habría rogado a Bon que recordara nuestra infancia, nuestra hermandad de sangre, nuestro juramento, sacrificando toda dignidad y toda conciencia de uno mismo, como si la vida fuera lo más importante de todo. Pero lo más importante no es la vida. Son los principios. Bon lo sabía muy bien, igual que yo. ¡Los dos somos hombres de principios rectos! Por tanto, cuando le dije que lo hiciera, sabía bien lo que le estaba pidiendo. Que cumpliera con su obligación. Y ahora, contestando a tu pregunta, necesito hacer lo que hago mejor, que es mirar dentro de la cabeza de Bon y ver las cosas desde su punto de vista, lo cual comporta mirarme a mí mismo con sus ojos, porque él me estaba mirando a mí, igual que Man. Man se dedicaba a mirarlo todo por si acaso necesitabas un testigo ocular, aunque no entiendo por qué lo ibas a necesitar, teniendo en cuenta que soy perfectamente capaz de decirme a mí mismo: *J'accuse!* Acusado, maldito, comparezco ante ti, mi apuesta y arisca abogada, igual

que comparecí ante Bon, que me vio exactamente como era. ¿Y qué era yo? ¡No era su *bête noire*! ¡No tenía nada de negro! No, ¡era su *bête blanche*, un comunista, un traidor! ¡Con qué horror me estaba mirando! Mi apariencia era atroz, mi verdadera cara repulsiva, ya no era su amigo... ¡era un monstruo!

Le había llegado su prueba de fuego, la que nos llega a todos cuando colisionan nuestras tesis y nuestras antítesis. Y entonces son nuestras acciones las que revelan quiénes somos en realidad. Por un lado, el juramento que me hizo a mí, su hermano de sangre. Por otro, su juramento de matar a sus enemigos. Y allí estaba yo plantado ante él, y era ambas cosas al mismo tiempo: su hermano de sangre y su enemigo mortal. ¿Cómo podía resolver Bon aquella contradicción entre amor y odio, entre amistad y traición? La respuesta me parecía simple. Solo veía una solución. ¡Qué mal juzgué todo! ¡Qué poco entendí a Bon! ¡Qué incapaz fui de ver el mundo a través de sus ojos, hasta ahora! Ahora puedo sentir el peso de la pistola en su mano además del peso de su decisión. Lo voy a matar, pensó, lo tengo que matar, es un hijo de puta, un cabrón, una rata. ¡Es un comunista! ¡Un traidor! He matado a tantos que uno más será fácil. Lo tengo a un metro y medio y no puedo fallar, sobre todo teniendo en cuenta lo grande que tiene la cabeza, lo grande que tiene esa frente que tantos de nuestros maestros remarcaron como señal de su inteligencia. Yo siempre fui el tonto. Lo bastante listo como para sacarme una beca, pero en Saigón me di cuenta de que el chaval más listo de una aldea seguía siendo un palurdo al lado de un chaval de ciudad. Así que les dejé a ellos los asuntos académicos y los juegos de palabras. En materia de libros no podía derrotarlos. Donde sí los derrotaba era en el campo, con mi cuerpo. Corría más que ellos, luchaba mejor que ellos y disparaba mejor que ellos. Que los tipos listos como él vencieran a los comunistas con palabras e ideas. Yo los seguiría matando.

Ya antes de llegar al liceo había matado a mi primer comunista. Era la rata que había traicionado a mi padre y lo había entregado a los infiltrados comunistas en calidad de cacique de la aldea. Los comunistas hicieron que mi padre se arrodillara en mitad de la aldea y nos obligaron a mi madre y a mí y a todos mis hermanos y hermanas a presenciar la escena desde la primera fila. Lloramos y berreamos, dijimos Ba, Ba, Ba, una y otra vez,

suplicando a los comunistas que no hicieran daño a nuestro padre, y en todo aquel rato Ba no lloró ni chilló ni suplicó para nada. Sabía que iba a morir y nos hizo el mayor regalo que pudo. Nos mostró que tenemos que hacer frente a todo con fuerza y dignidad, incluso nuestro propio fin. Nos enseñó que los principios importan más que la vida. Las últimas palabras que me dijo fueron: *Con oi!* ¡Obedece a tu madre y cuida de ella, *con oi!* No le hagas la vida difícil, me dijo mientras le ataban las manos detrás de la espalda y lo denunciaban. Le dijeron que confesara y él dijo: ¿Qué confiese ante quién? No eres mi sacerdote. Así que le colgaron un letrero del cuello que decía MARIONETA. Y cuando le pegaron un tiro en la cabeza, cayó con las cuerdas cortadas. Chillé tan fuerte que todavía lo oigo, veintiocho años después:

BA OI!!!

BA OI!!!

BA OI!!!

Pero daba igual lo fuerte que gritara, daba igual cuánto lo zarandeara o lo abrazara, mi padre no se levantó. Tenía los ojos abiertos pero no veía nada. Tenía la boca abierta pero no decía nada. Su sangre estaba en mi cara, en mi camisa, en mis manos. Se le salían los sesos del cráneo, y todavía recuerdo su tacto, blandos y resbaladizos. *Ba oi, Ba oi, Ba oi...* No volvería a gritar de aquella manera hasta que murieron Linh y Duc.

¡Dios! ¿Por qué me has hecho esto?

¡Dios! ¿Por qué te has llevado a mis seres queridos junto con todo lo que yo era?

¡Dios! ¿Por qué me has puesto tan difícil creer en ti?

¡Dios! ¿Por qué has convertido a mi hermano de sangre en el diablo?

¡Dios! ¿Qué quieres que haga por ti que no haya hecho ya?

Intento entender, Dios. Pusiste a prueba a mi padre y mi padre pasó la prueba. Ahora está sentado a Tus pies en el Cielo, mirándome, con Linh y Duc a su lado. Intento entenderlo, Dios, y quizá lo que entiendo es que nunca me reuniré con mi padre, mi mujer y mi hijo en el Cielo. He matado

a muchos comunistas, y aunque todos merecían morir, y aunque mis sacerdotes me han absuelto, entiendo que quizá Tú no, y por eso insistes en castigarme eternamente. Pero ¿por qué me castigas, Dios, si yo te quiero, si eres Tú quien me ha dado este talento para matar a tantos de estos comunistas impíos que te odian? ¡Los he sacrificado por ti!

Me acuerdo muy bien del primer comunista al que maté. Ya tenía planeado matar a aquella rata desde el mismo momento en que murió mi padre. Por eso guardé la cuerda que habían usado para atarle las manos. Solo tenía diez años. Tuve que esperar y prepararme. Corrí hasta que fui el más rápido de la aldea. Trabajé en los campos hasta que fui el más fuerte de todos los muchachos, y peleé hasta que ninguno me pudo derrotar. Y no iba a ser un soldado común y corriente, porque los soldados corrientes no podrían matar a tantos comunistas. Así que estudié todo lo que pude para salir de la aldea y convertirme algún día en oficial y tener tropas a mi mando y matar a muchísimos comunistas. Y la noche antes de irme a Saigón y al liceo, esperé escondido a la rata, a quien llevaba cuatro años vigilando. Conocía su rutina, el camino que hacía para ir de su casa a su letrina, y esa noche cuando lo vi pasar salí de un salto de la maleza, rodeé su cuello de rata con la cuerda con que habían atado a mi padre y lo llevé a rastras entre los matorrales. No gritó. Solo gorgoteó y se murió, y entonces arrastré su cuerpo al río y lo até a un saco de piedras y lo tiré al agua. Y no me arrepiento de nada.

¿Me puedes perdonar por aquello, Dios?

¿Y por lo que tengo que hacer ahora?

¿Por qué vacilo?

Le estoy apuntando con el arma entre los ojos. No puedo fallar. Nunca he fallado a esta distancia. Pero ¿por qué tengo más miedo yo que él? El puto chiflado parece feliz, como si quisiera que lo matara. Le veo hasta el último rasgo de la cara, y los reconozco todos, a diferencia de lo que pasa con Man, cuya cara semihumana no puedo reconocer en absoluto. A él también lo mataré, en cuanto...

Pero puedo ver hasta el último rasgo...

Y puedo ver por debajo de esos rasgos...

Y ahora no solo veo su cara, sino también la cara que tuvo una vez, cuando teníamos catorce años, unos niños. Y en la cara de aquel niño veo el futuro, aunque lo que no puedo ver es su destino, ni el mío. Lo que veo es esperanza, idealismo, amor, hermandad, sinceridad y el dolor que siente cuando se raja la palma de la mano y hace su juramento. Por nosotros. Todavía noto la humedad pegajosa de su sangre en mi palma dolorida, mezclándose con mi sangre mientras nos cogemos las manos y nos fundimos en uno. ¡Oh, Dios! Dios mío... perdóname.

Qué tiempos aquellos en que éramos jóvenes, inocentes y puros.

OceanofPDF.com

EPÍLOGO

TÚ

La bala le reventó la cabeza a Bon y dejó el restaurante entero salpicado de sus trozos; a continuación rebotó en una pared, rebotó en el suelo y te atravesó la sien, o quizá fuera la coronilla, dejándote ese segundo agujero que no para de sangrar. Gritaste, y una parte de ti no ha dejado de gritar desde entonces, por mucho que estés muerto. Corriste hasta Bon, que se había desplomado igual que debió de desplomarse su padre, sin hacer nada para detener la caída, y su cabeza reventada había golpeado el suelo de azulejos con un chasquido horrible, el eco de algo que acababa de romperse dentro de ti. Oh, Dios mío, te lamentaste, aunque no crees en Dios.

Te arrodillaste junto a Bon con las manos suspendidas encima de él, sin tocarlo, sin querer hacerle daño, y sin saber cómo ayudarlo. Tenía los ojos abiertos y la boca abierta y le podías ver el interior de la cabeza. No podías hacer nada. No podemos hacer nada, dijo Man, arrodillándose a tu lado, con las rodillas en el charco de sangre que manaba de la cabeza de Bon.

Pero tiene que haber algo, dijiste, o chillaste. ¡Llama a una ambulancia!
Bon está muerto.

Cuando le dijiste a Bon que lo hiciera, que hiciera lo que había que hacer, no te referías a esto. ¿Cómo era posible que no lo hubiera entendido? ¿No era *obvio* que te tenía que matar *a ti*, en vez de suicidarse?

Bon está muerto.

¿Cómo puede estar muerto cuando le has dedicado tantas páginas a lo largo de los dos volúmenes de tus confesiones? Has leído y releído tus confesiones y en ellas Bon sigue vivo, vivo para siempre. ¡Tiene que vivir!

Así es como lo has mantenido bajo la luz, y a salvo de la sombra de la muerte, hasta ahora.

Bon está muerto.

¡Llama a una ambulancia!

¿Y qué haremos cuando llegue la ambulancia? ¿Cómo les explicamos este lío?

¿Lío? ¡Es Bon!

Bon está muerto. Y no podemos hacer nada para traerlo de vuelta.

Pero ¿acaso tus confesiones son pura nada? Has escrito más de setecientas páginas. ¿Quién sabía que tu vida requería tantas palabras, la vida de un don nadie que no cree en nada? Pero bien pensado, la mayoría de la gente son don nadies. Y puede que la mayoría de esos don nadies crean en Dios, pero no son muy distintos de ti. También creen en nada, aunque se niegan a admitirlo. Nada es sagrado y la nada está en todas partes, igual que Dios, otro de cuyos nombres es nada. Nada puede traer de vuelta a los muertos, que vienen de la nada y regresan a la nada. No, no se puede hacer nada, salvo esto, las palabras que has escrito, tu único remedio, la cosa a la que estás más entregado.

Y por fin has terminado. Le has dado a la apuesta y arisca abogada lo que quiere, la última prueba para tu defensa o tu acusación, según cómo se mire. También le has dado lo que quiere al psicoanalista maoísta con doctorado, no exactamente un argumento para defenderte o acusarte, sino más bien un caso práctico listo para su análisis. Aunque esta no es realmente una confesión, te dijo en su última visita.

¿Ah, no? ¿Y qué es?

Una nota de suicidio, te dijo con gran satisfacción. La nota de suicidio más larga de la historia.

Y te reíste y te reíste y te reíste. ¡Una nota de suicidio! ¡No te habías imaginado que tuviera un sentido del humor tan genial! Te has entregado a muchas cosas en la vida, y has cometido muchas otras, pero no has cometido suicidio. ¿Puede un muerto cometer suicidio? Pues requeriría un compromiso tremendo, ¿pero acaso no eres uno de los hombres más idealistas que han vivido nunca?

Adorno escribió que debemos desconfiar de los escritores comprometidos, dijo el doctor maoísta. Siempre están comprometidos con el poder.

¡Adorno! Llevabas sin oír su nombre desde el seminario del profesor Hammer, donde leíste su *Dialéctica de la Ilustración*, coescrita con Horkheimer en uno de los lugares menos ilustrados del planeta, Los Ángeles, donde tanto ellos como tú se habían visto exiliados, en su caso de la Alemania nazi. En tanto que pensadores y escritores, les gustaba creer que realmente el poder venía del cañón de una pluma, quizá todavía en mayor medida que del cañón de un arma. Aunque los colonizadores, los capitalistas y los comunistas habían matado a millones de personas con sus armas, ¿acaso a fin de cuentas a estos últimos no los movían las palabras, las ideas que fluían escritas con la tinta de grandes filósofos, o en algunos casos de demagogos diabólicos? Te presionas el cañón de la pluma contra la sien y no puedes acordarte de cuántas plumas has gastado para escribir tu confesión, todos esos cartuchos de tu color favorito, el negro, tan indeleble como la tinta de calamar, tan oscuro como tu interior. Y en ese momento el anciano amable, que te había estado mirando y escuchando como siempre, te dijo con amabilidad máxima: Creo que debes de estar loco.

¿Loco? ¿Yo? Quizá. Y te reíste y te reíste y te reíste, y dijiste: Pero miremos el lado bueno, ¿no? Si hay que estar loco para perdonar lo imperdonable, entonces me puedo perdonar a mí mismo.

Aun así, ni siquiera estando investido de ese poder te puedes perdonar a ti mismo, porque te sigue preocupando la cuestión de si Bon te perdonará alguna vez. Esperabas que Bon se uniera a tu coro de fantasmas, a fin de poder volver a verlo, pero no ha aparecido. ¿Qué significa ese misterio?

En cuanto a Man, tu tía te cuenta que ha abandonado la embajada y se ha vuelto a vuestra tierra. No tienes información sobre el estado de su cara. ¿Por qué no lloras?, le preguntaste a Man con voz imperiosa, mientras llorabas a mares. ¿Dónde almacenaba tu cuerpo su increíble cantidad de fluidos? ¿Acaso tenías un acuífero por encima de la tripa, conectado por medio de un sifón a los conductos lagrimales? ¿O acaso tu cuerpo era una esponja, que absorbía la pena, el dolor y la melancolía, así como el pesar

por los años transcurridos, gota a gota salada, hasta que las manos del dolor y la pérdida agarraban tu cuerpo con fuerza y lo estrujaban?

¿Por qué no estás llorando?

Man te miró con unos ojos enrojecidos que no tenían ni cejas ni pestañas. Ya no puedo llorar. Se me quemaron los conductos lagrimales. Sacó un frasquito y se aplicó unas gotas de líquido transparente en cada ojo. Siguió aplicándose las gotas hasta que los ojos se le inundaron y le cayeron gotas de lubricante salino por las mejillas. Así es como lloro ahora.

No te acuerdas de cuánto tiempo pasasteis los dos sentados junto al cuerpo de Bon, pero das por hecho que fueron horas, hasta que por fin dejaste de temblar y de estremecerte, después de que las manos del dolor y la pérdida te estrujaran hasta secarte casi del todo. Las lágrimas te han lavado el polvo de los ojos y ves con mucha claridad, pero notas el cuerpo desequilibrado, de tan fuerte que ha sido estrujado y de tanto líquido que ha perdido. Ves cómo Man retira todas las formas de identificación de los cuerpos de Apestoso, Enojado y Bon, y te ves a ti mismo cogerle las manos a Bon, frotarle los brazos y los hombros, darle palmaditas en el pecho y en las mejillas, cerrarle los ojos y la boca, tumbarte a su lado en el charco de su sangre y lo más cerca de él que puedes, y te puedes ver a ti mismo hacer todo esto incluso en los momentos en que tienes los ojos cerrados. Ves cómo Man te levanta del suelo y te saca del Delicias de Asia, y te ves a ti mismo gimoteando en la puerta, echando un último vistazo a Bon, hasta que Man te dice que son las tres de la madrugada y que es hora de marcharos. La calle está desierta. Man te lleva al coche del Jefe, conduce hasta la casa de tu tía y una vez allí explica la situación con pocas palabras. Te ves a ti mismo señalar el dinero del Jefe y pedir —no, *exigir*— que te ingresen en el Paraíso. Y ahí estás todavía, a salvo en tu asilo, uno de los idealistas.

La pregunta es: ¿idealista con qué? Has tenido dos años en el Paraíso para sopesar esa pregunta, para reflexionar sobre tu vida y sobre los fragmentos de la cabeza reventada de Bon, para confesar los crímenes que has cometido, para reconocer que después de todo lo que has vivido, de todo lo que has hecho, todavía estás comprometido con la revolución, lo

cual debe de significar que estás loco, aunque no más loco que aquella primera mujer de las cavernas idealista que soñó que conjuraba el fuego a partir de la nada, y cuyo destino, después de descubrir el fuego, fue seguramente que la quemaran en la estaca otros cavernícolas más cínicos que conocían la importancia del fuego, que sabían que equivalía al poder, de tal forma que ya por entonces, durante los primeros momentos de la civilización humana, la dialéctica oscilaba entre la aspiración y la explotación, un movimiento que no se detendrá nunca, porque estás de acuerdo con Mao en que la dialéctica es infinita, con una única salvedad importante, que es que, a diferencia de Mao y de Stalin y de Winston Churchill y del rey Leopoldo y de muchos presidentes norteamericanos y reyes ingleses y emperadores franceses y papas católicos y déspotas orientales e incontables millones de padres, maridos, novios, amantes y playboys, no crees que esa dialéctica requiera el sacrificio de millones de vidas en nombre del comunismo o del capitalismo o el cristianismo o el nacionalismo o el fascismo o el racismo, ni ciertamente del sexismo, del que eres culpable, culpable, abyectamente culpable, y esa fe en una dialéctica infinita que no requiere para su cumplimiento de un Aparato Represivo del Estado, ese principio rector que afirma que no hace falta engrasar con sangre las ruedas de la historia, ese escepticismo hacia la creencia de Fanon en los beneficios positivos de la violencia, justificable en vista de la brutalidad francesa en Argelia pero aun así ciega a la posibilidad de que la violencia nos pueda hacer sentirnos hombres pero comportarnos como diablos, mientras que la *no-violencia* nos puede desintoxicar y liberar de nuestros complejos de inferioridad, sacarnos de la desesperación y del miedo y restaurar la autoestima que necesitamos para pasar a la acción, y en vez de convertirnos en reflejos de nuestros colonizadores, la *no-violencia* puede romper ese espejo y liberarnos de la necesidad de vernos con los ojos de nuestros opresores, empujándonos al espacio inquietante de lo negativo, de la nada, de lo vacío, del vacío, donde debemos inventarnos a nosotros mismos desde cero, todos únicos, todos solidarios con la condición única de los demás, una fe sincera aunque quizá estúpida que te convierte en visionario, o bien en un alucinado, pero un alucinado que insiste en que la humanidad ya sabe todo lo que tiene que saber sin recurrir al asesinato,

empezando por lo que dijo una vez el extremadamente comprensivo Federico García Lorca, asesinado por los fascistas españoles: «Siempre estaré del lado de los que nada tienen y hasta la tranquilidad de la nada se les niega», un principio de empatía que, *si se complementa con la acción*, ya sea en forma de hacer algo o de no hacer nada, dependiendo de la necesidad dialéctica que plantee cada situación, nunca te llevará en la dirección equivocada, por mucho que esa dirección sea la muerte, puesto que ya hay muchísima gente entregada al principio completamente opuesto, que es ponerse del lado de quienes ya tienen algo y lo quieren todo, y si estuvieras cuerdo también tú te pondrías de ese lado, pero la revolución siempre es un acto de locura, porque no es una revolución a menos que esté comprometida con lo imposible, aunque si esto resulta demasiado deprimente y desalentador, hay que recordar que hace unos miles de años estaba fuera del alcance de la imaginación humana dar la vuelta al mundo en un solo día, una gesta asombrosa que ha aunado todas las partes del mundo, hasta el punto de que hoy ya no queda ningún lugar del globo que no esté al alcance de turistas, inversores, misioneros y misiles balísticos intercontinentales, lo cual significa que la dialéctica infinita sigue oscilando entre lo imposible y lo posible, entre la salvación y la aniquilación, entre la no-violencia y la violencia, entre nuestra capacidad de salvarnos y nuestra capacidad de destruirnos, y significa también que el único misterio real es qué parte de nosotros —de nuestra humanidad o inhumanidad— triunfará en ese juego perpetuo de ruleta rusa que la especie humana juega consigo misma, y tú mismo, humano e inhumano, eres lo bastante demente como para creer que si la especie humana no se destruye a sí misma —un SI tan grande que debería ir en mayúsculas—, entonces un día esos don nadies del mundo que no tienen nada que perder por fin se cansarán de no tener lo bastante y se darán cuenta de que tienen más en común con los don nadies del otro lado del mundo, o simplemente del otro lado de la frontera más cercana, que con los que sí son alguien en su propia tierra, a quienes les traen sin cuidado, y cuando esos don nadies que no tienen nada por fin se unan, se levanten, salgan a las calles y reclamen sus voces y su poder, lo único que deberán hacer quienes sí son alguien y tienen algo es nada, conscientes de que su Aparato Ideológico del Estado no podrá parar a toda

esa gente, porque pese a todo su poder, su Aparato Represivo del Estado no los puede matar a todos, ¿verdad que no?

Te duele la cabeza de tanto pensar en la respuesta a esa pregunta, y los dos agujeros que tienes en el cráneo te dificultan todavía más la tarea. Después de ser reeducado a manos de Man, pensabas que habías tocado fondo y que ya no tenías nada que perder, pero estabas muy equivocado. Todavía podías perder a Bon. Y la última de tus ilusiones. Por no mencionar tu vida. Ahora, por suerte, has recobrado la compostura, por mucho que, por desgracia, estés muerto. Ahora quizá ya no estés lleno de autocompasión, ¡porque a ti, un don nadie, ya no te queda autocompasión! Ahora realmente ya no tienes nada que perder, salvo tu conciencia de que no solo la nada es más importante que la independencia y la libertad, sino que *la nada es sagrada*. ¡Menuda broma! Pero solo te puedes entregar a la causa de aquellas revoluciones que te permitan reírte y reírte y reírte, porque toda revolución cae cuando pierde su sentido de lo absurdo. También eso forma parte de la dialéctica: tomarse en serio la revolución pero no a los revolucionarios, porque cuando los revolucionarios se toman a sí mismo demasiado en serio, amartillan las armas en cuanto oyen un chiste. Y en cuanto eso pasa, todo se ha acabado, los revolucionarios se han convertido en el Estado, el Estado se ha vuelto represivo y las balas, antaño usadas contra el opresor en nombre del pueblo, serán usadas en su propio nombre contra el pueblo. Por eso la gente, si quiere sobrevivir y esquivar esas balas, debe carecer de nombre.

En cuanto a ti, que no tienes nombre, ni Estado, ni identidad, sigues llevando la bala dentro de la cabeza, atrapada en el sello que separa tus dos mentes, encajada con la misma testarudez con que se queda entre las muelas un trocito de tendón y carne. Con tus pensamientos puedes menear la bala, pero no la puedes sacar de ahí. Esa bala con tu nombre está encajada donde nadie la puede ver ni tampoco ver tu nombre, algo que te volvería loco si no fuera porque al parecer ya lo estás. Tienes que estar mal de la cabeza para escribir esta confesión, o quizá solo te ha asaltado el mismo impulso que llevó a Rousseau a escribir la suya, a reconocer que «no soy como ninguno

de cuantos he visto, y me atrevo a creer que no soy como ninguno de cuantos existen». Mientras escribías estas páginas te has estado rondando a ti mismo como un fantasma, pero también has sentido la sombra de otro deslizándose sigilosamente por ellas, una sensación de miedo que te intranquiliza, como si te estuviera vigilando alguien más aparte de ti mismo. Y luego, una mañana —¡por fin!—, el fantasma te llama a la puerta.

Lllaman a la puerta, dice el anciano amable desde su cama.

No te puedes levantar de la cama porque el dolor de cabeza que te provoca la bala que tienes en el cerebro es demasiado para ti. Ni te levantas ni dices nada, pero después de una pausa siguen llamando.

Perdona, te dice el anciano amable. Lllaman a la puerta.

Siguen llamando. Y siguen. Y siguen, hasta que reúnes la poca concentración que te queda, por culpa de la bala que tienes en el cerebro, y dices: Adelante.

Se abre la puerta y la luz matinal baña tus aposentos, que tienen las cortinas opacas cerradas a cal y canto. Entornas los ojos y en medio de la bruma cegadora lo ves entrar *a él*, una sombra envuelta en un nimbo resplandeciente, iluminado desde detrás por un halo. Te incorporas de golpe de la cama, levantando una mano para protegerte de la luz, la misma mano donde tienes la marca ardiente de tu juramento. ¿Es...? ¿Es posible que sea...? A tientas, extiendes la otra mano hacia la sombra que ha quedado enmarcada por la puerta... ¡Es él! ¡Es él! ¡Ha venido, por fin!

¿Padre?, le dices, con voz estrangulada. ¡*Padre!*

La sombra entra en tu habitación con una bolsa en la mano. Te la tira al pie de la cama, donde cae con estrépito, y cuando le abre la cremallera te das cuenta de que es tu macuto de cuero. Mete la mano en la abertura y saca un par de zapatos, ¡tus preciosos y bruñidos zapatos de cordones de Bruno Magli! La sombra los tira al suelo, vuelve a meter la mano por la abertura y va sacando uno por uno los vídeos de la orgía, que reconoces gracias a las etiquetas que escribió la secretaria voluptuosa. Luego hurga todavía más adentro, hasta alcanzar el doble fondo del macuto; extrae los dos volúmenes de tu confesión, blancos y sujetos con gomas elásticas, y te los tira al regazo, más de setecientas páginas y aproximadamente un cuarto de millón de palabras, que te impresionan con su peso, con su solidez, con su

existencia milagrosa, generada a partir de la nada. Pero no ha terminado de sacar cosas. ¡Tu macuto no debe de tener fondo! Vuelve a meter la mano y saca lo más precioso que has visto durante tus meses de privaciones parisinas: ¡una botella resplandeciente de whisky Jack Daniel's! ¡Ven con papá, monada! Por fin, con la otra mano, te presenta un revólver con acabado de plata igualmente resplandeciente. Por un momento, la luz que se refleja en el arma te deja hipnotizado. Luego levantas la vista. Los ojos se te han acostumbrado al resplandor matinal del sol y por fin ves con claridad la cara de la sombra. Y resulta que no es tu padre, sino el más temible de los fantasmas, el hombre que sabe exactamente lo que quieres, el viejo mercenario de Indochina.

¿No te dije que nunca pusieras por escrito lo que piensas, pedazo de tarado?, dice Claude, ofreciéndote el agua bendita con una mano mientras con la otra te apunta con el arma al corazón vapuleado. Y ahora, quítate esa puñetera máscara de la cara.

Y estás tan feliz que no sabes si reír o llorar.

OceanofPDF.com

AGRADECIMIENTOS

Ha sido un placer visitar a muchos de los pensadores que me han influido a lo largo de los años, o a quienes quería dar una respuesta. Se trata de los mismos autores y obras que he discutido, usado o citado en el texto: Theodor Adorno, «Commitment», en *Aesthetics and Politics*; Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*; Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*; Walter Benjamin, *Crítica de la violencia*; Aimé Césaire, *Discurso sobre el colonialismo* y *Una tempestad*, que vi representada hace mucho tiempo en una inolvidable producción teatral en Berkeley; Hélène Cixous, *La risa de la Medusa*; Jacques Derrida, *Cosmopolitas de todos los países, ¡un esfuerzo más!*; Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* y *Piel negra, máscaras blancas*; Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*; Che Guevara, *Crear dos, tres, muchos Vietnam, es la consigna*; Ho Chi Minh, *Proceso a la colonización francesa*; Julia Kristeva, *Poderes de la perversión*; Emmanuel Levinas, *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, cuyas palabras le atribuyo al Hermano de Sangre n.º 1 cuando dice, «el nacimiento de un ser que viene de la nada, del comienzo absoluto, es un evento históricamente absurdo»; Jean-Jacques Rousseau, *Las confesiones*; Jean-Paul Sartre, *El existencialismo es un humanismo*, y su introducción a *Los condenados de la tierra* de Fanon; y Voltaire, cuyo *Cándido* leí de chico y me divertí mucho.

Entre los textos que me ayudaron a imaginarme el París de principios de la década de 1980, centrándome en el mundo de los inmigrantes y refugiados vietnamitas y sus descendientes franceses, estoy en deuda con *Behind the Bamboo Hedge: The Impact of Homeland Politics in the*

Parisian Vietnamese Community de Gisele Bousquet, así como con las imágenes de *Le Paris Asie: 150 ans de presence asiatique dans la capitale*, editado por Pascal Blanchard y Éric Deroo. También me resultaron útiles para entender y visualizar la relación de Francia con sus poblaciones coloniales los ensayos e imágenes de *Sexe, race & colonies: La domination des corps du XVe siècle à nos jours*, editado por Pascal Blanchard, Nicolas Bancel, Gilles Boetsch, Dominic Thomas y Christelle Taraud. *The Politics of Heroin: CIA Complicity in the Global Drug Trade* de Alfred McCoy me documentó sobre la historia de la participación francesa y de la CIA en la producción y venta de opio del Sudeste Asiático.

Varias personas residentes en París o provistas de conexiones con Francia tuvieron la generosidad de dedicarme su tiempo y hablar conmigo, entre ellos: Hoai Huong Aubert-Nguyen, Doan Bui, Myriam Dao, Anna Moï, Nguyen Nhat Cuong, Liem Binh Luong Nguyen, Abdellah Taïa, y Quoc Dang Tran. Duc Ha Duong me ayudó a conseguir el permiso de la Union Générale des Vietnamiens de France para usar la foto de los tres hombres enmascarados. Doy gracias también a Chiori Miyagawa, Jordan Elgrably, Huê-Tâm Webb Jamme y Laila Lalami por haber leído el borrador de la novela y haber contestado a mis preguntas sobre ella y sobre la vida y las actitudes francesas. En Estados Unidos, una visita a un exótico restaurante de temática asiática en compañía de la crítica gastronómica Soleil Ho me ayudó a imaginarme el bar Opium. También agradezco el trabajo de los estudiantes de posgrado que me ayudaron en mi investigación, Rebekah Park y Jenny Hoang, así como de mis asistentes en el cuerpo estudiantil, Yvette Chua, Ivy Hong, Nina Ibrahim, Sunjay Lee, Morgan Milender, Christine Nguyen, Tommy Nguyen y Jordan Trinh. Ellos contribuyeron a darme tiempo para centrarme en la novela, mientras que las correcciones de Nancy Tan y las lecturas adicionales de galeras por parte de Kait Astrella y Alicia Burns me ayudaron a pulir el manuscrito. Cualquier equivocación que haya cometido en este manuscrito es, por supuesto, mía.

Las Fundaciones MacArthur y Guggenheim me otorgaron becas que ayudaron enormemente a escribir este libro, igual que el servicio de apoyo a la investigación de la Universidad del Sur de California y su Dornsife

College. Mis agentes Nat Sobel y Judith Weber han sido unos consejeros leales, y el personal de la Sobel Weber Associates ha hecho mi vida más fácil, sobre todo Kristen Pini y Adia Wright. También tengo la suerte de publicar en la editorial Grove Atlantic, que ha sido un hogar ideal, sobre todo bajo el liderazgo de Morgan Entrekin, la soberbia orientación editorial de Peter Blackstock y el apoyo de Deb Seager, John Mark Boling, Judy Hottensen, Elisabeth Schmitz y Emily Burns.

Por fin, y como siempre, mando todo mi amor y mi compromiso a Lan Duong y a nuestros hijos, Ellison y Simone.

OceanofPDF.com



VIET THANH NGUYEN nació en una pequeña aldea vietnamita en 1971. A los cuatro años, poco antes de que el régimen de Vietnam del Sur se rindiera ante las fuerzas comunistas del Norte, fue evacuado a Estados Unidos junto con su familia. Alojados inicialmente en un campo de refugiados en el estado de Pensilvania, en 1978 sus padres se instalaron en California, donde Nguyen vive hasta el día de hoy, para abrir una tienda de productos vietnamitas. El escritor ocupa en la actualidad la cátedra Aerol Arnold de Estudios Ingleses, Americanos y Étnicos en la University of Southern California, donde imparte clases sobre literatura, cultura americana y cuestiones raciales. Además de *El simpatizante*, que le valió numerosos premios, entre ellos el prestigioso Premio Pulitzer, es autor del libro de relatos *The Refugees* (de próxima publicación en Seix Barral), en el que continúa explorando la condición de refugiado, y de los libros de ensayos *Race and Resistance: Literature and Politics in Asian America* y *Nothing Ever Dies: Vietnam and the Memory of War*, finalista del National Book Award.

